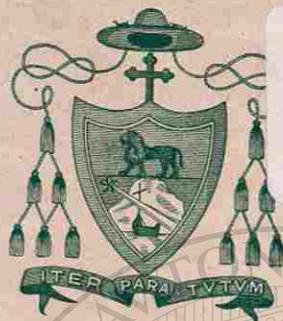


7
IDAD
CIÓN

DS107
I2
c.1





1080022411

EX LIBRIS

HEMETHERII VALVERDE TELLEZ

Episcopi Leonensis



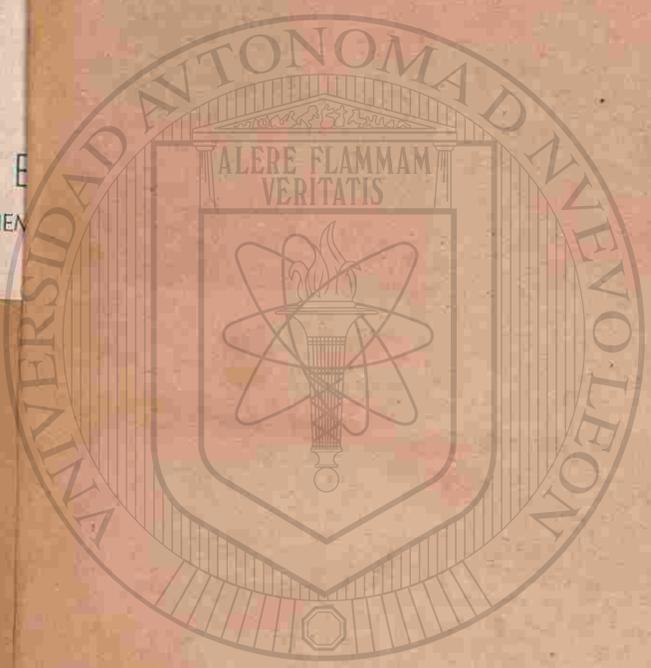
UANI

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN



DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

E
HEN



UANL

VIAJE A LA TIERRA SANTA.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





VIAJE
A
LA TIERRA SANTA.

DESCRIPCION

EXACTA Y DETALLADA

DE LOS

SANTOS LUGARES

POR

D. MANUEL IBO ALFARO.



Edicion de la "Biblioteca Religiosa, Hist6rica, Cientifica y Literaria."

Biblioteca Universitaria

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
Biblioteca Valverde y Telles



DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS MEXICO.

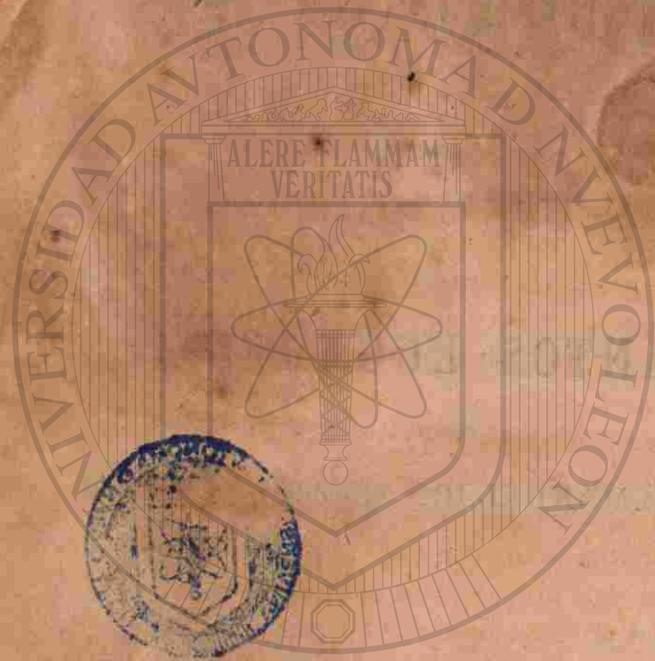
IMPRENTA DE VICTORIANO AGÜEROS, EDITOR.

Despacho: Calle de S. Felipe de Jesus n. 2.

1884.

FONDO EMETERIO
VALVERDE Y TELLES

DS102
I 2



FONDO EMETERIO
VALVERDE Y TELLEZ

INTRODUCCION.

I.

Aun no soy viejo; pero ya voy despidiéndome lentamente de la juventud; aún soy joven; pero ya me siento aproximar á las puertas de la vejez; y ántes de entrar en ese majestuoso si bien triste período de la vida, he querido realizar una ilusion engendrada en los dias más bellos de mi existencia; una ilusion que nació en mi espíritu al dulce calor del regazo materno; un deseo alimentado durante muchos años, alimentado y nutrido por un profundo sentimiento religioso; la ilusion de contemplar con mis propios ojos el cielo puro de la Palestina, el ardiente deseo de besar con mis propios lábios los santos lugares, donde se operó la redencion del género humano.

Muy niño era yo aún cuando leí la Biblia traducida al castellano por el P. Scio; y aquellas escenas patriarcales estampadas en el papel por inspiracion divina, cautivaron con irresistible poder mi mente; aún no habia abandonado yo mi pueblo, aún no habia salido de la casa en que nací, ni del sencillo, bello jardin donde se deslizó mi primera edad, cuando entre sus flores y sus copudos árboles leí los viajes á Oriente por el vizconde de Cha-

011111

DS102
I 2



FONDO EMETERIO
VALVERDE Y TELLEZ

INTRODUCCION.

I.

Aun no soy viejo; pero ya voy despidiéndome lentamente de la juventud; aún soy joven; pero ya me siento aproximar á las puertas de la vejez; y ántes de entrar en ese majestuoso si bien triste período de la vida, he querido realizar una ilusion engendrada en los dias más bellos de mi existencia; una ilusion que nació en mi espíritu al dulce calor del regazo materno; un deseo alimentado durante muchos años, alimentado y nutrido por un profundo sentimiento religioso; la ilusion de contemplar con mis propios ojos el cielo puro de la Palestina, el ardiente deseo de besar con mis propios lábios los santos lugares, donde se operó la redencion del género humano.

Muy niño era yo aún cuando leí la Biblia traducida al castellano por el P. Scio; y aquellas escenas patriarcales estampadas en el papel por inspiracion divina, cautivaron con irresistible poder mi mente; aún no habia abandonado yo mi pueblo, aún no habia salido de la casa en que nací, ni del sencillo, bello jardin donde se deslizó mi primera edad, cuando entre sus flores y sus copudos árboles leí los viajes á Oriente por el vizconde de Cha-

011111

teaubriand, por Lamartine, por D. Francisco Guerrero, y entre las neblinas de un porvenir incierto, concebí entónces la resolucion, tal vez imposible, quimérica tal vez, de marchar al Oriente, de marchar allí, donde el hombre nació, allí donde se redimió al hombre, y de rendir un tributo, aunque con humilde pluma, á aquel venerando país.

Abandoné mi pueblo; murieron mis padres, ¡dos en un mismo dia! Luché con las contrariedades del mundo; ¡quién á mi edad no ha sufrido las amarguras del vivir.....! Me casé; y todos los años, todos, cuando se aproximaba la Semana Santa, todos los años renovaba el propósito de visitar la Santa Tierra, de recorrer la Palestina. Ese momento llegó por fin; Dios ha querido concederme tan gran placer, y en el año 1877, venciendo las dificultades que en España se ofrecen á un funcionario público, á pesar de las tempestades del equinoccio, á pesar de encontrarse el cólera en Theran y la peste bubónica en Bagdad; á pesar de acercarse el instante de la declaracion allí de una sangrienta guerra, movido por un impulso irresistible me arranqué de los brazos de mi esposa, dí, aunque de léjos, mi adios al pueblo en que ví la luz primera y en que descansan las cenizas de mis queridos padres, y fui á buscar el santo lugar en que murió el Padre comun de la humanidad.

Ausente ya de mi patria, caminando hácia el Oriente, no podia resignarme á visitar solo la Palestina: si un sentimiento histórico y religioso me

conducia á ese privilegiado país, un sentimiento artístico é histórico me llamaba al Egipto; al Egipto, que disputa su antigüedad á la India, y que tantos misterios encierra bajo sus inmensos arenales y bajo su cielo de trasparente azul.

Antes de llegar á Jerusalem, dulce ensueño de mis primeros dias, fui á la patria de los Faraones, visité la antigua Alejandria y sus arqueológicos tesoros. Yo fui al Cairo, y me extasié ante sus venerandas tradiciones; yo visité las pirámides, aquellos eternos monumentos de mudo y expresivo lenguaje; yo subí á la cumbre de la gran Pirámide, y en su cumbre dejé escritos algunos nombres queridos, y desde su cumbre se perdió mi vista por el Desierto de Sahara, y desde allí contemplé las extrañas pirámides de Sákara, y las ruinas de Eliópolis, que se alzan entre frondosas campiñas, y las ruinas de Menfis, que se alzan entre las abrasadoras arenas del Desierto. Yo crucé el Desierto, y llegué á las playas del mar Rojo, y habiéndome lavado en sus aguas, contemplé al suave fulgor del alba las elevadas cumbres del Africa y de la Arabia, aquellas cumbres donde el pueblo de Israel, despues de su milagroso paso por el mar, entonó cánticos de alabanzas al Dios de las misericordias; aquellas cumbres, que demontaña en montaña, que de roca en roca, van á engendrar el monte Sinai, en cuya cima se dictó un dia entrerayo y truenos el divino Código el Código eterno de la humanidad. Yo me embarqué en Ismailia; yo atra-

vesé el Canal de Suez; yo admiré esa maravilla de nuestros días, y comparé asombrado esta obra colosal del siglo del vapor, que rellena los abismos, que horada los montes que une los mares, con las colosales obras de aquel otro siglo, que en gigantescos monumentos de piedra, eterniza su inmóvil y no bien comprendido pensamiento.

Pero de nada de esto voy á hablar en el libro que comienzo á escribir: más interesante, más grande y de origen más alto es el objeto que en él me guía.

Al regresar de mi viaje, al volver á mi querida España, surqué las blandas olas del Adriático y desembarqué en Brindis, y crucé la Italia, y admiré sus encantos. Me detuve en Nápoles, vergel de Europa; visité las ruinas de Herculano y de Pompeya; y dominado por una emociion profunda, miraba alternativamente á la víctima y al Druida, aquellas silenciosas ciudades, que sucumbieron ahogadas por los encendidos torrentes del Vesubio... y á ese Vesubio, que sin cesar arroja por su cumbre inmensas mangas de humo, que á confundirse van con las nubes, ó llamas de fuego que enrojecen la tierra, el mar y el cielo. También me detuve en Roma; y las grandezas paganas y las grandezas cristianas de esta eterna ciudad desvanecieron mi espíritu. Hagamos abstraccion del arte y del derecho; apartemos la vista de tantos hombres eminentes como ilustraron aquel suelo; cerremos el libro de la historia en las páginas de

su lividinosa corrupcion..... pero ¿quién no tiembla, quién no se estremece al pisar las arenas del Circo, donde aún siente nuestra alma palpitar la cristiana sangre, durante tantos años derramada en él por inmortales héroes? ¿Quién no se horroriza al subir la cuesta del Capitolio, que una noche y otra noche fué alumbrada, durante el reinado del más cruel de los emperadores, con cuerpos embreados de cristianos?.....

Yo ví la plaza del Vaticano y la Basilica de San Pedro, la iglesia más grande del mundo, la iglesia á cuya sombra viven las obras de los primeros artistas de Europa; la iglesia que conserva parte de los cuerpos de San Pedro y de San Pablo; yo visité las catacumbas de San Sebastian, donde duermen el sueño de la bienaventuranza más de 75,000 mártires; y al atravesar aquellos angostos, interminables subterráneos, y al respirar aquella atmósfera sin oxígeno, ¿quién no adora la memoria de los atletas que allí descansan..... de los atletas que con su sangre plantaron las columnas de nuestra sagrada religion?..... Yo ví la cruz al pié de la cual, en aquellos tiempos de ensañada persecucion, celebraban el santo sacrificio de la Misa; yo ví algunos sepuleros no abiertos, no removidos aún, al través de cuyas rendijas se percibe los esqueletos de algunos mártires, que allí reposan despues de su valiente, titánica lucha. Pero tampoco de esto voy á hablar en el libro que hoy escribo. Más grande es el objeto que en él me guía: en él voy á

recorrer paso á paso con el alma embriagada de religiosas emociones, la tierra que embelleció María con su planta, la tierra que santificó con su sangre el Hombre-Dios.

II.

El domingo de Carnaval, 11 de Febrero del año 1877, salí de Madrid en el tren correo de Cataluña; el lunes 12, á las nueve de la noche, entré en Barcelona; el miércoles 14, á las tres de la tarde, me embarqué en el vapor DANUBE (*Danubio*), de las mensajerías marítimas; despues de sufrir un grueso temporal en el golfo de Lion, llegamos á Marsella el juéves 15, entre siete y ocho de la mañana; recorrí la ciudad en una carretela; y aquel mismo dia 15, á las doce, salí en el vapor *Said*, tambien de las mensajerías marítimas, con rumbo al Sur; el sábado 17, á las seis de la mañana, disfruté la encantadora vista de Nápoles; lo mismo que en Marsella, recorrí la ciudad en una carretela, y á las doce en punto zarpó el vapor. El domingo 18, al brillar la aurora, cruzamos el estrecho de Mesina, dejando á babor las montañas de la Calabria y á estribor la isla de Sicilia, en la que destacaba majestuoso el elevado Etna, cubierto de nieve hasta la falda: perdimos de vista la tierra, y dimos nuestro adios á Europa, sintiendo entónces mismo despertarse en el alma dulces recuerdos de

nuestra querida patria: ya nuestra patria se habia ocultado entre las espumosas olas; ya nuestro horizonte era por todas partes el palpitante horizonte del mar. El miércoles 21, al brillar la aurora, y despues de una borrasca, en que navegamos con gruesa mar y viento contrario, descubrimos las deseadas playas de Egipto, la pintoresca Alejandria, cuyos contornos, formados por algunas mezquitas, por cien molinos de viento y por miles de palmeras, no parecen otra cosa que un encaje suspendido por encanto en el confin del cielo.

Allí se ofreció á nuestra vista de golpe la civilizacion egipcia, esa civilizacion tan distinta de la europea, que en vano intentará comprender quien no haya pisado aquel suelo, urna sellada del arte, de la ciencia, de la historia y de los misterios. Visité lo principal que contiene aquella ciudad cosmopolita, lazo mercantil entre el Oriente y el Occidente, siendo el *Jardin Pastré*, las *agujas de Cleopatra*, la *columna Pompé*, la iglesia fundada por *San Atanasio*, hoy mezquita, los objetos que más llamaron mi atencion. El juéves 22, á las siete de la mañana, tomé el tren que conduce al Cairo, á cuya populosa ciudad llegué el mismo juéves á las dos de la tarde: en el Cairo se observa tanto movimiento como en Lóndres; entré los venerables monumentos que esta capital atesora, merecen singular mencion, el *árbol de la Virgen*, el *pozo de José*, la *mezquita de Mehemet-Ali*, y las *pirámides de Gizeh ó Jeezeh*.

El árbol de la Virgen es un secular y corpulento sicómoro, que nace á legua y media de la ciudad, próximo á las célebres ruinas de Eliópolis, en el hueco tronco de cuyo árbol ocultó al niño Jesus la Virgen cuando con San José huía á Egipto, al darle allí alcance las tropas de Herodes, y sentándose ella delante pasaron aquellas sin descubrirlo. El pozo de José es una magnífica cisterna, que se abre junto á la gran mezquita de Mehemet-Alí á cuya cisterna se baja por ciento y tantas escaleras, y fué abierta por José, hijo de Jacob, cuando estuvo de gobernador en Egipto, con objeto de proveer de agua á la ciudad. La mezquita de Mehemet-Alí es un sorprendente edificio de colosales proporciones, de mármol bruñido, donde se rinde culto á Mahoma, y donde se halla sepultado en magnífico panteon el célebre virrey Méhemet-Alí. Entre los grupos de Pirámides que en el país que riega el Nilo figuran en primer lugar, llaman la atencion las de Gizeh, Ghizeh, Jeezeh, Djizeh ó Dschaze, llamadas vulgarmente las Pirámides de Egipto, y son Cheops, Cefrenes, Micerynus Filista, y cuatro ó seis muy pequeñas, que, ó no acabaron de construirse, ó los siglos van destrozandolas ya.

El lunes 26 salí del Cairo con direccion á Suez; el martes 27, despues de haber cruzado el Desierto, ví despuntar la aurora en las playas del mar Rojo; el mismo 27 volví por el Desierto á Ismailia, y embarcándome allí en el vaporeito número 4 de la empresa del Canal, crucé éste y llegué á Port-

Said el mismo 27 á las doce de la noche. En Port-Said me detuvieron, con harto dolor mio, algunos dias las tempestades del equinoccio; el 5 de Marzo me embarqué en el magnífico vapor *La Seine*, tambien de las Mensajerías Marítimas, y á las cinco de la tarde zarpamos con rumbo á Palestina.

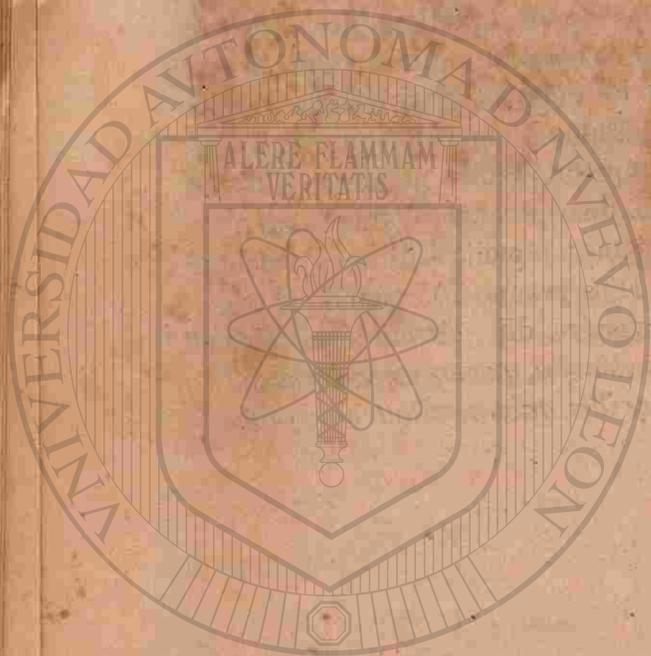
Si la Providencia me concede la salud de que hoy carezco, me propongo escribir una obra extensa, recreativa, á la par que histórica y científica, que abrace el Egipto, Port-Said y su canal, la Palestina y Roma, en la cual ponga de manifiesto entre la descripción de lugares, de usos y de costumbres, los tesoros monumentales que archivan en su seno esos antiguos países; el estado de su civilización actual, y los profundos estudios y los grandes descubrimientos que en ellos están haciendo en la actualidad sábios europeos y egipcios.

El libro que hoy escribo, este pequeño libro que someto á la benevolencia del público, no tiene esas proporciones, pero en cambio es un libro más piadoso; es un tributo que rindo á mis creencias religiosas; es un suspiro de mi alma; es una flor que planto en la sepultura de mis padres! Este libro está escrito con el corazón, no con la cabeza; ninguna parte tiene en él la razón, en él todo es sentimiento. Y solo el sentimiento se despliega en los Santos Lugares; porque del suelo brotan allí las emociones; porque las emociones bajan allí del cielo; y nuestra alma se rinde allí magnetizada por inmenso, misterioso, sublime influjo.

En este libro pretendo hacer una descripción exacta y detallada de Jerusalem y sus alrededores; porque aunque mucho se ha escrito de la Ciudad Eterna, y mi pluma sea la más humilde de cuantas de ella se han ocupado, aún queda mucho que decir, aún queda bastante que aclarar.

Lector querido, vamos juntos á Jerusalem; juntos daremos los dos una vez los paseos que tantas veces he dado yo solo; yo te colocaré en los lugares en que yo me he conmovido, esperando que tú también te conmoverás; yo te llevaré á los sitios en que he vertido lágrimas, esperando que las verterás tú también. Vamos, lector querido, vamos juntos á Jerusalem, que al pisar aquella tierra se siente renacer la fé y despertarse la esperanza. vamos al huerto de Gethsemani, donde Cristo apuró el cáliz de la amargura por el hombre, y arrojándonos al pié de aquellos seculares olivos, testigos de la pasión de Jesus, recojamos como dice Lamarine, los santos pensamientos que silenciosos se desprenden de sus copas. Vamos al Jordan, cuyas aguas bañaron un dia los piés y la cabeza de Cristo. Vamos á la cumbre del monte Olivete, donde veremos la huella que en dura roca estampó Cristo con sus piés al remontarse á los cielos. Vamos á Sion; vamos á Jericó; vamos á Betlem... Atravesemos, lector querido, la calle de la Amargura; caigamos de rodillas junto al Santísimo Sepulcro; subamos despues á la cumbre del Calvario, y arrodillados junto al agujero de la Cruz, y

arrodillados en aquel pedazo de tierra que recibió gota á gota la sangre de Cristo, pensemos un instante en María; pensemos en aquella mujer purísima, en aquella afligida madre, y quebrantando con nuestro espíritu los tiempos, y volviendo con la imaginación al pasado, á un pasado que jamás perece, recojamos aquellas santas palabras, bálsamo de consuelo, faro de esperanza, garantía de perdón..... recojamos aquellas últimas palabras que el Hombre-Dios pronunció, cuando al exhalar el postrimer suspiro, dijo, elevando sus ojos al cielo: *¡Padre, perdónalos, que no saben lo que se hacen! Pater ignosce illis, quia nesciunt quid faciunt.*



AÑO 1877.

PARTE PRIMERA.

IMPRESIONES DE VIAJE.

DE PORT-SAID A JAFFA.

Lunes 5 de Marzo.

*Carácter oficial de mi viaje.—El conde de Casa-Sarrai.
—Los dos frailes italianos.—A la vista de Jaffa.—Su
puerto.—Peligroso desembarque.*

I.

Cuando yo me resolví á hacer mi viaje á Oriente, me confirió el gobierno de S. M. la honrosa pero comprometida comision de registrar los archivos de Tierra Santa y Constantinopla, con objeto de buscar en ellos documentos que acrediten los derechos que España tiene á muchas de las fundaciones de aquellos países, cuyos derechos disputan hoy ó ponen en duda la Francia y la Italia. Con tal motivo, pasó órdenes la comisaría de los Santos Lugares en nombre de S. M. el Rey, al Embajador de Constantinopla, á los Cónsules de Jerusalem, de Beyruth y al Vicecónsul de Jaffa,

anunciándoles mi salida y encargándoles me prestaran toda clase de ayuda en el desempeño de mi comision.

Como en este libro no aspiro á otra cosa que á consignar las dulces emociones que el amante de la Historia y el Cristiano de fé, sienten al pisar aquella Tierra llena de santos recuerdos, reserve estas importantes cuestiones para tocarlas en la otra obra más extensa y más pensada, que estoy resuelto á escribir.

Yo deseaba hacer mi viaje con mi amigo el conde de Casa-Sarria, Cónsul de Jerusalem durante muchos años, recientemente trasladado á Beyruth, el cual á la sazón se encontraba en Madrid: él abundaba en los mismos deseos que yo, mas imperiosas circunstancias de mi vida particular me obligaron á emprender la marcha diez ó doce dias ántes que él; él me exigió con un empeño propio de su noble y afectuoso carácter, que le aguardase en Marsella; pero tampoco en esto pude complacerle, y no me uní á él hasta que despues de haber recorrido el Egipto, despues de haber pisado las playas del mar Rojo, despues de haber subido á la gran Pirámide, y de haber cruzado el canal de Suez, me detuve en Port-Saïd.

Como la gratitud es una de las virtudes que en más estima tiene mi alma, hoy que tranquilo escribo en mi gabinete, no puedo ménos de enviar un recuerdo al agente consular de España en aquel puerto, D. Nemesio Fernandez de Artola, y á su

apreciable señora, quienes con su grata compañía y sus obsequios ahuyentaron el tedio que sin ellos me hubiera allí affigido. Ellos me llevaron en su bote á dar por el mar deliciosos paseos; ellos me enseñaron el vasto arsenal, la magnífica maquinaria, que en aquel pueblo nacido por encanto entre las arenas del Desierto, posee hoy la gran compañía del Canal, á cuya cabeza se encuentra el célebre diplomático M. Lesseps.

El sábado 3 de Marzo tuve el gusto de abrazar en aquel pintoresco pueblo de nuevo origen, al conde de Casa-Sarria, que segun yo suponía, llegó en el vapor austriaco, y aunque resolvimos los dos partir aquella misma tarde, tuvimos que desistir de nuestro empeño y retrasarlo hasta el lunes 5 porque no lo permitió la tercera borrasca del equinoccio, que se desató espantosa. Casa-Sarria me dió noticias de Madrid, de mi esposa, de toda mi familia, y yo lo oí con el encanto que en nuestro corazon producen el nombre de la patria, el nombre de nuestro hogar doméstico cuando nos hallamos léjos, muy léjos de esos objetos queridos.

El 4 por la tarde zarpó con algun peligro el vapor austriaco; pero nosotros preferimos dejar nuestra partida para el dia siguiente, y embarcarnos en el vapor *La Seyne*, que debía llegar aquella noche, no solo porque el mar estaria más tranquilo, sino porque los vapores de las mensagerías marítimas son los más elegantes, los mejor aparejados y los

mejor servidos de cuantos surcan el Mediterráneo. Por fin, despues de tantos dias de esperar, el lunes 5, á las diez de la mañana, nos embarcamos Casa-Sarria y yo, y habiendo dado nuestro adios á Artola, que fué á despedirnos á bordo, levamos ancla á las cinco y media de la tarde. ¡Qué feliz me consideraba yo al pensar que la primera tierra que ya descubrirían mis ojos habia de ser la Tierra Santa! Es necesario para apreciar bien estas emociones, conocer ántes los deseos que durante toda mi vida tuve de besar aquel suelo. En este buque volví á encontrarme con dos frailes italianos, Fray Giovane de Santa Teresa, de setenta y cinco años de edad, alto, venerable y demacrado, y Fray Francesco de Nápoles, de cuarenta años, bajo, grueso y alegre, con los que habia hecho el viaje de Nápoles á Alejandría, y los que me abrazaron cariñosamente, abrumándome con numerosas preguntas. Una noche placentera cubrió con sus melancólicas galas el mar.

II.

Martes 6 de Marzo.

Cuando la mañana siguiente me desperté, miré afanoso por el grueso cristal de la ventanilla circular de mi camarote, y como viera reflejarse las

primeras ráfagas del alba sobre las espumosas olas, me vestí ligero, y ligero subí á cubierta, anhelando ver si ya descubriamos la Palestina. ¡No creía que estábamos tan cerca de aquella tierra para mí tan querida y durante tantos años anhelada! No me arrodillé al verla como lo hacían los antiguos peregrinos; pero incliné la frente, brotaron dos lágrimas de mis ojos, recogí mi espíritu, y mi infancia, mi juventud, mi pueblo, mis padres, mi mujer, todas las personas amadas, todos los objetos queridos afluyeron en tropel á mi mente, abrasando mi pecho con el dulce fuego de una emocion hasta entónces desconocida. Mientras el vapor navegaba hácia la costa, yo de pié sobre el puente, saqué mi diario y escribí estas palabras, que suplico al lector me permita reproducir íntegras, como eterno recuerdo de aquel sublime instante.

«Me he levantado á las cinco y media de la mañana, y con delicia me descubrió en el horizonte la Tierra Santa, como una nube que de azul más fuerte que el del cielo flota en el mar..... A las seis y media se percibe con toda claridad Jaffa, pueblo cónico, formado por sombríos edificios y por ruinas, que se extiende en la misma costa, con negruzcos caseríos entre erguidas palmeras..... El mar siempre bravo en estas playas, y horrible muchas veces, rompe sus olas en las mismas casas; el cielo va tiñéndose de un trasparente rojo, de una suavísima tinta de fantásticos arreboles..... A

las siete aparece el sol en el horizonte, y en Jaffa toca un esquilon á misa; su dulce, majestuoso sonido se confunde con el imponente rebramar de las olas.»

¿Cómo era posible surcar aquellas aguas.....
 Cómo era posible contemplar aquella costa, sin pensar un momento en los cruzados? ¿Cómo era posible no rendir allí el corto tributo de un recuerdo á aquellos hombres de valor, de fé y de religion, á aquellas numerosas huestes, que al rescatar del poder musulman el santísimo Sepulcro, objeto primordial de su entusiasmo, realizaron, quizá sin darse cuenta ellos mismos de lo que hacian, la grande empresa de unir dos mundos separados por las costumbres y el tiempo, de llevar á Oriente la civilizacion de Occidente!..... Pedro el Ermitaño, Godofredo de Bullon, Ricardo Corazon de Leon, el Arzobispo de Tiro, todos aquellos atletas, que con sus nombres llenan las doradas páginas de la Historia, todos vinieron en maravilloso tropel á llenar mi cabeza, á conmovier mi pecho y á exaltar mi alma.

El movimiento que ya reinaba en el buque me despertó de mis reflexiones; y bajando á nuestros camarotes, llamé al conde de Casa-Sarria, diciéndole:—«Ya estamos á la vista de Jaffa.»

Es bien seguro que en la culta Europa no se conocen algunos aviesos detalles de Jaffa. Jaffa no tiene puerto, porque el Sultán se opone á que se construya. Los buques nunca se aproximan á

tierra; cuando el mar está bueno, que es muy pocas veces, hacen alto á cuatro ó cinco millas de la costa; cuando el mar está agitado, que es casi siempre, pasan de largo, sin tomar los pasajeros ni las mercancías que aguardan en las calles de la ciudad. Esto me sucedió á mí al regresar á Europa. La rada de Jaffa formada por un fondo de roca natural, ofrece un semicírculo de altas peñas, al parecer á pico, cuya cara convexa penetra en el Mediterráneo, como si allí se hubiesen colocado con el siniestro designio de que embarcacion alguna penetrar no pudiera sin angustias en dicha rada. Por los canales que forman aquellos peñascos se precipitan las olas en impetuosas corrientes; y sólo uno de estos torrentes entre todos, permite, pero con gravísimo peligro, que las barcas lo salven; todos los demás son inasequibles. Allí no hay botes, sino barcas; barcas grandes gobernadas cada una por ocho remeros, y uno que de pie dirige á todos. La travesía desde el vapor á tierra es imponente: cuando la barca se aleja del vapor, comienza el que va de pie á recitar en alta y acompañada voz la letanía en árabe, y al son de los remeros responden simétricamente los ocho remeros: á medida que la barca se acerca al peligro, es decir, á medida que se aproxima al estrecho canal que el mar forma entre las dos peñas, más levantan la voz los marineros al recitar la letanía, como si con más fuertes lamentos acercaran más su plegaria á la Virgen, aquella plegaria encaminada á

pedir suerte para salvar tan inmenso peligro. Cuando llegan á las rocas próximas una á otra, hasta el punto que apenas dejan entre sí una anchura que la que tiene la barca, levantan á la vez los ocho remos, se entregan al capricho de una ola, y lanzan un grito que aterra; despues respetuoso silencio reina entre ellos, y en sus semblantes se ve pintada la alegría y la tranquilidad. Este paso no es, como otros muchos, de un peligro aparente, sino real: un poco que la barca se tuerza á babor ó estribor, choca con uno de los dos peñascos y hecha dos pedazos se va á fondo. Pocos son los años que en ese paso no ocurre una desgracia: el anterior al en que yo fui se sumergió una de estas barcas con sesenta peregrinos rusos, de los cuales solo se salvó una mujer; he oido decir allí mismo que algunos devotos dejan de ir á Tierra Santa sólo por temor al desembarque en Jaffa. Y sin embargo, al Norte de esta peligrosísima rada pudiera construirse á poco coste con una de las dragas á caño que tiene en Port-Saïd la gran empresa del canal de Suez, un bonito y seguro puerto, si el sultan lo permitiera. ¿Por qué los embajadores de las diferentes potencias de Europa cerca de la Sublime Puerta no se ocupan de este asunto, en obsequio de los devotos fieles, que de todos los países del orbe cristiano acuden á visitar la Palestina?

A las ocho de la mañana recibió el conde de Casa-Sarria una carta de D. Carlos Español, vice-

cónsul de España en Jerusalem, manifestándole que habia bajado á Jaffa para tener el gusto de abrazarle; pero que no se atrevia á pasar al buque por el mal estado del mar. Esta carta me produjo mala impresion, mas no habia remedio; y abrazando á las ocho y media á Casa-Sarria, salté á la barca ántes de que arreciara más el mar; conmigo iban los dos frailes italianos fray Giovane de Santa Teresa y fray Francesco de Nápoles, con algunos otros viajeros. Tan luego como nos alejamos del vapor, comenzaron los remeros á recitar á voces la letanía y á referir los gravísimos peligros que el dia anterior habian corrido en aquella travesía los peregrinos que llegaron en el vapor austriaco.

El mar estaba tan grueso que las olas amenazaban tragarse la barca; los ocho remeros trabajaban con brío, rezaban con fervor; nosotros guardábamos profundo silencio; por fin, cruzando con fortuna el horrible estrecho de las rocas en presencia de una multitud de gente que nos miraba desde el muro, saltamos con júbilo á Tierra Santa.

JAFFA.

Martes 6 de Marzo.

Jaffa—Sus calles.—Sus jardines.—Sus animales.—El hombre—La Aduana.—La casa de Simon el Curtidor.—Doña Simona.—Mi salida.

I.

Jaffa, esa ciudad más antigua que el Diluvio; esa ciudad por más de un concepto célebre, donde Noé construyó el arca que unió las generaciones antediluvianas con las generaciones que han vivido y viven despues de aquel cataclismo universal; donde Jonás se embarcó huyendo de los mandatos de Dios; donde desembarcaban los cedros del Líbano para construir el templo de Salomon; donde San Pedro vivió algun tiempo y tuvo la mística vision de los animales puros é impuros; Jaffa ó Joppe ó Zaffo, de cuya historia nos ocuparemos en otro lugar, es hoy un pueblo compuesto de ruinas, de edificios sombríos, y de calles tan angostas y sucias como las de todos los pueblos orientales, que yo he visto en mi viaje: aquel país no tiene hoy el sentimiento de la limpieza; pero la posición de Jaffa es seductora; por Occidente un mar siempre bravo rompe las olas en sus calles, destrozando alguna vez las casas; y al Sur y al Norte y al

Oriente la rodean bellísimos jardines, extensos naranjales de una frondosidad tan fecunda, de perfumes tan seductores, que idea exacta de ellos formarse no puede, quien una vez siquiera no se haya librado del sol bajo sus ramas, quien una vez siquiera no haya aspirado la embriagadora esencia de aquel azahar.

Fundada Jaffa en una colina ovalada, que sigue la dirección del mar, produce al ser descubierta desde el buque entre las neblinas de la mañana por el anhelante viajero, bien sea su alma la de inspirado vate, bien la de fervoroso peregrino, afecciones tan nuevas y tan profundas, que por algunos momentos la narcotizan con su esencia sublime.

Yo no estuve en Jaffa entónces mas que cuatro ó seis horas; pero como al regreso de Jerusalem, me detuvieron en ella las tempestades cinco dias, la conozco tan bien como el pueblo para mí más conocido de España. Fragmentos de una gruesa muralla la defienden del mar; puertas de construcción antigua, pero ya descuidadas, se abren en el muro de tierra; en sus calles estrechas, largas, ruinosas y sucias, se encuentran á toda hora tendidos los perros, las cabras, los borricos, los camellos y los hombres, todos revueltos. Las cabras, como las del resto de la Palestina, son pequeñas, de un color tan oscuro que casi llega á negro, con una protuberancia en el frontal, que baja hasta el hocico, y con unas orejas tan largas y tan e idas á

lo podenco, que cuando pastan, les arrastran uno ó dos centímetros por el suelo; los perros son pequeños, erguidos y de extraordinario instinto; los burros no pertenecen á la raza viva, esbelta y traviesa del Egipto, sino á la pesada de España; en cuanto al animal de instinto por excelencia, es decir, en cuanto al camello, los he visto de dos clases, algunos, muy pocos, de pelo castaño, no muy altos y no muy corpulentos, que son los que conocemos en Europa; pero los que más abundan son de color de ceniza y de dimensiones colosales, pudiendo asegurar que sólo en altura pasan un metro á los de pelo castaño. ¡Y el hombre!..... ¡Dolor me causa decirlo! ¡Cuánto me hizo sufrir durante mi viaje!..... Parece que no ocupa en la jerarquía animal un lugar más excelente que el perro, ni la vaca, ni el camello: con ellos vive, como ellos se tiende en la calle y en el campo, como ellos va desnudo, á excepcion de un pedazo de túnica, que salva su pudor, y como el camello dirige al europeo una constante mirada triste y recelosa.

En Jaffa hay, segun me dijeron, dos fuentes; yo no he visto mas que una, en la cual aseguran con religioso orgullo los árabes cristianos, que muchas veces bebió agua la hija de Joaquin y Ana, el consuelo de los aflijidos, la rosa de Jericó, la estrella de los mares, la purísima María. ¿En qué consiste que los cristianos y los musulmanes pronuncian con encanto este nombre? La fuente de que hablamos se encuentra saliendo de Jaffa, al comen-

zar los jardines, á los cuales debemos dedicar dos palabras, que bien merecedores son de ello, por sus inconcebibles espesura y frondosidad.

Los naturales de Jaffa llaman sus "jardines" á sus "naranjales;" estos naranjales se hallan cercados por gruesos é impenetrables muros de espinosos nopales; y en aquellos bosques de naranjos siempre con fruto y con flor, que embalsama la atmósfera, nacen muchos granados y alguna otra palmera. Si no temiese rebajar los frutos del Indostan, que he oido encomiar á sabios viajeros que conmigo han hecho la travesía de Alejandría á Brindis, diria que las naranjas de Jaffa son las primeras naranjas del mundo. De color carmin oscuro, tan grandes como regulares melones, tienen una cáscara, que si bien gruesa se desprende sin dificultad para ofrecer al árabe un fruto tan fresco como el agua de nieve y tan dulce como la azúcar clarificada; todas las caravanas van siempre provistas de naranjas, y cuando hacen alto en la pequeña sombra que ofrecen una roca ó una palmera, distantes tres ó cuatro leguas del manantial más próximo, yo lo he visto, sacan de su acémila cada uno una colosal naranja, y contemplándola alguno cariñosamente, exclama con gozo:—"aquí tenemos comida y bebida." ¡Ah!..... ¡Con cuánta delicia recuerdo yo los dias que pasé entre los árabes!..... ¡Qué vida tan nueva para mí!..... ¡Qué vida tan natural, tan inocente y tan sencilla!.....!

D. Francisco Guerrero, sacerdote y maestro de

capilla, que hizo su viaje á tierra Santa en el año 1588, dice que no habia convento en Jaffa, y que tuvo que pagar á un árabe por que le permitiera dormir en su barca por no verificarlo en la calle, expuesto á la intemperie y á la crueldad de los turcos; Fray Antonio del Castillo, autor de «El Devoto peregrino,» que hizo su viaje en 1626, no se detuvo ni un momento en Jaffa, porque casi no habia otra cosa que ruinas; el célebre poeta Chateaubriand, que lo verificó en 1806, asegura que los frailes franciscanos lo recibieron en su humilde convento de tablas; hoy no sucede esto: hoy los frailes franciscanos, aquellos justos varones, dedicados en lejanos países á la oracion y á la caridad, tienen en la orilla del mar, del mar surcado por el indomable Leviatan, un convento de piedra sillar, que puede tomarse por un castillo, y junto al de los frailes católicos, llamados allí «latinos,» se levanta el de los cismáticos griegos.

II.

Volvamos algunos momentos atrás. Así que yo salté á tierra entré en la aduana, que es un portal tan oscuro, tan húmedo y tan súcio, que no le exceden en repugnancia las cárceles de España: un turco comenzó á registrarme con escrupulosidad

tal, que hasta llegó á faltar al decoro; pero como entonces se acercara á mí otro turco y me dijera al oido en francés—«dele vd. algunas monedas,» le entregué un franco y de repente cesó el registro. Acto contínuo pasaron mi equipaje al gran portal del convento, célebre castillo en la apariencia de la edad media; en aquel portal nos encontramos á la vez gran número de peregrinos de muchas naciones de Europa y de América, y no es fácil describir ni comprender el especial alboroto que allí se armó con tanta gente, que en distintos idiomas buscaban sus equipajes; con tanta gente, que en distintos idiomas pedia habitacion que no ha, sobre cuyo alboroto descollaban los guturales gritos de los árabes, que nunca hablan bajo. Los pobres frailes con una dulzura ejemplar, con una amabilidad fabulosa, trataban de tranquilizar y de complacer á todos.

Yo subí en seguida á visitar al presidente de la comunidad fray Casto Amado, á quien presenté una carta del conde de Casa-Sarria; aunque entraron al mismo tiempo que yo algunos peregrinos, personas importantes, todas las atenciones fueron para mí. Me dijo aquel padre, que hacia tiempo se me aguardaba, porque el embajador de Constantinopla habia dado aviso oficial de mi viaje. Despues que se retiraron los demás peregrinos, me sirvieron chocolate á la española con bizcochos, lo que agradecí mucho, porque en todo el Egipto habia tomado por chocolate una agua teñida de

cierta sustancia sin gusto, que llamaban chocolate. El mismo presidente me condujo á mi habitacion, á la sala de los cónsules, que siento mucho no éntre en el objeto ni en las proporciones de este libro describir. El mismo presidente envió un parte á Ramma, manifestando que aquella noche iria á dormir allí el comisionado del Gobierno español. Debo hablar con franqueza; yo estaba preocupado en aquel momento, primer momento de mi permanencia en tan antigua ciudad, y más que sostener la conversacion que de España y su Gobierno suscitó el referido fray Casto Amado, de quien conservo gratisimos recuerdos, queria estudiar la naturaleza fisica, aprender las costumbres de aquellos habitantes tan extraños á nuestra manera de ser, y mi espíritu no podia desechar el cúmulo de reflexiones que lo oprimian; yo pensaba que me encontraba en Tierra Santa; yo recordaba, digo mal, á mi mente afluan con espontaneidad tantos y tantos sucesos como de Jaffa consigna la Biblia; el arca de Noé se construyó allí: las naves de Iram desembarcaban en aquel muelle; en aquel mar pescó San Pedro; la Virgen María pisó aquellas calles..... Yo estaba en aquella tierra, santo teatro de tan seductoras escenas, como nos refiere el libro inspirado; yo pisaba ya aquel suelo que tantas veces habia anhelado besar, cuando siendo aun niño leia con respeto la Biblia en mi pueblo, en compañía de mis padres..... ¡qué extraño es que las grandes, que las profundas emociones que en

mí producía Jaffa como entrada de la Tierra Santa, despertaran las suaves emociones, las emociones más dulces de mi dulce infancia? esas primeras emociones, que constituyen nuestro sér, y que si muchas veces amortiguan las desgracias posteriores del vivir, nunca mueren en nuestro corazon.

III.

Una hora haria que me encontraba en la ciudad de Jaffet, cuando acompañado del dragoman del convento, me dirigí á ver la casa de Simon el Curtidor, donde estuvo hospedado San Pedro, y donde comenzando á orar descubrió en célica vision un lienzo en el que aparecieron estampados multitud de animales puros é impuros, escuchando una voz sobrenatural que dijo: «come de todos» es decir, «predica el Evangelio no solo á los judíos sino tambien á los gentiles.» Tal ha sido su interpretacion. Esta casa, que hoy es una de las mezzitas de la ciudad, se halla compuesta de un sùcio pórtico de piedra, en el que se abre una puerta vieja, que da entrada á una sala cuadrada de piedra con bóveda tambien de piedra, como todas las de la Palestina, y con algunos retazos de estera tendidos en el suelo. Allí adoró á Cristo San Pedro en un tiempo; allí adoran hoy los musulma-

nes á su falso profeta. Al regresar de la casa de Simon el Curtidor, visité á Doña Simona Sainz para quien llevaba cartas del conde de Casa-Sarria; tambien doña Simona Sainz esperaba mi visita, que le habian anunciado desde Constantino-
pla. Era doña Simona Sainz una señora de sesenta y tantos años de edad, natural de Vitoria, que vendió su patrimonio y marchó á los Santos Lugares, habiendo hecho voto de morir en ellos. En Jaffa fundó una escuela gratuita para educar á las hijas de los árabes y de los turcos; como en Palestina hay tanta miseria, ella tenia que vestir á algunas de sus alumnas, ella tenia que dar de comer algunos dias á muchas, que al comenzar la clase no se habian desayunado, y ella soportaba con heroica resignacion la pobreza á que iba quedando reducida. Su casa era humildísima, su escuela una habitacion de piedra con suelo de tierra, con algunas bancas y mesas viejas, y una estampa de Maria pegada en la testera. Esta buena señora, que salió á despedirme cruzando partí para España, al embarcadero, y que no se retiró de él hasta que mi barca salvó el peligro de las rocas, murió sola, sola y descuidada, el 28 de Julio del año de 1877.

A la una comimos en el refectorio de los peregrinos; comiendo estábamos en compañía del vicecónsul de Jaffa, que habia ido á visitarnos, cuando se presentó D. Carlos Español, Vicecón-

sul de Jerusalem, tomó café y dispusimos nuestra marcha á Ramma. Nos sirvió la comida un fraile llamado Fray Bernardino, y los postres y el café un árabe cristiano. A media comida nos encontramos cuando entró doña Simona, que me regaló para que trajera á España algunas labores, de las que ya hacian sus educandas: despues de comer entró á visitarnos toda la comunidad con el presidente fray Casto Amado. Lamartine, Chateaubriand y otros ilustres viajeros, que con las galas de su elocuente pluma han descrito los Santos Lugares, han encomiado la inocencia y la plácida alegría que reina en los semblantes de los franciscanos de Tierra Santa: cuanto han dicho aquellos ilustres escritores es pálido; el trato de aquellos frailes edifica; sin rebajar un punto la dignidad de su clase, son joviales; en su mirada se pinta la tranquilidad de su alma, y aunque no lo manifiestan con marcados signos exteriores, rebosa en ellos el gozo al recibir noticias de su patria. Confieso que pasé un agradable rato con los frailes de Jaffa. Terminada la comida, si no por indicacion, al ménos con manifiesta aprobacion del presidente cargué mi revólver, que ya otra vez habia cargado para ir de Suez á las orillas del Mar Rojo; y como el dragoman del convento tenia arregladas las condiciones de nuestro viaje, partimos á las tres para Ramma. Sin que el presidente fray Casto Amado lo advirtiera, porque

de antemano me lo habia prohibido, hice, como era mi deber, una limosna al convento.

RAMMA.

Martes 6 de Marzo.

La casa del soldado.—Nuestra pequeña caravana.—Corzas raposas, pájaros.—Nuestra llegada.—El taller, hoy capilla, de Nicodemus.—La Torre de los Mártires.—La celda de Napoleon.—La Virgen de la Almudena.—Los leprosos.—La partida.

Ramma, Ramble, Rámata ó Arimatea, dista de Jaffa tres leguas. Su aspecto es miserable; el carácter de su construcción, como el de todos los pueblos de la Palestina, casas de piedra sin tejas, con una azotea y una bóveda tambien de piedra, á cuya bóveda dan el nombre de CUBBÉ; pueblos que revelan un pasado grande y un presente pequeño; pueblos formados en su mayor parte de ruinas; pueblos menores que sus cementerios, lo cual demuestra que aquellos caminan ménos lentamente á su extincion.

Hoy el viaje de Jaffa á Jerusalem no es tan peligroso como en otro tiempo, porque además de varias circunstancias, que explicaremos en el tras-

curso de esta obra, el sultan ha mandado construir en dicho camino varios edificios, que los naturales llaman BET EL-ASCAR, *la casa del soldado*; los cuales sirven de puestos avanzados. Esos edificios recortados todos por un mismo patron, se componen de dos cuerpos de piedra sillar: el inferior es un cubo grande, terminado en almenas de impaje: el superior es otro cubo más pequeño, terminado tambien en almenas de impaje, colocado sobre el superior; su forma total es elegante: en cada uno de estos castilletes vive un soldado de caballería, teniendo el caballo en el primer piso, y ocupando él el segundo. Cuando se consuma un robo ó un asesinato, el soldado que adquiere noticia de ello, planta entre los impajes de su torre una bandera si es de dia, ó un farol si es de noche. Como dichos fortines se encuentran á la vista el primero del segundo, el segundo del tercero y así sucesivamente, se reproduce en pocos momentos esta señal telegráfica en todos, salen todos los soldados, y corriendo por aquellas extensas llanuras ó por aquellas elevadas montañas, siempre dan alcance al ladron ó al asesino. A pesar de esta policia que ofrece bastante seguridad en el camino de Jaffa á Jerusalem, he observado en todos los viajeros por la Palestina, y más en los del país que en los extranjeros, marcada tendencia á unirse unos con otros para marchar juntos aunque no se conozcan; más, aunque no se hablen en todo el

de antemano me lo habia prohibido, hice, como era mi deber, una limosna al convento.

RAMMA.

Martes 6 de Marzo.

La casa del soldado.—Nuestra pequeña caravana.—Corzas raposas, pájaros.—Nuestra llegada.—El taller, hoy capilla, de Nicodemus.—La Torre de los Mártires.—La celda de Napoleon.—La Virgen de la Almudena.—Los leprosos.—La partida.

Ramma, Ramble, Rámata ó Arimatea, dista de Jaffa tres leguas. Su aspecto es miserable; el carácter de su construcción, como el de todos los pueblos de la Palestina, casas de piedra sin tejas, con una azotea y una bóveda tambien de piedra, á cuya bóveda dan el nombre de CUBBÉ; pueblos que revelan un pasado grande y un presente pequeño; pueblos formados en su mayor parte de ruinas; pueblos menores que sus cementerios, lo cual demuestra que aquellos caminan ménos lentamente á su extincion.

Hoy el viaje de Jaffa á Jerusalem no es tan peligroso como en otro tiempo, porque además de varias circunstancias, que explicaremos en el tras-

curso de esta obra, el sultan ha mandado construir en dicho camino varios edificios, que los naturales llaman BET EL-ASCAR, *la casa del soldado*; los cuales sirven de puestos avanzados. Esos edificios recortados todos por un mismo patron, se componen de dos cuerpos de piedra sillar: el inferior es un cubo grande, terminado en almenas de impaje: el superior es otro cubo más pequeño, terminado tambien en almenas de impaje, colocado sobre el superior; su forma total es elegante: en cada uno de estos castilletes vive un soldado de caballería, teniendo el caballo en el primer piso, y ocupado él el segundo. Cuando se consuma un robo ó un asesinato, el soldado que adquiere noticia de ello, planta entre los impajes de su torre una bandera si es de dia, ó un farol si es de noche. Como dichos fortines se encuentran á la vista el primero del segundo, el segundo del tercero y así sucesivamente, se reproduce en pocos momentos esta señal telegráfica en todos, salen todos los soldados, y corriendo por aquellas extensas llanuras ó por aquellas elevadas montañas, siempre dan alcance al ladron ó al asesino. A pesar de esta policia que ofrece bastante seguridad en el camino de Jaffa á Jerusalem, he observado en todos los viajeros por la Palestina, y más en los del país que en los extranjeros, marcada tendencia á unirse unos con otros para marchar juntos aunque no se conozcan; más, aunque no se hablen en todo el

viaje, y á esta reunion buscada ó casual llaman caravana, arande ó pequeña caravana, segun el número de viajeros que la componga.

Nuestra pequeña caravana salió de Jaffa á las dos y media de la tarde del martes 6 de Marzo, habiendo sido cariñosamente despedida por todos los frailes españoles y con especialidad por su presidente fray Casto Amado. Componian nuestra caravana el venerable fraile carmelita fr. Giovane de Sta. Teresa, el fraile capuchino más jóven y ménos venerable fray Francesco de Nápoles, ambos italianos, un jóven tambien italiano, alto, delgado, poco hablador y muy melancólico, llamado Biffi Luigi Federico; otro jóven elegante, decidor, protestante, que hacia cuatro años se encontraba viajando, natural de Stokolmo, Giovanni Jauzon, dos niños rusos que iban á uno de los colegios de Jerusalem, el dragoman y yo. Giovanni Jauzon optó por ir á caballo; y yo hubiera hecho lo mismo, ya por la pasion que siempre he tenido á esa clase de ejercicio, y ya porque abrigaba grandes deseos de montar un caballo árabe, uno de esos caballos de que tanto nos hablan los viajeros y que con rasgos tan enérgicos nos describen las sagradas Escrituras; pero faltaba una persona para llenar los asientos de lo que allí llaman carroza, y cedí á las instancias del venerable padre fray Giovane de Sta. Teresa. Bastantes ocasiones tuve despues de montar caballos árabes, y de hacer gi-

nete en ellos, grandes jornadas. Lllaman carroza en aquel país á un arteson grande de madera tirado por tres caballos en fondo con tres asientos muy duros, aunque forrados de gutapercha, asegurados por medio de unas correas en sentido trasversal del arteson ó artesa; son ni más ni ménos las tales carrozas uno de los carros del arbolado que se usan en Madrid en los que colocaran tres banquetas de frente una tras otra con un respaldo muy bajo. En la primera de estas tres banquetas, iban el cochero y los dos niños rusos, que tendria cada uno de diez á doce años; en la segunda los dos frailes, en la tercera Biffi Luigi Federico y yo; el equipaje lo llevábamos á los piés, sirviéndonos de escabel; al pasar por encima de una piedra nos hubiera arrojado la carroza si con gran fuerza no nos hubiéramos agarrado á ella; al subir las cuestas pendientes, teniamos que apearnos todos porque era imposible salvarlas de otro modo.

Cuando salimos de Jaffa y marchando por aquel ameno camiuo, que forman las impenetrables vallas de nopales, cercos naturales de las frondosas huertas de naranjos, limoneros y granados, llegamos á un rellano donde brota la fuente de la Virgen; encontramos tal número de camellos tendidos en el camino, que tuvimos que esperar más de un cuarto de hora á que aquellos corpulentos animales se levantaran y abrieran calle para poder seguir. Tan sombríos en su mirada como los árabes

que los custodiaban, parecia, que como ellos, se resistian á dar paso por sus terrenos á los hijos de Europa.

Media hora nos costó cruzar el agradable terreno que ocupan los naranjales de Jaffa, ó sea sus pintorescos jardines; y cuando ya los dejamos atrás, no perdimos por cierto en cuanto á la belleza del espectáculo, pues se ofrecieron á nuestra vista grandes campos cubiertos de yerba y de flores, campos que se perdian en un horizonte de ondulantes colinas; los trigos, y era el 6 de Marzo, se hallaban tan adelantados como están en España á mitad de Mayo, no sé si aquellas flores eran segun el padre Neret dice en su viaje, tulipanes, rosas blancas, narcisos, anémonas, azucenas blancas y amarillas, alelías y siemprevivas, porque no pude detenerme á mirarlas de cerca; pero observé que esmaltaban las verdes campiñas con vivísimos y diferentes colores, y que perfumaban la atmósfera con delicado aroma. Observé tambien que todos los animales son allí mucho más mansos que en Europa; sin duda porque ménos cruel que el civilizado hombre de Europa, es para ellos el incivilizado hombre del Asia. A tiro de escopeta cruzaron delante de nosotros varias corzas; dos raposas atravesaron muy tranquilas el camino á nueve ó diez metros de nosotros, y las calandrias y otros pájaros tenian que dar un vuelo para que no las pisaran nuestros caballos; pero aquel vuelo

que daban era de metro á metro y medio nada más.

Esto ve el que aquellos campos mira solo con los ojos de la materia; pero el que los contempla además con los ojos del espíritu; el que invoca en su auxilio la historia, la ciencia y la fé, esas cariñosas hermanas, que solo se separan una de otra en inteligencias que el orgullo extravía: el que los mira de esta manera siente conmoverse su corazón porque aquellos campos se confunden al Norte con los campos de Caifá, con los campos de S. Juan de Arce, con las cordilleras del Líbano, con los campos de Tiro y de Sidon; porque aquellos campos se confunden al Sur con los campos de Gaza, donde Sanson aterró con su fuerza á sus enemigos; porque aquellos mismos campos que nosotros pisábamos eran los campos de los filisteos, los mismos que Sanson abrasó atando fuego á las colas de las raposas: y habia yo llegado al colmo de mis ilusiones, porque ya desde allí no puede el viajero dar un paso sin que á su mente asalte un hecho histórico; porque cada roca, cada piedra, cada árbol atesora un acontecimiento bíblico, perpetúa una tradicion piadosa; y ¿qué tiene eso de extraño, si aquella tierra, si aquellas campiñas, si aquellas ruinas son el teatro donde se realizaron grandes escenas del Antiguo Testamento?..... ¿Y qué tiene eso de extraño, si aquellos montes, si aquellos caminos por donde nosotros!

viajábamos, son los caminos, son los montes, que holló más de una vez con su planta María..... si aquella atmósfera que nosotros respirábamos llenos de emoción, es la atmósfera que respiró más de una vez Jesús?

A las cuatro de la tarde, á las cuatro de una tarde serena en que el ambiente no agitaba ni las hojas de los sicomoros, ni los tamarindos, ni las espigas de trigo, ni las corolas de las flores silvestres; en una tarde pesada en que el sol de la Palestina caía abrasador sobre nuestras cabezas, descubrimos á Ramma; yo lo contemplé silencioso pensando en aquellos dos santos varones que bajaron á Cristo de la cruz, que acompañaron á María en su más amargo dolor, en el momento más angustioso de su vida, y que los dos vieron la luz primera en aquel pueblo que por primera vez veía yo. A la otra parte de Ramma, léjos, muy léjos, formaban caprichoso horizonte con sus variados perfiles unas altas y escabrosas montañas azules, las montañas de la Judea. A la otra parte de aquellas montañas está Jerusalem.

II.

A las cinco y media llegamos á Ramma. Despues de cruzar, dejando á la izquierda el camino, un delicioso sendero formado por muros de nopales, y tan ancho que por él marchó cómodamente

la carroza, hicimos alto junto á la puerta cerrada del convento de padres franciscanos. Si un fuerte castillo parece el convento de Jaffa, un castillo impenetrable parece el convento de Ramma. A los pocos momentos se abrió la puerta, y entrando á pié y cruzando anchos patios con naranjos y nopales atravezando largos corredores y un espacioso vestibulo, penetramos en una habitacion no muy grande, cuadrada, rodeada de divanes á la turca, forrados de percal azul ó florecitas de colores. Todos cojimos el asiento con placer, porque aquella célebre carroza si no cansa tanto molesta más que ir á pié. Dos cabbas del convento entraron nuestro equipaje, y un fraile sirvió agua y vino sin azúcar, del que todos bebieron ménos yo. Tan luego como mis compañeros de viaje tomaron aquel refresco, pasamos por indicacion mia á ver la casa de Nicodemus.

El noble José de Arimatea y el escultor Nicodemus ambos nacieron en Ramma, Ramble ó Rá-mata, antiguamente *Arimatea*, tanto que el senador José, que con Nicodemus bajó á Cristo de la cruz, tomó el sobrenombre de su pueblo, segun antigua costumbre, llamándose *José de Arimatea*. No se conoce hoy la casa de este personaje por mas de un concepto célebre, sin duda porque vivió de continuo en Jerusalem; pero sí la de Nicodemus sobre cuyo solar se halla edificado el convento de los frailes franciscanos: sin embargo, dan vulgarmente el nombre de *Cása de Nicodemus*, so-

lo al taller de este escultor, cuyo taller se encuentra hoy convertido en capilla dentro del convento, en la cual se dice misa todos los dias, y la cual es muy visitada y venerada por los peregrinos. Pasamos, pues, á visitarla fray Giovane de Santa Teresa, fray Francesco de Nápoles, el jóven italiano Biffi Luigi Federico, el jóven protestante Giovane Jauzon y yo, acompañados de un fraile: despues de atravesar algunos corredores de aspecto majestuoso y sombrío, salimos á un patio y desde allí entramos en la capilla, donde cayendo todos de rodillas, hasta el jóven protestante, todos hicimos durante algunos momentos fervorosa oracion.

Esta capilla, en otro tiempo taller de un hombre justo, que se hizo célebre bajando de la cruz á la víctima inmolada en el Gólgota por los pecados de toda la tierra y de todo el tiempo, tendrá próximamente seis metros en cuadro; está desde cierta altura colgada de tapices de seda á listas, que caen hasta rozar con el pavimento: frente á la puerta se levanta el altar mayor, sobre el cual hay colocado en la pared un cuadro grande al óleo, representando á Nicodemus: algunos otros cuadros penden sobre los tapices, pero son más pequeños y no de tanto mérito artístico. Desde allí pasamos á visitar la iglesia del convento, que contará diez metros de largo por cinco de ancho, segun pude apreciar á la simple vista: la tienen los frailes muy bien decorada, sobre el altar mayor se ostenta en

el retablo un gran cuadro al óleo, que representa *el descendimiento de la Cruz*; no conozco su autor, pero indudablemente es de gran mérito, no sólo por la correccion del dibujo, sino por la frescura del colorido y por la poesía de su concepcion. Contemplando este cuadro nos hallábamos cuando entró á buscarme el presidente del convento, que tenia noticia de mi comision por cartas del embajador de España en Constantinopla, y de mi llegada por el parte que puso el presidente de Gaffa.

El presidente de Ramma, fray Manuel Pascual, natural de la provincia de Castellon de la Plana, es jóven, en extremo amable y simpático; y tan acostumbrado se encuentra al árabe y al italiano, que segun él mismo me confesó, le cuesta ya trabajo seguir una conversacion en castellano. Yo le presenté una carta del conde de Casa-Sarria, que recibió con gusto; despues de reconocer la iglesia, salimos todos del convento, incluso el presidente fray Manuel Pascual, que ya no nos abandonó un momento durante mi permanencia en Ramma; cruzamos pintorescos paseos formados por impenetrables vallados de espinosos nopales, y andando un cuarto de hora, y atravesando un cementerio árabe, como todos los que vi en Oriente sin tapia que lo cercara, llegamos á la *Torre de los Mártires*.

III.

¡Qué momento tan poético! ¡Qué impresiones tan bellas y delicadas recibimos allí!..... era esa hora melancólica en que el sol se hunde en el Ocaso, dejando la naturaleza sumergida en misteriosa penumbra..... en la verde pradera que pisábamos, se abren grandes bocas de piedra cincelada, que dan peligrosa entrada á extensos subterráneos formados por numerosos arcos de piedra sillar y mampostería; sobre la pradera se levantan gruesos muros tambien con arcos de sillares y mampostería, últimos restos de un colosal edificio, que sucumbió víctima del tiempo; y al otro lado de la pradera, á cincuenta ó sesenta pasos de distancia de esos arcos, sobre los cuales crecen la yedra y el jaramago, se alza sola, elevadísima y esbelta, la Torre de los Mártires,

No se sabe donde esa Torre toma su nombre; no se conoce su origen; hay quieu dice que aquellos imponentes subterráneos, que aquellos muros coronados de yerba, y aquella torre tan alta por lo ménos como la Torre Nueva de Zaragoza, como el Miguelete de Valencia y como la Giralda de Sevilla; que aquella torre que se perfila gallarda en una atmósfera de purísimo azul, formaron parte de un gran edificio de los cruzados; otros sostienen que á la torre ninguna relacion liga con

aquel edificio, sino que fué construida por los árabes al reconquistar la Palestina y destinada á atalaya. Nada nos dice en este caso el sábio libro de la arquitectura, porque los adornos árabes que hermocean la torre y una lápida árabe que existe sobre la puerta, todas estas cosas parecen superposiciones en un edificio de época más antigua.

Sea de esto lo que quiera, el panorama que se disfruta desde la torre, es en extremo agradable; y visto en la hora tranquila en que yo lo ví, seduce el alma con gratas emociones. Al Este se descubre una extensa campiña, que va á perderse en las montañas de Judea, cuya campiña se ofrece salpicada de aldeas, entre las cuales deben mencionarse Danial, Hadid, Jimzú y Suffá; al Nordeste, Adita, Deir-Turtf y otras; al Norte, Beit-Dedjan, Rentich, las ruinas de El-Keniseli, la célebre Lydda rodeada de árboles, Diosópolis ó Lod, fundada por Benjamin, en la que nació San Jorge, y en la que San Pedro curó al paralítico Enea, y en último término las montañas de Samaria: al Sur se ven las aldeas de Naamí, de Khuldah y otras, y al Oeste Jaffa con su azulado horizonte formado por el mar.

No hay necesidad de que al hombre fascinen los cuadros de la naturaleza con la imperiosa fuerza con que me fascinan á mí, para que quede extasiado al contemplar el que á la plácida luz del crepúsculo de la tarde se percibe desde la torre de los Cua-

renta Mártires. Algunos árboles seculares, cuyo nombre no supieron decirme, nacen junto á las ruinas del convento, y el silencio que allí reinaba cuando yo estuve era tan completo, y la calma tan majestuosa, que ni arrullaban las palomas silvestres que entre aquellos escombros anidan, ni susurraban los insectos, ni las brisas oreaban las hojas de los árboles; silencio profundo en todas partes..... silencio en las ruinas del edificio, silencio en las mil tumbas, ruinas del hombre, que teníamos al lado.....

Allí se agregaron á nosotros ocho ó diez peregrinos, todos con el revólver á la cintura: hablando con fray Manuel Pascual de los peligros que al viajero amenazan en la Palestina, dijo:—«Esta noche no tengan ustedes cuidado, porque estamos muchos y casi todos armados; pero varias veces, y la última no hace mucho tiempo, se presentaron aquí derrepente los beduinos, y robaron y aun maltrataron á algunos ingleses que tranquilos visitaban con su dragoman estos monumentos.» Entonces le pregunté yo sorprendido:—¿Tan cerca del pueblo acometen los beduinos?» A lo que fray Manuel Pascual me contestó sonriendo:—«Casi todos los años bajan á las eras del pueblo, cuando los vecinos ostán poniendo en sacos el trigo y la cebada par conducirlo á sus casas, y delante de ellos mismos lo cargan en sus camellos y se los llevan, robándoles en un instante el trabajo de un

año.» Esta narracion hecha sobre el terreno, nos produjo á todos los europeos una sensacion fuerte.—«Lo más que consiguen á fuerza de súplicas los vecinos del pueblo, prosiguió fray Pascual, es que por gracia les dejen una parte de su cosecha.»

Cuando la noche, cuando una noche de dulces galas, fué tendiendo sus sombras por aquel histórico país, comenzamos la marcha hácia el pueblo, y despidiéndonos yo, quizá para siempre, de aquellas venerandas ruinas, y cruzando otra vez por medio del cementerio árabe, que como todos los de su clase ocupa gran extension, porque entre tumba y tumba media un paseo de un metro de ancho, llegamos al convento. En el convento nos esperaba el vicecónsul de Jerusalem, D. Cárlos Español, con su sobrina Elisa, que aunque nacida en Oriente, viste á la Europea, á los que conocimos aquella tarde en Jaffa, y los que de Jaffa habian salido poco despues que nosotros con sus cabbas ó guardias de confianza. El amable presidente nos hizo subir al piso principal del convento y nos introdujo, como objeto digno en efecto de ser visitado, en la celda que ocupó Napoleon I.

Esta celda se compone de una pequeña antesala y una sala pequeña con una cama y una ventana frente á la cama; en aquella humilde estancia durmió algunas noches el coloso del siglo; aún vive en Ramma un hombre, que recuerda haber visto en el convento á Napoleon y haber visitado por aquellos días la celda en que se habia hospedado.

nadie ha ocupado despues aquella celda. Sabido es que cuando Napoleon hizo su expedicion á Egipto, desembarcó en Jaffa, y avanzó hasta Ramma, desde donde se proponia ir á poner sitio á Jerusalem; pero en Ramma recibió una embajada de los turcos de Jerusalem, manifestándole que en el templo del Santo Sepulcro tenian cerrados todos los cristianos de la ciudad; que si daba un solo paso adelante, prendian fuego al templo para que se hundieran y pereciesen entre sus escombros todos los cristianos. Atemorizado, sin duda, con esta amenaza Napoleon, ó por otras razones que son desconocidas, no dió un paso más hácia la Ciudad Eterna, y llevó sus armas á otra parte.

A las ocho se puso la mesa para cenar, en un aseado y extenso refectorio, rodeado de divanes cubiertos de percalina azul á florecitas de colores; todos cenaron con apetito, y yo, segun costumbre que hace muchos años tengo, tomé una jicara de chocolate. Pocos momentos despues entraron á hacernos la tertulia el presidente fray Manuel Pascual y cuatro frailes españoles, en cuyo semblante se veia reflejado el placer que experimentaban al encontrarse con un español.—"Ya que tan pocos, exclamaban ellos, vienen á visitar estos santos lugares." A las diez nos recogimos en nuestras celdas: á mí me destinaron una magnífica con tres camas, á la que se entra por un gran patio, ó mejor dicho, por un jardin. En vez de acostarme me puse á escribir en mi diario las im-

presiones del dia; como hacia calor abrí una reja, por la cual entraban las ramas de los naranjos y los limoneros, perfumando con el aroma de su azahar la habitacion; y mientras escribia oia ladrar los mastines dentro del convento y aullar los chacales á la otra parte, pero muy cerca de los muros.

IV.

Puesto que nos hallamos en casa de Nicodemus, mientras todos duermen, vamos nosotros á referir un detalle de aquel justo varon, que muy relacionado se encuentra con España, y más aún con Madrid. Muerto Jesus, manifestó su Santísima Madre gran aficion á la cámara en que se celebró la cena, aquella última cena, precursora de la redencion del género humano; muchos ratos pasaba la Virgen con los apóstoles en esa cámara, donde bajó el *saber divino* en lenguas de fuego: pues bien, en otra cámara contigua á ella, y á la cual se entra subiendo cinco ó seis peldaños de piedra, Nicodemus, que era escultor, quiso retratar á la Virgen Santísima, y estando ella delante esculpió su imagen, á la que dió el colorido San Lucas, que era pintor, por lo cual supone la crónica que de este hecho se ocupa, tenga gran parecido con el original. Cuando poco despues los apóstoles se esparcieron por todos los ámbitos de la tierra con obje-

nadie ha ocupado despues aquella celda. Sabido es que cuando Napoleon hizo su expedicion á Egipto, desembarcó en Jaffa, y avanzó hasta Ramma, desde donde se proponia ir á poner sitio á Jerusalem; pero en Ramma recibió una embajada de los turcos de Jerusalem, manifestándole que en el templo del Santo Sepulcro tenian cerrados todos los cristianos de la ciudad; que si daba un solo paso adelante, prendian fuego al templo para que se hundieran y pereciesen entre sus escombros todos los cristianos. Atemorizado, sin duda, con esta amenaza Napoleon, ó por otras razones que son desconocidas, no dió un paso más hácia la Ciudad Eterna, y llevó sus armas á otra parte.

A las ocho se puso la mesa para cenar, en un aseado y extenso refectorio, rodeado de divanes cubiertos de percalina azul á florecitas de colores; todos cenaron con apetito, y yo, segun costumbre que hace muchos años tengo, tomé una jicara de chocolate. Pocos momentos despues entraron á hacernos la tertulia el presidente fray Manuel Pascual y cuatro frailes españoles, en cuyo semblante se veia reflejado el placer que experimentaban al encontrarse con un español.—"Ya que tan pocos, exclamaban ellos, vienen á visitar estos santos lugares." A las diez nos recogimos en nuestras celdas: á mí me destinaron una magnífica con tres camas, á la que se entra por un gran patio, ó mejor dicho, por un jardin. En vez de acostarme me puse á escribir en mi diario las im-

presiones del dia; como hacia calor abrí una reja, por la cual entraban las ramas de los naranjos y los limoneros, perfumando con el aroma de su azahar la habitacion; y mientras escribia oia ladrar los mastines dentro del convento y aullar los chacales á la otra parte, pero muy cerca de los muros.

IV.

Puesto que nos hallamos en casa de Nicodemus, mientras todos duermen, vamos nosotros á referir un detalle de aquel justo varon, que muy relacionado se encuentra con España, y más aún con Madrid. Muerto Jesus, manifestó su Santísima Madre gran aficion á la cámara en que se celebró la cena, aquella última cena, precursora de la redencion del género humano; muchos ratos pasaba la Virgen con los apóstoles en esa cámara, donde bajó el *saber divino* en lenguas de fuego: pues bien, en otra cámara contigua á ella, y á la cual se entra subiendo cinco ó seis peldaños de piedra, Nicodemus, que era escultor, quiso retratar á la Virgen Santísima, y estando ella delante esculpió su imagen, á la que dió el colorido San Lúcas, que era pintor, por lo cual supone la crónica que de este hecho se ocupa, tenga gran parecido con el original. Cuando poco despues los apóstoles se esparcieron por todos los ámbitos de la tierra con obje-

to de predicar el Evangelio, Santiago el *Mayor* tomó aquella imágen y la trajo á España. Santiago llegó en España á la region que se extiende entre los montes carpetanos y los oretanos, *Guadarrama y los montes de Toledo*, y entró en un pueblo muy pequeño, á manera de gran castillo, llamado entónces *Mantua Carpetana*, que sobre una colina, á cuyo pié se desliza un rio, habia fundado el celta Ogno-Manior. Con su inspirada palabra no solo logró Santiago convertir algunos infieles al cristianismo, sino que del templo de Júpiter arrancaran la pagana estatua, y colocaran y veneraran la imágen de María, que habian esculpido Nicodemus y pintado San Lucas. El rio que serpenteaba al pié de la colina, es el *Manzanares*; el pueblo que á manera de castillo se alzaba en la cumbre de la colina, llamado *Mantua Carpetana*, es *Madrid*. En el año 711, cuando los moros invadieron nuestra bella península, ocultaron los cristianos de Madrid su Virgen, para librarla de la profanacion musulmana, y en el año 1085, reinando en Castilla y Leon Alfonso VI, los descendientes de aquellos cristianos buscaron la imágen que ocultaran sus antecesores, de cuyo hecho conservaban vagas tradiciones, y como la encontraron milagrosamente en la almudena de un muro, la designaron desde entónces con el nombre de *la Virgen de la Almudena*. La revolucion de 1868 derribó ese templo, perla de la religion, joya del arte, y *la Virgen de la Almudena* fué trasladada á la

iglesia del Sacramento, donde hasta el dia de hoy se la venera.

V.

Continuemos nuestro viaje. Segun la noche anterior habiamos convenido; nos levantamos á las cinco de la mañana casi todos los viajeros; el venerable carmelita fray Giovane de Santa Teresa celebró misa en la capilla, taller en otro tiempo de Nicodemus, y dos frailes y yo asistimos á ella. Jamas hasta entónces habia yo oido una misa con tanta devocion; aún reinaba en la naturaleza el silencio de la noche, y en aquel oratorio, retirado del mundo, lleno de recuerdos, se disfrutaba una calma tan dulce como la que deben experimentar las almas bienaventuradas. Concluida la misa me dirigia al altar; yo mismo saqué de los candeleros las medias velas que habian alumbrado durante el Santo Sacrificio, y entregando al fraile sacristan una moneda de veinte reales para que comprase cera, le dije que me traia á España como recuerdo aquellas dos medias velas. El sacristan, que era español, se alegró muchísimo de mi resolucion, y no queria recibir el dinero, que al fin le obligué á tomar; pero mi compañero de viaje, fray Francisco de Nápoles, que todo esto vió, se empeñó en que le regalase una de ellas, y aunque yo me resistí bastante, me lo suplicó

con tal insistencia, que no pude ménos de acceder á sus deseos. Conservo esta vela entre los muchos objetos que traje de la Tierra Santa y del Egipto, con los que he formado un pequeño para mí queridísimo museo. A las seis y media desayunamos todos los viajeros en el refectorio de los frailes, no en el que habíamos cenado; todos tomaron té con leche, ménos yo que tomé chocolate hecho á la española. A las siete de una mañana agradable y templada nos encontrábamos en uno de los patios del convento, montando con gran algazara unos en sus caballos y otros en la fatal carroza, acompañados del presidente fray Manuel Pascual y de varios frailes españoles, italianos y franceses.

Entonces se ofreció á mi vista un cuadro repugnante y doloroso, pero que me proporcionó el no pequeño placer de ver representadas con sus propios matices, escenas de las que tantas veces habia leído en el Antiguo y Nuevo Testamento. Eran cuatro leprosas y dos leprosos, con sus trajes orientales, que sentados á la sombra de los naranjos, de los nopales y de los granados del patio nos pedian limosna con lastimeros gemidos; unos tenían grandes manchas blancas en la cara y brazos; á otros se les habia caido el cabello á raíz: uno habia perdido á pedazos una mano; otro imploraba la caridad pública con una campanilla porque se le habia desprendido la falinge: yo, que desde la carroza donde ya estaba sentado, cuando aquellos

infelices llamaron mi atencion, me los quedé mirando con interés; pensé en mis adentros, ántes de que fray Manuel Pascual me lo dijera, que eran leprosos, porque todos presentaban los horribles síntomas que designa el *Levitico* cuando se expresa en estos términos: «*El hombre en cuya piel y carne apareciere color diverso, á postilla parecido, ó alguna cosa como reluciente, esto es llaga de lepra.*» CAP. 13, v. 2.

Pero si honda y triste impresion me produjo la vista de aquellos desgraciados, de quienes fray Pascual me dijo, «que aunque pedian limosna no estaban mal de fortuna,» reflexioné con una satisfaccion que consoló mi alma, que la ley de gracia ha derogado con su caridad los duros preceptos de la ley antigua; que ya nadie huye de los leprosos; que el hermano sano se acerca al hermano enfermo, y que á aquellos desventurados se permite vivir dentro del pueblo, mezclados con la demás gente, olvidando el precepto del mismo *Levitico* que dice: «*Todo el tiempo que está leproso é inmundo habitará solo, fuera del campamento.*» CAP. 13 v. 40.

A las siete de la mañana nos despedimos de aquellos benéficos frailes, á quienes lo mismo que á los demás frailes de Tierra Santa envió un cariñoso recuerdo desde mi gabinete; y alegres comenzamos nuestro viaje con la grata idea de que ántes de ocultarse en el Oceano aquel sol que radiante aparecia en Oriente, ya habríamos nosotros entrado en la deseada ciudad, en la C. Eterna

DE RAMMA A JERUSALEN.

Miércoles 7 de Marzo.

Los campos de Asaraon.—Varias ruinas.—El-Latrum.
—Otras ruinas.—Bab-el-Luadi.—Abu-gosch.—Cemen-
terios musulmanes.—El-Dilib.—El Valle de los Tere-
bintos.—Jerusalem.

I.

«El peso de las emociones presentes, junto con el recuerdo de mi patria y de mi infancia, que en este viaje se me reproducen con frecuencia, oprimen mi corazón.»

Trascribo íntegras estas frases que encuentro en mi diario, escritas en Ramma ó Arimatea. Ya íbamos dejando á nuestra espalda la tribu de Simeon y de Dan; ya íbamos descubriendo delante de nosotros las altas y escarpadas montañas de la Judea, de ese país, cuyo nombre conoce hasta la persona más ignorante, porque no lo aprendemos en las universidades ni en los ateneos, sino en la iglesia de nuestro pueblo ó en el tierno regazo de nuestra Madre, ó en esos dos sagrados templos á

la vez. A cada paso que daban nuestros caballos, á cada trecho que avanzaba nuestra carroza, nos enseñaba el dragoman unas ruinas y nos contaba una tradicion; porque las tradiciones brotan allí de todas partes, porque cada roca, cada piedra, cada árbol, es allí un monumento que testifica un hecho bíblico.

El dia, que habia despuntado delicioso, nos amenazaba con un calor abrasador; yo mirando al cielo, buscaba en vano una nube, y el dragoman nos encargó que metiéramos los pañuelos dentro de los sombreros, porque el sol de la Palestina es pernicioso. A los pocos minutos de alegre caminar, nos encontramos de nuevo en las fértiles campiñas de Asaraon, donde David tenia numerosos rebaños guardados por Setrai. Poco despues nos enseñaron otras ruinas, diciéndonos que eran los restos de la antigua ciudad de Gezer, que envolvia gran historia, y que contaba entre sus reyes á Oram, á quien los hebreos colocaron en aquel trono poco despues de su entrada en la tierra de promision. Vimos á la izquierda del camino otras ruinas tristes y solitarias, que se levantan sobre un terreno pedregoso; aquellas ruinas se llaman entre los árabes El-Kulab, y es cuanto nos queda de la célebre Cobeh, de aquella ciudad de que se ocupa el Talmud, señalándola como límite entre los territorios de los Israelitas y de los Filisteos. Cinco cuartos de hora próximamente despues de salir de Ramma subimos á la cumbre de una cues-

ta; en esta cumbre, á la derecha del camino y casi tocando á éste, nos encontramos con las ruinas de otro pueblo, cuyos macilentos escombros se esconden tímidos entre los bosquecillos de nopales que lo rodean. Este aduar, este monton de piedras son los restos de un antiquísimo pueblo conocido con el nombre de El-Latrum; y entre aquellas humildes chozas, posteriores al primitivo pueblo, pero tambien hundid. s ya, se señala el solar de la casa que habitó mucho tiempo el egipcio Dimas, el *buen ladron*, aquel hombre que tuvo la dicha de exhalar el último suspiro junto á Cristo; aquel hombre, el primero entre los gentiles que reconoció el origen celestial de Jesucristo; el primero que confesó su divinidad, pidiéndole que se acordase de él cuando entrara en el paraíso: *Domine memento mihi dum veneris in paradisum.*

Todos los peregrinos se paran un momento á contemplar estas ruinas; y todos escuchan con anhelo la tradicion que los dragomanes cuentan de Dimas. Dicen con ese aspecto grave y dogmático con que los árabes refieren sus historias no escritas ni dudadas como en Occidente, sino trasmitidas de padres á hijos, y por hijos y por padres creidas; dicen que huyendo á Egipto la Virgen, S. José y el Niño, se encontraron fatigados por el cansancio y ahogados por el calor, y deseando tomar un poco de reposo, se sentaron á la sombra de una palmera; una patulea de salteadores, que por allí vagaba, se acercó á la Sacra Familia, y

mientras se preparaban á robarla, insultaban á la jóven María y se mofaban del anciano José; en aquel crítico instante llegó el capitán de la patulea, más mozo y mejor formado que los demás, y como se enterara del caso, reprendió severamente á sus compañeros por el desacato que cometian con aquella jóven mujer y con aquel venerable anciano; aseguran tambien que les ofreció agua y pan y se llevó consigo á los bandidos, dejando en paz á la Sagrada Familia. Pues bien, aquel generoso capitán de bandoleros, segun los árabes continúan afirmando en su narracion, era Dimas, el que treinta y tres años despues, espiró á la derecha de aquel Niño á cuya Madre salvó de los escarnios de los feroces bandoleros. ¡Con qué placer se escuchan estas piadosas tradiciones, allí en el mismo terreno en que sucedieron! El padre Livinio, fraile lego franciscano, conventual en S. Salvador, á quien he tenido el gusto de conocer, dice en una guía de Tierra Santa, que ha escrito en francés y en italiano, tan rica en detalles como pobre en método, que EL-LATRUM se encuentra en la actualidad habitado por algunos pobres *Fellahas* ó campesinos; verdad es que nosotros nos detuvimos muy poco en aquel lugar, pero no vimos habitantes, ni señales de que los hubiera: no vimos más que ruinas y muestras inequívocas de un completo abandono, de la más triste soledad.

Como el día que marché de Ramma á Jerusalem, miércoles 7 de Marzo, era uno de los días

próximos á Semana Santa, se dirigia un gran número de peregrinos á la Ciudad Eterna; por lo cual fuimos encontrando en el camino muchos rusos y rusas, muchos ingleses, algunos chipreños, varios armenios, y no pocos americanos, que en carrozas como la nuestra, en caballos y en burros viajaban en nuestra direccion, porque ellos y nosotros llevábamos el mismo fin, los cuales se agregaban á nosotros ó nosotros á ellos, formando así una caravana. ¡Ah.....! En medio del placer que á todos nos producía reunirnos tanta gente en tan solitarias llanuras, en tan ásperas y elevadas montañas, cuya subida nos disponíamos á comenzar, á mí me causaba honda pena, que sepultaba en mi pecho, oír hablar el francés, el inglés, el sueco y el ruso, casi todos los idiomas de Europa y de América, casi todos los idiomas ménos el español: cada uno de aquellos peregrinos se comunicaba en su propia lengua, porque cada uno llevaba junto á sí quien le entendiera; cada uno de los peregrinos ménos yo, que tenia que servirme de un idioma prestado, porque allí no iba otro español que yo.

Hemos dicho que las importantes tradiciones brotan en aquel país á cada paso, y yo que jamás olvido el favor que una vez se me dispensa, envío desde mi gabinete un recuerdo de gratitud á todos mis compañeros de viaje, á todos, porque así que me veían abrir la cartera, ellos mismos hacían parar la carroza, y complacientes esperaban todos

que yo tomara mis notas; á todos envío mi reconocimiento, y con especialidad al más venerable de todos, al reverendo padre fray Giovane de Sta. Teresa. Siete minutos llevábamos caminando desde *El-Latrum*, cuando descubrimos cerca también del camino, oculto en parte por la ondulacion del terreno, un pequeño pueblo con las ruinas de un templo cristiano: aquel templo se llama *Amoas*; humilde, súpico y casi destruido hoy, fué en otro tiempo gran ciudad, en la que derrotó, en sangrienta batalla Judas Macabeo á Georgias, general de Antioco *Epiphanes*, rey de Siria, y en la que sufrieron martirio los siete hermanos macabeos y su madre en el año 168 ántes de Jesucristo. Otro miserable pueblo, otro pueblo casi derruido, se encuentra luego, *Sarris*, donde David vencido, permaneció algun tiempo con el resto de su ejército.

La Palestina es un país de ruinas, sí; pero de ruinas que nunca acaban, de ruinas que dan misteriosa vida al país que las contiene; es una flor marchita, pero cuyos pétalos nunca se desprenden de su cáliz; pero cuyos aromas, más vivos á medida que el tiempo pasa, se perciben al través de los siglos y al través de todas las civilizaciones. ®

A las diez y cuarto de la mañana llegamos al Khan *Bab-el-Luadi*, donde todos los viajeros descansan largo rato. Es el Khan *Bab-el-Luadi* un edificio de piedra sillar compuesto de tres cuerpos unidos entre sí, de tres torreones, los dos latera-

les más altos que el del centro, el cual une á los dos. Como todos los edificios de la Palestina tiene la escalera en la parte exterior del muro, y en éste la forman dos líneas rectas de peldaños que, naciendo en el suelo junto á los extremos del edificio, forman un triángulo isósceles, cuya cúspide coincide con el borde superior del torreón central: por manera que esta escalera conduce á lo alto del más bajo de los tres cuerpos, azotea de encantadoras vistas, donde se abren puertas que dan entrada á salones humildemente amueblados al estilo oriental, pertenecientes á las torres laterales. En el triángulo formado por las dos líneas de escalera, se abre una puerta de medio punto que comunica con una espaciosa cuadra. Este khan ó parador se levanta á la derecha del camino, al pié de grandes montañas, en las que de trecho en trecho descuellan escarpadas rocas sobre pequeñas y verdes praderas salpicadas de florecitas azules y de encarnadas amapolas. Los gorriones anidan en los agujeros de este edificio, y en sus muros y en las rocas de la montaña arrullan multitud de palomas silvestres. Al rededor del edificio nacen cinco añosas higueras, que ofrecen al peregrino apetecida sombra.

Frente a este khan, al otro lado del camino, se levanta un edificio á manera de establo, en el que dos árabes casi andrajosos venden pan y huevos duros. Pudiéramos decir, asimilando estos edificios á los de Europa, que el khan es una fonda y el edificio de enfrente un figon.

Recuerdo con placer la hora y media que pasé en aquel poético lugar; como es un punto de descanso, como hay sombra y agua, cosas bien codiciadas en Palestina; como está defendido de los beduinos porque á sesenta pasos se levanta una de las casas ó castilletes de los soldados, que guardan el camino; como allí se prepara uno ya para comenzar la subida de las escabrosas montañas de la Judea, á cuyo pié nos encontramos; allí paran todos los viajeros, desenganchan los caballos de las carrozas, y se almuerza y se disfruta un rato de verdadero solaz; nosotros no almorzamos allí porque el vicecónsul español nos dijo que con su sobrina Elisa y sus cabbás nos esperaría en *El-Dilip*, que es un punto que hay más adelante, despues de pasar el pueblo de Abu-Gosch. Sin embargo, como fray Francesco de Nápoles, el fraile jóven, sentia gran debilidad, entramos en el figon y tomamos dos pares de huevos duros, que nos costaron dos piastras, doce cuartos. Allá se reunieron seis ó siete carrozas, diez ó doce caballos, cinco ó seis burros, todos los viajeros que montaban estas cabalgaduras, por lo cual reinó gran animacion.

Paseando yo por aquellos contornos, me encontré con una jóven de veinte años, sentada en una piedra y fumando en su ARGUÏLET, gran pipa compuesta de una redoma de cristal llena de agua, donde se purifica el humo del tabaco TOMBEC antes de llegar á los labios por medio de un cordon

hueco de metro y medio o dos metros de largo. Le pregunté en frances—"Qué religion profesaba" y me contestó en francés—"Que el judaismo;" volví á preguntarle en francés—"De qué nacion era," y me contestó.—"Que de España." Agradablemente sorprendido le pregunté en castellano—"Cuanto tiempo hacia que habia salido de España," y me respondió en mal castellano—"Que ni ella, ni sus padres, ni sus abuelos habian estado en España; pero que sus antecesores eran españoles y salieron huyendo de España hacia siglos." Entónces comprendí que descendía de los judíos, que en tiempo de los reyes católicos fueron expulsados de nuestra patria. En Jerusalem me ocurrieron despues escenas análogas á ésta; todos los judíos se llaman españoles y hablan un mal castellano. Aquella jóven vestida al estilo de su país, y de facciones suaves y lánguidas como todas las israelitas, me ofreció su arguilet para fumar, que yo no acepté, y despues montada en un burro, siguió con nosotros hasta la Ciudad Eterna. Por fin, bajo los rayos de un sol abrasador, sin frondosidad ya en el suelo, ni brisas en la atmósfera que templaran el insufrible calor, rompió la marcha por aquellas montañas nuestra caravana, compuesta de cuarenta ó cincuenta personas, aunque marchábamos á gran distancia unos de otros para librarnos del polvo que levantaban los caballos, los burros y las carrozas.

A la una, doblando la cumbre de una roca, prin-

cipiamos á bajar una cuesta, y á la derecha del camino, distante de él seis ó siete metros debajo del nivel del mismo, nos encontramos con el pueblo llamado vulgarmente *Abu-Gosch*, el cual por su celebridad merece que le dediquemos algunas líneas. *Abu-Gosch*, una de las poblaciones más importantes del país, nace en la falda de una colina rodeada de olivos, de granados y nopales, y es verdaderamente la llave de Judea. Este pueblo, miserable aldea hoy, revestido de ese carácter súcio y triste de todos los pueblos de Oriente, fué en otro tiempo la célebre *Baala* ó *Cariathiarim* de la tribu de Judá, donde por algun tiempo permaneció el Arca Santa en casa de Abinadab, despues que los filisteos la devolvieron al pueblo de Israel. En *Abu-Gosch* se ven las ruinas de un magnífico templo católico, llamado *San Jeremías*, y no falta quien asegure que el poeta de este nombre, el célebre profeta autor de los trenos, de esa poesía celestial, cuyos plañideros ecos llegan al alma y cuyos cantos son sentencias para todos los pueblos y todas las edades, nació en *Abu-Gosch*; otros, desechando esta opinion, afirman que vió la luz primera en un pintoresco terreno, que se extiende á corta distancia de dicho pueblo. Antiguamente los frailes de Tierra Santa poseian la iglesia de *San Jeremías*, que yo vi en ruinas, y un convento á su lado, del que apenas se conservan los cimientos. En 1849 fué destruido este convento por los habitantes de *Abu-Gosch*, los más feroces de la

Palestina, y hechos pedazos todos los frailes, que eran nueve; en 1873 ha devuelto la Sublime Puerta á los frailes franceses las ruinas de la iglesia de San Jeremías en recompensa de San Jorge, de que fueron desposeidos en Lidda. Este pueblo se llama entre los naturales *El-Querie*, y sólo se conoce con el nombre de *Abu-Gosch* hace cincuenta y tantos años, cuyo nombre ha tomado de un bárbaro *Cheikh* ó jefe nombrado así, que tuvo desde fines del siglo pasado, hasta los años cuarenta ó cuarenta y tantos. Este feroz musulman, déspota como nadie, apostaba guardias á grandes distancias para que éstas obligaran á los peregrinos á pasar por su pueblo, y así pagarle el oneroso tributo, que él mismo sin ley y sin razon habia impuesto. Este feroz musulman, más sanguinario que las hienas del desierto, no sólo hacia con los frailes lo mismo que con los peregrinos, sino que con ellos cometía el más espantoso crimen, la más horrible crueldad; los prendia, los metia en un horno hasta que de sus conventos le llevaban las grandes sumas que por su rescate reclamaba, y si no le aprestaban esas sumas, ó tardaban demasiado en entregárselas, porque mucho tiempo costaba á los infelices reunir las, él mismo prendia fuego al horno, y veia perecer abrasados en él á los que algunos dias habian ya en él permanecido sin comer y sin beber. Aún pronuncian con terror su nombre los frailes de Tierra Santa. Al vizconde de Chateaubriand sirvió de escolta Abu-Gosch;

tambien acompañó á Lamartine, y se comprometió á protegerlo mediante un rico traje, que con este fin le regaló Lady Stanhope, reina entónces de Palmira. Yo he visto la tumba de aquel musulman, terror en otro tiempo de la Judea, cuya tumba descuella sobre las demás del pueblo, como un castillo feudal sobre las chozas de los campesinos. Abu-Gosch continuó cobrando el arbitrario tributo que él mismo habia impuesto, y ejerciendo su acostumbrada crueldad, hasta que en 1830 lo humilló Ibrahim Pachá, virrey de Egipto, aquel hombre benéfico, aquel génio protector, que proclamó la independenciam de su país, que protegió á los cristianos, que persiguió la inmoralidad, y que abatió el indomable poder de los beduinos, derrotándolos en las montañas que se extienden entre Jerusalem y Jericó. Los hijos del potente Abu-Gosch, están hoy reducidos á la triste condicion de humildes y pacíficos campesinos.

Los viajeros contemplan con entusiasmo la estatua ecuestre de Ibrahim Pachá, que se levanta próxima á los jardines del Cairo, así como la de su padre Mehemet-Alí, erigida en la gran plaza de los cónsules ó de *Mehemet-Ali* en Alejandría.

Hemos dicho que la aldea *Abu-Gosch* está á la derecha del camino, yendo de Jaffa á Jerusalem, en la falda de una colina y un poco hundida bajo el nivel de aquel; pues bien, si á la derecha del camino, en el borde de éste se ve el pueblo de los vivos, á la izquierda del mismo camino tambien en

el borde de éste se ve el pueblo de los muertos, se ve el cementerio; y puesto que muchas veces hemos hablado en nuestro libro de los cementerios musulmanes, y muchas tenemos aún que hablar, descansenos un momento de nuestro viaje, y demos una idea de estos melancólicos recintos, última morada del hombre, cualesquiera que sean su religion y su cultura.

Los europeos parece que huimos de los muertos; los árabes se aproximan indudablemente á ellos; nosotros colocamos los cementerios á larga distancia de las poblaciones; aquellos los colocan casi en las mismas poblaciones, puesto que en algunos puntos comienzan las primeras tumbas dentro de las calles; nosotros cercamos la habitacion de los muertos con un muro; ellos no la cercan con nada; entre el pueblo de los vivos y el pueblo de los muertos, no hay para ellos separacion alguna; y como que entre tumba y tumba media por cada lado un metro próximamente de espacio, sus cementerios son inmensos. En Alejandría comienza el cementerio junto á las últimas casas; en el Cairo comienza dentro de las últimas calles; en Jerusalem tocando á los muros; en las ruinas de Jericó entre las chozas de los beduinos, únicos moradores hoy de aquella insigne ciudad: yo he visto en algunas aldeas que he cruzado para ir de Alejandría al Cairo, sentarse a comer los egipcios, hombres y mujeres, sobre las tumbas de sus antepasados, quizá de sus padres, de sus esposas ó de

sus hijos..... ¿Y cómo no ha de suceder esto, si las tumbas forman en algunas chozas, que chozas son las casas, el quicial de las puertas?..... Las tumbas de los musulmanes, sean egipcios, árabes ó turcos, se llaman *El-Cabur*; consisten en una especie de ataúd como los nuestros, pero de piedra, formados por dos ó tres órdenes de estas en escalones más estrechos por ambos lados, á medida que más se levantan del suelo; en la cabecera y los piés tienen un bolo de piedra de una tercia de altura, imitando con más ó ménos propiedad el turbante, á cuyos bolos de piedra dan el nombre de *Tantur*. Así como entre las casas de los pobres y desvalidos descuellan por sus dimensiones y lujo las casas de los ricos y poderosos, así tambien las tumbas de los ricos y poderosos descuellan por su lujo y dimensiones entre las tumbas de los pobres y desvalidos; que el hombre de todos los países y de todos los tiempos, en su ridícula vanidad pretende llevar su orgullo hasta el imposible, sin pensar que hay un Dios que dijo á los mares «de aquí no pasareis,» y no pasaron. Entre las tumbas que á la sombra de los nopales, de los olivos y de los granados forman el cementerio de Abu-Gosch, se levanta la de este hombre sanguinario, la cual es una pequeña mezquita, un cubo de piedra sillar de cuatro metros por cada arista, con una bóveda semi-esférica encima, llamada *Cubbé*, sobre la cual vuela dibujándose en la atmósfera una media luna tambien de piedra. Yo que por la lectura ya

conocía ciertos rasgos de Abu-Gosch, y que durante el camino me había enterado de algunos más por el dragoman, contemplé con placer aquel mausoleo, cárcel eterna de uno de los más bárbaros asesinos.

Continuando su marcha nuestra caravana, bajando la cuesta, y algunos minutos despues de haber salido de la triste calle que forman el pueblo de *Abu-Gosch* y su cementerio, no más fúnebre por cierto, ni más solitario, ni más silencioso que el pueblo; dos minutos despues de haber entrado en un pequeño valle, aunque no muy ameno, mucho más que el camino que habíamos dejado, nos hicieron fijar la vista en una elevada montaña, que de forma cónica se levanta á la derecha y á alguna distancia del camino; en la cumbre de aquel elevado cerro, en aquel punto avanzado de la Judea, se descubre con dificultad la aldea de *SOBA*, que apenas cuenta 500 habitantes, todos musulmanes: no hace mucho tiempo que esta aldea era una ciudad rica y rodeada de murallas, pero en 1834 la redujo casi por completo á escombros Ibrahim Pachá. Esta miserable aldea, este conjunto de ruinas y de casas, que entre peñas se esconde como asustada de las miradas del viajero, fué en tiempos bíblicos la célebre ciudad de *Modin*, patria de los macabeos, donde Matatías, padre de todos ellos, dió muerte á un comisionado de Antioco, que se presentó allí con objeto de seducir al pueblo de Israel é inducirlo á adorar los

ídolos; y allí fué tambien, en aquel monte solitario hoy, sin pájaros, sin flores, sin yerbas, donde Simeon Macabeo edificó las célebres tumbas de su padre, de su madre y de sus hermanos, inmortalizadas con siete pirámides, que se descubrian desde el Mediterráneo. *Y edificó Simon sobre el sepulcro de su padre y hermanos un alto edificio que se veia de lejos, de piedras labradas, detras y delante.—Y levantó siete pirámides, una enfrente de otra, á su padre y á su madre, y á sus hermanos.—Y al rededor hizo poner grandes columnas, y sobre las columnas armas para perpetua memoria, y junto á las armas navíos entallados, que viesen todos los que navegasen aquel mar.—Tal es el sepulcro que hizo en Modin y que hoy se vé.—MACABEOS, LIB. 2º, CAP. 13, V. 27.*

II.

A la una y media, hora en que el calor se hacía para los europeos verdaderamente insufrible, llegamos á *Aid-Dilb*, como dice en su guía el padre Livinio; ó á *El-Dilib*, como yo he oído pronunciar muchas veces á los naturales del país. Saliendo del camino, bajando hácia la derecha un desnivel de dos metros en brusca rampa, y andando cinco ó seis, acostumbran bajarse todos los viajeros y entrar en un recinto que en España pasaria por alguna mala corraliza de pastores. Tres lienzos de pared de piedra seca se levantan hasta la cintura

de un hombre, dos troncos de árboles sin labrar se alzan en los dos ángulos rectos que forman las tres tápias, otros dos en los dos extremos de éstas, uno terminando en horcacha, en medio; y estos cinco troncos reciben algunas maderas también sin labrar, que con poca simetría se cruzan unas sobre otras, apoyando sus cabezas horizontales en las cabezas verticales de los cinco troncos de pié, sobre cuyas maderas hay abundantes ramas secas y hojarasca, formando el techo no tan compacto, que por ellas no penetre con frecuencia un molesto rayo de sol.

Este es el *café*, como le llaman los europeos, ó *El-Dilíb* ó *Ain-Dild*, tomando este nombre de una fuenteçilla que entre frondosa yerba brota á corta distancia. Allí nos apeamos todos, allí nos sentamos unos en piedras, otros en haces de leña y otros en taburetes, que aunque viejos y súcios, nos advertían en sus calados, con sus impages y atauriques, que estábamos en el poético país oriental. Tomamos aquella sombra con un placer que no es fácil comprender en España, porque ni en España se camina todo un día al sol, sin agua y sin brisas, ni el sol de España es tan sofocante como el de Palestina. En este rústico café nos aguardaba el vicecónsul de Jerusalem Español con su sobrina Elisa, que había salido de Ramma ántes que nosotros. Allí iban llegando todos los peregrinos, que caminaban á alguna distancia, y al entrar en la sombra de aquella corraliza, donde apenas ca-

biamos porque solo cuenta cinco metros en cuadro, todos se quitaban el sombrero y sofocados todos, se daban aire con los pañuelos. ¡Qué cuadro tan variado y tan lleno de sencilla animacion! En aquel pequeño, humilde y aislado recinto se oía hablar francés, inglés, ruso, árabe y español; casi todos los que allí estábamos, íbamos por primera vez á Jerusalem, casi todos íbamos de lejanos países, y solo nos separaban ya de la tan deseada ciudad tres leguas. Todos los viajeros divididos en grupos sacaron sus meriendas; fray Giovane de Santa Teresa, fray Francesco de Nápoles, Giovane Janzon, Biffi Luigi Federico y yo almorzamos con Español, que llevó carne, fiambre y gallinas, tomando para postre naranjas, fruta obligada en la Palestina; despues se sirvió café, que yo no tomé, y despues ví á algunos árabes adormecerse absorbiendo el humo del célebre tabaco *Tombec* en orientales pipas, *Arguilet*.

A media legua del punto en donde nos encontrábamos, marchando á la izquierda del camino, en una línea perpendicular á éste, se encuentra *Emaus*, aquella aldea en que habiéndose aparecido Jesucristo á algunos de sus discípulos, y habiendo caminado largo rato con ellos sin que lo conocieran, le reconocieron por fin al comer juntos en la manera de partir y distribuirles el pan. Aquellos discípulos, ciegos como el hombre de todos los tiempos, reconocieron por último á su maestro. ¡Ojalá que el hombre de todos los tiempos le reconozca también y lo confiese un día!

Bien nos encontrábamos todos en el cobertizo de ramas secas; pero ya el sol iba inclinándose hácia el Ocaso, y se hacía preciso continuar la marcha. Mientras montamos en nuestras cabalgaduras, hubo un instante de confusion; luego se pusieron en movimiento cinco ó seis carrozas, diez ó doce caballos, ocho ó diez burros, y algunos *FIELLARS*, *árabes campesinos*, iban á pié. Asperas las cuestas, que por las montañas de Judea subíamos, tanto que en algunos repechos teníamos que apearnos los de las carrozas, porque no podían los caballos arrastrarlas; pero reinaba gran contento, y á todos animaba la idea de que la primera parada que hiciéramos ya, iba á ser en las puertas de Jerusalem.

La caravana avanzaba, por todas partes se descubrían altas cumbres, por todas partes se veía sorprendente multitud de piedras, erizadas puntas de rocas azuladas, por todas partes iba presentándose á nuestra vista un país solemne, aterrador, sobre el cual pronunció Dios su maldición. Nuestra caravana ganaba terreno con dificultad, y á medida que esto sucedía, iba descubriendo á derecha é izquierda del camino, ora en el fondo de profundos barrancos, ora en la cima de elevadas rocas, insignificantes aldeas ó antiguas ruinas de origen no bien determinado, como *Castal*, *Calunieh*, antigua *Kulon*, *Ain-el-Jiris* donde algunos pretenden que Vespasiano dejó una guarnicion para guardar la Judea. Los momentos pasaban, y no-

sotros nos aproximábamos al fin de nuestro viaje. Llegó un instante en que doblando la más elevada cumbre, comenzamos á bajar una larga pendiente, en la que el camino se tuerce á la izquierda; desde esta cumbre y desde esta pendiente se ve á la derecha un profundísimo valle, pero triste, casi sin vegetacion, casi sin verdor, cuyo valle, formado por dos extensas cordilleras, va á perderse al Occidente en nuevas aglomeraciones de rocas: á media falda de una de las montañas que nacen frente al viajero, se descubre una antigua aldea con algunos edificios modernos. Este valle es el *Valle de los Terebintos*, donde se dió en tiempo de Saul la célebre batalla entre filisteos é israelitas, en cuya batalla el jóven David mató de una pedrada al gigante Goliat; aún se señala el punto en que David cogió las piedras que disparó contra el gigante; y aquella aldea llamada por los árabes *Ain-karin*, es San Juan del Desierto, ó *San Juan in Montana*; más claro, es la casa en que nació San Juan Bautista, la casa de Zacarías é Isabel, no lejos del punto en que la misma Isabel saludó al santísimo fruto que la Virgen llevaba en sus entrañas.

Despues de algunos minutos de peligroso caminar, bajamos al fondo del Valle de los Terebintos; luego comenzamos á subir otra cuesta entre áridas montañas; todo es allí árido..... árido el valle, árido el camino, áridas las montañas..... todo es allí árido, todo ménos los recuerdos! ¡Los recuerdos

son allí tan bellos, que hermosean la aridez de los valles, de los caminos y de las montañas!

Por aquel punto íbamos reunidos de cincuenta á sesenta peregrinos: como todos sabíamos, porque los dragomanes nos lo habían dicho, que aquella era ya la última cuesta que teníamos que subir; como por la hora que marcaban nuestros relojes todos deducíamos que estábamos próximos á la Ciudad Eterna, iba cesando insensiblemente la animación de la caravana; iba observándose un religioso recogimiento en todos los viajeros.—¿Dónde está Jerusalem? preguntaban algunos; y los dragomanes contestaban:—Detrás de aquella cima; no lo veremos hasta que nos encontremos muy cerca de él.

Y la caravana avanzaba; pero avanzaba seria, meditabunda, silenciosa..... Ya habían concluido las bromas, ya todos los pensamientos, reconcentrados en sí mismos, se fijaban en un punto; ya sólo se aspiraba á doblar aquella cima, que enhiesta y dura, nos separaba del punto objetivo de nuestro viaje.

Por fin llegó el momento; á las cuatro y siete minutos doblamos la cima, y al doblar la cima, se ofrecieron á nuestra vista, no tan próximos como esperábamos, los altos muros de la Ciudad Eterna.—¡Jerusalem! gritó un dragoman; y al oír esta voz, y al ver aquellas murallas, todos experimentamos una afección grande, profunda, religiosa, inexplicable; y todos, todos espontáneamente nos

quitamos el sombrero, y vertiendo lágrimas muchos, todos caminamos á paso lento hácia la Santa Ciudad, hácia la ciudad que guarda en su seno los tesoros religiosos más apreciables del mundo. Fray Giovane de Santa Teresa, aquel anciano fraile carmelita, la persona más venerable de la caravana, comenzó á recitar con voz solemne el salmo que los peregrinos de otro tiempo recitaban siempre al descubrir los muros de Sion: *Laetatus sum in his quae dictasunt mihi in domum Domini ibimus, etc..... Me he alegrado en esto que se me ha dicho, á la casa del Señor iremos.*

Mi alma abrasada por la emoción más ardiente y de esencia más sublime, que jamás había recibido, no podía darse cuenta de lo que sentía; mis ojos no acertaban á apartar su mirada de aquellas murallas, en las que querían ver calcada la historia del mundo moderno, una historia santa escrita con sangre divina; y al observar el silencio, fatídico silencio, que en pleno día por todas partes nos rodeaba, exclamaron mis labios sin darme cuenta de lo que decía: *Quomodo sedet sola Civitas plena populo?..... ¿Por qué razon se encuentra sola la ciudad ántes tan populosa?*

Ya estábamos en Jerusalem.

A las cinco ménos seis minutos nos apeamos en la *Puerta de Jaffa*, donde algunos árabes molestos se apoderaron casi á la fuerza de nuestro equipaje.

JERUSALEM.

Miércoles 7 de Marzo.

Recuerdos.—Casanova.—Fray Segundo Fernandez.—Procurador, custodio, vicario.

¡Jerusalem!..... ¡Santa, misteriosa ciudad!..... ciudad que adoran habitantes de los cuatro ámbitos del mundo; ciudad cuyo nombre escucha el niño en el dulce regazo de su madre; ciudad que aprende á venerar el hombre en los bellos días de su juventud..... Santa, misteriosa ciudad, ¡yo te saludo! Perla del Oriente, reina de las naciones, emporio de las artes, patria de reyes y profetas... ¡qué has hecho?..... La maldicion de Dios cayó sobre tí un día, y la maldicion de Dios está impresa en tu frente. ¡Por eso los montes que te sostienen se hallan cubiertos de piedras; por eso los campos que te rodean carecen de vegetacion; por eso los cedros y los jardines que te hermo­seaban han desaparecido; por eso los arroyos que te fecundizaban se han secado!..... Hay más. ¡Por eso tus oscuras y estrechas calles se encuentran casi desiertas, y los pocos habitantes que por ellas cruzan, vagan melancólicos, con aspecto receloso,

como si algo hubiese que temieran siempre; como si algo hubiese que siempre pesara sobre ellos; como si algo hubiese que nunca pudieran olvidar!... ¡Y qué mucho que esto suceda, Perla del Oriente..... Ciudad Eterna..... misteriosa ciudad!..... Patria de reyes y profetas..... si aún resuena en tus calles, en tus plazas y en tus ejidos, la tremenda voz de Jeremías que grita: *Pecatum peccati Jerusalem, omnes qui glorificabant eam spreverunt illam, quia viderunt ignominiam ejus..... Gran pecado cometió Jerusalem..... todos los que la glorificaban la despreciaron, porque vieron su ignominia.*

Habiéndonos apeado y habiendo los dragomanes y múcaros tomado los caballos del freno, entramos con el espíritu recogido por la puerta de Jaffa, y dejando atrás aquellos colosales muros, obra de Saladino, cruzamos varias calles, en las que solo nos encontramos alguna mujer armenia con ancho pantalon de color prendido en pliegues á la garganta del pié, con el rostro cubierto con un trapo; y algun musulman que pasaba á nuestro lado, sin dignarse dirigirnos una mirada. Despues de andar quince ó veinte minutos, llegamos á una puerta grande, que se abre en el ángulo entrante de dos muros, y encima de cuya puerta se leen estas palabras: CASANOVA.

Es Casanova una espaciosa y limpia hospedería, que los frailes del convento de San Salvador han construido no léjos de dicho convento, para que en ella se alberguen los peregrinos cristianos, ri-

cos y pobres. En esta hospedería no se exige retribucion alguna por la estancia y comida; pero todos, á no ser los pobres de solemnidad, hacen al marchar una limosna, que cubre los gastos que han ocasionado.

Entramos en Casanova á la vez veinticinco ó treinta viajeros de diferentes naciones; todos fuimos recibidos por el reverendo P. Gúido, natural de Italia; á todos se nos exigió los pasaportes; y como al recibirlos preguntara:—«Quién era el comisionado del gobierno español, y yo le contestára «poniéndome á su disposicion,» me suplicó «que tuviera un poco de paciencia»; y cuando hubo enviado á los demás á sus respectivas celdas, acompañados de dos fámulos jóvenes y rollizos, me suplicó que le siguiera, y él mismo me condujo á la mía.

Es el fraile Gúido un fraile alto, proporcionadamente grueso, muy bien parecido, y de una finura y una galantería que hace más distinguido el dulcísimo idioma de su nacion.

Mi celda, nunca se borrará de mi memoria, consistia en un aposento cuadrado de cuatro metros de largo por otros cuatro de ancho, perfectamente estucado y con una gran ventana frente á la puerta, cuya ventana daba á un patio. A la izquierda de la puerta habia una cama de acero, con mosquitera de gasa blanca; junto á la cabecera de la cama, entre ésta y la puerta, una mesa de noche, y junto al lienzo de la derecha una mesa de pino pintado con todo lo necesario para escribir.

Permitidme, lectores..... permitidme, que despues de la gravísima enfermedad que al regresar de los Santos Lugares he sufrido, dedique un dulce recuerdo á aquel humilde aposento, donde instantes tan solemnes se deslizaron para mí.

Yo me senté en una de las dos sillas de ancas que habia, descansé un momento, y comencé á lavarme, ó mejor, á hacer mi toilette como dirian los franceses, para repartir en seguida las cartas que en Madrid me habia entregado el conde de Casa-Sarria, cuando pegando dos golpes en mi puerta, se abrió ésta, y se presentó un venerable fraile español; me saludó con franca cordialidad y tomó asiento á mi lado. Yo continué arreglándome, y como le dijera—«Que no sabia con quien tenia el gusto de hablar,» me contestó—«Que era fray Segundo Fernandez, procurador general de Jerusalem.» El cargo de *procurador* en los Santos Lugares, que ha de recaer siempre en un español, es uno de los tres cargos de primera jerarquía; siendo otro el de *custodio*, que ha de ejercerlo siempre un italiano, y otro el de *vicario*, que ha de desempeñarlo siempre un francés. Despues de algunos minutos de conversacion sobre las cosas de España, me preguntó—«Si queria descansar,» y yo le contesté—«Que lo que deseaba era ver cuanto ántes el Santo Sepulcro.» Él se ofreció á acompañarme; y yo acepté su ofrecimiento; y saliendo los dos de la celda y del edificio, tomando una calle estrecha, pendiente y bien empedra-

da, que despues he sabido se llama HARAT EL NASSA, calle de los cristianos, nos dirigimos al templo que encierra los principales monumentos, los más grandes tesoros del cristianismo.

VISITA AL SANTÍSIMO SEPULCRO.

Miércoles 7 de Marzo.

La entrada en el templo.—Los tres musulmanes.—La piedra de la unción.—La gruta del Santísimo Sepulcro.—Una flor de narciso.—El Calvario.—El agujero donde estuvo enclavada la Cruz de Cristo.—El lugar donde crucificaron á Jesus.—El lugar donde la Santísima gen y S. Juan estuvieron mientras Jesus pendió de la Cruz.—El lugar donde estaba la Virgen, cuando pusieron en sus brazos á Jesus muerto.—Una carta á mi mujer.

Yo escribo este libro sin artificio alguno retórico; en él me propongo consignar las visitas que hice á los Santos Lugares, tal como las hice; con él trato de producir, si me es posible, en el ánimo del lector las profundas y variadas emociones que aquellos venerables lugares produjeron en el mio. Este es mi único objeto. La visita á la Tierra Santa ha sido la ilusión de mi vida desde los albores de mi juventud; desde aquellos momentos llenos

de dulzura, en que mi padre me enseñó entre las flores de mi jardín las primeras nociones de la Historia Sagrada; ¡deliciosos momentos cuyo néctar no se aprecia hasta mucho tiempo despues de haberse estinguido; mágicos instantes, que pasan una vez para no volver jamás! En la tumba descansan ya mis queridos padres..... y mi juventud camina tambien hácia la tumba; ¡la tumba es el paradero de todo lo criado!

Absorto en mis meditaciones, salí de Casanova con el procurador fray Segundo Fernandez, y absorto en ellas, seguí con él por la calle de los cristianos, la más limpia que he visto en Jerusalem, pero tan solitaria y triste como todas las demás. La soledad y la tristeza son el patrimonio de aquella portentosa ciudad. Concluida la calle doblamos á la izquierda y nos encontramos en una pequeña plaza tambien empedrada, donde algunos ancianos moros, algunos egipcios y algunos griegos, sentados unos y otros en el suelo, vendian brazaletes de cristal, jabon y otras pequeñeces de poco valor, con que se adornan y perfuman las mujeres de aquel país, tan rico y tan esplendoroso en otro tiempo. La testera de aquella irregular plaza se encuentra formada por la majestuosa fachada de un grandioso templo bizantino con dos grandes puertas separadas entre sí por una pilastra, una de cuyas puertas está tabicada con grueso muro de piedra sillar, mientras que la otra, la de la izquierda, yendo hácia ella, está abierta.—Ese es

da, que despues he sabido se llama HARAT EL NASSA, calle de los cristianos, nos dirigimos al templo que encierra los principales monumentos, los más grandes tesoros del cristianismo.

VISITA AL SANTÍSIMO SEPULCRO.

Miércoles 7 de Marzo.

La entrada en el templo.—Los tres musulmanes.—La piedra de la unción.—La gruta del Santísimo Sepulcro.—Una flor de narciso.—El Calvario.—El agujero donde estuvo enclavada la Cruz de Cristo.—El lugar donde crucificaron á Jesus.—El lugar donde la Santísima gen y S. Juan estuvieron mientras Jesus pendió de la Cruz.—El lugar donde estaba la Virgen, cuando pusieron en sus brazos á Jesus muerto.—Una carta á mi mujer.

Yo escribo este libro sin artificio alguno retórico; en él me propongo consignar las visitas que hice á los Santos Lugares, tal como las hice; con él trato de producir, si me es posible, en el ánimo del lector las profundas y variadas emociones que aquellos venerables lugares produjeron en el mio. Este es mi único objeto. La visita á la Tierra Santa ha sido la ilusión de mi vida desde los albores de mi juventud; desde aquellos momentos llenos

de dulzura, en que mi padre me enseñó entre las flores de mi jardín las primeras nociones de la Historia Sagrada; ¡deliciosos momentos cuyo néctar no se aprecia hasta mucho tiempo despues de haberse estinguido; mágicos instantes, que pasan una vez para no volver jamás! En la tumba descansan ya mis queridos padres..... y mi juventud camina tambien hácia la tumba; ¡la tumba es el paradero de todo lo criado!

Absorto en mis meditaciones, salí de Casanova con el procurador fray Segundo Fernandez, y absorto en ellas, seguí con él por la calle de los cristianos, la más limpia que he visto en Jerusalem, pero tan solitaria y triste como todas las demás. La soledad y la tristeza son el patrimonio de aquella portentosa ciudad. Concluida la calle doblamos á la izquierda y nos encontramos en una pequeña plaza tambien empedrada, donde algunos ancianos moros, algunos egipcios y algunos griegos, sentados unos y otros en el suelo, vendian brazaletes de cristal, jabon y otras pequeñeces de poco valor, con que se adornan y perfuman las mujeres de aquel país, tan rico y tan esplendoroso en otro tiempo. La testera de aquella irregular plaza se encuentra formada por la majestuosa fachada de un grandioso templo bizantino con dos grandes puertas separadas entre sí por una pilastra, una de cuyas puertas está tabicada con grueso muro de piedra sillar, mientras que la otra, la de la izquierda, yendo hácia ella, está abierta.—Ese es

el templo del Santísimo Sepulcro me dijo fray Segundo.—«Así lo he supuesto,» le respondí yo.

No es fácil comprender al que no ha tenido la suerte de verlo, la disposición interior de tan gigantesco templo, y dejando para otro lugar la explicación detallada de él, solo diremos ahora, que la madre de Constantino, que aquella santa y piadosa mujer, que dió libertad para vivir, y aire para respirar al pueblo cristiano, permitiéndole salir de las sombrías catacumbas de Roma, donde tantos años había rendido culto entre persecuciones y tormentos á la verdadera religion; aquella reina alta en sus concepciones, quiso encerrar y encerró en un solo recinto los principales lugares donde se operó la pasión de Nuestro Señor Jesucristo: así es que dentro de aquel templo, émulo de los templos, se encuentran los pedazos de tierra más queridos del Historiador, porque allí se grabó la nueva fisonomía del mundo; y del cristiano, porque allí halla los fundamentos de su religion. Yo he visto los principales monumentos de España, y he quedado fascinado por la voluptuosa belleza de la Alhambra, por la sublimidad de las catedrales que, símbolos vivos de la fe de nuestros padres, se alzan en Sevilla, en Búrgos y en Toledo; yo he contemplado seducido por tanta grandeza las basílicas de San Pedro, de San Pablo, de Santa María la Mayor, y otras magníficas que engrandecen la Roma moderna; yo he visitado las pirámides de Egipto, y he subido á la mayor de todas, y

he penetrado en su imponente seno, y he bajado á las profundas criptas que se abren en el Desierto; y la contemplación de estos objetos, los más colosales del mundo, ha subyugado mi sentimiento y mi razón con la irresistible fuerza de su oculto poder; pero todas estas emociones se apagaron en mi alma, lo confieso con franqueza, con la franqueza del hombre que tiene el valor de sus convicciones, del hombre que ni quiere ni ha querido nunca ocultar sus afecciones ni su fé religiosa; todos aquellos monumentos, eco solemne de cien generaciones que sucumbieron ya, se olvidaron cuando entré por primera vez en la Basílica del Santísimo Sepulcro. Y no soy yo sólo el que ha experimentado esta sensación: viajeros de diferentes países, viajeros de fé religiosa más ó ménos firme, de creencias más ó ménos dudosas, me han confesado haberse sobrecogido como yo me sobrecogí al poner el pié en los umbrales de aquel templo. En aquel templo, dijimos antes, quiso Santa Elena y después los que lo reedificaron, abrazar los pedazos de tierra donde se verificaron las más notables escenas de la Pasión de Cristo. Y con efecto, en aquel templo, dentro de sus sombríos muros, están el *Monte Calvario*, la *pedra de la Uncion*, el *Santísimo Sepulcro* y los puntos en que Jesús después de su gloriosa Resurrección, se apareció á su Madre, á la Magdalena, etc., etc.; allá se abre también la profunda cisterna, donde encontró la Cruz de Cristo la madre de Constantino; y allá es

tán retiradas, en apartado lugar, las oscuras celdas de los frailes de todas las naciones, que abandonando su patria, que rompiendo los lazos de la familia, y privándose, hablo sin exageracion poética, de la luz del sol, y hasta del aire puro, viven dedicados día y noche á la custodia del Santo Sepulcro. Valientes adalides de nuestra religion, mártires de la fé en este siglo de duda, pocos ven prolongarse su existencia más de cinco ó seis años en aquellas insalubres celdas, en aquellos voluntarios calabozos, en aquellas tumbas de vivos.

Al entrar en el templo, tendí mi vista á la izquierda y ví un estrado, es decir, un hueco en arco de medio punto, abierto en el muro sobre un poyo, que tendrá un metro de alto: sentados sobre cogines y con las piernas cruzadas, habia tres respetables musulmanes de anchuroso turbante y barba blanca, saboreando con una inercia propia de su raza ó de su país, ó de las dos cosas á la vez, grandes pipas, que enviaban á sus lábios el humo del *tombec*, tabaco especial, por medio de largos cordones huecos. Aquellos tres musulmanes son los interventores que allí tiene el Sultán en señal de la jurisdiccion y de la autoridad que ejerce sobre el templo; pero aquellos tres musulmanes, indiferentes con todo el que entra, miran con respeto las oraciones de todos.

Siempre acompañado del reverendo Padre fray Segundo Fernandez, avancé de frente algunos pasos y encontré en el pavimento una gran lápida,

á cuyos cuatro ángulos nacen erguidas columnas, que sostienen una graciosa cúpula, de la cual penden algunas lámparas encendidas. Como mi ánimo iba predispuesto, y como ví que peregrinos rusos, prusianos y americanos, y que algunos árabes cristianos caian de rodillas con fervor y que con fervor la besaban, pregunté á fray Segundo:—«¿Es este el Santo Sepulcro?» Y fray Segundo me contestó:—No señor, esta es la *lápida de la Uncion*. Cuando bajaron á Cristo del Calvario, que tenemos á la derecha, ántes de conducirlo al Santísimo Sepulcro, que tenemos á la izquierda, lo tendieron en esta piedra, sobre ella lo lavaron, sobre ella lo perfumaron con unguentos preciosos; y envolviéndolo en blanco sudario, lo condujeron al Sepulcro.» Entónces fray Segundo y yo nos arrodillamos como los demás peregrinos, y como los demás besamos aquella piedra.—Pero esta lápida que vd. ve, me dijo cuando nos hubimos levantado, no es la lápida en que ungieron á Cristo; la verdadera está debajo, porque la piedra de la Uncion, y el Calvario y el Santísimo Sepulcro, ha habido necesidad de revestirlos de planchas de mármol y otras piedras finas para librarlos de los peregrinos, que en su piadoso furor de llevarse consigo reliquias, hubieran hecho desaparecer ya los Santos Lugares.» Yo tambien he sentido ese furor, lo confieso con ingenuidad; y ese furor tiene algo..... no; tiene mucho, muchísimo de religioso: yo hubiera cogido en aquel santo país todo lo posible, y pude

coger y cogi bastante, para traerlo á mi adorada patria.—Vamos al Santísimo Sepulcro, prosiguió fray Segundo. Y andando unos treinta y seis pasos desde la piedra de la Uncion hácia la izquierda, entramos en una gigantesca rotonda, formada por diez y ocho arcos de piedra sillar, estrechos pero de grande elevacion; en las pilastras de cuyos arcos se abren dos órdenes de tribunas, pertenecientes parte á los latinos ó católicos, parte á los griegos y parte á los armenios, y de cuyos arcos penden lámparas encendidas día y noche, que esparcen majestuosa claridad en aquel recinto.

En medio de esta gran rotonda, que por su parte exterior forma la cúpula mayor del templo, siendo la menor la que forma el coro de los griegos, y que por su parte inferior ofrece un aspecto solemne, se alza un gracioso templete aislado, cuadrangular al parecer, aunque en rigor es exagonal, con una especial cúpula, revestido todo de bruñido mármol, en cuyas brillantes paredes cuelgan cuadros, lámparas y diferentes adornos. Este templete tiene una pequeña puerta, á cuyos dos lados se levantan candelabros y cirios de colosales dimensiones; por aquella puerta entran y salen incesantemente peregrinos de ambos sexos con lágrimas en los ojos; peregrinos que de las más apartadas regiones han ido á visitar ese templete porque dentro de ese templete está el Sepulcro de Cristo.

Yo penetré lleno de recogimiento por aquella

puerta, por aquella puerta tan estrecha y tan baja, que tuve que inclinar mucho la cabeza, y me encontré en un pequeño recinto cuadrado, ántes gruta abierta á pico en la dura peña, y hoy cubierta de diáfano marmol, de jaspe y otras piedras de gran mérito; en medio de este majestuoso recinto en el que arden quince lámparas, existe una piedra labrada formando un prisma cuadrangular, de una cuarta de base y de cerca de un metro de altura; aquel es un pedazo de la piedra que cerraba la entrada al sepulcro de Cristo, un pedazo de la piedra en que se sentó el ángel cuando despues de haber resucitado el Señor, dijo á las piadosas mujeres que fueron á visitar el sepulcro: *Non est hic, resurrexit sicut dixit..... No está aquí, resucitó segun dijo:* por lo cual llaman á aquel recinto la **CAPILLA DEL ANGEL.**

Frente á la puerta por donde entramos en esta capilla, allá..... en el lienzo opuesto, se abre otra puerta oblonga, que más aún que la anterior, obliga á inclinar la cabeza para penetrar por ella, y cuyas dos puertas son dos preciosos arcos angrelados. Por esta segunda puerta se entra á otra gruta, abierta también á pico y también revestida de excelentes mármoles y de jaspes de diversos colores: esta gruta, este santo lugar, en el que contrastan las cinceladas cornisas con los bellos relieves esculpidos en preciosas piedras, no es mayor que la primera; de su techo penden cuarenta y tres lámparas de plata, que arden constantemen.

te, y á la derecha de la entrada, extendiéndose desde el muro de la puerta hasta el opuesto muro, se halla el Santísimo Sepulcro; ¡el sepulcro donde el cuerpo de Cristo permaneció tres días! Aquel es el misterioso, el sublime lugar donde Cristo resucitó, plantando los cimientos con tan portentoso milagro, de su divina religion. Aquel día, día sacrosanto, concluyó la historia antigua para comenzar la moderna historia; aquel día concluyó el antiguo testamento para comenzar el nuevo; aquel día espiró la religion de fórmula y nació la religion de verdad.

El sepulcro de Cristo se encuentra cubierto por un sarcófago de mármol blanco; sobre él á medio metro de altura, se corre en el muro de finísimo jaspe una cincelada cornisa, sobre la cual se ven colgados en la pared tres cuadros de gran mérito los tres, pero de muy distinto estilo, representando todos la resurrección de Cristo; uno de ellos es propiedad de los frailes latinos ó católicos; otro de los griegos; otro de los armenios; y delante de estos cuadros se ostentan colocados sobre la cornisa preciosos buques de cristal y porcelana, regalos de príncipes y reyes de todas las naciones de la tierra.—«Este es el Santísimo Sepulcro, me dijo el reverendo Padre procurador.» Y él y yo caímos de rodillas en el suelo, é inclinamos nuestras frentes sobre el mármol blanco del sepulcro de Cristo. No sé lo que en aquel momento pasó por mí; sólo sé que desvanecido mi espíritu por una

misteriosa fuerza, tendia á arrancarse de mi cuerpo; solo sé que en aquel momento me olvidé del mundo y mi vida se reconcentró en el mármol, que sostenia mi frente y que yo regaba con mis lágrimas; solo sé que quien una vez no se haya arrodillado junto al Santo Sepulcro, ni conoce ni puede conocer por más que explicárselo intenten, la religiosa, la santa, la pura, la grande emocion que embarga nuestra alma en aquel santísimo lugar.

Algunos minutos permanecemos el reverendo Padre procurador y yo en fervorosa oracion, ¡que aquel mármol atrae hácia sí los corazones! Y reinaba en aquella estancia un silencio tan pacífico..... y despedian las cuarenta y tres lámparas un fulgor tan misterioso... .. y exhalaban las flores de los buques un perfume tan suavísimo..... que el corazon del hombre, matando allí sus mundanales pasiones, que la razon del hombre olvidando allí cuanto en el mundo excita su desarrollo, sucumben á un influjo celestial: es que allí estuvo Cristo sepultado tres días..... y la huella de Cristo no se ha borrado aún, ni se borrará en el tiempo ni en la eternidad.....!

Cuando el reverendo Padre fray Segundo y yo levantamos nuestras frentes, apoyadas largo rato en aquel mármol seductor; cuando los dos nos pusimos de pié, me dijo fray Segundo, señalando los floreros de cristal y porcelana:—«Esas flores son del Huerto de Gethsemaní» Conmovidó yo le pre-

guuté entonces:—«¿Podré coger una?» Y como él me contestara «que podía tomar las que quisiera» corté la corola de un narciso con un fin determinado. Con ánimo recogido volvimos á besar los dos el mármol blanco que cubre el Santísimo Sepulcro; salimos de aquel venerable, dulce recinto; cruzamos la primera gruta, ó sea la capilla del ángel; besamos la piedra en que el ángel estaba sentado cuando habló á las Marías; salimos tambien de aquella capilla, y al encontrarme fuera, dije para mí: «¿Qué razon tuvo la emperatriz del Brasil doña Teresa Cristina María de Borbon, cuando al salir de esta sacrosanta gruta, que habia visitado algunos meses ántes que yo, exclamó conmovida: *Questo giorno e le piu felice della mia vita..... Es te dia es el más feliz de mi vida.*

II.

Nuevas, profundas emociones esperaban á mi alma. Siguiendo á fray Segundo, volví por el mismo camino que habíamos llevado; pasamos otra vez próximos á la piedra de la Uncion, junto á la cual siempre hay ó peregrinos, ó árabes cristianos arrodillados, y besándola repetidas veces, dejando atrás otra piedra, y andando diez pasos hácia la derecha, llegamos al primer peldaño de la escalera que sube al Calvario. En el tiempo de la pasion de Cristo no existia esta escalera; entónces

era un cabezo en que remataba el monte, cabezo de ignominia donde se crucificaban los reos; pero Santa Elena, aquella gran mujer, cubrió de mármol este cabezo, gloria del mundo, émulo del cielo desde que el Hombre-Dios vertió en él su preciosa sangre. A este cabezo, al célebre Gólgota se sube hoy por una escalera de piedra oscura y misteriosa, compuesta de diez y ocho peldaños bastante altos. ¿Donde estaria ya el Calvario si la madre de Constantino no lo hubiera circunvalado con un muro de mármol, y con planchas de mármol no hubiera cubierto su santa cumbre?

No sé decir dónde experimenté más honda impresion, si al entrar en la gruta del Santo Sepulcro ó al subir la escalera del Calvario.

La cumbre del Calvario está hoy formada por un plano de mármol de forma irregular, y de doce ó catorce metros en su mayor largura; muros y columnas se levantan en torno suyo, sosteniendo la gran cúpula, y desde la magnífica barandilla de piedra que la rodea se descubre el templo en toda su magnificencia. En medio de este plano se alza un altar hueco, una plancha de jaspe sostenida por cuatro columnitas; detrás de este altar se levanta al aire un crucifijo de talla, de estatura natural; delante de este crucifijo y sobre el altar se ostenta un candelabro con siete velas, siempre ardiendo, azul la del centro, blancas las restantes. Debajo de aquel altar hueco, arrodillándose junto á él, se ve abierto en la roca un agujero cuadrangular de una

cuarta en cuadro, y de algo más de media vara de profundidad. Aquel es el agujero donde estuvo enclavada la Cruz de Cristo; aquel pedazo de tierra es el que gota á gota recibió la sangre del Hijo de María; allí es donde el Hijo de María pronunció aquellas palabras de grata esperanza, de inmenso consuelo para el hijo de Eva: *Pater ignosce illis quia nesciunt quid faciunt... Padre, perdónalos, que no saben lo que hacen.* allí, en fin, es donde se representó un día, un día que no se borrará en la eternidad, la epopeya más grande del universo; epopeya sublime en que fueron actores Dios y el hombre y escena los cielos y la tierra.

Yo me arrodillé junto á aquel altar; yo, encorvándome, penetré debajo de él, y con toda la devoción de mi alma metí el brazo derecho en el agujero en que estuvo plantada la Cruz hasta tocar con la mano en el fondo; despues besé el borde de aquel agujero, y nos levantamos para que otros peregrinos que aguardaban impacientes á nuestra espalda hicieran lo mismo que nosotros habíamos hecho. Siete pasos á la izquierda del agujero de la Cruz se ve marcado en el suelo con azulejos de mármol un círculo de dos metros próximamente de diámetro; una lámpara siempre ardiendo, suspendida con larga cadena desde la bóveda, baja casi hasta tocar el pavimento, y coincide con el centro de aquel círculo; es el lugar en que los sayones tendieron á Cristo para clavarlo en la Cruz.

Fray Segundo y yo nos arrodillamos, y como hacen todos, besamos tambien el suelo.

Cuatro ó cinco pasos al frente, ó sea ocho pasos á la izquierda del agujero de la Cruz y dos ó tres pasos detrás de ella hay un altar, ¡dulcísimo lugar sobre la Tierra! Aquel altar determina el punto en que permanecieron San Juan y la Virgen, mientras Cristo estuvo pendiente de la Cruz; aquel lugar recibió un día las lágrimas, que cual transparentes perlas, que cuales gotas de rocío celestial, derramaron los ojos de la más santa de las mujeres, de la más afligida de las madres, de la purísima Virgen. Entónces se presentó á mi mente con irresistible fuerza aquel versículo de tierna, de patética poesia, que en una época solemne del año entona nuestra Iglesia: *Stabat Mater dolorosa, justa crucem lacrimosa, dum pendebat Filius.* ¡Ah!... qué recuerdos tan gratos y tan tristes á la vez asaltaron mi espíritu en aquel lugar... ¡Cómo recordé los días de mi feliz infancia! ¡Cómo recordé allí en la cumbre del Calvario, despues de haber sido víctima de la horrible amargura que en sí lleva el vivir, mis infantiles días, los días tranquilos que en mi humilde pueblo veia las procesiones de Semana Santa!..... ¡Cómo recordé, madre querida, los días que contigo iba al templo ó orar de rodillas ante la imagen de la Dolorosa!.....

Cuatro pasos á la izquierda del punto en que clavaron á Cristo, ó sea á doce pasos del agujero en que estuvo enarbolada la Cruz, se abre una re-

ja en el muro, por cuya reja se ve una capilla que tiene la entrada fuera del templo; el altar de aquella capilla señala el punto en que la Virgen María, desconsolada, traspasada por el dolor más horrible, entregada á la más cruda soledad, estaba sentada cuando Nicodemus y José de Arimatea pusieron en sus brazos á Jesus muerto. *¿Quis est homo qui non fletet matrem suam si videret in tanto supplicio?*

Después de contemplar todos estos lugares y de orar en ellos con fervor, porque el fervor brota allí de nuestra alma arrancado naturalmente por la fuerza de las situaciones, bajamos la escalera del Calvario, pasamos junto á la piedra de la Uncion, que otra vez besamos de rodillas, y salimos á la calle. Ya era casi de noche. Cuando llegamos á la puerta de Casanova, se despidió de mí fray Segundo, y se dirigió al convento de San Salvador, que está muy próximo. Yo cené en el comedor ó refectorio, que es un extenso salon en cuya testera hay pintada al fresco, y de grandes dimensiones, una imagen de María con el Niño en los brazos. Entre los peregrinos que aquella noche se

sentaron á la mesa, estaban mis compañeros de viaje, dos sacerdotes franceses que se encontraban haciendo excavaciones en Jerusalem para fundar un templo, un americano que hablaba muy bien nuestro idioma y un español, brigadier en las filas de Carlos VII. Concluida la frugal cena, de pie todos ante aquella imagen de la Virgen, segun costumbre seguida en la hospedería, rezamos una *Ave María*, y después cada uno nos retiramos á nuestra celda. Entonces yo escribí á mi mujer una carta, que contiene este párrafo:

Ya estoy en Jerusalem: ya he orado en el Santo Sepulcro y lo he besado; ya he orado en el Calvario y lo he besado; adjunta te remito una flor de narciso, nacida en el huerto de Gethsemaní, y que yo mismo he cogido en los buques que adornan el Sepulcro de Cristo.

PRIMER PASEO POR LAS AFUERAS DE
JERUSALEM.

Juésves 8 de Marzo.

Mi visita al Patriarca.—La cueva de Jeremías.—El torrente Cedron.—El monte Olivete.—El huerto de Gethsemani.—Lugar donde Jesus enseñó el Padre Nuestro á sus discípulos.—La Princesa de Latour de Auvergne.—El Credo.—El lugar de la Ascension del Señor.—Subida al minarete de la mezquita.—Dos tradiciones.—El valle de Josafá.

I.

Tan luego como salí de la cama entraron á visitarme fray Francisco Argote, natural del condado de Treviño, provincia de Valladolid, almacenero del convento de San Salvador, y fray Manuel Jubero, natural de Orense, jóven de veintiocho años, robusto en la apariencia, pues despues he sabido que se halla enfermo; simpático, ilustrado, que ya ha sido guardian de San Juan in Montana; los dos muy cariñosos, muy serviciales y anhelando hablar de España. ¡Quién no anhela hablar de su patria cuando se encuentra léjos de ella!

Aquella mañana volví á visitar el Santísimo Sepulcro; visité al Patriarca latino Excmo. Sr. Vicencio Bracco, con quien tomé café; hice otras visitas, y de esta manera llegó la tarde.

A las tres en punto salimos por la puerta de Damasco, montados en burros, fray Manuel Yuvero, D. Cárlos Español, vice-cónsul de España en aquella Santa Ciudad, y yo, más el múcaro o criado que guiaba los burros. Los burros eran muy malos, especialmente el mio; no se parecian á los de Egipto, que son pequeños, erguidos, juguetones, ligeros como la gacela y de piel tan lustrosa como el raso; los que montábamos la tarde de que hablo, eran grandes, pesados, en una palabra, iguales á los de España.

Por la puerta de Damasco, situada al Norte de Jerusalem, salimos á un campo árido, solitario y estéril, como todos los que rodean á la Ciudad Santa, á la ciudad maldita, á la ciudad que vertió y recibió la sangre del Redentor del género humano. La tarde estaba deliciosa: ni una nube empañaba aquel cielo de trasparente azul; el sol, ese sol peligroso de la Palestina, contra el que hay que tomar delicadas precauciones, abrasaba aquel suelo sin vejetacion; aquel suelo del que, en vez de yerbas y flores, brotan recuerdos santos, recuerdos de la epopeya más grande del mundo, de una epopeya mayor que la cual ni el tiempo ni el espacio registrarán otra en sus anales. Las alondras y las calandrias, tan mansas como si estuviesen domes-

ticadas, volaban y andaban en torno nuestro; pero por aquellos tristes campos no se veía hombre alguno; ni ruido alguno se escuchaba, porque ni los pájaros cantaban; ni había brisas, ni había céfiros que gimieran al besar los altos y seculares muros de Jerusalem. Bella era aquella tarde, que jamás se borrará de mi ánimo, pero ¡qué belleza tan singular..... qué belleza tan triste es la que ofrece la naturaleza en los Santos Lugares!

Después de andar algunos minutos hacia Oriente por un estrecho camino, dejando siempre á la derecha los muros de la ciudad, y á la izquierda áridas colinas de tierra amarilla unas veces y rojiza otras, dijo el vicecónsul español, señalando á la izquierda:—«Aquella es la cueva de Jeremías.» Yo recibí una sensación de profundo placer; yo sabía, como todos sabemos, que no lejos de los muros de aquella ciudad predestinada, en un paraje algo elevado, se abre la gruta donde el gran Profeta, donde el eminente poeta, pulsando el arpa santa, lloró, y llorando cantó la destrucción de aquella ciudad, emporio de las artes, princesa de las provincias, reina de las naciones. Visitar esta cueva era uno de los grandes deseos que yo me proponía satisfacer en mi viaje, motivo por el que produjeron tan viva sensación en mi alma las palabras de Español cuando dijo: *aquella es la gruta de Jeremías.*—Vamos allá; contesté yo. Y torciendo á la izquierda, es decir, hacia el Norte, comenzaron nuestros burros á subir con dificultad

angostas veredas, que iban á terminar en un cercado de piedra seca, muy parecida á las corralizas de España en que los pastores cierran sus rebaños de cabras ó de ovejas. Allí echamos pié á tierra, y entregando los burros al múcaro, entramos en el cercado.

Este cercado, que hoy es la morada de un santón musulmán, hace de antesala, permítaseme la frase, á la gruta de Jeremías: el cercado ó corral, que todo puede llamársele, es espacioso, en él se ven plantados en desorden un secular ciprés, una higuera y dos jóvenes olivos: en uno de los ángulos se levanta una choza, donde duerme el santón: tres tumbas de piedra que se alzan al pié del ciprés guardan las cenizas de tres santones que allí vivieron consecutivamente antes del que hoy vive; y el silencio de la muerte se cierne majestuoso en aquel apartado y solitario lugar, silencio interrumpido de vez en cuando por el patético arrullar de algunas palomas silvestres, que han depositado sus nidos en los agujeros de la roca.

El santón que hoy mora en aquel plácido recinto, es de estatura regular, de aspecto venerable y de mirada dulce; viste túnica azul con ancha faja, turbante blanco con tarbuch ó gorro encarnado, y se llama Cheij Mohamed: después de tender la vista por la rústica morada de aquel cenobita de Mahoma, después de cruzar con él algunas palabras en árabe, que Español traducía indistintamente al español ó al francés, penetramos en la

cueva de Jeremías. ¡Cuánta belleza literaria se escribió en aquella cueva! ¡Qué sonidos tan plañideros resonaron allí! ¡Cuánta inspiracion bajó allí del cielo!..... La cueva es ancha, profunda, y dentro tiene otras dos cuevas más pequeñas, que marchan hácia la derecha del que entra. Desde el fondo de aquella cueva se ven los muros de Jerusalem, se ven las bóvedas de algunas casas y los minaretes de las mezquitas..... Hubo un instante de fervoroso recogimiento en que todos callamos, y entre el tétrico arrullar de las palomas, parecia escucharse aún aquella luctuosa, tremenda voz que emitida allí, resuena y resonará en todos los países; aquella voz que nunca dejará de oirse; aquella terrible voz, que allí mismo, en aquella cueva gritó un dia de dolor..... *Cuomodo sedet sola civitas, plena populo?..... ¿Como se encuentra sola la ciudad antes tan populosa?..... Jerusalem..... Jerusalem, convertere ad Dominum Deum tuum..... Jerusalem..... Jerusalem..... Conviértete á tu Dios y Señor.....*

Y qué.....? los sentidos trenos del profeta se dirigieron por ventura sólo á la Jerusalem cerrada dentro de aquellos muros de piedra? No. Bajo el emblema, bajo el nombre de *Jerusalem* habló el profeta á todos los pueblos del mundo y á todas las generaciones del tiempo; al hombre que fué, al hombre que es y al hombre que será.

Trascurrido el primer instante, instante de contemplacion, traté de cojer un pedazo de piedra de

aquella gruta, donde recibí, lo confieso, una de las emociones más fuertes de cuantas me produjo la Palestina. Adivinando mi deseo el anciano santon, arrancó él mismo con otra piedra un pedacito de la que formaba el techo de la cueva, y la puso en mis manos. Al salir de tan célebre recinto, en la parte ya del corral á la izquierda, levantó una plancha de hierro que cubria un pozo, y con una vasija de lata pendiente de una cuerda, sacó agua, que me dió á beber, bebiendo despues tambien Español y fray Manuel Yuvero; aquel era el pozo que durante tantos años apagó la sed de Jeremías, hijo de Elías. Yo entregué al santon un *BATCHIS, gratificacion ó propina*, y saliendo de aquel pacífico lugar, montamos en nuestros burros y comenzamos la marcha hácia Oriente, sin abandonar nunca los muros de Jerusalem, que llevábamos á la derecha. El sol iba inclinándose hácia el ocaso; pero aún se dejaba sentir con fuerza, y ni nubes ni brisas ni céfiros templaban sus ardores.

Algunos minutos despues de haber tomado el camino, me hicieron mis compaaeros fijarme en un monte, que al Oriente de Jerusalem, al otro lado de un torrente sin agua, se corre de Norte á Sur; es bastante alto, su cumbre y laderas cubiertas de olivos y de otros árboles de un verde más fresco que el de los olivos.—Aquel es el monte Olivete, me dijo fray Manuel Yuvero, á él vamos ahora. El monte Olivete ó el monte de las Olivas, es el único punto que ofrece vegetacion en

aquel terreno, sobre el cual cayó la maldición de Dios. El monte Olivete se halla separado de la ciudad por el torrente Cedron, que despues de bajar una larga cuesta cruzamos nosotros. el torrente Cedron, tan célebre en las Sagradas Escrituras, solo lleva agua en el tiempo de las grandes lluvias, y como las grandes lluvias son muy escasas en la Palestina, casi siempre se halla seco ese memorable torrente.

II.

Como desde niño, como que desde que mi padre me enseñó á leer, se despertó en mi alma el deseo de visitar los Santos Lugares; como despues, durante mi carrera literaria, ha tomado mayor incremento ese deseo, el dia en que lo realizaba, despreciando los rigores de un clima mortífero, gocé sobremanera, y por un fenómeno psicológico no difícil de comprender, venian á confundirse con aquel momento de sublime placer los momentos de mi dulce infancia.

Cruzamos el torrente *Cedron*, cuyas aguas, cuando las lleva, se unen al terminar los muros de Jerusalem con las del torrente *Gibon*, que tambien, casi siempre sin agua, marcha por el otro lado de la ciudad; y conservando el nombre de *Cedron* van juntos á desembocar en el Jordan, que á su vez desemboca en el mar Muerto. Cruzamos el torrente, y comenzamos á subir por la ladera occidental del monte de las Olivas ó monte Olivete. Es el

monte Olivete un collado de bastante elevacion y muy largo, que se extiende de Norte á Sur, frente á Jerusalem, de modo tal, que la union en sus faldas del monte *Akra*, sobre el cual está fundado Jerusalem, y el monte Olivete, forma el torrente Cedron, que separa el uno del otro. El monte Olivete se halla cubierto todo él de olivos, de otros árboles de hoja picada y de un verde muy agradable, y de alguna mata baja.

III.

El huerto de Getsemani, ó como se expresa San Mateo en su evangelio *Villam quæ dicitur Gethsemani*..... La granja que se llama *Gethsemani*, se encuentra en la parte más baja del monte Olivete, frente por frente á la Ciudad Santa y elevada muy pocos pasos sobre el torrente Cedron. Allá está el célebre huerto de Getsemani, cercado por cuatro paredes blancas; ese huerto que el cristiano ha oído tantas veces nombrar en el púlpito de su parroquia; que el historiador, aunque no sea cristiano, contempla con enagenamiento, porque en él se verificó, en una noche triste y misteriosa, uno de los sucesos más grandes y más trascendentales del tiempo. Apeándonos de nuestros burros el reverendo Padre Fray Manuel Yuvero, el vicecónsul y yo, entramos en aquel huerto por una puerta muy estrecha y muy baja. Esta puerta y

estas tápias son modernas. Profunda sensacion de místico recogimiento experimenta el ánimo al penetrar en aquel majestuoso jardin. Es cuadrado, de bastante extension, y dividido en cuarteles por barandillas de madera pintada. En las tápias se encuentra el *via crucis* formado con cruces de madera, y en los cuarteles determinados por las barandillas, abren su corola multitud de flores bellas: los pensamientos de diferentes colores, los alelies dobles y sencillos, los narcisos y los jacintos embalsaman el aire con sus perfumes; y el naranjo y el limonero de grato aroma, crecen junto al erguido pié de los cipreses: todo esto es moderno, todo esto es de hoy. Pero en aquel silencioso recinto, entre tanta flor se conservan los más venerables monumentos, que peregrinos de todas las naciones del mundo acuden á visitar tan pronto como pisan las calles de Jerusalem; allí, en lo que hoy llaman huerto de Getsemaní, porque este huerto fué indudablemente mayor en otro tiempo; allí se conservan ocho seculares olivos, preciosas reliquias de la cristiandad, ocho olivos que existian la noche en que Jesus oró en aquel lugar por última vez, en aquella noche en que el hijo de Dios vertió un sudor como sangre, y se entregó al hombre para redimir al hombre; allí están esos monumentales testigos de sacrosantas escenas; en sus troncos se ve est ampada la huella de los siglos; en el blando gemir de sus copas, cuando el céfiro las ore a , parece escucharse plañideras frases que hablanos quieren de sucesos divinos.....

Yo cogí tierra de este huerto, la cogí al pié de uno de aquellos venerandos árboles; cogí tambien flores con ayuda de Español y fray Manuel, y aunque se ha impuesto excomunion al que corte algún pedazo del tronco de aquellos ocho apreciables olivos, coetáneos de la pasion del Señor, fray Francesco de Potenza, fraile italiano, á cuyo cuidado se encuentra el huerto, me regaló un pedazo grande, cortado en uno de aquellos ocho troncos: yo le hice una limosna para el convento, y él volvió á regalarme varias semillas de flores que habian abierto sus pétalos en aquel santificado jardin. Aquel jardin ejerce atraccion para ciertos corazones; yo confieso que nunca hubiera salido de él; eran tan gratos los perfumes de aquellas flores... era tan misterioso el gemir de las copas de aquellos ocho olivos... eran tan dulcísimos los recuerdos que aquel gemir despertaba en mi ánimo... En Occidente se ora porque se quiere orar; en Oriente se ora porque no se puede ménos de orar; porque aquellos lugares arrancan la oracion de nuestra alma.

Cuando nosotros salimos del huerto, entraba en él la caravana inglesa, compuesta de treinta ó cuarenta personas; el anciano lego fray Francesco de Potenza nos despidió en la puerta con cariñosa amabilidad y se volvió con los ingleses.

IV.

Mis compañeros haciéndome dar una vuelta por la parte exterior del jardín á las tapias, me enseñaron entre la tapia que da al torrente Cedron y el mismo torrente el lugar en que quedaron los apóstoles y se durmieron, mientras Jesus se retiró á orar en una profunda gruta. Continuando la vuelta, nos colocamos de nuevo en la puerta de entrada, que cae al lado más alto del huerto: allí marchamos por un sendero que forman una roca y la misma tapia, y llegamos á un ábside natural, donde hay señalado un punto con una lápida incrustada en la peña: aquel es el lugar en que Judas imprimió en el rostro de su Maestro el beso traidor con que lo entregó á sus enemigos.

¿Hay por ventura en la historia de Cristo algun hecho que no sea fiel espejo de trasparente luna, donde vengan á reflejarse al través de los siglos los hechos del hombre? Judas murió ahorcado en un árbol, ahogado por sus crueles remordimientos..... ¿Pero concluyó Judas?..... Judas dejó inoculado en la raza humana el germen de su perversidad. Despues de contemplar durante algunos momentos esta piedra, despues de reflexionar algunos instantes sobre las escenas que ocurrieron allí una noche de célebre recuerdo, noche tremenda, que ni ha podido borrarse de los siglos ni del

corazon de los hijos de Adam se borrará nunca, montamos en nuestros burros, y dejando para visitar otro dia el sepulcro de la Virgen y la cueva en que oró Cristo, llamada allí *la gruta de la agonía*, comenzamos á subir por un estrecho y pintoresco sendero que conduce á la cumbre del monte Olivete.

V.

Trascurrida media hora sin detenernos en parte alguna, y casi cerca de la cumbre, nos encontramos en el lugar que llaman *El Pater Noster*, porque allí enseñó Jesucristo á los Apóstoles el *Padre Nuestro* cuando aquellos le preguntaron cómo debian orar. La célebre princesa de la *Tour de Aucerne* ha comprado al sultan aquel pedazo de monte; ha fundado un magnifico convento de monjas, que llaman *Las monjas del Pater*, y cerca del convento ha levantado un patio ó peristilo de dimensiones colosales, que merece nos detengamos en él. Forman este patio cuatro corredores que se unen, dando lugar á un cuadrado; se halla construido con una magnífica piedra blanca, que conocen con el nombre de *chachuli*, muy parecida al mármol; tiene en su parte interior grandes gemelas, ojivales; en los muros del corredor se encuentra escrito el *Padre Nuestro* en letras de quince centímetros y en treinta y dos idiomas (1); y en

(1) Los treinta y dos idiomas en que está escrito el Padre Nuestro, para que puedan leerlo todos ó casi todos

medio del patio, que se conservó en estado natural, cubierto de madera y de mata baja, es donde Jesucristo enseñó el Padre Nuestro á sus discípulos. Por una rasgada ventana abierta en uno de los muros, se ve una pequeña capilla blanca como el ampo de la nieve; en medio de esta capilla se levanta un sepulcro de mármol de Carrara, sobre cuyo sepulcro descansa una estatua yacente de hermosísimo rostro: es el sepulcro que allí tiene preparado para sí la jóven y simpática princesa de la Tour de Auvergne, y en un ábside practicado en la pared, junto á su mausoleo, se descubre un copon, segun creo de plata, en el cual conserva la princesa el corazon de su padre. Esta jóven, bella y rica princesa, de sentimientos profundamente religiosos, de carácter especial, señora del gran peristilo del *Pater Noster*, fundadora y sostenedora del couvento de monjas, que se levanta junto á la cumbre del monte Olivete, vive parte del año con su esposo para disfrutar en su compañía los encantos de la vida doméstica, parte del año pasa viajando, y lo restante lo deja deslizarse en la plácida soledad del convento que ella ha fundado.

En uno de los ángulos del magnífico patio se abre una puerta que, despues de bajar una escalera de bastantes peldaños, da entrada á una cue-

los peregrinos, son: siriaco, caldeo, latino, polaco, español, portugués, georgiano, italiano, francés, samaritano, sueco, breton, tibetano, canadiense, tártaro, sanscrit, chino, etiope, copto, indio, kurdo, hebreo, armenio, árabe, turco, aleman, inglés, moscovita, danés, slavo, noruego y griego.

va. Pretenden algunos que en esta cueva compusieron los Apóstoles el CREDO, pero esa pretension es errónea, porque existen grandes razones para creer que el CREDO fué compuesto por los dichos Apóstoles en la misma habitacion del Cenáculo.

Cuando salimos de aquel agradable lugar, llamado el *Pater Noster*, montamos en nuestros burros. Serian las cinco menos cuarto: el sol se ponía á la espalda de Jerusalem, y las cúpulas del Santísimo Sepulcro se dibujaban en un cielo azul teñido de púrpura y de nácar. A las cinco en punto de mi reloj llegamos fray Manuel Yuvero, D. Carlos Español y yo, precedidos siempre del múcaro, á otro de los puntos que más despiertan en la Palestina el interés del historiador y el fervor del cristiano: llegamos á la cumbre del monte Olivete, donde Jesucristo, al frente de ciento veinte personas, entre las que se encontraban sus once discípulos y su Santísima Madre, la bella, la sin par, la purísima María, se remontó á los cielos dejándonos grabados en una roca sus sacratísimos piés.

En el lugar de la Ascension, que tantas vicisitudes y tantos cambios ha sufrido con los siglos, se levanta hoy un grupo de edificios árabes, entre los que descuella una pequeña mezquita con su erguido y elevado minarete, que no es más grueso que una de las columnas que conocemos en Europa. Este pequeño grupo de casas forma la aldea llamada ZEITUM, coronamiento del célebre monte

Olivete, nombrado por los indígenas DJEBEL-ZETUM ó DJDBEL-ET-TUR. Despues de hablar nuestro múcaro con un fornido musulman, que estaba sentado en la puerta de la mezquita, y despues de entregarle de mi parte un BATCHIX, entró el musulman á su casa por una llave, mientras nosotros nbs apeábamos de los burros; abrió con perezosos movimientos la puerta de la mezquita, y penetramos en ella todos llenos de fervor; yo lleno de ansiedad, de interes y de fervor. Aquella célebre, aquella importante mezquita es un octógono con ocho pilastras, una en cada uno de los ocho ángulos que forma la union de los planos ó paredes que la constituyen; su diámetro es de ocho metros escasos; su altura gallardamente proporcional á su anchura, y termina en una media naranja, ó mejor en una bóveda en forma de hemisferio. Casi en el centro de la mezquita, aunque no exactamente en él, se ve una peña calcárea muy dura, de 80 centímetros de largo por 70 de ancho, rodeada de planchas de mármol blanco; en aquella peña, que está al descubierto, pues las planchas de mármol que la rodean, no la cubren; en aquella roca, hoy santa, puso Jesus los piés cuando, habiendo terminado la redencion del género humano, se elevó á los cielos con grata suavidad, con dulce lentitud, dejando en ella impresa, como último testimonio de su vida carnal, la huella de sus dos piés. Peregrinos de todos los países del mundo acuden afanosos á contemplar de rodillas,

á besar aquella santa roca, que tambien nosotros besamos con recogimiento. Y mientras rendimos este culto á tan misteriosa piedra, el árabe fornido que nos acompañaba, de pié junto á nosotros, nos miraba con respeto; que los musulmanes de Oriente, al ménos hoy, no solo no se burlan de los cristianos, sino que los respetan, y respetan su culto, y aman á Cristo, á quien creen *el espíritu de Dios*; y aman á María á quien proclaman *la más grande, la más santa, la más pura de las mujeres...* Estas son las mismas frases que yo he oido pronunciar á algunos musulmanes.

Debemos hacer aquí una advertencia, que me llamó sobremanera la atencion. La huella del pié de Cristo, estampada en la dura roca, ofrece un aspecto maravilloso: no parece grabada, no parece esculpida, no; parece hundida, suavemente hundida, cual en una masa de blanda cera, en aquella peña, que se conserva para asombro y veneracion de las generaciones presentes y venideras. San Cirilo, San Jerónimo con otros santos padres, y una tradicion nunca interrumpida, aseguran que Jesucristo dejó señalados en aquella peña sus dos piés; hoy no se encuentra sino la huella del izquierdo: y es opinion corriente entre los cristianos de Jerusalem, que los musulmanes serraron la piedra por medio; se llevaron la mitad de dicha piedra con la huella del pié derecho, y la incrustaron en uno de los elegantes muros de la mezquita llamada El-Acxa, que se levanta frente á la gran mez-

quita de Omar, cuyas dos mezquitas nacen sobre las colosales ruinas del nunca bien ponderado templo de Salomon. Allí la enseñan los hijos de Mahoma y la tienen en gran veneracion. El padre Livinio en su guia escrita en francés y en italiano, opina que la piedra que los musulmanes enseñan en la mezquita El-Acxa, no puede ser la mitad que falta de la *piedra de la Ascension*, porque en la de El-Acxa el color es más claro, la huella mas moderna y se revela perfectamente que esa piedra ha sido serrada; mientras que en la del monte de las Olivas nada brusco se percibe, y la piedra comienza á desaparecer en visel, como si lentamente hubieran ido quitando fragmentos de ella. Yo he visto tambien la piedra que los musulmanes enseñan en la mezquita El-Acxa, y creo con el padre Livinio, que aquella piedra no ha sido arrancada de la que existe en la cumbre del monte Olivete, y que la mitad de ésta, que ha desaparecido, robándonos la huella del pié derecho de Cristo, ha sido desprendida pedacito á pedacito, durante muchos siglos, por el entusiasmo religioso de los peregrinos que allí acuden á orar, y que llenan con sus nombres las paredes de la mezquita. Yo no escribí el mio; ¿qué importa un nombre más? Yo me contenté con besar dos veces la huella del pié de Cristo.

Cuando salimos de aquel venerando lugar, por más que sea una mezquita, y una mezquita humilde, me preguntó mi compañero fray Manuel Yu

vero—"Si queria subir al minarete;" yo no deseaba otra cosa, porque ni en Alejandria, ni en el Cairo, ni en Suez, ni en Port-Saïd, en ninguno de los pueblos musulmanes que he recorrido durante mi viaje, he tenido ocasion de disfrutar ese placer. La subida á aquel es dificilísima, no solo por la extraordinaria estrechez de la escalera, sino tambien por su forma de caracol; mas el panorama que desde su ochavada galería se ofrece á la vista del viajero es encantador, es quizá el más bello, y de seguro el más rico en recuerdos que he presenciado en mi vida. La hora era muy á propósito para esta clase de contemplaciones: ya el sol se hundia en el confin del ocaso, y sus últimos rayos, ráfagas de púrpura y oro, teñian el diáfano azul del cielo. Al Occidente se descubre el valle de Josafá; la ciudad entera de Jerusalem, que se despliega en forma de anfiteatro, con los modernos establecimientos piadosos edificados por rusos y franceses en sus ejidos; al Sur Oeste el camino de Bethlem y el Desierto de Elías; al Sur las montañas de Moab, con los países que ocupó un dia la tribu de Ruben; al Norte los campos que ocupó la tribu de Efrain, y al Oriente, despues de perderse la mirada por las áridas cordilleras sobre las que se extiende el desierto de la Judea, va á terminar á las siete ú ocho leguas en las frondosas llanuras que formaron en otro tiempo la Tierra de Promision, en las bellas márgenes del Jordán, que se conocen por su amenidad, y en el Mar Muerto que tranquilo é imponente, yace inmóvil

sin olas, ni flujo ni reflujo, cual inmenso plano de cristal tendido entre las montañas de la Judea y de Moab. Los instantes que pasé en la barandilla de aquel minarete que se eleva ochocientos cuarenta metros sobre el Mediterráneo, han dejado gratísimo, imperecedero recuerdo en mi alma.

Montados otra vez en nuestros jumentos, comenzamos á bajar de la cumbre del monte Olivete por un estrecho sendero que amenizaban multitud de olivos, de higueras silvestres y otros árboles desconocidos, segun creo, en Europa. Algunos minutos hacia que caminábamos, cuando parándose nuestra comitiva, me dijo fray Manuel Yuvero, señalando un punto en el que ya nada se conserva de un oratorio que allí construyeron los cristianos:—Aquel lugar se llama *la roca blanca*; una antiquísima tradicion transmitida por San Epifanio, dice: que cruzando por allí Santo Tomás, el cual no se encontró con los demás apóstoles en el entierro de la Virgen, la vió remontarse á los cielos; que mientras el santo contemplaba de rodillas la gloriosa Asuncion de María, María al perderse ya entre los purísimos rosicleres del eter, dejó caer una cinta al mismo lugar en que se encontraba el santo. Esta cinta se conserva en PRATO de Toscana.

Pocos minutos despues volvimos otra vez á pararnos, y haciéndome mis compañeros fijar la atención en un pequeño recinto, que se alza entre dos senderos, uno que va á *Viri Galilei* y otro á *Zei-*

tun, me advirtió uno de ellos:—En aquel lugar estaba la Santísima Virgen cuando el arcángel San Gabriel le anunció que dentro de tres dias se uniría en el cielo con su divino Hijo. « Esta tradicion, debida tambien á San Epifanio, ha sido conservada y transmitida por Juvenal, obispo de Jerusalem, por Metophrasto y Nicéforo. Continuando la bajada, nos encontramos despues de algunos minutos en el valle de Josafá.

Es el valle de Josafá la falda del monte de las Olivas, comprendida entre el huerto de Gethsemani al Norte, aunque algunos lo alargan algo más por esta parte, el torrente Cedron al Occidente y la aldea de Siloe al Sur. El predestinado valle de Josafá ofrece hoy un aspecto árido, severo y melancólico; en él se encuentran los sepuleros de Josafá, de donde toma su nombre, de Absalon y de Zacarías, todos los cuales á treinta ó cuarenta metros uno de otro forman una línea recta paralela á las murallas de Jerusalem, á bastante distancia de estas, y separada de ellas por el torrente Cedron: los judíos han elegido para su enterramiento el valle de Josafá, por lo que hoy se encuentra cubierto de tumbas. Los citados sepuleros de Absalon, Josafá y Zacarías, que este es el orden en que se hallan colocados, son magníficos mausoleos, de grandes dimensiones, labrados en piedra, constituyendo el de Absalon un monolito: sin embargo, algunos creen sin bastante fundamento, que aquellas preciosas obras de arte no son

los sepulcros de los referidos personajes bíblicos, sino monumentos erigidos en honor á su memoria. Despues de meditar algunos instantes en el valle de Josafá, despues de contemplar el mágico panorama que al comenzar la noche ofrecia desde allí la Ciudad Santa con su terrible quietud, con su sepulcral silencio, seguimos hácia el Norte por una estrecha vereda, y dejando á la derecha el huerto de Gethsemaní, y cruzando el torrente Cedron, entramos en Jerusalem por la puerta de San Estéban, antes de *Josafá*.

PRIMER PASEO

DENTRO DE LOS MUROS DE JERUSALEM.

Viérnes 9 de Marzo.

San Estéban.—Piscina probática.—Escala santa.—Casa de Pilatos.—Lugar de la flagelacion.—Arco del Ecce Homo.—Alfonso de Ratisbone.—Monte Sion.—El Cenáculo.—Tumba de David.—Casa de Caifás.—Lugar de la casa de María.—Templo de Santiago el Mayor.

I.

Pocos dias trabajé tanto en mis apuntes sobre la Ciudad Eterna como el de que vamos á ocuparnos: la noche anterior tomé un *dragoman*, es decir, una persona que me acompañase y me prestara sus servicios. Este dragoman, recomendado por fray Francisco Argote, almacenero de San Salvador, viste á la europea, pero con *talbuchs* ó gorro turco; se llama Rafael, y me dejó muy satisfecho de su carácter y conducta.

A las siete de la mañana salimos de Casanova á pié fray Manuel Yuvero, que tanto y tan cariñosamente me acompañó durante mi permanencia en

los sepulcros de los referidos personajes bíblicos, sino monumentos erigidos en honor á su memoria. Despues de meditar algunos instantes en el valle de Josafá, despues de contemplar el mágico panorama que al comenzar la noche ofrecia desde allí la Ciudad Santa con su terrible quietud, con su sepulcral silencio, seguimos hácia el Norte por una estrecha vereda, y dejando á la derecha el huerto de Gethsemaní, y cruzando el torrente Cedron, entramos en Jerusalem por la puerta de San Estéban, antes de *Josafá*.

PRIMER PASEO

DENTRO DE LOS MUROS DE JERUSALEM.

Viérnes 9 de Marzo.

San Estéban.—Piscina probática.—Escala santa.—Casa de Pilatos.—Lugar de la flagelacion.—Arco del Ecce Homo.—Alfonso de Ratisbone.—Monte Sion.—El Cenáculo.—Tumba de David.—Casa de Caifás.—Lugar de la casa de María.—Templo de Santiago el Mayor.

I.

Pocos dias trabajé tanto en mis apuntes sobre la Ciudad Eterna como el de que vamos á ocuparnos: la noche anterior tomé un *dragoman*, es decir, una persona que me acompañase y me prestara sus servicios. Este dragoman, recomendado por fray Francisco Argote, almacenero de San Salvador, viste á la europea, pero con *talbuchs* ó gorro turco; se llama Rafael, y me dejó muy satisfecho de su carácter y conducta.

A las siete de la mañana salimos de Casanova á pié fray Manuel Yuvero, que tanto y tan cariñosamente me acompañó durante mi permanencia en

Jerusalem, el dragoman Rafael y yo. Cruzamos algunas calles, ¡siempre solitarias! Atravesamos parte de la de la Amargura, sin detenernos á estudiarla, y saliendo por la puerta de San Estéban nos encontramos en el campo, muy cerca del torrente Cedron, y frente al monte de las Olivas. La mañana estaba deliciosa; el calor no se sentía aún mucho; el cielo se ostentaba puro, y el sol asomando su disco por el festonado confin del monte Olivete, bañaba con sus rayos toda la Ciudad Santa. Señalándome el padre Yuvero una praderita cubierta de yerba, que se extiende tocando los muros de la ciudad, á la derecha de la puerta, marchando hácia el Cedron, en cuya pradera nace una roca que apenas se levanta medio metro del nivel del suelo, me dijo:—Allí apedrearon á San Estéban; por eso llamamos los cristianos á esa puerta *la puerta de San Estéban*. Yo contemplé un momento aquel lugar donde murió el protomártir de la Iglesia; yo quise averiguar dónde se colocaría Saulo cuando guardaba la ropa de los que apedrearon al santo: y dada la disposición topográfica de aquel histórico recinto, que recibió la sangre de la primera víctima del cristianismo, me hice la ilusión de creer que no era difícil designarlo.

Pocos momentos despues entramos en la ciudad por la puerta de San Estéban, á mano derecha vimos en una puerta un fornido musulman negro, un eunuco de arrogante estatura, sentado

en una silla; mis compañeros me dijeron que aquella era la casa de Santa Ana, pero que perteneciendo á Francia no nos permitirían la entrada sin una orden escrita del cónsul francés. A pesar de todo, pedí permiso al eunuco para entrar en ella, mientras le ofrecía algunas monedas de plata, y el eunuco me contestó en francés,—Que sin orden del cónsul, aunque le diera mil duros. Entónces pasando á la acera de enfrente, como diríamos en Europa, porque allí no hay aceras, entramos por una puerta en un inmenso corral o patio á manera de estercolero, en medio del cual se vé un gran hoyo, con un poco de humedad en el fondo. La boca de este hoyo que es ovalada, tiene próximamente ciento diez metros de largo por cuarenta de ancho, siendo su mayor profundidad de dos metros y medio á tres; todo él se encuentra cubierto de inmundicia, y en sus alrededores crecen algunas matas de yerba alta; aquel hoyo es *la Piscina probática*, la gran piscina cuyas aguas removía de vez en cuando un ángel que para ello bajaba de las regiones celestiales; aquella fué la piscina tan celebrada en los libros santos, en la cual hizo el Eterno tantos milagros y en la cual Jesus curó al paralítico. «Despues de estas cosas, dice San Juan en su Evangelio: era el dia de fiesta de los judíos, y subió Jesus á Jerusalem.—Y en Jerusalem está la Piscina probática, que en hebreo se llama Bethsaida, la cual tiene cinco pórticos—En éstos yacía grande muchedumbre de enfermos,

ciegos, cojos, paralíticos, esperando el movimiento del agua.—Porque un ángel del Señor descendía en cierto tiempo á la Piscina y removía el agua, y el que primero entraba en la Piscina despues del movimiento del agua quedaba sano de cualquier enfermedad que tuviese.—Y habia allí un hombre que hacia treinta y ocho años que estaba enfermo.—Y cuando Jesus vió que yacía aquel hombre y conoció que estaba ya de mucho tiempo, le dijo. ¿Quieres ser sano?—El enfermo le respondió: Señor, no tengo hombre que me meta en la Piscina cuando el agua fuese revuelta, porque entre tanto que yo voy otro entra ántes que yo.—Jesus dijo: levántate, toma tu lecho y anda.—Y luego fué sano aquel hombre y tomó su camilla y caminaba. Y era Sábado aquel dia.—Cap. 8 V. I.

Despues de mirar largo rato la Piscina probática y de doblegarse mi espíritu á las reflexiones que brotan de tan significativo lugar, salimos de aquel hoy inmundo terreno, y en la misma *vía dolorosa* nos colocamos frente por frente á los muros del palacio de Pilatos, con objeto de contemplar la señal grabada aún en la pared, que manifiesta donde estuvo *la escala santa*. La escala santa conducía desde la calle al patio; por ella subió y bajó Jesucristo varias veces, y como subió y bajó tambien despues de ser azotado, desprendiéronse de su cuerpo gotas de sangre que fueron á estamparse en la escala. Esta escala, trasladada por Santa Elena á Roma, donde se construyó para ella un

templo frente á San Juan de Letran, tendrá próximamente tres metros de ancho, se compone de veintiocho peldaños de mármol blanco, cubiertos hoy con planchas de madera preciosa, con ranuras para que se descubra el mármol, y á su conclusion hay un altar; solo se permite subirla de rodillas, y para bajar hay escaleras á los lados entre magnificas columnatas. Yo tambien he subido de rodillas esta escala, que muchos peregrinos suben y riegan con sus lágrimas; la subí el domingo de Pascua de Resurreccion, que regresando de Jerusalem me detuve en Roma con objeto de visitar aquellos célebres monumentos del mundo cristiano y del mundo pagano.

Volvamos á Jerusalem. Despues de contemplar largo rato el lugar donde estuvo la escala santa, manifesté deseos de entrar en el palacio de Pilatos. Debemos tener presente, que en tiempo de Jesucristo el palacio de Pilatos debia ser inmenso, á juzgar por las distancias en que hoy se encuentran unos de otros los restos que de él se conservan. El palacio de Pilatos, que hoy sirve de cuartel turco, está próximo á la inmensa torre *Antonía*. Dicha torre y el palacio de Pilatos se encuentran unidos por una galería de piedra sobre esbeltos arcos, que forman un viaducto en la calle, desde cuya galería los gobernadores de la Judea hablaban en casos solemnes al pueblo, que se agrupaba en la plaza, que se abre en la calle. Esta galería llamada, *Lithostrotos* antiguamen-

te, y hoy *Arco del Ecce Homo*, es el punto en que Pilatos enseñó Jesus al pueblo judío, cuando dijo: *Ecce Homo*, y cuando el pueblo judío pronunció su eterna condenacion, pidiendo á gritos que «la sangre de Jesus cayera sobre sus cabezas y sobre las cabezas de sus hijos.»

Entramos en la casa de Pilatos, hoy cuartel; penetramos en el gran patio, que puede considerarse por sus dimensiones y por su suelo de arena como una plaza, y en él habia multitud de soldados turcos, ocupados en preparar sus armas para marchar á la guerra contra los rusos. Muy pocos dias hacia que vestian pantalon azul á la europea; y como yo les preguntara si se encontraban bien con ellos, me contestaban sonriéndose que sí. A corta distancia está el lugar en que los soldados romanos, excitados por los judíos, se excedieron de las órdenes que les dió Pilatos, y despues de azotar á Cristo, formaron una corona de espinas, que clavaron en su Purísima Cabeza. ¡Infelices judíos..... pueblo desgraciado!..... ¡cuán distante estabas tú de pensar, que el día de tu triunfo era el día de tu eterna derrota!..... ¡Cuán distante estabas tú de creer que con tus propias voces labrabas tú mismo para los siglos de los siglos tu propia ruina y la ruina de toda tu descendencia!

Antiguamente el lugar de la coronacion se hallaba comprendido dentro de una capilla; mas hoy pertenece á los turcos, quienes han construido allí una pequeña mezquita. Se sostiene, y no sin fun-

damento, por un sábio historiógrafo, que los soldados que azotaron y coronaron á Cristo eran españoles, porque segun sus cálculos, la legion á que aquel año correspondia dar la guardia al gobernador de la Judea pertenecia á las tropas españolas que habia al servicio del emperador romano. Mis compañeros y yo anduvimos algunos pasos por la calle, y entramos á visitar el lugar de la flagelacion, ó sea el punto en que se levantaba la columna, atado á la cual azotaron á Cristo.

II.

Como á Cristo azotaron en uno de los patios de Pilatos, es evidente que este lugar que hoy se halla separado del cuartel, entónces palacio del gobernador, estaba unido á él. El historiador, el cristiano al pisar este recinto, sienten recogerse su espíritu, ¿y cómo no, si las cruentas escenas ocurridas allí entre el Dios-Hombre y el hombre pecador, llenaron con sus páginas los anales del mundo? El templo de la flagelacion se compone de dos departamentos; sobre la puerta del primero dice: «Introibimus in tabernaculum ejus, adorabimus in loco ubi steterunt pedes ejus. Salmo 31, v. 7.» Sobre la puerta del segundo se lee: «Ego in flagella paratus sum. Salmo 37, v. 18.» En medio de este segundo departamento se levanta un altar compuesto, como todos los de Tie-

rra Santa, de una gran plancha de piedra fina, sostenida por cuatro columnitas ó pilastras. Debajo de este altar, en el suelo, se ve designando el mismo punto en que se levantaba la célebre columna, una cruz del Santo Sepulcro; bonitas lámparas de plata cuelgan del altar, y en torno de la cruz del Santo Sepulcro, es decir, en torno del lugar donde nacia la columna, hay siempre elegantes jarrones con grandes ramos de variadas flores, flores que abrieron sus corolas en el huerto de Getsemani, y que velan con sus perfumes el lugar en que Cristo derramó su sangre.....

El anciano Padre fray Pedro Núñez de Cádiz, que tiene á su cuidado este santuario, quien se alegró muchísimo de verme por ser español, y con acento cariñoso me hizo varias preguntas acerca de nuestra patria, me contestó, cuando yo le pregunté si podia coger una de aquellas flores.—No se moleste vd. en ello, que yo le mandaré á casa todas. Y el respetable fraile cumplió su palabra, porque aquella misma noche al regresar yo á Casanova, me encontré en mi celda con dichas flores, las cuales traje á España y he repartido entre mis amigos. Una tradicion no interrumpida asegura acerca de este santuario lo que sigue: «Que en tiempos antiguos cubria un pequeño templo este venerable lugar; que en 1618 Mustaphá Bec, hijo del Pachá de Jerusalem, lo quitó á los frailes y lo dedicó á cuabras para sus caballos predilectos; que cierto dia en que cerró allí los

más gallardos que poseia, murieron todos de repente; atribuyendo tal desastre á una casualidad, mandó llevar otros, que tambien murieron en pocas horas; sorprendido con este segundo golpe, reunió en cónclave á todos los ancianos y sábios musulmanes del contorno, los cuales despues de deliberar no largo rato, le manifestaron que aquel recinto era muy venerado de los cristianos, porque en él azotaron los judíos á Issa *Jesus*; que por eso, á no dudar, se morian sus caballos, á los cuales no debia hacer entrar allí. Mustaphá dejó de profanar aquel sitio con sus caballos, pero no lo devolvió á los frailes, quienes no lo poseyeron hasta 1838, que el gran hombre de Oriente moderno, el amante de los cristianos, el civilizador de Egipto, Ibrahim Pachá, hijo de Mehemet-Alí, lo entregó á los frailes de San Francisco, quienes construyeron el sencillo templo que hoy lo cubre, con fondos debidos á la generosidad de Maximiliano, duque de Baviera.»

Saliendo de la iglesia de la flagelacion, y comenzando la marcha por aquella célebre calle, que es *la vía Dolorosa* ó *calle de la Amargura* de la que nos ocuparemos despacio en otra ocasion, no bien hubimos andado noventa pasos, cuando pasamos por debajo de un corredor con ventanas, sostenido por arcos de piedra, que cruza de una acera de la calle á otra; este corredor, que hoy llaman *El Ecce Homo*, que en tiempo de Pilatos llamaban *Lithostrotos* y al que los hebreos designaban con

el nombre de *Gabatta*, unia en otro tiempo el palacio de Pilatos con la Torre Antonia, parte de la cual formaba la habitacion de Herodes, convertida ahora en casas particulares. A este arco subian, como dijimos, los gobernadores para hablar al público, y á este arco asomó Pilatos á Cristo despues de azotado y coronado de espinas, para excitar la clemencia del pueblo judío y perdonarlo, convencido como estaba de que era inocente; y como en él pronunció las célebres palabras *Ecce Homo*, hoy se le ha asignado el nombre de *El Arco del Ecce Homo*. Pero el punto del arco donde Pilatos presentó Jesus al pueblo, no corresponde á la parte que hoy cruza la calle, sino que se encuentra dentro de un majestuoso templo que ha construido Alfonso de Ratisbone y que llaman *la iglesia de las hijas de Sion*. Con efecto, avanzando algunos pasos por aquella calle, que Cristo midió un día con sus angustiosos pasos, se encuentra á la derecha la entrada de un templo. Este templo, construido con piedra blanca, ofrece un aspecto solemne por su grave sencillez. Compuesto de tres naves, carece de ventanas, y la luz que recibe por una media naranja llega tibia y dulce á iluminar con plácido fulgor aquellos muros sin altares. ¿Y cómo ha de construirse altares si allá está el altar donde reside la verdad histórica? El ábside de este templo lo forma la misma galería compuesta de dos arcos, donde Poncio Pilatos manifestó Jesus al pueblo; allá se ven los arcos con sus primitivas

piedras, que á los ojos del más ignorante revelan su antigüedad; debajo de aquellos sacrosantos arcos se eleva un altar; encima del corredor, en el mismo punto que coronado de espinas asomaron al Señor, existe una imágen del *Ecce Homo*, admirablemente esculpida en mármol blanco.

Ni la catedral de Toledo, ni la catedral de Sevilla, ni la de Búrgos, ni las Catacumbas de Roma, ni la iglesia de San Pedro, ni la de San Pablo, ninguno de esos gigantescos monumentos de la religion y del arte, me ha producido una emocion tan profunda como aquel sencillo y original templo. ¿Y qué mucho? Aquel templo se levanta en Jerusalem, entre el palacio de Pilatos y el palacio de Herodes, y allí en su cabecera se ve el mismo arco en que Jesus fué enseñado á un pueblo grosero, que pidió su muerte: allí en aquel silencioso templo, en el que un rayo de misteriosa claridad adormece el alma en místico parasismo, aun parece escucharse las palabras del gobernador de la Judea, que lavándose las manos dijo: *Inocente soy de la sangre de este justo*. Y las voces terribles, las espantosas voces de aquel pueblo delirante y frenético, cruel y malvado, que clamaba: «crucifícadlo, crucifícadlo..... sobre nosotros y sobre nuestros hijos sea su sangre... Crucifíxe, crucifíxe eun..... sanguis ejus super nos, et super filios nostros.....» Ellos lo pidieron un día, y sobre ellos calló la sangre de Cristo para la eternidad. Pueblo abyecto y desgraciado..... pueblo

errante y perseguido, ¿por qué llevas en tu frente, en esa frente que humillas sin cesar, el sello de la vergüenza? ¿Por qué no tienes ese dulce patrimonio de todos los hombres que pueden unirse y se unen con encantadores lazos, formando naciones? ¿Por qué careces de domicilio y vagas errante por todo el mundo.....? Porque un día..... día terrible, que nunca pasa, que no acaba nunca, derramaste en el Calvario la sangre del Hombre-Dios, y pediste al cielo que aquella sangre cayera sobre tu cabeza y sobre las cabezas de tus hijos..... ¡Y sobre tu cabeza y sobre las cabezas de tus hijos ha caído.....! En Europa, en que la civilización ha mejorado las costumbres, en que el cristianismo ha tendido por doquiera su manto de perdon, infiltrando en nuestro sér los albores de una benigna doctrina, aún se mira con desprecio al pueblo judío, aún se le señala barrios para que en ellos habite, como si los judíos fueran los leprosos del Antiguo Testamento, como si el resto de los hombres temiera inficionarse con su trato; pero en Oriente es más grande, es asombroso este desprecio. En Alejandría y en el Cairo se les odia; y en Jerusalem..... en la ciudad donde cometieron su crimen..... allá arrastran una vida insoportable para todo el que no fuera judío. Los cristianos los miran con desdenosa compasión; pero los musulmanes los maltratan sin cesar, los persiguen como á perros: ¡ay del judío que se atreve á pisar la plaza que se extiende delante del tem-

plo del Santo Sepulcro!... .. cargan sobre él á palos y pedradas, y no lo dejan hasta que riega con su sangre la tierra, ó hasta que exhala el último suspiro. Yo he visto en la calle de la Amargura á un muchacho turco coger un puñado de lodo, y entre carcajadas tirárselo á la cara á un anciano judío de largas y blancas melenas; el judío sin defenderse, sin pronunciar una queja, bajó los ojos al suelo ¡yo lo he visto! y siguió su camino..... ¡Ah, es que sus padres pidieron un día que la sangre de Cristo cayera sobre las cabezas de sus hijos, y sobre las cabezas de sus hijos ha caído!

III.

Impresionado favorablemente con la visita que hicimos a la *iglesia de las hijas de Sion*, dije á fray Manuel Yuvero:—¿Quiere vd. que entreguemos ahora á Ratisbone una carta que le traigo del conde de Casa-Sarria?» La conversión de Ratisbone despertó en mí siendo niño vivísimo interés por esa persona, y desde entonsos deseaba conocerlo, aunque creí no llegar á verlo nunca: por si acaso alguno de mis lectores no recuerda esta conversión, diremos nada más que dos palabras acerca de ella.

«Alfonso de Ratisbone, en el año 1842, en que se verificó aquel portentoso suceso, tenía veintiocho años; era un elegante jóven natural de Stras-

burgo, rico, de talento, de gran imaginacion, abogado, y de religion israelita. No solo israelita de religion, sino uno de los más encarnizados enemigos del cristianismo: antes de casarse con una hermosa y rica señorita, prima suya, á quien amaba con frenesí, quiso ensanchar el horizonte de sus conocimientos viajando por Europa: llegó á Roma, con el baron de Bussieres, su amigo; por una de esas casualidades que ocurren en la vida, y que no podemos detenernos ahora á explicar, le entregó una medalla de *la milagrosa*, rogándole que la llevase al cuello. El judío Ratisbone, por complacer al católico baron de Bussieres, se puso al cuello la medalla sonriéndose con burla; el hecho es, que despues de algunas circunstancias singulares, el dia 20 de Enero de 1842 á la una de la tarde, marchando juntos por la gran ciudad el israelita Ratisbone y el católico baron de Bussieres, dijo éste á aquel:—Entrad conmigo un momento en esta iglesia, que voy á dar ciertas órdenes sobre los funerales de un amigo mio, que han de celebrarse mañana: los dos entraron en San Andrés delle Fratte. El baron de Bussieres se dirigió á la sacristía; Alfonso de Ratisbone se quedó paseando por una de las naves; pero cuando el baron volvió á buscarlo, lo encontró pálido, desvanecido y arrodillado delante de la capilla de San Miguel; lo llamó, más fué inútil; estaban embargados sus sentidos, estaba elevado su espíritu. En fin, trascurridos los momentos, volvió en sí el an-

tes empedernido judío, y declaró atónito que se le habia aparecido la Virgen; que le habia hablado; y desde entonces aquel elegante, rico y enamorado jóven renunció á su elegancia, á sus riquezas, á su novia; se bautizó, se hizo sacerdote y se estableció en Jerusalem, donde continúa edificando templos y fundando conventos. Hoy Ratisbone vive en *la ría Dolorosa*, no léjos del arco del *Ecce Homo*.¹¹

Fray Manuel Yuvero, el dragoman Rafael y yo nos dirigimos á su casa, para entrar en la cual subimos una escalera de piedra compuesta de seis ó siete peldños, que comienzan en la misma calle; entramos en una azotea con suelo tambien de piedra labrada, donde no se escuchaba otro ruido que el poético arrullar de algunas palomas que por allí andaban sueltas, y desde la azotea pasamos á su habitacion. Esta sencilla habitacion tiene un sofá al frente, una mesa delante del sofá, algunos sillars muy modestas y un reclinatorio. En aquella habitacion reina la dulce calma de una vida templada. Así que nosotros entramos, se presentó Ratisbone, saliendo de un gabinete separado de la sala en que estábamos, por unas puertas cristales con cortinillas encarnadas. Ratisbone tendrá sesenta años de edad, es más bajo que alto, viste como los abates franceses; usa toda la barba, que ya comienza á teñirse de blanco; su fisonomía es tan dulce como la de los judíos, y sus maneras tan dignas como las de los cristianos. Me trató

con una amabilidad extraordinaria; hablamos de Madrid, donde él ha estado, y de la reina Doña Isabel II, á quien visitó más de una vez; nos hizo tomar ron, y me regaló su retrato en fotografía, asegurándome que era el primero en el que habia puesto su firma. Despues de algunos instantes y de prometernos mutuamente una sincera amistad, que por mi parte nunca será quebrada, nos despedimos para continuar yo mis visitas á los Santos Lugares.

Eran las diez de la mañana, cuando fray Manuel Yuvero, el dragoman Rafael y yo salimos á la calle y ya se dejaba sentir el calor con insufrible intensidad. Tal vez alterando el orden que siguen todos los peregrinos que visitan Jerusalem, nosotros no recuerdo si por consejo de fray Manuel Yuvero ó por indicacion mia, nos fuimos desde allí á visitar el monte *Sion* ó sea la *ciudad de David*.

IV.

El monte *Sion* se levanta al Sur-Este de Jerusalem, y se llama la *Ciudad de David*, porque en ella estableció su morada y su fortaleza aquel gran rey y eminente poeta. Miéntas nosotros en grato coloquio cruzamos las numerosas, estrechas y solitarias calles, que es necesario atravesar para legar allí, consignemos que hoy el monte *Sion*,

desde el cual se descubre un variado panorama, es un tesoro de antigüedades históricas y religiosas, pero de un orden eminente y elevado. Allí se conservan en ruinas unos, reedificados otros, y otros en su estado primitivo, los siguientes monumentos llamados por los frailes y por los peregrinos SANTUARIOS: «la fortaleza y torre de David, con las torres de Hippicos, de Mariama y de Phasael; el palacio de Herodes el grande; la iglesia de Santiago el menor; el lugar donde se apareció el Señor á las tres Mariás; la iglesia, ántes casa de Santo Tomás; la casa de Anás, la iglesia de Santiago el mayor, ó sea el lugar en que éste apóstol, cuyo cuerpo tenemos en España, recibió el martirio; la puerta de *Sion*, el lugar donde los judíos cargaron feroces contra los apóstoles cuando llevaban á enterrar el cuerpo de la Virgen; la casa de Caifás, la casa de María; el punto en que se establecieron los caballeros de San Juan, y sobre todo, la casa donde Jesus celebró el cenáculo con sus discípulos, la santísima casa donde se instituyó el Sacramento de la Eucaristía, base y vida de la religion que profesamos.» Y digo que profesamos, porque este libro no es un libro de controversia, es un libro escrito con fé y para la fé; es un recuerdo que dirijo desde mi patria, desde el seno de mi familia á aquellos santos lugares, que de tal modo conmovieron mi alma; son cuatro páginas tal vez mal escritas, pero de seguro bien sentidas, que dedico á mis correigionarios los católicos.

Cuando entramos por la *puerta de Sion* cuando cruzamos los umbrales de la *ciudad de David*, recibió mi espíritu una sensación de asombro y melancolía. solitarias y silenciosas he dicho varias veces que se encuentran las calles de Jerusalem; pero en las calles de Jerusalem se tropieza de vez en cuando con un grupo de peregrinos, se descubre de vez en cuando un árabe de alta estatura y de torva mirada, un peloton de judíos que casi furtivamente van á orar á su sinagoga, algunas mujeres armenias que con su gran manto blanco y su cara tapada con un MANDIR, *pañuelo trasparente de colores*, recuerdan las *hijas de Jerusalem* que lloraron por Cristo cuando cargado con la cruz á costas caminaba al Calvario; mas en el monte Sion, en la ciudad de David, donde tantas veces sonaron el arpa del profeta y los cánticos del poeta, no se percibe hoy señal alguna de vida, ni se encuentra una sola persona, ni se ve volar los pájaros, ni se escucha el arrullo de las palomas..... allí no se ve ni se oye nada; allí se aspira la fúnebre quietud, la terrible calma de la muerte..... *Vix Sion Lugent.....* exclama el autor de los trenos: *¡las calles de Sion están de luto!...*

Quizá el método que yo llevé al visitar los santos lugares no sea el más razonado, porque debia haberme dirigido primero á los lugares menos importantes y reservar para el fin los de más alta consideracion: sin embargo, obedeciendo mis ardientes deseos, dejé para otro caso este método de

interés progresivo, y me iba de golpe á donde me impelia mi ansiedad; así es, que tan luego como me encontré en el monte Sion, dije á mis compañeros.—«Vamos al Cenáculo.» Hoy el *Cenáculo* es una mezquita que domina el monte, construida en la misma forma, sobre el mismo punto, con la misma distribucion, y de seguro con las mismas piedras que lo estuvo la casa de José de Arimatea, donde Cristo celebró con sus discípulos la última cena. Entramos en un patio en el que hay una pila llena de agua, destinada á lavarse los musulmanes los piés y las manos ántes de entrar en dicha mezquita á hacer la oracion. Yo me senté en el borde de la pila porque iba fatigado y el calor era intenso; y miéntras un muchacho fué á buscar la llave del *Cenáculo*, estuvimos contemplando un árabe fornido, un beduino, que sin dignarse dirigirnos una mirada se ocupaba en limpiar y dar manteca á su *djarbe*. El *Djarbe*, que César Cantú llama sin razon *Djerid*, es una lanza cuya asta cuenta cuatro ó cinco metros de largo, y cuya cuchilla de tres dedos de ancho tiene medio metro de largo. El dragoman Rafael acercándose á mí, me dijo al oido: —«Los beduinos de Sion son muy malos; estos son de los que salen á robar en el camino del Jordan.»—Cuando regresó el chico que habia ido por la llave, subimos algunas gradas y entramos en el Cenáculo. Constituye el Cenáculo un salon de catorce metros de largo por nueve de ancho, y de una elevacion bellamente proporcio-

nada á las otras dimensiones: en la línea de su mayor largura se levantan dos columnas que lo dividen en dos naves de derecha á izquierda, cuyas columnas terminan en capiteles formados por coronas de follaje labrado en piedra: por último, tres ventanas dan luz á esta solemne cámara, la más importante del mundo para el cristiano, porque en ella celebró Cristo la Pascua con sus discípulos porque en ella instituyó el Santísimo Sacramento de la Eucaristía; porque en ella bajó el Espíritu Santo en lenguas de fuego y en medio del profundo retumbar del universo, sobre los apóstoles, sobre aquellos hombres que, de groseros pescadores é ignorantes artesanos, se convirtieron en eminentes sabios, en colosales atletas de un orden supremo, que sin más fuerza que la fuerza de su palabra hundieron para siempre el paganismo, y á los ecos de su inspirada voz respondió una nueva religion, una religion de gracia, que ha vivido al través de encontradas civilizaciones hasta hoy, y que vivirá hasta la consumacion de los siglos.

Quando la revolucion de 1868 derribó en Madrid el histórico templo de *Nuestra Señora de la Almudena*, lei yo la *Crónica de esta imagen*, escrita en el año 1692 por *D. Juan de Vera Tarsis y Villarreal*, cronista de la real esclavitud y asimismo cronista de S. M. en estos reinos y su fiscal de las comedias. Pues bien: en esa crónica dice: "Que reunidos en una habitacion contigua á la del Cenáculo los discípulos de Cristo y la Virgen, dias

antes de separarse unos de otros para predicar por todas partes la doctrina cristiana, á cuya habitacion se sube por doce peldaños," ya lo referimos al hablar del taller de Nicodemus en Ramma, "esculpió la imagen de María Nicodemus, la pintó San Lucas, y que esta imagen es la que Santiago trajo á España y se venera con el nombre de Nuestra Señora de la Almudena." Yome acordé allí de este detalle, y ví que en efecto existe la cámara, á la que se sube desde la del Cenáculo, no por doce peldaños, como sienta la crónica, sino por ocho; penetramos en ella, y fray Manuel y mi dragoman me llamaron la atencion sobre una reja que se abre en el lienzo de la izquierda, formando ángulo recto con el de la puerta de entrada. Miramos por aquella reja y vimos la tumba de David. Esta tumba es un túmulo de piedra, colocado muy próximo y paralelo á la pared de enfrente, cubierto con una gran manta, que me pareció de seda, en la que dominan los colores amarillo y encarnado, tanto que me recordó la bandera española: pero aquella no es la verdadera tumba de David; aquella es un *facsimile*, una copia enteramente exacta de la verdadera, que se encuentra, segun afirman los musulmanes, pues á los cristianos se prohíbe la entrada bajo pena de muerte, en una cámara que hay debajo de la que se descubre por la reja, y de las mismas dimensiones, de la misma forma y en la misma posicion que el facsimile, el que ni siempre ni á todos se permite tampoco ver.

Despues de contemplar un rato esta tumba, de-

bajo de la cual, aunque en otro piso, descansan los restos de David, salimos otra vez al Cenáculo, y me dijeron que debajo de él hay otra habitación de las mismas dimensiones y forma que en la que estábamos, sino que en vez de dos columnas tiene dos pilastras; añadiendo que en aquella habitación subterránea es donde Cristo lavó los pies á sus discípulos. «Donde Cristo, exclamé yo para mí, dió el gran ejemplo de humildad á los orgullosos de la tierra.» Como los musulmanes, que hoy habitan en aquel cúmulo de edificios, guardan en esta cámara subterránea sus mujeres, es de todo punto imposible entrar en ella. Llevan tan á rigor los musulmanes orientales la reserva de sus mujeres, que cuando un cristiano se encuentra con uno de ellos, por amigo que sea, le infiere gran ofensa al preguntarle *por su mujer*; no debe preguntarle sino *por su familia*. De modo que el Cenáculo ó la casa de José de Arimatea, porque de José de Arimatea era la casa en que Jesus celebró la última pascua, se compone de cinco cámaras, tres á las que se sube por algunos peldaños y dos subterráneas: son la primera, donde Jesus instituyó el Santísimo Sacramento de la Eucaristia, ó sea el verdadero Cenáculo; la segunda, donde está la reja por la cual se ve la tumba de David, ó sea donde Nicodemus esculpió la imágen de María; la tercera, donde se halla la copia ó reproduccion de dicha tumba. Las subterráneas son: una donde se conservan los restos de

David, y por lo tanto su verdadera tumba; y otra en la que Jesus lavó los pies á sus discípulos, que es donde hoy tienen los musulmanes á sus mujeres. Despues de contemplar con religioso sentimiento todas estas cámaras, dimos un *batchix* al jóven que nos acompañó; y cruzando el patio por donde habiamos entrado, en el que ya no estaba el beduino que limpiaba su *djarbe*, salimos al campo, es decir, salimos al monte Sion. Entonces nos dirijimos á la torre de David; esta célebre torre, *Turris Davidica*, hizo en otro tiempo parte de una gran fortaleza, llamada entre los indigenas EL KALAAH. Esta torre que es la misma que existió en tiempo del profeta, porque Tito mandó que no se la derribara para manifestar á las generaciones venideras ¡qué fortalezas sabia conquistar! se halla construida con piedra labrada de 1 á 4 metros de largo; sus dimensiones son: 20 metros de largo, 16 de ancho y 12 de alto, en la parte más antigua, pues sobre esta parte se eleva otra de construccion más moderna. Existe aún la ventana desde donde el profeta-rey vió á la esposa de Urias, cuya casa, de la que solo se conserva la señal del sitio, está cerca de la torre, la ventana desde donde vió á la hermosa Bethsabe, que despues vino á ser madre de Salomon. La cámara en la que se abre esta ventana, se conocé hoy con el nombre de *Oratorio de David*; en ella concibió y realizó aquel rey su mal deseo; y convertido despues por él mismo en oratorio, es tambien donde lloró

su falta y donde compuso los salmos, que por sí solos bastan para eternizar un nombre. Hoy el oratorio de David sirve de almacén de armas al ejército turco.

Paseando por aquel solitario monte, en cuya cumbre se encuentran multitud de cementerios abiertos, es decir, sin cerca, como todos los de Oriente, nos paramos no lejos del Cenáculo á contemplar un lugar venerando. Entre el Cenáculo, el cementerio griego no unido y el americano, se hallan dos piedras de un metro cúbico, cada una de las cuales tiene esculpida en medio una cruz; de estas dos piedras, la más próxima al cementerio americano protestante, perteneció á la casa de la Virgen, y marca el punto en que dicha casa se levantaba. Según refiere una tradición no interrumpida, en aquella humilde casa vivió la Virgen con S. Juan, desde que Jesus hablándole desde la cruz le dijo: *Mujer, ahí tienes tu hijo*. En aquella casa celebraba misa S. Juan todos los días, quizá las primeras misas del mundo; en aquella casa recibía la Virgen en comunión todos los días á su Hijo, y en aquella casa habitaron el Evangelista y María, la santa entre todas las mujeres, la que embelleció el mundo con su purísimo fulgor, hasta que fué avisada por el arcángel S. Gabriel de que Dios la llamaba hácia sí. De aquellos celebres monumentos, testigos de tan importantes hechos, sólo queda una piedra, que se levanta en la cumbre del monte Sion; mas peregrinos de todos los países

del mundo besan esa piedra y oran ante ella y vuelven á su patria, llevando de ella un recuerdo que, en los momentos aciagos de la vida, suaviza las penas del corazón. En aquella casa durmió María el para ella dulce sueño de la muerte; de allí sacaron los apóstoles su cadáver con el fin de conducirlo al monte Olivete, donde le habían preparado un modesto cenotafio; mas apenas anduvieron algunos pasos, cuando una miserable turba de judíos cargó sobre ellos y trató de derribar al suelo, no sabemos con qué fin, el ataúd de la Virgen. Así lo refiere una tradición hebrea; pero añade, que los judíos no pudieron realizar su intento porque sin duda legiones de ángeles bajaron invisibles del cielo á pelear contra aquella raza maldita de hombres: el primero que puso la mano sobre el túmulo quedó inmóvil, su mano yerta, su cuerpo petrificado, y despavoridos los restantes, no solo desistieron de su criminal empeño, sino sino que todos hicieron una verdadera conversión.

En las repetidas vueltas y revueltas que fray Manuel Yuvero, el dragóman Rafael y yo dimos por la extensa cumbre del monte Sion, gozando al contemplar el panorama que allí se disfruta, pues se descubre por un lado la frondosa cima del monte Olivete; por otro el camino de Jordan; por otro Acceldama, con el camino de Bethlem, y la ciudad de Jerusalem por otro, examinamos los cementerios de los anabaptistas, de los católicos, ó

como allí dicen, de los latinos, de los armenios, de los coptos y de los abisinios, todos, ménos el de los latinos, abiertos, esto es, sin pared ni cerco alguno que los entorne. Desde allí vimos tambien las torres de Hippicos, de Mariama y de Phasaël; el lugar de la casa de Herodes *el Grande*, el templo que se levanta en el punto en que estuvo la casa de Anás, diferentes olivos, que aseguran ser retoños de uno al que ataron á Cristo ántes de entrarlo en la citada casa de Anás; pero contentándome con mirar de léjos aquellos objetos, porque en Tierra Santa á cada paso que se dá brotan un monumento, una tradicion y un recuerdo, sólo entramos en casa de Caifás y en la gran basilica construida sobre el recinto donde martirizaron á Santiago «el mayor.»

Para entrar en la casa de Caifás, hoy templo perteneciente á los armenios, hay que atravesar un patio en el que se suben tres ó cuatra escalones. Cuando nosotros entramos en dicho patio, tuvimos que esperar largo rato, porque el templo estaba cerrado; y yo no sentí este retraso, pues así pude examinar á mi gusto aquel lugar, donde la célebre noche de la Pasion de Cristo se calentaban los criados del sumo sacerdote, y con los criados Pedro, á quien aquellos preguntaron si iba tambien con Jesus, y Pedro respondió, que no conocia á tal hombre. «Et tu cum Jesu Nazareno eras?... Neque scio, neque novi quid dicas.» Donde Pedro oyó cantar el gallo, y recordando las palabras

que su maestro pronunció en el cenáculo, reconoció su pecado, y saliendo fuera comenzó á llorar. Muchos en las generaciones posteriores han negado á Jesus como Pedro lo negó. ¿Son muchos los que como Pedro, oyendo el canto del gallo, el grito de su conciencia, han reconocido su pecado, y saliendo fuera del vicio han comenzado á llorar? Sentados en las gradas del patio y en profundo silencio continuábamos Fray Manuel Yuvero y yo, cuando regresó el dragoman Rafael con una mujer armenia, que parecia un gigante: vestia ancho pantalon prendido á la garganta del pié y manto blanco, que cubriéndole la cabeza bajaba casi hasta rozar el suelo, ceñido á la cintura, á cuyo manto llaman *Isard*; aquella mujer nos infundió respeto y deseábamos separarnos cuanto ántes de ella, porque el dragoman nos advirtió en voz baja que era una de las leprosas que hay en el monte Sion. Entramos en casa de Caifás, hoy templo cuadrilongo y sin adornos: en la testera, ó sea en la pared frente á la puerta de entrada, se levanta un altar formado por la gran piedra que cubria la gruta en que estuvo sepultado, ó más bien depositado el cadáver de Cristo. En otro lugar daremos una explicacion clara de este sepulcro, punto el más importante de Jerusalem, objeto primordial de las peregrinaciones que se hacen á tierra Santa. La lápida del Santo Sepulcro que, segun la puerta que cubria debia ser casi un óvalo, se halla colocada en el altar, formando la mesa, y de

manera que se la ve por tres puntos, encontrándose cubierto el resto con rico mantel y otros adornos. Puestos de frente á este célebre altar, se abre á la derecha y á dos ó dos y medio metros de distancia, una capilla donde apenas caben dos personas de rodillas. Esta es la cárcel donde tuvieron á Cristo desde que acabó el insolente interrogatorio del príncipe de los sacerdotes, hasta que brillando el albor de aquel día que no tendrá fin, lo llevaron á Pilatos. «Y levantándose el príncipe de los sacerdotes, dice San Juan en su evangelio, preguntó á Jesus, diciendo: ¿no respondes nada de lo que estos deponen contra ti?—Y Jesus callaba; y el Príncipe de los sacerdotes le dijo: te conjuro por el Dios vivo que nos digas si tú eres el Cristo, el hijo de Dios.—Jesus le dice: tú lo has dicho, y aun os digo que vereis á poco al hijo del hombre sentado á la derecha de la virtud de Dios y venir en las nubes del cielo.—Entonces el sacerdote rasgó sus vestiduras y dijo: ha blasfemado, ¿qué necesidad tenemos ya de testigos? He aquí ahora acabais de oír la blasfemia.—¿Qué os parece? Y ellos respondiendo, dijeron: reo es de muerte.—Entonces le escupieron en la cara y le maltrataron á puñadas, y otros le dieron bofetadas en el rostro, diciendo: adivínanos, Cristo, ¿quién es el que te ha herido?.....» Cap. 26, vs. 62 al 69.

¡Que grato, qué conmovente es recordar estos hechos de la historia sagrada, en el mismo lugar

en que se verificaron! Desde casa de Caifás nos dirigimos al punto en que martirizaron á Santiago el mayor al poco tiempo de haber regresado de España. El templo edificado sobre este punto, que es una gran catedral lujosamente decorada con dos órdenes de pilastras cuadradas, que la dividen en tres naves, constituye la basílica de los armenios no unidos. Cerca y frente del altar mayor, en uno de los arcos torales, en el de la izquierda yendo hácia el presbiterio, se encuentra la capilla del sacrificio del Santo. Esta capilla es semicircular, pequeña, tiene un altar que, como todos los de Tierra Santa, es hueco, se venera en el suelo la piedramisma sobre la que, por orden de Herodes *Agripa*, quitaron la vida al Apóstol. Casi frente á esta capilla, al otro lado del templo, se abre otra gran capilla, y dentro de un ábside, defendido por una reja, se ven y tacon tres peñas en estado bruto, colocadas la una sobre la otra, habiendo sido sacada la de abajo del fondo del Jordan, la que en ella descansa, ó sea la del medio, llevada del monte Tabor, y la que descansa en ésta, ó sea la de arriba, del monte Sinaí. Cuando al retirarnos de este grandioso templo llegamos á la puerta de salida, se me presentó delante un sacristan armenio, de arrogante personal y rica vestidura; y suplicándome que presentara ambas manos, me irrigó éstas y la cabeza con una regadera, de la que brotaba menudísima lluvia de agua de rosas. Al pisar la calle miré el reloj y eran ya las doce del

dia; Fray Manuel Yuvero y el dragoman me acompañaron hasta Casanova, donde nos despedimos, quedando en volver por la tarde para continuar nuestra visita á los Santos Lugares.

SEGUNDO PASEO.

DENTRO DE LOS MUROS DE JERUSALEM.

Viernes 9 de Marzo.

Lugar donde lloran los judíos.—Solemne procesion en el Santo Sepulcro.—Casa de S. Joaquin y Sta. Ana.

Si profundas emociones recibió mi alma en los objetos ó santuarios que visité por la mañana, más profundas aún, quizá las más fuertes de cuantas sentí durante mi permanencia en Tierra Santa, fueron las que mi alma experimentó aquella tarde. Aquella tarde fui á ver llorar los judíos sobre las ruinas del templo de Salomon; fui á presenciar, mejor dicho, á formar parte de la sublime procesion que todas las tardes del año hacen los frailes de casi todas las religiones en el templo del

Santo Sepulcro, y fui, por último, á visitar la casa donde fué purísimamente concebida y donde nació la Virgen María.

Después de almorzar y descansar algunos momentos, porque los paseos por Jerusalem y sus alrededores fatigan demasiado á causa de sus malas calles, de sus ásperos campos y de su sol constante y abrasador, nos dirigimos fray Manuel Yuvero, el dragoman Rafael y yo, según habíamos convenido, á casa del vicecónsul de España en la Ciudad Eterna: después de oír algunos instantes tocar el piano á su amable esposa, salimos á pie los cuatro, y nos encaminamos al punto en que lloran los judíos. Verdad es que en Jerusalem no quedó piedra sobre piedra, según dice el Profeta, pero esta frase oriental no manifiesta precisamente que se arrancaran las piedras de los cimientos; y en el templo de Salomon se ven aún, del tiempo de este rey y del de Zorobabel, tres ó cuatro órdenes de grandes sillares formando muro, que si por la calle se levantan del nivel del suelo, por la parte del templo, cuyo nivel es más alto, son nada más que cimientos arrasados á flor de tierra. Los judíos, ese pueblo maldito, ese pueblo un día orgulloso y deicida; humilde, abyecto y despreciado hoy, paga al Sultan un tributo por que le permita ir los viernes desde la una de la tarde hasta la hora de ponerse el sol, á llorar sobre las ruinas del templo; pero el permiso no es para entrar en él, sino para llorar desde una calle y besar por la par-

dia; Fray Manuel Yuvero y el dragoman me acompañaron hasta Casanova, donde nos despedimos, quedando en volver por la tarde para continuar nuestra visita á los Santos Lugares.

SEGUNDO PASEO.

DENTRO DE LOS MUROS DE JERUSALEM.

Viernes 9 de Marzo.

Lugar donde lloran los judíos.—Solemne procesion en el Santo Sepulcro.—Casa de S. Joaquin y Sta. Ana.

Si profundas emociones recibió mi alma en los objetos ó santuarios que visité por la mañana, más profundas aún, quizá las más fuertes de cuantas sentí durante mi permanencia en Tierra Santa, fueron las que mi alma experimentó aquella tarde. Aquella tarde fui á ver llorar los judíos sobre las ruinas del templo de Salomon; fui á presenciar, mejor dicho, á formar parte de la sublime procesion que todas las tardes del año hacen los frailes de casi todas las religiones en el templo del

Santo Sepulcro, y fui, por último, á visitar la casa donde fué purísimamente concebida y donde nació la Virgen María.

Después de almorzar y descansar algunos momentos, porque los paseos por Jerusalem y sus alrededores fatigan demasiado á causa de sus malas calles, de sus ásperos campos y de su sol constante y abrasador, nos dirigimos fray Manuel Yuvero, el dragoman Rafael y yo, según habíamos convenido, á casa del vicecónsul de España en la Ciudad Eterna: después de oír algunos instantes tocar el piano á su amable esposa, salimos á pie los cuatro, y nos encaminamos al punto en que lloran los judíos. Verdad es que en Jerusalem no quedó piedra sobre piedra, según dice el Profeta, pero esta frase oriental no manifiesta precisamente que se arrancaran las piedras de los cimientos; y en el templo de Salomon se ven aún, del tiempo de este rey y del de Zorobabel, tres ó cuatro órdenes de grandes sillares formando muro, que si por la calle se levantan del nivel del suelo, por la parte del templo, cuyo nivel es más alto, son nada más que cimientos arrasados á flor de tierra. Los judíos, ese pueblo maldito, ese pueblo un día orgulloso y deicida; humilde, abyecto y despreciado hoy, paga al Sultan un tributo por que le permita ir los viernes desde la una de la tarde hasta la hora de ponerse el sol, á llorar sobre las ruinas del templo; pero el permiso no es para entrar en él, sino para llorar desde una calle y besar por la par-

te exterior los cimientos de los muros, que dan á una estrecha plaza. Lloran los judíos sobre los muros de aquel templo, porque en aquel templo adoraron sus antepasados á Jehová; porque entre las ruinas de aquel templo se encuentra sepultada su antigua grandeza; porque en aquel lugar estuvieron mucho tiempo las Tablas de la Ley. No puede figurarse el lector, ni mi pluma puede explicar tampoco, la singular, la conmovente, la expresiva, la chocante, la triste, la ridícula impresión que causa ver á seis ó siete mil personas, hombres, mujeres, niños, jóvenes y ancianos, agrupados á porfía sobre una muralla, ó sentados en la calle, casi todos con libros abiertos en las manos, y todos llorando amargamente. Si las calles de Jerusalem permanecen de continuo silenciosas y solitarias, aquella, en el día y hora á que nos referimos, ofrece una animación extraordinaria, pues además de los seis ó siete mil judíos que van á llorar, acuden trescientos ó cuatrocientos peregrinos de todas las naciones que, como yo, contemplan aquella escena con verdadero asombro. Los judíos de Jerusalem visten, ó una túnica ó ancho pantalon sujeto en ondulantes pliegues á la garganta del pié; un saco de paño ó raso negro con ancho cuello vuelto de pieles, cuyo saco es tan largo como la túnica ó pantalon. Sedosas guedejas que les caen por las sienes casi hasta tocar los hombros velan su rostro largo, de dulces facciones y de recelosa y humilde mirada, y un turbante de colores

oscuros, ó un gorro de piel á manera de turbante, cubre su cabeza. En el acto de llorar sobre los muros del templo, ví que las mujeres y los niños, ménos fervorosos sin duda, se sientan en el suelo ocupando casi toda la plaza, que plaza la llaman allí, aunque no es más que una calle un poco más ancha que las demas; algunos jóvenes lloran de pié en medio de la calle; pero otros, y principalmente los ancianos, se pegan al muro. Si no todos lloran, todos hacen ademan de llorar, cuyo ademan consiste en un movimiento oscilatorio con el cuerpo de atrás adelante, de derecha á izquierda, y con la cabeza en todas direcciones; es una horrible convulsion causada, ó por el dolor que tienen, ó por el deseo que sienten de tener dolor; la cual produce un cuadro tan magnetizador, tan extraño, que nunca podrá comprender el que no lo vea, y que nunca se borrará de la imaginación de quien una vez lo haya visto. Yo ví á todos víctimas de esa especial convulsion, y á muchos llorar real y positivamente, unos á gritos, otros, especialmente tres ancianos, con sordo y lastimero gemir. Estos tres ancianos, cuyas imágenes jamás desaparecerán de mi fantasía, y que sin duda alguna eran los Rabinos, vestían sacos de brillante raso negro, y sus movimientos oscilatorios se exageraban tanto, que chocaban con sus frentes en el muro, y de sus ojos se desprendían lágrimas tan abundantes, que después de rodar por sus mejillas caían hasta el suelo. No exagero; escribo lo que he visto. ¡Pobre

pueblo! ¡Cuánto lloras..... cuánto sufres..... sin pensar que la horrible desgracia en que vives, sin pensar que esa existencia que arrastras, proviene de un crimen de divina majestad que cometiste..... de una maldición que para ellos y para tí pidieron tus padres al cielo.....! ¡Pobre pueblo!..... cuánto lloras..... cuánto sufres.....! (1)

(1) Los judíos cuando acuden á orar sobre las ruinas del templo de Salomon, unas veces lloran solo, otras veces lloran y recitan salmos, y otras lloran y llorando cantan. Los salmos que principalmente cantan ó recitan siempre á coro entre el rabino y el pueblo, son los dos siguientes:

1º

Rabino.—Por el palacio que fué devastado.

Pueblo.—Nosotros hemos quedado solitarios y nosotros lloramos.

Rabino.—Por el templo que fué destruido.

Pueblo.—Nosotros hemos quedado solitarios y nosotros lloramos.

Rabino.—Por los muros que están demolidos.

Pueblo.—Nosotros hemos quedado solitarios y nosotros lloramos.

Rabino.—Por nuestra majestad, que ya pasó.

Pueblo.—Nosotros hemos quedado solitarios y nosotros lloramos.

Rabino.—Por nuestros grandes hombres que han perecido.

Pueblo.—Nosotros hemos quedado solitarios y nosotros lloramos.

Rabino.—Por las piedras preciosas que han sido quemadas.

Pueblo.—Nosotros hemos quedado solitarios y nosotros lloramos.

Rabino.—Por nuestros sacerdotes cuya importancia ha caído.

II.

Desde allí nos dirigimos al templo del Santísimo Sepulcro. Aunque no he vuelto á hablar en mi libro de aquel santo templo, cuya descripción reservo para la segunda parte, pues en la primera no me propongo otra cosa que recordar y transmitir, si mi pluma tiene fuerza para ello, las impresiones que recibí en aquellos lugares por más de un concepto benditos; considero excusado manifestar que todos los días durante mi permanencia en Jerusalem visité aquel templo, oré en el Santo Sepulcro, me arrodillé en la cumbre del Cal-

Pueblo.—Nosotros hemos quedado solitarios y nosotros lloramos.

Rabino.—Por nuestros reyes que han sido despreciados.

Pueblo.—Nosotros hemos quedado solitarios y nosotros lloramos.

2º

Rabino.—Jehovah, os suplicamos tengais piedad de Sion.

Pueblo.—Juntad los hijos de Jerusalem.

Rabino.—Apresuraos, apresuraos, Salvador de Sion.

Pueblo.—Hablad á favor de Jerusalem.

Rabino.—Que la belleza y la majestad rodeen á Sion.

Pueblo.—Volveos con clemencia hacia Jerusalem.

Rabino.—Que pronto la dominacion real se restablezca sobre Sion.

Pueblo.—Consolad á los que lloran sobre Jerusalem.

Rabino.—Que la paz y la felicidad entren en Sion.

Pueblo.—Que la vara del poder se eleve en Jerusalem.

vario, recorí todas las capillas que el templo encierra, y siempre que lo visité, siempre encontré algo nuevo que admirar, siempre alguna emoción hasta entonces desconocida que sentir! La majestuosa procesion que ántes indiqué se forma todas las tardes á las cuatro en la capilla del Santísimo Sacramento, donde se conserva la «columna de la flagelacion», es decir, la columna donde ataron á Cristo para azotarle. Escritores antiguos sostienen que en esta columna vieron aún gotas de sangre de aquella sangre que por el hombre pecador derramó el hombre justo; derramó el Hombre-Dios. A aquella procesion acuden de ordinario sesenta ó setenta frailes católicos de diferentes naciones, los cuales van en dos filas con fervoroso ademan, llevando todos velas encendidas en la mano izquierda y un libro en la derecha, conduciendo al presidente en medio y marchando con aspecto religioso y digno paso. Detras de los sesenta ó setenta frailes íbamos la tarde que yo asistí á tan imponente acto, ochenta ó noventa peregrinos de distintos tipos, de diferentes trajes, como que éramos de diversos países del globo. Todos marchábamos con recogimiento, y todos tambien con velas en las manos. Por último, detras de los peregrinos caminaban con pequeñas velas encendidas, noventa ó cien árabes convertidos al catolicismo. ¡Qué procesion tan solemne! Nadie se distraia; conmovidos todos todos, íbamos con el pensamiento fijo en un hecho grande, eter-

no, en la pasion de Cristo: que en aquellos venerandos lugares no puede permanecer el alma fria, no; de aquel suelo, de aquellos muros, de aquella atmósfera brota algo que abraza el alma.

Los frailes españoles, franceses, italianos, prusianos y árabes, que encabezaban la procesion, recitaron ante el Santísimo Sacramento una antifona con admirable solemnidad en la capilla donde se conserva la columna de los azotes; y cantaron con uncion á voces solas el himno que comienza *Trophæ á crucis mística*, cantando luego el que principia: *Jan crucem propter hominem*, se dirigió la procesion á otra capilla, que llaman «la cárcel de Cristo;» allí el presidente recitó con voz sostenida y claro acento otra antifona, y cantando todos los frailes el himno que empieza *Ecce nunc Joseph mysticus*, se dirigió la procesion al lugar donde los sayones, despues de clavar á Cristo en la Cruz, dividieron entre sí sus vestidos, y echaron suertes sobre su vestidura. Allí recitó el presidente otra antifona, y cantando todos los frailes el himno *Cruz fidelis inter omnes*, rompió la marcha la procesion hácia la Cisterna, hoy subterránea capilla, en que Santa Elena encontró la Santísima Cruz. Como en todas las demás capillas ó «estaciones» recitó el presidente una antifona, y cantando todos los frailes el himno *Fortem virili pectore*, se dirigió la procesion á la capilla de Santa Elena, es decir, á otro subterráneo más somero, que aquella reina mandó socavar en busca de la Cruz, y en la

que labraron una silla de piedra, una especie de asiento con respaldo en la misma roca, desde la cual dirigia en persona las excavaciones de la segunda ó más honda cisterna. ¡Yo he tenido la honra de sentarme, no durante la procesion, en aquella silla de piedra! Allí recitó el presidente otra antifona y entonando el himno *Cœtus piorum exeat*, nos encaminamos al pedazo de columna, donde sentaron á Cristo para coronarle de espinas y donde le insultaron; que aunque este pedazo de columna pertenecia al patio del Pretorio, ó casa de Pilatos, la piedad cristiana lo ha trasladado allí. Allí recitó el presidente otra antifona, y cantando el himno *Vexila regis prodeunt*, comenzó la procesion á subir el monte Calvario, á donde llega cantando el himno *Lustris sex qui jam per actis*. En aquel instante crece la devocion; en aquel instante se despierta más vivo el sentimiento religioso..... ¡Yo he visto á muchos frailes..... yo he visto á muchos peregrinos..... yo he visto á muchos árabes derramar lágrimas al subir entre místicos cánticos, entre silenciosas oraciones, aquella escalera que conduce á la cumbre del Gólgota!..... Hay más; cuando entre solemnes plegarias, cuando entre tiernos lamentos y ahogados sollozos pisa nuestra procesion aquella sacrosanta cumbre, se escuchan á lo léjos los cánticos de los griegos que, en procesion tan recogida como la nuestra, recorren los mismos lugares que nosotros; y más léjos aún en los últimos rincones del templo

se escuchan á la vez los guturales y agudos cánticos, lamentos más bien, más bien quejidos de los armenios, que con tanto fervor como los griegos y como nosotros, recorren las estaciones, que los griegos y nosotros hemos recorrido! Allá..... en la cumbre del Calvario, donde un dia se oyeron los golpes del martillo que clavaba en la Cruz á Nazareno, donde un dia se oyeron las burlas y los escarnios con que un pueblo réprobo lo insultaba..... donde gota á gota cayó su sangre que un pueblo ciego le hizo derramar; hoy se reúnen todas las naciones formando un sólo individuo; hoy resuenan las alabanzas que casi todos los países del mundo cantan en distintos tonos y en idiomas distintos al mismo Nazareno, al insultado, al clavado en la Cruz, al que derramó su sangre, al hijo de María, al que todos, tremolando el pendon de su doctrina, proclaman por su Dios y por Señor de los cielos y la tierra. Cuanto en aquel momento sucede en el Calvario es sublime; pero llega un instante en que el alma hecha pedazos, permítaseme la frase, se rinde ante la emocion que siente. Cuando la procesion se ha arrodillado sobre la cumbre de aquel monte, y mientras hasta allí van alzándose por mágico encanto los lejanos himnos de los griegos, y los himnos más lejanos de los armenios, los católicos terminan el suyo; y en el misterioso silencio que entonces se apodera de la cima del Gólgota, silencio interrumpido sólo por el fervoroso gemir de algunos peregrinos; de pié el

presidente, recita con solemne voz una antifona, que concluye de esta manera: *et clamans voce magna Jesus ait: Pater, in manus tuas commendo Spiritum meum; et hæc dicens, HIC spiravit.* Al pronunciar el presidente las últimas palabras, y diciendo esto, aquí espiró, el mismo presidente señala con el dedo el agujero en que estuvo clavada la Cruz; y todos, frailes, peregrinos, árabes, todos se dejan caer sobre el suelo, todos se tienden boca abajo sobre el pavimento, todos besan aquella piedra, y por algunos segundos no se oye otra cosa que el sollozar de los frailes, de los peregrinos y de los árabes. Aquel instante no puede describirse; aquel instante no puede comprenderse sino estando allí; aquel sin igual instante despedaza el alma, porque la sublimidad del acto está engendrada en la verdad del suceso y en la identidad de lugar.

Luego, cantando la procesion el himno *pange lingua gloriosi*, comienza á bajar y se dirige á la lápida de la Uñcion. Despues de recitar el presidente una antifona, va al Santísimo Sepulcro cantando el himno *aurora lucis rutilat*; en el Santo Sepulcro tiene lugar otra escena de un orden tan conmovedor y tan patético como la que ocurrió en el Calvario; pero sólo el presidente y dos frailes penetran en la gruta, porque no caben más; y allí en solemne y alta voz para dejarse escuchar de los de fuera, recita la antifona *Dixit angelus HIC mulieribus nolite expavescere. Jesum queri*

tis Nazarenum crucifixum? Surrexit non est hic: ecce locus, ubi posuerunt eum, alleluia.—Aquí, dijo el ángel á las mujeres: no temais; ¿buscáis á Jesus Nazareno crucificado? Resucitó, no está aquí; mirad el lugar donde lo colocaron. Alleluia. Cantando la procesion el himno *Cristus triumphum glorie*, se encamina al lugar en que Jesus se apareció á Maria Magdalena en traje de hortelano. Cantando el que principia *Jesum Cristum Crucifixum*, se dirige la procesion á la capilla donde Jesus se apareció á su Madre, y desde allí vuelve á la del Santísimo Sacramento, donde se conserva la columna de los azotes, y de donde habia salido. Allí se entonan varios himnos, se recitan varias oraciones, y termina la conmovedora funcion, la funcion más fervorosa, la que más eleva el alma de cuantas he presenciado en todos los años de mi vida; y estoy seguro que en el mundo no puede haber otra de mayor interés para el cristiano.

Advirtamos, ántes de terminar, que á todos los peregrinos que asisten por primera vez á dicha procesion, regalan los frailes una vela de tres cuarterones; que á todos los que concurren regalan siempre una cerilla de las que antiguamente se usaban en España; y que todos los peregrinos, concluida la antifona en el Calvario, cuando la procesion comienza á bajar de aquella santa cumbre, se apresuran á meter su vela encendida en el agujero donde estuvo plantada la Cruz, así como se apresuran despues á colocarla sobre el Santísimo Se-

pulcro. Yo tambien meti la vela que me dieron en el agujero donde estuvo plantada la Cruz; yo tambien la coloqué sobre el Santísimo Sepulcro, y la conservo como un recuerdo vivo de aquella inolvidable tarde.

III.

A las cinco y media salimos del templo fray Manuel Yuvero, el dragoman y yo: Español, que desde "el lugar donde lloran los judíos" se retiró á su casa, nos habia proporcionado ya, segun nos ofreció, una órden del cónsul frances para que nos permitieran entrar en la casa de San Joaquin y Santa Ana; por la cual nos dirigimos á visitar esta casa, contanto más gusto, por mi parte, cuanto que Santa Ana es la patrona de mi pueblo; y que aquella visita despertaba en mí los recuerdos de mi infancia, esos dulces recuerdos que, en el hombre que siente, vienen de continuo á suavizar las amarguras del vivir.

En la calle que más arriba toma el nombre de "Vía dolorosa," cerca de la puerta de "San Estéban" y frente á la "Piscina probática," entramos en un patio que, segun los preparativos que en él habia, puede asegurarse trataban de convertir en jardin; en aquel patio se levanta un magnifico templo de piedra blanca, labrada con esmero, cuya fachada principal mira el Oeste: penetrando en

aquel templo, que por todas partes respira belleza, se baja despues de salvar una pequeña puerta, por una escalera de piedra, compuesta de 23 peldaños, á una gruta labrada en la roca, cuya gruta tendrá próximamente diez metros de largo por cinco á seis de ancho: en esta gruta se abre otra puerta que conduce á otra gruta labrada asimismo en la roca, pero algo más pequeña que la anterior. Estas dos grutas formaron un dia la casa de San Joaquin y Santa Ana; y como la segunda ofrece alguna señal de cocina, es indudable que la primera fué la sala. Sí; en aquella gruta vivieron San Joaquin y Santa Ana, y en aquella gruta se verificó la purísima Concepcion y el nacimiento de la Santísima Virgen; porque la Virgen no nació en Nazareth, como en Occidente se cree: esta opinion, de la que se rien en Oriente cuando alguno se atreve á sostenerla, carece de todo fundamento; mientras que abunda en ellos la que sienta que nació en Jerusalem. En su lugar tocarémos esta cuestion despacio para que mis lectores se convengan, como yo me convencí en aquellos países, de que María Santísima fué concebida y vió la luz primera en la ciudad de Jerusalem.

No quiero pasar en silencio un hecho que excitó con fuerza mi curiosidad. Al regresar á casa, ví pasar por una de las calles un hombre alto, de cincuenta y cinco á cincuenta y seis años de edad, algun tanto encorvado, que vestia pantalon casi negro, americana larga azul oscuro, sombrero hon-

go, y que llevaba al hombro una cruz de madera de dimensiones iguales á las que se conjetura tenía la de Cristo. Con el carácter descuidado y apático que reina en aquel país, no pudieron darme noticias exactas de ese hombre misterioso, que cruzaba las calles de la Ciudad Eterna con paso grave y con una cruz á cuestas. Unos me dijeron que era prusiano, otros que era ruso; unos que salía con la cruz todos los días, otros que solo los viénes; pero todos convenían en que él decía que el hombre debe llevar la cruz de Cristo en espíritu y en verdad, y que por eso él cargaba con una de madera.

SEGUNDO PASEO

POR LAS AFUERAS DE JERUSALEM.

Sábado 10 de Marzo.

Sepulcro de María.—Gruta de la agonía.—Lugar de la traición de Judas.—Lugar donde durmieron los Apóstoles.—Sepulcros de Absalon, de Josaphá y otros.—Roca de los Apóstoles.—Higuera donde se ahorcó Judas.—Piscina de Siloe.—Pozo de Neemias.—Suplicio de Isaias.—Acceldama.

I.

A las seis de la mañana se presentaron en mi celda, tan cariñosos como siempre, fray Manuel Yuvero y el dragoman Rafael. Yo comencé á prepararme, y me extrañaron mucho las siguientes frases de fray Manuel Yuvero, que consigno aquí, porque ponen de relieve las precauciones que hay que tomar para vivir en la Palestina.—"Segun he observado estos días, me dijo, vd. trae revólver."
 —"Sí, señor, le contesté."
 —"Pues creo muy conveniente que vd. lo lleve," repuso. Sorprendido yo en extremo, respondí: "Que no lo había toma-

go, y que llevaba al hombro una cruz de madera de dimensiones iguales á las que se conjetura tenía la de Cristo. Con el carácter descuidado y apático que reina en aquel país, no pudieron darme noticias exactas de ese hombre misterioso, que cruzaba las calles de la Ciudad Eterna con paso grave y con una cruz á cuestas. Unos me dijeron que era prusiano, otros que era ruso; unos que salía con la cruz todos los días, otros que solo los viénes; pero todos convenían en que él decía que el hombre debe llevar la cruz de Cristo en espíritu y en verdad, y que por eso él cargaba con una de madera.

SEGUNDO PASEO

POR LAS AFUERAS DE JERUSALEM.

Sábado 10 de Marzo.

Sepulcro de María.—Gruta de la agonía.—Lugar de la traición de Judas.—Lugar donde durmieron los Apóstoles.—Sepulcros de Absalon, de Josaphá y otros.—Roca de los Apóstoles.—Higuera donde se ahorcó Judas.—Piscina de Siloe.—Pozo de Neemias.—Suplicio de Isaias.—Accéldama.

I.

A las seis de la mañana se presentaron en mi celda, tan cariñosos como siempre, fray Manuel Yuvero y el dragoman Rafael. Yo comencé á prepararme, y me extrañaron mucho las siguientes frases de fray Manuel Yuvero, que consigno aquí, porque ponen de relieve las precauciones que hay que tomar para vivir en la Palestina.—"Segun he observado estos días, me dijo, vd. trae revólver."
 —"Sí, señor, le contesté."
 —"Pues creo muy conveniente que vd. lo lleve," repuso. Sorprendido yo en extremo, respondí: "Que no lo había toma-

do porque, segun nuestro plan, no íbamos á separarnos casi de los muros de Jerusalem.—No importa, añadió; vamos á pasar junto á la aldea de Siloe, y los habitantes de esa aldea son beduinos de lanza, que no reconocen ni respetan al pachá; y no solo debe vd. llevar el revólver, sino al pasar junto á Siloe, tomarlo en la mano para que lo vean: sin armas es imposible andar por esa parte. Yo me ceñí el revólver á la cintura, y bajando los tres la escalera, salimos á la calle; despues de atravesar algunas, entramos en la de la Amargura, que cruzamos en toda su extension. Muchas veces fui á visitar el Santo Sepulcro durante mi permanencia en Jerusalem, y muchas paseé tambien la célebre calle donde está escrita en caracteres de piedra, con resto de columnas y lápidas quebradas, parte de la Pasion de Cristo. Saliendo por la puerta de San Estéban, nos encontramos en el campo: el cielo aparecia tan puro como de costumbre; el calor se insinuaba tan fuerte como los dias anteriores; pero como aun no brillaba el sol en aquel festonado y caprichoso horizonte, bello confin del cielo y la tierra, que forman los últimos olivos y las últimas higueras del monte Olivete, se disfrutaba un estar placentero. Allí montamos en nuestros burros, y guiados por un múcaro, salvamos el torrente Cedron, nos torcimos un poco á la izquierda, es decir, hácia el Norte, subimos sobre ciento cincuenta pasos por el valle de Josaphá, falda y ladera, como ya sa-

bemos, del monte de las Olivas, é hicimos alto en una plazuela donde se levanta una ermita que llaman *Basilica*, con la puerta hácia el Sur. Esta *Basilica*, cuya fachada la adornan multitud de columnas y archivoltas ogivales, encierra en su seno los sepulcros de San Joaquin y Santa Ana, el de San José, y sobre todo, en el lugar preferente, el en que descansó tres dias el cuerpo de María. Una ancha escalera de cuarenta y ocho peldaños; yo conté cuarenta y siete; el padre Livinio en su guía pone cuarenta y ocho, sin duda porque considera como peldaño el quicial de la puerta, que yo no consideré como tal; una ancha escalera de cuarenta y siete ó cuarenta y ocho peldaños, conduce al fondo de la capilla, que forma una cruz latina, y que es espaciosa, pues mide próximamente treinta metros de largo por ocho de ancho. Al pisar el sétimo peldaño se encuentra á la derecha una abertura en el muro, y se sospecha que éste sea el sepulcro de Melisenda, esposa de Fulques, rey de Jerusalem en tiempo de los cruzados. Quince peldaños más abajo, ó sea en el peldaño veintidos, á contar desde la puerta de entrada, se abren dos grutas á derecha é izquierda de la escalera, la una frente á la otra; estas dos grutas, que los frailes nombran *capillas*, contienen: la de la izquierda, los sepulcros de San Joaquin y Santa Ana; la de la derecha, el de San José. Cuando ya se ha llegado al fondo de aquel templo, donde arden multitud de lámparas y donde se respira una

plácida calma, que templá el corazón cansado de las agitaciones del mundo, se encuentra á la derecha una pequeña capilla cuadrangular, cuyas paredes de roca viva ocultan flotantes tapices de seda: en aquella misteriosa capilla se alza, adherida al muro, una banqueta de piedra revestida con planchas de mármol; un altar hueco, del que penden veintiseis lámparas, se levanta sobre aquel banco de piedra, y junto á aquel banco de piedra se arrodilla el viajero, que impelido por el fervor religioso llega de lejanos países, porque aquel banco de piedra es *el sepulcro de María*. Allí reposó tres días la Madre de Cristo, la mujer más santa y más pura de la tierra, la flor de Jericó, la estrella de los mares, el refugio de los pecadores, el consuelo de los afligidos! Yo he visto la casa en que nació, allí..... junto al templo de Jehovah; yo he visto el lugar en que su alma fué ahogada por la más honda pena, allá..... en la cima del Calvario; yo he visto el lugar en que, después de muerta, permaneció su cadáver algún tiempo, allá..... pasado el torrente Cedron, en el valle de Josafá, al comenzar el monte Olivete... y hoy en que aún enfermo, consigno en estas páginas mis recuerdos y mis impresiones de aquellos Santos Lugares, experimenta mi alma una tierna, suavísima afección.

En el fondo de la basílica, no lejos del sepulcro de María, se ve un altar perteneciente á los armenios no unidos; cerca de éste, otro pertene-

ciente á los griegos no católicos; y cerca de los dos un pequeño ábside donde oran los musulmanes, que también los musulmanes de Oriente veneran á Cristo, á quien llaman *el espíritu de Dios*; y á la Virgen, á quien proclaman *la más grande y la mejor de las mujeres*. Yo que de niño te adoré, Inmaculada Concepción, en los humildes templos de mi pueblo, ¡con qué placer, con qué enagonyamiento te he adorado en Jerusalem en la gruta en que naciste, en el monte en que atravesó tu pecho la espada de dolor, en la tumba en que dormiste durante algunos días el dulce sueño de la muerte.....!

II.

Cuando salimos de la basílica del sepulcro de la Virgen, anduvimos á pié algunos minutos por un sendero á manera de callejon, que se extiende á la izquierda; llegamos á otra ermita de aspecto severo, y abriendo una pequeña puerta de hierro, bajamos una escalera de ocho peldaños, y entramos en aquella religiosa mansión. Esta mansión es una caverna abierta en la roca, de forma irregular, que cuenta once metros próximamente de largo, y próximamente ocho de ancho. Se conserva en su estado primitivo, recibe la luz por un agujero abierto en la parte superior, y se conoce con el nombre de "Gruta de la Agonía." ¡Qué si-

lencio tan majestuoso reina allí! A la opaca luz que penetra por el alto agujero, y á la luz vacilante de las lámparas que allí mantiene siempre encendidas la piedad cristiana, se descubren tres altares, uno á cada lado, otro en el frente. Debajo del altar del frente se percibe en el suelo una señal; esta señal determina el punto preciso en que se apoyaron las rodillas de Cristo aquella noche terrible, aquella santa, tremenda noche, en que el Dios-Hombre, dando cumplimiento á las Sagradas Escrituras, oró al Padre por las generaciones pasadas, por las generaciones presentes y por las venideras generaciones: ¡aquel es en el mundo el pedazo de tierra que recibió el amargo sudor de Cristo, aquel sudor que era como sudor de sangre! Y por si acaso alguno de los que entran en tan sacrosanta gruta necesitara que una voz eterna le recordara este hecho, al fulgor de las lámparas se descubre estampada en la roca la siguiente inscripcion, que llega al alma: *Hic sudor ejus factus est sicut guttæ sanguinis decurrentis in terram..... Aquí, aquí mismo fué donde derramó su sudor como gotas de sangre, que caía hasta la tierra.*—San Lucas, cap. 22, v. 44.

En aquella gruta oró Cristo la noche en que se disponía á morir por el hombre; en aquella gruta dió al hombre el santo ejemplo de resignacion, cuando en su cruda agonía exclamó: *Pater mi, si possibile est transeat á me calix iste, verumtamen non sicut ego volo sed sicut tú..... Padre mio, si*

es posible, pase de mí este cáliz, mas no se haga como yo quiero, sino como quieres tú! En aquella gruta oró, y suspendiendo su oracion tres veces, tres veces fué á visitar á los Apóstoles, y las tres veces los encontró dormidos. Humanidad..... y tú á quien en aquella noche de celestiales misterios simbolizaban los Apóstoles, has de estar tambien dormida cuando tres veces te llame Jesus? ¿Has de estar dormida siempre á la voz de Cristo? ¿Santa gruta de Gethsemaní..... Qué recuerdos tan vivos brotan de tus ásperos muros..... Qué emociones tan grandes produce en el ánimo tu imponente silencio.....!

III.

Tomando luego la falda del monte Olivete, y marchando siempre hácia el Sur, pararelos al torrente Cedron, pero trazando las curvas necesarias aunque dejáramos más de una vez el sendero, para ver los objetos dignos de estudio que se ofrecen al paso, seguimos rozando con la pared del huerto de Gethsemaní, y allí contemplamos de nuevo el lugar en que Judas dió el traidor beso á su divino Maestro. Este lugar maldito se encuentra señalado con un pedazo de columna incrustado en una especie de ábside, en que termina un callejon, que forma la roca y la actual pared del huerto de Gethsemaní.

Continuando hácia el Sur, y á ciento veinte y tantos pasos de la *Gruta de la Agonia*, se llega á lo que en Oriente llaman la *Roca de los Apóstoles*; esta roca que hoy forma un lugar pedregoso, es el punto en que quedaron los Apóstoles queridos San Pedro, San Juan y Santiago, cuando Jesucristo se retiró á orar. *Et ait illis: tristis est anima mea usque ad mortem..... Y les dijo: mi alma está triste hasta la muerte; esperad aquí y velad.* Antiguamente se levantaba en este punto una pequeña ermita, hundida la cual, se presenta el terreno sin adorno, sin monumento alguno. Avanzando por el camino que nosotros llevábamos, se disfruta sin cesar del grato panorama que á la derecha ofrece la ciudad de Jerusalem contemplada á un golpe de vista. En sus formidables muros se ve una puerta tabicada con gruesa pared, puerta que coincide con las extensas ruinas del templo de Salomon y que hoy llaman los cristianos *Puerta Aurea* y los árabes *Bab el-Darahie*. En esta puerta se encontraba San Joaquin cuando el ángel le anunció que su mujer pariría una niña, á quien pondría por nombre *María*, la cual había de ser Madre de Cristo; por esta puerta hizo Jesus su entrada triunfal el Domingo de Ramos en la ciudad deicida; y los árabes tienen cerrada esta puerta con fuerte muralla, porque creen que por ella han de tomar los cristianos á Jerusalem un viénes.

Abandonando el valle de Josafá, nos dejamos caer por la falda del monte Olivete y fuimos á

atravesar el torrente Cedron, que no traía agua, por un pequeño y antiguo puente de mampostería, cuyo puente visitan todos los peregrinos, no solo porque lo pasó muchas veces Nuestro Señor Jesucristo durante su vida carnal, sino porque lo pasó aquella célebre noche cuando despues de instituir en el cenáculo el Santísimo Sacramento de la Eucaristía, marchó á orar en el huerto de Gethsemani; porque se lo hicieron cruzar atado los escribas y fariseos y las groseras turbas, cuando despues de haberlo prendido lo llevaron á casa de Anás, y porque segun tradicion hebraica, desde aquel puente lo empujaron para que cayera al álveo, donde dejó impresas sus rodillas y su rostro en una roca que aún se conserva con gran veneracion de los frailes y de los peregrinos. Todavía existe el poético sendero por donde bajó Cristo del Cenáculo al huerto de Gethsemani, que es el mismo por donde el pueblo judío lo subió desde el huerto de Gethsemani á casa de Anás: agradable silencio vela este sendero, y algunas flores silvestres de humilde corola nacen en sus orillas. Yo me arrodillé en el fondo del torrente y besé aquella roca. Los naturales del país, que participando mucho del carácter patriarcal de sus antepasados, tienden á explicar la Biblia en sentido parabólico, sostienen que esta caída que Jesus sufrió en el torrente Cedron, se encuentra profetizada por David cuando en el salmo 109, versículo 7, dice: *De torrente in via bibet, propterea exaltabit caput.....*

Del torrente beberá en el camino por lo cual ensalzará la cabeza. Fray Manuel Yuvero, el dragoman Rafael y yo nos sentamos junto á aquella roca, de espaldas á Jerusalem, y miétras disfrutábamos los encantos de la mañana, contemplábamos el delicioso pero triste panorama que á nuestra vista ofrecian el valle de Josafá y el monte de las Olivas, cuyo festonado horizonte se dibujaba gracioso en un cielo azul surcado por los primeros arreboles del sol saliente. En la Ciudad Eterna y sus inmediaciones todo es patético, todo es lúgubre, todo conduce al recuerdo de un algo grande que allí pasó, todo impele al espíritu á la oracion. En aquel instante placentero en que nos saludaba la mañana, ni las brisas oreaban los olivos ni se escuchaba el piar de los pájaros, ni el murmurar de los arroyos, ni el canto del campesino, que, como en España, fuera á su labor..... Allí no resonaba eco alguno; sin duda que aquel pueblo se avergüenza de ser y se oculta en sus cavernas; sin duda que la naturaleza venera aún con su profundo recogimiento el insondable misterio, el santo sacrificio que un día se consumó allí..... porque aquel día, porque aquella hora..... porque aquel momento..... el momento en que espiró Cristo, siempre pertenece al presente, nunca caerá en el pasado y es para el hombre tan grande como el universo, grande como la eternidad.

Volviendo luego á cruzar el puente, tomamos otra vez el valle de Josafá, ó sea la falda del mo n

te Olivete, y caminando despacio hácia el Mediodía, vimos el sepulcro de Absalon, muy próximo al citado puente. El sepulcro de Absalon, notable monolito artísticamente esculpido en la roca, ofrece hoy un agujero abierto por ciertos investigadores que pretendian averiguar lo que habia dentro, y no hallaron nada. Avanzando algunos pasos hácia el Mediodía nos encontramos en el sepulcro del rey Josafá, que da nombre al célebre valle; es tambien monolito magnífico, pero está muy deteriorado: yo no entré en él, mas tengo entendido que en su fondo hay sepulcros bastante modernos. A ciento veinte y tantos pasos de distancia del sepulcro de Absalon, volviéndo un poco hácia el huerto de Gethsemani, existen las ruinas de una capilla que marcan el punto donde quedaron los ocho Apóstoles cuando Cristo se retiró á orar la noche de la Pasion. Andando sesenta ó setenta pasos, se levanta la tumba de Santiago *el menor*, llamada por los árabes *Divan-Faruso*. Este monumento en ruinas hoy, sirve para que los pastores cierren en él los corderos jóvenes mientras llevan al campo los rebaños. Asegura la tradicion que Santiago *el menor*, primo de Jesucristo, se refugió en aquella cueva la noche en que prendieron á Cristo, y en ella permaneció sin comer ni beber hasta que resucitado Cristo se le apareció en forma humana. Nombrado despues por San Pedro primer obispo de Jerusalem, fué precipitado por los judíos desde lo alto del templo y los cristianos le dieron sepultura en aquella caverna donde más adelante cons-

truyeron el monumento de que hablamos. Muy próximo al *sepulcro de Santiago el menor* se alza otro monolito que forma un cubo terminado en una pirámide cuadrangular, llamado entre los árabes *Gabr-Zodjet-Faraun*, el cual es la tumba de Zacarías, hijo de Joiada, nieto del gran sacerdote Baradisa. Marchando ciento ochenta pasos, esto es, á la distancia de cien metros próximamente, se llega al lugar en que estuvo la higuera en que se ahorcó Judas. Aunque los naturales señalan el punto en que nació esta higuera, no existen datos para fijarlo con precision, y todo lo que se sabe es, que se halla en el valle de Josafá entre la tumba de Zacarías y la aldea de Siloe. Quinientos cincuenta pasos poco más ó menos de la tumba de Zacarías se levanta el *Monte del Escándalo*, llamado así porque el eminente Salomon, el que construyó á Jehovah el más magnífico templo del mundo, edificó en sus días de caída sobre la cumbre de este monte varios templos á los falsos dioses de sus mujeres, á vista de lo cual se escandalizó el pueblo de Israel. *El monte del escándalo* no es topográficamente considerado otra cosa que la parte más meridional del monte Olivete, ó sea una pequeña cumbre de dicho monte, comprendida entre el camino que va á Bethania y el fin meridional de aquel, en cuya falda se unen los torrentes Cedron y Jihon, que corren al Oriente y Occidente del monte Acra, sobre el cual está fundado Jerusalem. Trescientos pasos próximamente

te debajo de la cumbre del monte del Escándalo se alza la aldea de Siloe; esta aldea se compone de una pequeña mezquita, de algunos edificios y muchas cavernas abiertas á pico en la roca en otro tiempo para que sirvieran de sepulcros, y que los habitantes han convertido hoy en casas. Esas cavernas se hicieron para los muertos y las utilizan los vivos. Todos los moradores de esta aldea son beduinos de lanza, es decir, beduinos que ni reconocen al sultan ni al pachá de Jerusalem, á pesar de distar solo un tiro de pistola de los muros de esta ciudad; beduinos que salen al camino y á la vista de la ciudad roban y matan al que cogen solo é indefenso. Por temor á estos beduinos fué por lo que fray Manuel Yuvero me hizo tomar el revólver, y cuando comenzamos á bajar el monte del Escándalo, aunque dimos un rodeo para desviarnos de aquella peligrosa aldea, al entrar en los campos de su pequenísima jurisdiccion saqué el revólver del cinto por indicacion de fray Manuel Yuvero, y lo llevé en la mano para que lo vieran aquellos salvajes, que entre los árboles y las matas se ocultan casi en cueros. Por los caminos de Jafa y de Bethlem se puede pasear de dia sin temor alguno, mas por las inmediaciones de Siloe es peligrosísimo verificarlo.

Habiendo salvado otra vez el torrente Cedron, y colocándonos á la parte de Jerusalem anduvimos algunos minutos ántes de llegar á la poética fuente de la Virgen. *La fuente de la Virgen ó fuente de*

Siloe, ó fuente Rogel; AIN-SITTI-MARIAM, fuente de la Señora María, se encuentra situada al pié del monte Ophel, debajo de Jerusalem, casi frente á la aldea de Siloe, en la línea que separa las tribus de Judá y de Benjamin: la forma una bóveda á la que se entra por un arco ojival grande; desde este arco se baja una ancha escalera de treinta peldaños y se encuentra el depósito de agua, que mana junto al último peldaño, depósito tranquilo y silencioso, como dijo Isaías, en cuya orilla de piedra se ven sillares dispuestos en sentido diagonal para que las jóvenes de Jerusalem laven allí sus ropas. Cuando la Virgen regresó á esta ciudad á presentar el niño Jesus en el templo, permaneció bastantes dias en casa del anciano Simeon, y durante esos dias todas las mañanas iba á la fuente de Siloe á lavar los pañales del niño. ¡Qué gratas debían ser las brisas!..... qué bellas las auroras de la mañana!..... En torno de la fuente crecen silvestres florecillas, de las que yo cogí bastantes, que traje á mi patria y repartí entre mis amigos, y conservo en mi casa con cariño y con devoción.

Después de reconocer bien la fuente de la Virgen, uno de los puntos que más poesía han ofrecido á mi espíritu en Tierra Santa, montamos en nuestros burros y caminando despacio durante algunos minutos, siempre con el revólver en la mano, por la margen derecha del torrente Cedron y por la falda del monte Ophel, llegamos á la pisci-

na de Siloe, distante, según medidas que se han tomado, trescientos cincuenta metros de la fuente de la Virgen. La *Piscina de Siloe* tan celebrada en las sagradas Escrituras, está cubierta en su mitad por una bóveda, restos de un templo antiguo, que según dicen, existió allí; tiene próximamente quince metros de largo por cuatro de ancho; es profunda; se baja á ella por algunos peldaños que no conté y que no bajé porque se hallan muy deteriorados, y por un conducto subterráneo recibe el agua de la fuente de la Virgen. Esta piscina, que á pocos pasos de ella forma una balsa, aseguran que experimenta flujo y reflujo; fenómeno que yo no tuve tiempo para examinar y que en mi juicio es debido á la intermitencia con que dicen mana la fuente de la Virgen, de donde recibe sus aguas, como acabamos de manifestar; cuyas aguas, lo mismo que las de la fuente de la Virgen, son en sentir de Flavio Josefo muy agradables, pero tienen confesado por todo el que las bebe un gustito salado apenas perceptible. En la Piscina de Siloe curó Jesucristo un ciego de nacimiento, cuya cura asombró á los escribas y fariseos, y cuyo ciego fué después San Sidonio, obispo.

Montados de nuevo en nuestros burros, anduvimos algunos minutos hácia el Mediodía, pero torciéndonos un poco al Occidente, y llegamos al lugar en que de orden de Manasés sacrificaron á Isaías, atándole á un árbol y serrándole de arriba

á abajo. Este lugar, que dista doscientos veinte pasos de la Piscina de Siloe, pertenece á la aldea de ese nombre; hoy nace en aquel punto una morera, que los habitantes del país pretenden sea la misma en que ataron al santo profeta; pero esta opinion la rechaza el buen sentido, porque ni aquella morera tiene aspecto de gran antigüedad, así me pareció á mí, ni la morera es árbol de larga vida.

Otra vez ginetes en los burros, anduvimos algunos minutos, primero hácia el Mediodía, despues hácia el Oriente, y en el mismo álveo del Cedron, que por aquella parte surca la pequeña pero amena vega de Siloe, encontramos el *Pozo de Nehemías*, distante cuatrocientos metros, sobre ochocientos pasos, del punto en que murió Isaías. El *Pozo de Nehemías*, construido de piedra sillar, y al que los árabes llaman *Bir-Ayub*, fué abierto por Job: tiene hoy unos treinta metros de profundidad, y disfruta gran importancia en la historia sagrada. Cuando el pueblo de Israel fué arrojado de su país y llevado á la cautividad de Babilonia, ocultaron sus sacerdotes en aquel pozo el fuego sagrado; cuando setenta años despues regresó á su tierra aquel pueblo, se encargó buscar el fuego á los hijos de los sacerdotes que lo habian guardado, cuyos hijos eran los depositarios de sus tradiciones. Los hijos de los sacerdotes acudieron á aquel pozo, lo abrieron, pero no encontraron mas que agua cenagosa, casi convertida en lodo. En

tónces el gran sacerdote Nehemías levantó un altar, inmoló victimas, y el sol, rasgando de súbito una nube que lo oscurecia, bañó con sus rayos el altar, produciendo gran resplandor en torno suyo. Nehemías entónces roció el altar con el agua cenagosa del pozo, y de aquella agua brotó el fuego sagrado. Desde entónces llamó Nehemías á este pozo *NEPH-TAR*, *purificación*, y hoy se le conoce con el nombre de *Pozo de Nehemías*. Yo que he contemplado detenidamente este pozo, he visto que sus aguas se hallan lo ménos á quince metros bajo el nivel del suelo; y sin embargo, cuando las lluvias caen en abundancia aumentan aquellas tanto de volúmen, que brotan por la boca del pozo formando un cristalino arroyo, que corre por el torrente Cedron. Los árabes toman esto como señal de año fértil, y los habitantes de Jerusalem y los habitantes de Siloe, celebran durante algunos dias fiesta en torno de este pozo y en las orillas del arroyo, que las aguas del pozo han formado.

Marchando á pié un rato, entramos en el «valle del hijo de Hennon,» denominado por los indígenas Ouadi-er-Rabab, cuyo valle frondoso, cubierto de jóvenes olivos y de numerosas higueras, se extiende al Sur del monte Sion. Este valle, que separa la tribu de Judá de la de Benjamin, se hizo célebre en la Biblia porque el pueblo de Israel, aquel pueblo prevaricador, que tantos beneficios recibió de Dios, y que tantas veces se rebeló contra él, levantó allí el horrible ídolo de «Moloch,» en el

que sacrificaba víctimas humanas, constando que el mismo Manasés inmoló un hijo suyo. El ídolo de Moloch consistía en una gran estatua de metal con los antebrazos tendidos hácia adelante y los brazos hácia arriba, formando ángulo en el codo en ademán de recibir algún objeto que en ellos se pusiera; se encendía fuego por dentro, pues estaba hueco, y cuando los brazos y el pecho se ponían candentes, se colocaba en ellos á los niños ó niñas, ahogando los lamentos de las inocentes víctimas con el ronco són de muchos tambores tocados á la vez. Hé aquí el célebre ídolo ante el cual se presentó Jeremías, y rompiendo contra el suelo un botijo de barro, exclamó:

«Esto dice el Señor de los ejércitos: así quebraré yo á este pueblo y á esta ciudad, como se quiebra una vasija de alfarero que no se puede ya más restaurar; y en Topheth serán enterrados, porque no habrá otro lugar para enterrar.»—*Jeremías*, cap. 19, V. II.

IV.

Caminando á pié, porque es imposible verificarlo de otro modo, principiamos á subir una roca áspera que nace en el valle del «Hijo de Hennon», y que extendiéndose al Occidente del monte Sion, se encuentra separada de éste y de Jerusalem por el torrente Gihon y vá á empalmar con el no mé-

nos célebre campo llamado «Hacceldama.» Cerca de la cumbre de la roca de que venimos hablando, se ven muchas cavernas abiertas á pico, que segun se asegura fueron retiros de santos cenobitas, los cuales se cerraron en ellas para consagrarse á Dios durante los primeros siglos del cristianismo. La contemplacion de estas cavernas allá frente á Jerusalem despierta en la mente hondas reflexiones; pero en la que principalmente se fija el peregrino que visita estos lugares, es en una de mayores dimensiones que ocupa el punto más alto y á la que no se puede subir sin algun peligro, porque ya se ha desgastado la pendiente escalera que conduce á ella. En esta caverna se escondieron ocho apóstoles la sublime noche en que las turbas prendieron á Cristo; esta caverna fué convertida despues en sepulcro, donde se enterró á Anás, suegro de Caifás, y en tiempos posteriores constituyó la gruta donde vivió, hizo oracion y tal vez murió San Onofre. Caminando pocos minutos á pié, y sintiendo ya el abrasador, el picante sol de la Palestina, entramos en el campo de Hacceldama ¡maldito campo! ¡Que afecciones tan horribles despiertan aquellos pedregales en el alma del viajero...! Un hombre vende á otro hombre... un amigo vende á su amigo... un discípulo vende á su maestro... Júdas vende á Cristo... y con el horrendo precio de tan criminal venta se compra ese campo á un alfarero. ¡Ni en ese campo pueden posarse las aves ni en él pueden brotar las flores..... eso dicen

en Oriente, y lo que en Oriente dicen acerca de este campo, casi es una verdad! Ni flores, ni yerbas, ni aves se ven en su escabrosa superficie; sólo tumbas se abren á nuestros piés, tumbas subterráneas que hacen comprometido el andar por allí; tumbas donde los judíos enterraban á los peregrinos que morían en Jerusalem; tumbas donde posteriormente los caballeros de San Juan daban sepultura á los que fallecían en sus hospitales..... ¡Triste silencio de la muerte, que durante tantos siglos se ha albergado allí!

«Y venida la mañana,» dice San Mateo en su Evangelio, «todos los príncipes de los sacerdotes y los ancianos del pueblo entraron en consejo contra Jesus para entregarle á la muerte.—Y lo llevaron atado y lo entregaron al presidente Poncio Pilatos.—Entonces Júdas, que le habia entregado, cuando vió que habia sido condenado, movido de arrepentimiento volvió las treinta monedas de plata á los príncipes de los sacerdotes y á los ancianos.—Diciendo: he pecado entregando la sangre inocente; mas ellos dijeron ¿qué nos importa á nosotros? Viéraslo tú.—Y arrojando las monedas de plata en el templo, se retiró y fué y se ahorcó con un lazo.—Y los príncipes de los sacerdotes tomando las monedas de plata dijeron: no es lícito meterlas en el tesoro porque es precio de sangre.—Y habiendo deliberado sobre ello, compraron con ellas el campo de un alfarero, por lo cual fué llamado aquel campo HACELDAMA, esto es, CAMPO

DE SANGRE hasta el dia de hoy.»—Cap. 27, vs. 1 al 9. Santa Elena cercó con un muro este campo, de cuyo muro nada se conserva ya, á no ser que á él pertenezcan algunas de las piedras que abundan en dicho campo, y llevó miles de carretadas de esta tierra á los cementerios de Roma. Yo tambien coji una poca que conservo como recuerdo de aquel campo y de aquella mañana. El calor se dejaba ya sentir con una fuerza inconcebible; guardando yo mi revólver, porque ya no era necesario, subimos la áspera pendiente que conduce al monte Sion, y montando allí en nuestros burros nos dirigimos á Casanova con objeto de descansar algunas horas y comenzar nuestra expedicion de la tarde.

TERCER PASEO

DENTRO DE LOS MUROS DE JERUSALEM.

Sábado 10 de Marzo.

Precauciones.—Ruinas del templo de Salomon.—Mezquita de Omar.—Mezquita El-Aksa.—Calle de la Amargura.—Lugar en que se halla sepultada la calavera de Adan.

I.

De grande importancia en la historia y en la religion, y de no pequeño interés para mí fueron los objetos que visité en la segunda salida que hice de casa el día 10 de Marzo; de no poco interés, ya por el inmenso que en sí encierran, como por la imposibilidad que en otro tiempo ha existido y por la dificultad que aún existe hoy de entrar en algunos de ellos, dificultad que á mí me costó algun tiempo vencer. Pocos son los peregrinos que van á Jerusalem á quienes se enseña la roca del Calvario en su estado natural, la gran requebraza que en la roca se abrió cuando Jesus exhaló el postrimer suspiro, requebraza en la que, segun la tradicion afirma, se encuentra sepultada la calavera

del primer hombre, y ménos aún son los que penetran en el recinto que circunvala las ruinas del templo de Salomon, sobre cuyas ruinas se alzan erguidas la mezquita El-Aksa y la gran mezquita de Omar, el edificio más suntuoso del mundo, el más bello, el más armónico, el más encantador. Antes del año de 1857 estaba terminantemente prohibido entrar en las ruinas del templo de Salomon; prohibido con tal rigor, que al no musulman que ponía el pié en el quicial de la puerta, sin otro aviso le cortaban la cabeza; así es, que ninguno de los hombres ilustres que ántes de esa época han visitado los Santos Lugares, ninguno ha pisado las ruinas del gran templo que el hijo de David erigió á Jehová, ni la mezquita El-Aksa, ni la portentosa mezquita de Omar, y esto mismo sucede hoy con la mezquita de Hebron, donde reposan los cuerpos de Abraham, Isaac y Jacob: en cuanto á las ruinas del templo de Salomon y mezquitas El-Aksa y la de Omar, ha aflojado la rigidez de la prohibicion desde la guerra de Crimea. Como en esta guerra prestó la Francia tan importantes servicios á la Turquía, al terminar aquella dió orden el sultan de que, en prueba de reconocimiento, se permitiera la entrada en aquel hasta entónces inviolable lugar á la oficialidad del ejército francés. Roto con tal medida el sagrado precepto, no es ya imposible penetrar en el recinto del templo, pero no es fácil, ni mucho ménos asequible á toda clase de personas. Para visitarlo yo

fué preciso que el vicecónsul español en su nombre y en nombre del cónsul austriaco, pidiera un FIRMAN, *real orden*, al Pachá, además tuve que ir á visitar aquellas ruinas acompañado de Fray Manuel Yuvero, de mi dragoman Rafael, y además de un cabbas del cónsul español, de otro cabbas del consulado austriaco, que el mismo vicecónsul español me envió para mi seguridad, y de dos soldados del ejército turco, que el Pachá despachó para garantía de mi persona, y para obligar á cumplir sus órdenes insertas en el FIRMAN. Esto deja comprender que áun hoy, en que se halla alzada la absoluta prohibicion de penetrar en las ruinas del templo, no es cosa fácil hacerlo, ni mucho ménos del agrado de los fanáticos musulmanes permitirlo. Cuando se supo que yo habia vencido las dificultades para entrar en aquellos reservados sitios, muchos frailes peregrinos y algunos peregrinos seculares me pidieron permiso para ir en mi compañía. Por otra parte, los musulmanes, que siempre se descalzan para entrar en sus mezquitas, no pueden permitir que los cristianos entren calzados; mas como tampoco quieren que sus templos se profanen con el contacto de los piés descalzos de los cristianos, en unas partes prohíben terminantemente la entrada en ellos, y en las que la permiten es colocando un cuerpo intermedio á su gusto entre el pié del cristiano y el pavimento de la mezquita. En Alejandría, por ejemplo, en que con dos ingleses visité algunos lugares, fui á echar

el pié para penetrar en la iglesia que fundó San Atanasio, hoy convertida en mezquita, y dando alaridos me lo cogió un árabe con tal violencia, que creí, y no exagero, que me dislocaba la rodilla. En aquella mezquita no se permite entrar de ningun modo: para visitar la gran mezquita de Mehemeth-Ali en el Cairo, colocan los mismos árabes en los piés de los critianos unas bolsas de paño, que ellos atan á nuestras pantorrillas con fuerza: para visitar la gran mezquita de Omar, además de hacer una buena gratificacion, yo dí 300 reales, es forzoso llevar unas zapatillas sin estrenar, *pantuflas*, que se ponen en el patio de la mezquita.

Subsanadas, pues, todas las dificultades, y cumplidas todas las condiciones prescritas, nos dirigimos al templo Fray Manuel Yuvero, Rafael y yo, acompañados por un cabbas del cónsul español, por otro del cónsul austriaco, conde de Caboga, y por los dos soldados del ejército turco: además se agregaron á nosotros los dos frailes que con mi amigo viajaron desde Nápoles, el jóven sueco y otros que yo no conocia.

El método que llevo en este libro, como creo haber expuesto en otro lugar, es consignar en la primera parte las impresiones que me produjeron los Santos Lugares conforme los iba visitando, y reservar para la segundo la descripcion detallada de esos mismos Lugares; esto he hecho con el gran templo del Santísimo Sepulcro. Sin embargo, con

las ruinas del templo de Salomon y con la mezquita de Omar, me veo precisado á alterar este método, pues seria imposible comprender ni explicar mi visita sin describir ántes el lugar visitado y áun hacer historia de él.

ALERE FLAMMAM
VERITATIS

II.

Entre el torrente Cedron y el monte «acra,» en el que se levanta Jerusalem, se alzaba unido á él otro monte bajo llamado el «monte Moria,» monte singular, que parece destinado por Dios á ser teatro de grandes sucesos, y al que, segun un célebre escritor, puede muy bien llamarse «el monte eterno.» Sobre este monte habia una roca baja, y no léjos de esta roca se extendia «La Era de Ornan el Jebuseo.» En la roca baja es donde Abraham, 1880 años ántes de Jesucristo, trató de sacrificar á su hijo Isaac, obedeciendo los mandatos de Dios; y en la Era de Ornan es donde encendió la hoguera que consumió la víctima que los ángeles le presentaron en vez de su hijo. Cuando David, despues de hacer oracion por sus prevaricaciones, mereció el perdon de Dios, recibió del profeta Gad la órden terminante de ofrecer sacrificios á Dios en la Era de Ornan el Jebuseo. David entónces pensó además levantar un templo sobre el monte Moria; pero el mismo profeta le anunció que Dios habia reservado la construccion de aquel

templo para su hijo Salomon, y David se contentó con allegar materiales para dicho templo, que habia de encerrar el Arca Santa, que habia de guardar el fuego sagrado, y que habia de ser el asombro del mundo. Ocupó Salomon el trono de Israel; construyó el templo trayendo de todas partes los objetos más preciosos que produce la tierra; el Líbano le dió sus cedros, Ophir su oro, la reina Saba sus grandezas y el Dios de las alturas recibió grato desde el cielo el humo de los incienso que entre púrpuras y mármoles, y candelabros, y ángeles, y metales preciosos, y marfil, se quemaban en el Sancta Sanctorum.

Pues bien; el Sancta Sanctorum no era otra cosa que aquella roca baja que coronaba el monte Moria, que aquella roca próxima á la Era de Ornan el Jebuseo. Este templo, asombro del universo, gloria de Salomon, sagrario que durante 406 años conservó el Arca Santa y las tablas de la Ley, publicada entre rayos y truenos en la cumbre de Sinai, comenzó á edificarse en el año 1012 ántes de Jesucristo, cuarto año del reinado de Salomon; duró su construccion 7 años y fué destruido por Nabucodonosor. Despues de la cautividad de Babilonia, animados los judíos por la libertad que les concedió Ciro, el gran sacerdote Zorobabel edificó sobre las ruinas del antiguo templo, un templo nuevo todavía más rico, más esplendente aún que el templo de Salomon. En la construccion de este segundo templo, ¡bien sabido es! tra-

bajaban las doncellas de Jerusalem con sus vestidos de fiesta; y si en este templo no estuvo el arca santa, el Arca Santa que Jeremías ocultó en el monte Nevo cuando dejó su país para marchar á la cautividad; el arca santa que á su regreso nadie pudo encontrar; en cambio estuvieron en él Cristo y su purísima Madre. En este templo fué encontrado Jesus á la edad de doce años cuestionando con los doctores de la ley; en este templo despachó Jesus los mercaderes á latigazos; en este templo protegió Jesus á una mujer adúltera y le perdonó sus pecados; en este templo elogió Jesus la humilde moneda ofrecida por una pobre viuda: en este templo explicó Jesus la doctrina de salud y de vida á todos los que querian escucharle; en este templo intentaron los judios apedrear á Jesus por blasfemo; en este templo, en fin, predijo Jesus la destruccion del templo mismo. ¡Y el templo fué destruido y Jerusalem arrasada! La botija de Jeremías se rompió; y las palabras de los profetas, que son palabras emanadas del cielo, nunca dejaron de cumplirse, ni dejarán de cumplirse nunca en el tiempo ni en la eternidad. Tito destruyó á Jerusalem, Tito convirtió en escombros el templo; mas la Providencia quiso que en el templo quedaran los cimientos para que el hombre de todas las edades y todos los países comprenda la magnificencia de aquella época, admire la grandeza con que el pueblo de Israel quemaba inciensos á Jehová; quemaba aquellos inciensos que, segun

palabras de la Biblia, «subian en olor de suavidad al trono del Altísimo.»

El monte Moria, la roca donde Abraham iba á sacrificar á su hijo; la Era de Ornan el Gebuseo, donde David levantó altares al verdadero Dios; los cimientos del gran templo de Salomon y de Zorobabel; la gran mezquita que Omar construyó sobre la roca, es decir, sobre el Sancta Sanctorum del templo; eso es lo que conmovido yo visité en la mañana del sábado 10 de Marzo del año 1877; eso es lo que ahora vamos á visitar juntos, querido lector mio.

La gran explanada sobre que se alzó el templo de Salomon, y que no es más que el monte Moria, rebajado de orden de aquel rey, á excepcion de la roca y de la Era de Ornan el Jebuseo, forma hoy un trapecio que tiene de largo seiscientos setenta pasos mios, y de ancho cuatrocientos sesenta. Los cimientos que se conservan de un muro, obra de gigantes, rodea y sostiene esta plataforma, en cuyos cimientos he visto piedras de tres metros de largo por dos de grueso; y piedras de cinco metros de largo por uno de grueso. Casi en medio de la plataforma, abrazando en su recinto el Sancta Sanctorum, se levanta LA MEZQUITA DE OMAR, llamada por los árabes EL-HARAM, rodeada de un peristilo, con su gigantesca cúpula forrada de plomo, y con su elevadísima aguja terminada en una media luna, que gallarda se dibuja en el azul del cielo. Frente á la ochavada mezquita de Omar,

está la mezquita EL-AKSA; diseminados por acá y por allá se ven pequeños edificios, todos ochavados, de bella construcción todos: algunos olivos jóvenes nacen entre aquellos bonitos edificios, que son lugares de oración para los musulmanes, y en el lado más occidental de la plataforma se extiende una calle de seculares cipreses; paseo reservado á los ancianos musulmanes de alta jerarquía. Esta pintoresca, esta grande, esta majestuosa plataforma tiene entrada por diez puertas, si bien á los peregrinos solo se les permite por una, por la llamada Bab-el-kattanine. Por ella penetramos nosotros, dominados por un profundo sentimiento. Dos fornidos árabes se cuadraron en la puerta y no nos permitieron avanzar un paso, hasta que los dos soldados turcos entregaron el firman del Pachá. Entonces yo que guiaba mi pequeña caravana, dejando para después el estudio de la plataforma, me dirigí á la mezquita de Omar. Todos me siguieron, y así que llegamos al peristilo que la rodea, salieron á recibirnos dos árabes, delante de los cuales nos quitamos el calzado, nos pusimos las zapatillas sin estrenar y entramos en la gran mezquita. Un asombro inexplicable embargó nuestro espíritu; los mágicos edificios de las Mil y una noches no son tan fantásticos como aquella mezquita: ni corredores tan solemnes, ni columnas tan erguidas, ni una distribución tan acertada de colores, ni una combinación tan misteriosa de luces ha descrito nunca la poesía árabe, ni ha realizado

jamás el arte cristiano. La mezquita de Omar, aquella mezquita plantada sobre el Sancta Sanctorum del templo de Salomón, es sin duda alguna el primer edificio del Oriente y del Occidente; siempre, siempre lo que se ha sentado sobre el monte Moria, siempre ha sido lo más grande del mundo.

Pero antes de continuar nuestra visita, digamos que esta célebre mezquita aunque se llama *de Omar*, no es la misma que fundó aquel califa, segundo después de Mahoma; la que construyó Omar, aunque magnífica, no era tanto como la actual, debida á Ibn-Merovan; pero como el sitio es el mismo que aquella ocupó, y como parte de la obra pertenece aún á aquella, se le conserva el nombre de su primer fundador el gran Omar. Esta mezquita tiene cuatro puertas correspondientes y sus nombres son: Al Este, la puerta de David, BAB EL-DAUD; Al Sur, la puerta de la Súplica, BAB EL-KIBLEH; Al Oeste la puerta del que se encuentra; BAB EL-GHARB; Al Norte la puerta del Paraíso, BAB EL-DJENNEH. Nosotros entramos, como todos los peregrinos, por la puerta oriental, ó sea por la *Puerta de David*, BAB EL-DAUD.

¿Qué impresión produce á los viajeros la mezquita de Omar? Pregunta en su guía el padre Livinio. «Una impresión de admiración y de asombro» responde el mismo. Es verdad; la misma impresión me produjo á mí. ¡Aquellas dimensiones colosales, aquella grandeza en la concepción del

plan, aquella riqueza en la ornamentacion, aquella armónica distribucion en todas sus partes, aquellas columnas de diáfano mármol, aquellos mosaicos, aquellos adornos de oro, y sobre todo, aquella ténue, dulce, suave luz, que penetrando por las altas ventanas, cubiertas de vidrios de colores, imprime en aquel edificio, antes templo de Jehovah, un aspecto misterioso y sublime..... sobrecogieron mi ánimo despertando en él á la vez multitud de reflexiones sobre un tiempo lleno de misterios, que pasó! Tres ó cuatro árabes con velas encendidas en la mano comenzaron á enseñarnos dicho templo; el jefe de ellos, más alto, más grueso, mejor formado y mas elegante que los otros, así que vió que yo saqué del bolsillo una cartera y comence á tomar apuntes, dejó á los demás viajeros y se vino conmigo, abandonando su aspecto severo. Cuando elogiaba algo, se sonreia con claras muestras de placer, y luego me preguntó:—¿Se parece á la mezquita de Córdoba? Yo le contesté que nada; que á lo que se parecia algo era al salon de embajadores de la Alhambra. Y al decirle esto, vi pintarse en sus facciones una ráfaga de satisfaccion. ¡Cómo aman los árabes y los judíos á España! Cuando escriba mi viaje á Oriente, me extenderé sobre este particular, acerca de lo cual puedo dar noticias de interés.

La mezquita de Omar, que contiene en su centro el Sancta Sanctorum de los templos de Salomon y de Zorobabel, es un octágono que cuenta

cincuenta y cinco metros de diámetro, y se halla dividido en tres naves concéntricas; la de mayor diámetro está formada por el muro del edificio, y por otro octágono de menor diámetro, que constituyen ocho pilastras de mármol correspondientes á los ocho ángulos del polígono, y diez y seis magníficas columnas, tambien de mármol, intercaladas en los espacios que quedan entre pilastra y pilastra. La segunda nave la forman este octágono de pilastras y columnas y otro octágono de menor diámetro, concéntrico con él, compuesto de cuatro pilastras y doce columnas; la tercera nave, más erguida, más majestuosa, es el centro, el corazón de aquel suntuoso edificio, cubierto por un elevadísimo cimborrio. Cincuenta y seis ventanas rectangulares, de las cuales diez y seis, esto es, dos en cada lienzo, están cerradas, modificando la luz con sus vidrios de bellos colores, iluminan aquel santuario de Mahoma con plácidos fulgores de seductor efecto. Todo es allí grande; todo revela allí la esplendidez y el sentimiento religioso de la época que lo fundó! El pavimento se ostenta en parte cubierto de mármol blanco y en parte de finísimos azulejos de porcelana esmaltada; las columnas, todas monolitas, todas son de trasparente mármol, y aquellos atrevidos muros, y aquel elevadísimo cimborrio, obra maestra del arte, gloria del Oriente, todo se encuentra cubierto de mosaicos; sobre los mosaicos de los muros despuntan, rivalizando con ellos en lujo, graciosos ramos

dorados; y entrelazados con los ramos, pero entrelazados con ese admirable ingenio que Dios concedió al pueblo oriental, se ven diferentes versículos del Koran. De las tres extensas naves, de los tres elegantes polígonos concéntricos, que constituyen la gran mezquita de Omar, el de ménos diámetro, el del centro, tiene unidas sus columnas por una balaustrada que en magnificencia compite con el resto de tan suntuoso edificio: y dentro de esta balaustrada, que contará algo más de diez metros de diámetro, se conserva en su estado natural, contrastando su rudeza con el artístico esmero, con la finísima ornamentación del resto del edificio, la roca del monte Moria, llamada entre los musulmanes LA SAKHARA. ¡Qué efecto produce en el hombre pensador contemplar aquella roca tan expresiva y tan agreste en medio de tanto primor del arte! Seducido yo por mágicas ideas, me quedé inmóvil junto a aquel peñasco; inmóvil junto á mí y sin hablar palabra se quedó el robusto moro. Momentos como aquel no debieran acabar en la vida. Estimulado por el adormidero silencio, por la soñada luz, que convierten aquella estancia real en fantástica mansion, fijaba yo la vista en la roca, pensaba en aquella época patriarcal, que desapareció tal vez para siempre; pensaba en Abraham, en aquel hombre que veía á Dios cara á cara, como un hombre ve á otro hombre; pensaba en Isaac, representación de la obediencia humana; pensaba en David, simbolo de la huma-

nidad pecadora arrepentida; pensaba en Salomon, en Zorobabel, en todos aquellos hombres de alma colosal, que vivían rendidos ante Dios..... ¡ah! yo miraba la roca de Moria, y á fuerza de mirarla quería ver en ella algo de lo mucho grande que en ella fué; quería ver el Arca Santa, y las Tablas de la Ley, y el Altar de los holocaustos... y abrasado mi espíritu por un fuego que ni entonces pude comprender ni hoy puedo explicar, recordé involuntariamente aquellos versículos del PARALIPOMENON, que hablando de Salomon, dicen: "Hizo además en la casa del Santo de los Santos, dos estatuas de querubines y las cubrió de oro.—Las alas de los querubines se extendían veinte codos, de manera que la una ala tenía cinco codos y tocaba la pared de la casa, y la otra que tenía cinco codos, tocaba el ala del otro querubín — Hizo también un velo de jacinto, de púrpura, de escarlata, y de finísimo lino, é hizo bordar en él querubines.—Y habiendo venido todos los ancianos de Israel, los levitas llevaron el Arca.—Y la entraron dentro con todo el arreo del Tabernáculo, y los sacerdotes juntamente con los levitas llevaron los vasos del santuario que había en el Tabernáculo.—Y el rey Salomon y toda la congregación de Israel y todos los que se habían congregado delante del Arca, sacrificaban carneros y bueyes sin número, pues tan grande era la multitud de las víctimas.—LIBRO 2º, CAP. 4, v. 10, CAP. 5, vs. 4 al 7."

Toda esta grandeza hebráica ha concluido ya; cuanto describe el libro sagrado ha desaparecido de allí; y allí solo se conserva de tanto esplendor como allí brilló, la roca de Moria; pero no lejos de la roca de Moria se levanta la roca del Calvario, y sobre el Calvario se alza el eterno recuerdo de Jesus, cuya santa, cuya civilizadora doctrina, sellada con sangre divina, ni se borrará del mundo ni se olvidará jamas. Cruzando una de las suntuosas naves para salir del edificio, vimos un santón con su *caftan* verde, con su elegante *kefie*, con su larga barba blanca, sentado en el suelo, leyendo en un libro en folio, que era el Koran: al pasar junto á él levantó con majestad la cabeza, nos miró con desden y continuó leyendo.

Parece extraño que en una descripcion cual la que estamos haciendo de Tierra Santa nos ocupemos de las ficciones que los musulmanes atribuyen al venerable recinto sobre que se alza la mezquita de Omar; pero como quiera que no todos los viajeros han tenido la suerte de penetrar en ese monumento, uno de los primeros del mundo, indicaremos, aunque á la ligera, algunas de dichas ficciones. Hacia la parte Sur-Este de la mezquita se abre una puerta, por la que mediante una escalera de quince peldaños se baja á un subterráneo, en el que se puede tocar y se toca parte de la roca LA SAKHARA, ó roca de Moria; los musulmanes llaman á esta punta de roca *la lengua*, porque dicen que en cierta ocasion repitió algunas palabras

que pronunció Omar. En otro lugar del mismo subterráneo enseñan los oratorios de Abraham, Isaac, Jacob y David, donde aseguran que estos patriarcas han venido alguna vez á orar; y como todos ellos murieron ántes de la construccion del templo, se supone que han acudido allí despues de su muerte; lo que no debe extrañarnos entre los musulmanes, porque tambien sostienen que en una caverna que existe debajo de este subterráneo, se reunen los domingos y los lúnes de cada semana las almas de los mahometanos muertos para elevar sus súplicas á Alláh. La ficcion ó creencia que más excitó mi curiosidad fué la piedra de los clavos; ignoro el nombre propio con que la designan. Es la tal piedra una plancha de jaspé incrustada en el suelo; cuentan como cosa indudable que en un tiempo hubo en esa plancha diez y nueve clavos hincados por la mano misma de Mahoma; que estos clavos marcan en siglos la duracion del mundo, entendiéndose que en cada siglo desaparece un clavo, el cual va á asegurar más y más el trono de Dios. Las cabezas de aquellos clavos, única parte que se vé, son de acero, muy brillantes y muy azuladas; solo existen ya cuatro cabezas y media de clavo. Otras muchas supersticiones refieren de esta clase; pero así como he opinado que no debia dejar de indicar algunas, porque los pueblos se retratan por sus creencias, opino tambien que no debemos emplear mucho tiempo en ellas.

Saliendo de la mezquita de Omar, se ve frente por frente, á bastantes pasos de distancia, otra gran mezquita llamada EL AKSA. Así como la mezquita de Omar se encuentra construida sobre el *Sancta Sanctorum* del templo, EL AKSA lo está sobre el punto en que se sentaba el viejo Simeon; por lo tanto, sobre el punto en que el niño Jesus fué presentado en el templo por su Santísima Madre, la purísima Maria, y donde Simeon conoció que aquel niño era el Salvador del mundo, el Mesías siglos y siglos hacia anunciado por los profetas. Antes de entrar en EL AKSA llama la atención del viajero un púlpito colocado á la derecha de la puerta, debido, segun razonablemente se cree, á Sala-el-Dino ó Saladino, aunque los musulmanes lo atribuyen á Omar. Débese á quien quiera aquel púlpito, campea en él toda la riqueza, todo el esplendor y todo el ingenio árabe; es un objeto digno de admiracion; es una joya del arte oriental, que ni el espíritu se causa de contemplar ni la pluma se atreve á describir. EL AKSA, construida por Justiniano, adornada por Omar, destruida por un temblor de tierra, reconstruida por Abd-el-Melek, decorada por otros muchos, y últimamente por Salah-el-Dino, es un cuadrilongo de noventa metros de largo por sesenta de ancho; se compone de siete naves formadas por seis órdenes de columnas monolitas, imitando mármoles de diferentes colores; y estas columnas, coronadas por capiteles corintios unas y bizantinos otras, proce-

den, como las de la mezquita de Omar y como las de la mezquita de Córdoba en España, de diversos países; habiendo motivos para creer que ni unas ni otras sean construidas por el musulman de aquellos tiempos, más que nada guerrero, sino arrancadas por los filos de su alfanje a los países vencidos por él y por él subyugados. En el Mirab de esta mezquita, ó sea en el Abside del Templo, se señala el punto en que se sentaba el viejo Simeon y donde le fué presentado el niño Jesus. Desde el Aksa se pasa á un suntuoso, á un inmenso salon bizantino, lleno de columnas y de arcos de estilo bien determinado, que fué en otro tiempo morada de los templarios. Bajando por una eselera compuesta de treinta y dos anchos peldaños, que termina en una rampa de veinticuatro pasos, se penetra en grandes subterráneos, sin género de duda obra de Salomon, y que despues sirvieron de cuardras á los mismos templarios: en medio de uno de estos subterráneos, descuidados ahora hasta el punto de tener el suelo de tierra movediza, se alzan gallardas, desafiando á la actual arquitectura, dos columnas próxima la una á la otra, monolitas, de siete metros de alto y de diez y seis palmos mios de circunferencia en el fuste, regaladas segun asegura la no interrumpida tradicion hebraica, por la reina Saba á Salomon. La construccion de estos subterráneos revela una generacion atlética y una civilizacion tan adelantada como la de Egipto; de cuyas generaciones y de cuya civiliza-

cion no se tiene en Occidente un concepto exacto, y pudiera decirse, ni aun aproximado.

Tambien acerca de estos profundos subterráneos refieren los musulmanes varias fábulas, invenciones de su ardiente fantasía, que creo debemos nosotros omitir; siendo, por ejemplo, una de ellas que allí se conserva el peso con que al fin del mundo han de ser pesados los pecados de los hombres. Lo que hay de cierto es, que en esta mezquita, en la parte correspondiente al átrio del templo, se señala el lugar en que estaba la habitacion que ocuparon la Virgen, San José y el Niño, despues de haber presentado á este en el Templo: y entónces era cuando, debemos añadir nosotros, iba María á lavar los pañales del Niño Jesus en la fuente de Siloe, conocida hoy con el nombre de la Fuente de la Virgen. Concluyamos sentando, que los dos edificios principales que se levantan sobre la extensa esplanada, templo un dia de Salomon, son la Mezquita de Omar, y la Mezquita El-Aksa; que la primera abraza en su seno la roca de *Moria*, ó sea el *Sancta-Sanctorum* del templo, y la segunda el lugar en que el Niño Jesus fué presentado por su Madre en el templo.

II.

Varias veces, y cada vez con mayor recogimiento, habia yo recorrido *la Via dolorosa* y *la Calle de la Amargura*, que es la continuacion de *la Via dolorosa*, pero no me habia dedicado á estudiarla hasta el presente instante. Cuando concluimos de visitar las ruinas del templo de Salomon con los dos célebres edificios que sobre ellas nacen, la mezquita de Omar y la mezquita El Aksa, me despedí de todos los que componian nuestra pequeña caravana, y saliendo á la puerta de *San Estéban* fray Manuel Yuvero, el dragoman Rafael y yo, comenzamos á recorrer el verdadero *Via Crucis*, el mismo que pisó con sus piés y regó con su sangre Jesus, y á tomar nota de esta santísima y conmovedora calle. Sabido es que la primera estacion se verificó cuando leyeron á Jesus la sentencia de muerte, cuando lo azotaron y cuando lo coronaron de espinas; todo esto se verificó en el Pretorio, es decir, en casa de Pilatos, hoy cuartel del ejército turco; y como si bien no es imposible, no es tampoco fácil entrar en aquel cuartel, los peregrinos celebran la PRIMERA ESTACION en la calle junto á la Escala Santa; es decir, junto á la señal donde estuvo aquella *escala*, pues *la escala* fué trasladada como ya dijimos por Santa Elena á Roma. La SEGUNDA ESTACION, que es donde pusieron á

cion no se tiene en Occidente un concepto exacto, y pudiera decirse, ni aun aproximado.

Tambien acerca de estos profundos subterráneos refieren los musulmanes varias fábulas, invenciones de su ardiente fantasía, que creo debemos nosotros omitir; siendo, por ejemplo, una de ellas que allí se conserva el peso con que al fin del mundo han de ser pesados los pecados de los hombres. Lo que hay de cierto es, que en esta mezquita, en la parte correspondiente al átrio del templo, se señala el lugar en que estaba la habitacion que ocuparon la Virgen, San José y el Niño, despues de haber presentado á este en el Templo: y entónces era cuando, debemos añadir nosotros, iba María á lavar los pañales del Niño Jesus en la fuente de Siloe, conocida hoy con el nombre de la Fuente de la Virgen. Concluyamos sentando, que los dos edificios principales que se levantan sobre la extensa esplanada, templo un dia de Salomon, son la Mezquita de Omar, y la Mezquita El-Aksa; que la primera abraza en su seno la roca de *Moria*, ó sea el *Sancta-Sanctorum* del templo, y la segunda el lugar en que el Niño Jesus fué presentado por su Madre en el templo.

II.

Varias veces, y cada vez con mayor recogimiento, habia yo recorrido *la Via dolorosa* y *la Calle de la Amargura*, que es la continuacion de *la Via dolorosa*, pero no me habia dedicado á estudiarla hasta el presente instante. Cuando concluimos de visitar las ruinas del templo de Salomon con los dos célebres edificios que sobre ellas nacen, la mezquita de Omar y la mezquita El Aksa, me despedí de todos los que componian nuestra pequeña caravana, y saliendo á la puerta de *San Estéban* fray Manuel Yuvero, el dragoman Rafael y yo, comenzamos á recorrer el verdadero *Via Crucis*, el mismo que pisó con sus piés y regó con su sangre Jesus, y á tomar nota de esta santísima y conmovedora calle. Sabido es que la primera estacion se verificó cuando leyeron á Jesus la sentencia de muerte, cuando lo azotaron y cuando lo coronaron de espinas; todo esto se verificó en el Pretorio, es decir, en casa de Pilatos, hoy cuartel del ejército turco; y como si bien no es imposible, no es tampoco fácil entrar en aquel cuartel, los peregrinos celebran la PRIMERA ESTACION en la calle junto á la Escala Santa; es decir, junto á la señal donde estuvo aquella *escala*, pues *la escala* fué trasladada como ya dijimos por Santa Elena á Roma. La SEGUNDA ESTACION, que es donde pusieron á

Cristo la cruz á cuestas, se celebra en la misma *escala*; porque allí fué igualmente donde cargaron sus hombros con aquel misterioso madero, símbolo material de las constantes prevaricaciones criminales, que entre los horrores de la más cruda agonía llevó al Calvario para purificarlas allí con el crisol del martirio el Hombre-Dios. En este punto comienza esta insigne calle á llamarse *la Via dolorosa*. Caminando por *la via dolorosa* trescientos ocho pasos, llegamos á un punto en que á la izquierda se ve el fuste de media columna caído en tierra, tocando con uno de sus extremos á la casa inmediata y enterrada en toda su largura hasta la mitad de su diámetro; esta columna determina el verdadero punto en que *Jesus cayó por primera vez con la cruz á cuestas*, ó sea la **TERCERA ESTACION**. Andando desde aquí cincuenta y cuatro pasos, encontramos, también á mano izquierda, una calleja, que por medio de un arco de medio punto desemboca en *la Via dolorosa*. el día horrendo, el día agosto, el supremo día, en que los cielos y la tierra estaban fijos en la escena que se representaba en aquella angosta calle; en aquel momento indescriptible, en que los gritos del pueblo judío y los clarines de las tropas romanas, y el ruido de las armas y de las armaduras, y el relinchar de los caballos inundaban los aires en Jerusalem; en aquel momento, grabado con divino buril, no solo en la tierra, sino en la tierra y en el cielo; no solo en el tiempo, sino en la eternidad,

bajaba por aquella pendiente calleja la más pura, la más santa de las mujeres, María Santísima, que pisó la *Via dolorosa*, cabalmente al cruzar por allí su Hijo con la cruz á cuestas. ¡Instante misterioso no fácil de comprenderse y difícil de explicarse...! La Eva del pecado buscó un día á Adam y lo encontró entre las delicias del Paraíso; la Eva de la gracia busca al Redentor del pecado y lo encuentra caminando al suplicio entre las amarguras del sufrir; las delicias del Paraíso dieron la muerte al hombre; las amarguras del Calvario dieron al hombre la vida. El *encuentro de María con Jesus* constituye la **CUARTA ESTACION**. Aquí la calle deja el nombre de *Via dolorosa* y toma el de *calle de la Amargura*. Siguiendo por la calle de la Amargura, se ve en otra calle que á ella afluye por la izquierda, la magnífica casa del *Rico avariento*, de aquel hombre crudo, de alma dura, que mientras él se engolfaba en fastuosos banquetes, dejaba perecer de hambre en su vestíbulo al infeliz Lázaro, fiel fotografía de las generaciones posteriores... generaciones engendradas en el orgullo y en la vanidad; generaciones en que el poderoso desprecia al infeliz; en que el rico, aunque alguna vez socorra al pobre, siempre lo hace con desden y con desprecio. Cuarenta pasos más adelante del encuentro de Jesus y María, se halla una piedra de medio metro en cuadro, incrustada en la pared de la izquierda; esta piedra marca el punto en que los judíos, temerosos de que Jesus muriera antes de

llegar al monte del suplicio, alquilaron cierto hombre, que volvía de una granja, llamado *Simon*, natural de CIRENE, dicho por eso *Simon Cirineo*, para que le ayudase á llevar la cruz. Esta escena constituye la QUINTA ESTACION. Avanzando ciento veintisiete pasos, se cruza por delante de una pequeña casa, que se levanta también á la izquierda de la calle; en aquella casa, ó en el solar en que aquella casa se levanta, vivía una piadosa mujer, que viéndolo á Jesús en tan lastimoso estado, y sintiendo tal vez intuición prodigiosa de su inocencia y de su celestial misión, despreciando el gentío y los soldados y los caballos, dobló una rodilla en tierra, y con fino lienzo le enjugó el rostro; el rostro que quedó estampado en aquel paño, por lo cual se llamó desde entonces á aquella mujer La Verónica, la verdadera imagen. ¡Qué triste es la calle de la Amargura! ¡Qué solitaria se encuentra siempre! ¡Aún parece escucharse entre aquellas casas sin balcones, y algunas sin balcones ni ventanas, los alaridos que un día lanzó el pueblo judío; el eco de las trompas que abrían la comitiva; la ronca voz del pregonero, que de tiempo en tiempo publicaba una sentencia de muerte.... ¡Pueblo estúpido!.... ¡la sentencia de muerte de un hombre que no podía morir!.... Los peregrinos que á la Ciudad Santa acuden de todos los países del mundo, besan en diferentes puntos esa calle con verdadera devoción; porque esa calle.... esa calle casi sin sol, casi sin gente y casi sin ruido.... fué rega-

da con la sangre del Hombre-Dios; y los musulmanes, aquella raza de aspecto feroz, miran al cristiano rendir culto de esa manera á su religión, y no lo insultan, y no lo molestan, y no lo impiden; antes al contrario, lo contemplan con respeto, casi casi con devoción. Continuando noventa y cinco pasos más allá, se llega á la *Puerta Judiciaria*; aquí cayó segunda vez Jesús con la cruz á cuestas, y esta segunda caída constituye la *sétima estación*.

Hoy la «Puerta Judiciaria» es un túnel ojival de diez ó doce pasos de largo, como hay muchos en Jerusalem. En tiempo de Jesucristo se abría esta puerta en la muralla occidental de la ciudad; así es que por ella se salía ya al monte, y subiendo una pendiente cuesta se llegaba al cabezo donde quitaban la vida á los reos, llamado Calvario ó Gólgota, por las muchas calaveras que allí iban quedando á fuerza de tiempo. Entonces se levantaba junto á la Puerta judiciaria una columna, en la que colgaban ciertas tablillas con la sentencia del reo ó reos que iban á crucificar, y en la que también colgaron *la sentencia de Cristo*. Hoy Jerusalem ha ensanchado su circuito, abarcando dentro de sus nuevas murallas el Santuario que contiene el Calvario y el Santísimo Sepulcro. Aunque construyeron hace muchísimos años frente á la Puerta judiciaria calles enteras, se veía la columna de la sentencia incrustada en la pared de una casa; pero en el de 1875 en que arreglaron esta

casa, tuvieron el mal gusto ó la mala intencion de hacerle desaparecer, al ménos de la vista del público, si bien colocaron en el lugar que ocupaba, la siguiente inscripcion: *Porta judiciaria.—Columna ubi affixa fuit sententia mortis de N. S. J. C. 1875.—Ita traditur.* «Puerta judiciaria.—Columna donde se fijó la sentencia de muerte de N. S. J. C. Año 1875.—Así lo asegura la tradicion.» Por manera que tan luego como Jesucristo pasó con la cruz á cuestas por la Puerta judiciaria, se encontró ya fuera de la ciudad y comenzó á subir el pedregoso monte, cuya cima era el cabezo llamado «Calvario.»

Andando cuarenta y nueve pasos se llega al punto señalado con una piedra incrustada en la pared, en el que ya, entónces escarpado sendero, se volvió hácia las piadosas mujeres que al verlo en un estado tan triste, lloraron amargamente y se condolieron de él, ante cuyas mujeres pronunció una terrible sentencia, diciéndoles: «Hijas de Jerusalem, no lloreis sobre mí; ántes llorad sobre vosotras mismas y sobre vuestros hijos; porque vendrán dias en que dirán: «Bienaventuradas las estériles y los vientres que no concibieron y los pechos que no dieron de mamar.» San Lucas, cap. 23, vs. 28 y 29. Que diga el pueblo judío si se cumplió la sentencia que contra él y contra su ciudad pronunció Jesucristo cuando con la cruz á cuestas caminaba hácia el Calvario. Este encuentro forma la *octava estacion*. Como no se puede

llegar hoy al Calvario por esta calle, que fué el camino que llevó Jesus, porque no tiene salida, se vuelve algunos pasos atrás, se toma otra á la derecha y siguiendo trescientos cuarenta y un pasos desde el encuentro con las hijas de Jerusalem, se va á parar por calles estrechas y sinuosas á la espalda del templo del Santísimo Sepulcro, junto á cuya pared se ve clavada en el suelo y reclinada en ella una columna, la cual señala el punto donde *cayó Cristo tercera vez* con la Cruz á cuestas y constituye la novena estacion.

Creo haber dicho varias veces á mis lectores, que el templo que construyó Santa Elena, no solo comprende dentro de sí el Santísimo Sepulcro, sino tambien el Calvario y algunos otros lugares de místico recuerdo: pues bien; las cinco estaciones restantes, desde la novena hasta la catorce, que es la última, se encuentran hoy dentro del templo, para penetrar en el cual desde la novena estacion, ó sea la tercera caída de Jesus, se hace forzoso cruzar algunas calles é ir á la puerta del Santuario. Dentro del Santuario ya, se sube la escalera de diez y ocho peldaños, que conduce á la cumbre del Gólgota, y en medio de aquel religioso silencio, y en medio de la solemne luz que despiden cincuenta y seis lámparas, que arden día y noche, se halla el lugar en que *los soldados romanos desnudaron á Jesus*; un roseton incrustado en el suelo señala aquel punto; y aquel momento de la pasion de Cristo, constituye la décima esta-

cion. A cuatro pasos de este roseton se ve otro mayor, de mosaico, tambien incrustado en el Pavimento, el cual indica otro momento de la pasion de Cristo, el punto en que el Redentor del género humano fué clavado en la cruz, ó sea la undécima estacion. A seis pasos de este venerable punto se abre el agujero donde, clavado ya Cristo en la cruz, enarbolaron ésta, para que espirando allí el Señor de la tierra y de los mares, de los astros del dia y de la noche, del tiempo y de la eternidad, quedaran cumplidas las profecías, muerta la ley antigua, viva la ley de gracia y verificada la redencion del género humano. Esta es la duodécima estacion. ¡Santo monte Calvario..... el instante en que yo imprimí mis lábios en tu cumbre, ha sido el instante más venturoso de mi vida! La estacion décimatercia tiene lugar en el mismo punto, pues consiste en el descendimiento de la cruz, y la décimacuarta y última se verificó al dar sepultura en el sepulcro de José de Arimatea al Santísimo cuerpo de N. S. Jesucristo. Desde el primer peldaño de la escalera que sube al Calvario, dista cincuenta y dos pasos el Santísimo Sepulcro, punto objetivo de todas las peregrinaciones à Tierra Santa; plácido recinto de meditacion, donde el alma del cristiano se eleva insensiblemente en alas de la meditacion á regiones celestiales: donde entre el perfume de la oracion se siente bajar del cielo el espíritu divino á infiltrarse en el espíritu humano.

Resumiendo todo lo dicho sobre el Via crucis para mayor claridad, tenemos: que la via dolorosa comienza en la pared de la casa de Pilatos, hoy cuartel, donde se conserva la señal de la *Escala Santa*, y termina en el lugar en que María encontró á Jesus, que aunque es la misma calle, deja allí el nombre de Vía dolorosa, para tomar el de la calle de la Amargura; que en aquel tiempo concluia la ciudad de Jerusalem en la Puerta Judiciaria, y por lo tanto, que el trayecto que media desde dicha Puerta Judiciaria hasta la cima del Gólgota era un monte yermo y solitario, si bien hoy lo ha invadido la poblacion; y por último, que de las catorce estaciones, nueve se encuentran en la calle y cinco dentro del templo del Santísimo Sepulcro. De modo que, segun resulta de mis medidas, tomadas con toda la escrupulosidad que me permitieron las circunstancias, Jesucristo anduvo con la Cruz á cuestas desde que se la cargaron en los hombros hasta que cayó en tierra la primera vez, trescientos ochenta pasos; desde que cayó en tierra la primera vez hasta que se encontró con su Santísima Madre, cincuenta y cuatro pasos; desde que se encontró con su Madre hasta que comenzó á ayudarle el Cirineo, cuarenta pasos; desde que comenzó á ayudarle el Cirineo hasta que la Verónica le limpió el sudor del rostro, ciento veintin pasos; desde el encuentro con la Verónica hasta que cayó segunda vez, ó mejor dicho, hasta que por la Puerta Judiciaria salió de la ciu-

dad deicida, noventa y cinco pasos; desde que salió de la ciudad hasta que se encontró á las piadosas mujeres que lloraron por él, cuarenta y nueve pasos, y desde que se encontró con estas mujeres hasta que subió á la cumbre del Calvario, doscientos noventa y dos pasos. Por manera que el Salvador del mundo anduvo con la Cruz áuestas dentro de la ciudad, ó sea en la calle de la Amargura, comprendiendo la Vía dolorosa, seiscientos setenta y tres pasos; desde la Puerta Judiciaria hasta el Calvario, ó sea por el monte fuera ya de poblado, trescientos cuarenta y un pasos, y en todo el trayecto que atravesó con la Cruz áuestas, es decir, desde el Pretorio, donde se pusieron en hombros, hasta la cumbre del Calvario, donde se la quitaron para consumir inconscientemente la redención del género humano, mil catorce pasos. Estas medidas deben considerarse aproximadas.

III.

Aún me faltaba ver en Jerusalem un lugar venerando, que así como la mezquita de Omar, no á todos los peregrinos enseñan: yo he hablado con muchos de diferentes naciones que no lo han visto. A pesar de que no me he ocupado aún detalladamente del templo del Santísimo Sepulcro, mis lectores sabrán, porque ya repetidas veces lo he

dicho, que allí nada se conserva en su estado primitivo, pues que Santa Elena primero, los cruzados despues, y despues algunos reyes de España y otras naciones, han cubierto aquellos predilectos lugares con planchas de finísimo mármol, ya por darles más veneracion, separándolos de la vista del hombre, y ya por conservarlos, evitando que los viajeros los destruyan y acaben arrancando pedazos más ó ménos pequeños para llevárselos consigo á su país; á consecuencia de estas medidas el monte Calvario, que no es mas que una gran roca, en que termina el Monte Akra, sobre cuyo monte se halla fundada la mayor parte de Jerusalem, aparece todo el revestido de mármol, no descubriéndose al natural mas que el agujero en que estuvo clavada la cruz de Cristo, y una de las grietas que se abrieron en la peña al exhalar Jesus el último suspiro; cuya grieta, retirando á un lado un liston de plata, que gira sobre uno de sus extremos, se descubre, aunque muy en confuso, por la estrechez del liston. Pues bien: yo que con tanto placer y con tanto empeño estudié cada uno de los Santos Lugares; yo que ántes de comenzar mi viaje sabia que existe un punto por donde se ve y se toca la roca del Calvario en su estado primitivo, manifesté desde el momento de mi llegada á los frailes españoles, "que tenia formal empeño en ver y tocar aquel punto reservado." Siempre amables conmigo los frailes de Tierra Santa, me contestaron: "Que pedirian permiso para ello á los griegos,

que son los que tienen la protección y la llave de esa roca viva del Calvario, á cuyo recinto llaman «La capilla de la Calavera de Adam, ó la sepultura de Adam.» Pasaban días y días y yo me impacientaba. Mi carácter de «Comisionado del Gobierno español,» me permitió comprender desde luego el antagonismo que reina entre los griegos y los católicos, y no me fué difícil adivinar que este antagonismo era la causa de aquel retraso. Resuelto, sin embargo, á no salir de Jerusalem sin ver y tocar la roca del Calvario en su estado primitivo, dije, á mi amigo fray Manuel Yuvero:— «Esta tarde, á fin de evitar la justa repugnancia que á vdes. causa pedir permiso á los griegos para ver el Calvario, se les pediré yo, que no tengo inconveniente en ello. El se empeñó en acompañarme; nos dirigimos los dos con tal demanda al guardian griego, y el guardian griego se manifestó tan atento con nosotros, que en vez de dar la orden al sacristan, como esperábamos, de que nos lo enseñara, él mismo nos entregó velas encendidas, él mismo tomó una, y él mismo se dirigió con nosotros hácia aquel santo é histórico lugar. Así que varios frailes, así que varios peregrinos y algunos árabes cristianos se dieron cuenta de que iba á abrirse. «La capilla de Adam,» lo que se verifica muy de tarde en tarde, corrieron presurosos hácia ella; el guardian griego, dirigiéndose al muro, que se levanta dentro del templo á pocos pasos y á derecha de la puerta de entrada, muro que en-

torna al Calvario, mandó á unos dependientes de su secta, que desarmaran una mesa de altar, que allí se alzaba con muchos adornos; desarmada la mesa, mandó abrir una puerta de hierro muy baja, y abierta la puerta, entramos todos en una pequeña y oscura gruta: como á mí iba dirigido el obsequio, yo entré el primero, yo ocupé el sitio de preferencia, y á mí me dirigía la palabra el guardian griego en lengua francesa. Aquella cueva abierta por la naturaleza en el monte Calvario, inspira recogimiento y pavor. Mide dos metros próximamente de profundidad, y para penetrar en ella hay que inclinar la cabeza porque su altura no llega á la de un hombre; la roca que allí se ve, es la verdadera roca del Gólgota; sin nada que la adorne, sin nada que la cubra, sin nada que la desfigure, y hoy se encuentra tal como se encontraba en el momento en que sobre ella espiró el Hijo de María, el Hombre-Dios, el Salvador del mundo. En aquella roca se vé y se toca, yo la ví y la toqué, una grieta que tendrá media vara por su parte más ancha, grieta profundísima que de arriba á abajo corta todo el monte; grieta misteriosa que marcha de Oriente á Occidente; grieta expresiva, fuente de reflexiones; como esta es la grieta que se abrió en el terrible sacudimiento que experimentó la tierra cuando Jesus después de pronunciar su última palabra, exhaló el postrimer suspiro!

¿Por qué á aquella gruta llaman la tumba de Adam? Escuchemos una tradición hebráica, gene-

ralizada en todo el Oriente y sostenida por varios Santos Padres. «Antes de entrar Noé en el arca, se dice que repartió entre sus hijos Sem, Cam y Jafet, los huesos de Adam, que conservaba como el tesoro más querido del mundo; y en este repartimiento tocó á Sem la calavera por ser el primogénito. Cuando la familia de Noé salió del arca despues del diluvio, Sem, que se cree no es otro que Melkisedec, fundó á Jerusalem, y en la roca más alta enterró, como quien allí deposita su gran tesoro, la calavera de Adam. Trascurrió el tiempo, y Dios que en sus inescrutables designios, que en su inmensa sabiduría dispone las cosas de la manera más conveniente y por los medios al parecer más naturales, quiso que en aquella roca se plantara más tarde el árbol de la redencion del género humano, la cruz en que murió Cristo. Al exhalar Cristo el postrimer suspiro tembló la tierra, se abrió el monte, la sangre de Jesus, penetrando por aquella requebraza, cayó sobre la calavera de Adam; y el género humano quedó limpio de su pecado con aquella sangre justa, desde el primer hombre que fué hasta el último hombre que será!» Esta tradicion se encuentra muy generalizada en Oriente, como hemos dicho; la sostienen Orígenes, San Agustin, San Ambrosio y otros, y de ella proviene la costumbre de colocar en la cruz debajo de los piés de Jesucristo una calavera, que representa la de Adam recibiendo la sangre de la purificacion universal. Se cree tambien que en aquella

santa gruta se halla sepultado Melkisedec, ó sea Sem, primer hijo de Noé. Yo confieso, que uno de los lugares que más respeto y más recogimiento infundieron en mi alma fué aquella veneranda gruta

VIAJE A BETHLEM Y SAN JUAN.

Domingo 11 de Marzo.

Mi partida.—Estrella de los reyes magos.—Abacuc.—Desierto de Elias.—Sepulcro de Raquel.—Bethlem.—El portal de Bethlem.—El pueblo y la gruta de los pastores.—El desierto.—San Juan in montana.—Casa de Zacarias.—Capilla de la Visitacion.—El arbol con que se fabricó la cruz.—Batalla entre dos tribus de beduinos.

I.

Habiendo visitado ya si no todos, al ménos los principales lugares que contienen Jerusalem y sus alrededores, pensé en visitar Bethlem, tan célebre como Jerusalem. El camino de Jerusalem á Bethlem no ofrece peligro, y las dos leguas que median entre una y otra ciudad son pintorescas; pero en todos los paises que he recorrido de la Palestina, he observado una decidida tendencia á caminar

ralizada en todo el Oriente y sostenida por varios Santos Padres. «Antes de entrar Noé en el arca, se dice que repartió entre sus hijos Sem, Cam y Jafet, los huesos de Adam, que conservaba como el tesoro más querido del mundo; y en este repartimiento tocó á Sem la calavera por ser el primogénito. Cuando la familia de Noé salió del arca despues del diluvio, Sem, que se cree no es otro que Melkisedec, fundó á Jerusalem, y en la roca más alta enterró, como quien allí deposita su gran tesoro, la calavera de Adam. Trascurrió el tiempo, y Dios que en sus inescrutables designios, que en su inmensa sabiduría dispone las cosas de la manera más conveniente y por los medios al parecer más naturales, quiso que en aquella roca se plantara más tarde el árbol de la redencion del género humano, la cruz en que murió Cristo. Al exhalar Cristo el postrimer suspiro tembló la tierra, se abrió el monte, la sangre de Jesus, penetrando por aquella requebraza, cayó sobre la calavera de Adam; y el género humano quedó limpio de su pecado con aquella sangre justa, desde el primer hombre que fué hasta el último hombre que será!» Esta tradicion se encuentra muy generalizada en Oriente, como hemos dicho; la sostienen Orígenes, San Agustin, San Ambrosio y otros, y de ella proviene la costumbre de colocar en la cruz debajo de los piés de Jesucristo una calavera, que representa la de Adam recibiendo la sangre de la purificacion universal. Se cree tambien que en aquella

santa gruta se halla sepultado Melkisedec, ó sea Sem, primer hijo de Noé. Yo confieso, que uno de los lugares que más respeto y más recogimiento infundieron en mi alma fué aquella veneranda gruta

VIAJE A BETHLEM Y SAN JUAN.

Domingo 11 de Marzo.

Mi partida.—Estrella de los reyes magos.—Abacuc.—Desierto de Elias.—Sepulcro de Raquel.—Bethlem.—El portal de Bethlem.—El pueblo y la gruta de los pastores.—El desierto.—San Juan in montana.—Casa de Zacarias.—Capilla de la Visitacion.—El arbol con que se fabricó la cruz.—Batalla entre dos tribus de beduinos.

I.

Habiendo visitado ya si no todos, al ménos los principales lugares que contienen Jerusalem y sus alrededores, pensé en visitar Bethlem, tan célebre como Jerusalem. El camino de Jerusalem á Bethlem no ofrece peligro, y las dos leguas que median entre una y otra ciudad son pintorescas; pero en todos los paises que he recorrido de la Palestina, he observado una decidida tendencia á caminar

en caravana, y los árabes que el viajero se encuentra en el camino, se agregan á él sin pedir permiso para hacerlo, engrosando la caravana con sus personas. Esta tendencia á formar caravanas y á agregarse á ellas, debe provenir, en mi juicio, ó de la costumbre que tenían los patriarcas de viajar así, porque en la Palestina nada han cambiado sus antiguas costumbres, ni sus antiguos trajes, viviendo aún y vistiendo como se vestía y se vivía en tiempo de Abraham, ó del temor que abrigan incesantemente de ser asaltados por los beduinos, ó de las dos cosas á la vez.

Yo, pues, ajusté mi viaje con el dragoman Rafael, y á las siete de la mañana del día 11 nos encontrábamos en la puerta de Jaffa Rafael, mi buen amigo fray Manuel Yuvero, los dos frailes italianos fray Giovane de Santa Teresa y Fray Francisco de Nápoles, el jóven sueco y dos múcaros negros, que cuidaban de nuestros caballos: de esos caballos árabes, de poca alzada, de humilde aspecto, que no se van del punto en que se les deja; que al sol y á la sombra permanecen inmóviles con la cabeza baja; que no comen mas que dos veces al día, pero que cuando el ginete oprime sus lomos se estremecen, levantan la cerviz, hinchan las narices, vierten fuego en su mirada, toman viento, y al escuchar la voz del árabe, que les da señal, la parten como el rayo galopando erguidos por llanos y montes, sin nunca fatigarse ni desbocarse nunca.

La mañana estaba deliciosa; ¡con qué placer re-

uerdo aquella mañana! Aún se aspiraba el fresco aliento de la noche anterior: el sol, alzándose sobre el horizonte que forma el monte Olivete, bañaba con sus primeros rayos los altos muros de Jerusalem, y al Occidente se perdía la vista por valles y colinas, más pintorescas á medida que más se alejaban de la Ciudad eterna, de la Ciudad maldita. Montados todos, cada cual en su caballo, ménos los múcaros, que iban á pié, comenzamos la marcha en medio de la alegría más completa, contribuyendo no poco á nuestra algazara fray Francisco, el fraile jóven napolitano, que nunca había montado, y que se asustaba y se agarraba á la silla, y se balanceaba cada vez que el caballo amenazaba romper á galopar. Las dos leguas que median entre Jerusalem y Bethlem, son de las más amenas que hay en la Judea; muchas tradiciones me refirieron tanto el reverendo Padre fray Manuel Yuvero como el dragoman Rafael, alusivas á los puntos por donde pasábamos. En aquel país, ya lo he dicho varias veces, cada ruina, cada árbol, cada peña, fué testigo de un hecho, que mucho interesa al historiador, y que en oirlo goza sobremanera el cristiano; pero en este pequeño libro me ocuparé solo de los de mayor importancia.

Media hora haría próximamente que habíamos principiado la marcha, cuando llegamos á una cisterna que se abre en la orilla izquierd. del camino, junto á cuya cisterna se une á nuestro camino

otro mas estrecho que va del monte Sion: aquel estrecho camino es el que desde Jerusalem llevaron los reyes magos, y aquella cisterna señala el punto en que los dichos reyes se encontraban cuando volvió á aparecéseles la estrella, que habia desaparecido al entrar ellos en Jerusalem: de modo que desde esta cisterna hasta Bethlem fuimos por el mismo camino que fueron los reyes magos. Diez ó doce minutos despues me llamaron la atencion sobre una pequeña roca que se levanta próxima á la márgen derecha del camino: en aquella roca estaba durmiendo cierto dia el Profeta Abacuc, cuando un ángel le tomó de los cabellos y le condujo á prestar consuelo al Profeta Ezequiel, que gemia preso en Babilonia. Quince minutos despues llegamos á un alto, sobre el cual, á mano derecha, hay un convento, cuyo convento fué construido sobre la gruta en que vivió Elías cuando se retiró al desierto: y el desierto era el campo que nosotros cruzábamos entónces, tan árido, que solo yerbas podria ofrecer para su alimento al Santo. No obstante, desde aquel alto se descubre un paisaje encantador. Mirando al Este se ven los yerros campos de Jerusalem y los minaretés de esta célebre ciudad; mirando al Oeste, las fértiles campiñas de Bethlem y el mismo Bethlem, risueño, agradable y placentero. una legua estábamos de la Ciudad Eterna, y ya todo habia cambiado; no es exageracion; el cielo se presentaba más trasparente, más puro; el suelo más fértil, cubierto de

olivos, de higueras, de granados y de toda clase de verduras y hortalizas: las mujeres más bellas, más simpáticas, vestidas con trages más vistosos, con la cara descubierta, como que á ellas no les dijo Jesus: "Llorad por vosotras y por vuestros hijos:" los hombres, casi todos cristianos, más expansivos, más comunicativos, más dulces, más alegres, como que sus padres asistieron al nacimiento de Jesus; como que sus padres fueron los primeros en el mundo que vieron á Jesus; como que ofrecieron á la Santísima Virgen en su miseria los humildes dones que poseian; como que ellos ni prendieron á Cristo en el huerto de Gethsemani, ni le abofetearon en casa de Anás, ni le insultaron en casa de Pilatos, ni le atropellaron en la calle de la Amargura, cuando cargado con la Cruz caminaba hácia el Calvario..... ¿Qué extraño que Jerusalem sea sombrío, estéril, triste, silencioso, y Bethlem risueño, fecundo, alegre, jugueton, si entre Jerusalem y Bethlem média la esencial diferencia que entre la cuna y la tumba, que entre la inocencia y la culpa, que entre la virtud y el crimen?.....

No es posible hacer comprender al lector el gozo que experimenta el viajero á medida que por el camino de Jerusalem á Bethlem va encontrándose los bethlemitas de ambos sexos, que se dirigen á vender sus mercancías á la Ciudad Eterna, y lo miran con ojos de agrado, y lo saludan con la sonrisa en los labios... para apreciar esto en su justo

valor, es necesario pasar algunos dias en la sepulcral Jerusalem; allí donde todo es macilento, donde todo es lúgubre, donde todo señala el horrendo delito que hace más de diez y ocho siglos se cometió en el Hombre-Dios.

Media legua más allá del convento de Elías, dejamos en la orilla derecha del camino un edificio cúbico con su *cubbé*, cúpula semiesférica de piedra; este edificio, que me dijeron ser sinagoga, aunque tiene todo el aspecto de mezquita, guarda en su interior el sepulcro de Raquel, esposa de Jacob; sinagoga ó mezquita, no se permite bajo concepto alguno la entrada en el á los cristianos. Media hora despues llegamos á Bethlem. ¡Qué reflexiones asaltaron mi espíritu! ¿Quién no ha tenido en sus primeros dias un nacimiento de carton ó de corcho, donde ha visto el pueblo de Bethlem?..... ¿A quién su madre, estrechándolo contra su pecho, no le ha enseñado entre dulcísimos besos, este dulcísimo nombre?..... ¿Y quién al entrar en el verdadero Bethlem..... Quién al entrar en aquel privilegiado pueblo..... no ha sentido trasportada su alma por encanto á aquellos mágicos instantes de la vida que para siempre acabaron ya? ¿Quién al entrar en Bethlem no siente unirse con su infancia su edad presente?

Bethlem es un pueblo que se extiende de Occidente á Oriente en la ladera meridional de un monte, que los indigenas llaman Djebel-el-Balem. Sin apearnos, cruzamos una calle larga, contem-

plando las casas que nacen en la falda del monte, á la derecha, y en la deliciosa vega que, escalonada en tablares, se descubre por intervalos entre las casas de la izquierda. Habiendo atravesado la ciudad, que ciudad es Bethlem, salimos á un pequeño descampado ó gran plaza, donde, como era domingo, y la mayoría del vecindario es católico, estaban reunidos los hombres y los chicos, como sucede en las villas y aldeas de nuestra patria; frente por frente á la boca-calle, que dejamos á la espalda, se ofreció á nuestra vista, cerrando la plaza, un promontorio de murallas, de rebelines y torres; son tres murados conventos pertenecientes á los frailes latinos ó católicos, á los griegos y á los armenios, que confundándose uno con otro, se agrupan todos a porfia sobre una cueva, sobre un establo que hay en el monte; es que en aquel establo, es que en aquella cueva nació Jesus. Confecto, en aquella parte del terreno, que los bethlemitas llaman El-Eyane, se levantan un convento latino, otro griego, otro armenio: entre los tres, contienen dos magníficos templos, el de Santa Catalina y el de Santa Elena, y en estos dos templos se abren puertas que, mediante escaleras, guian al Portal de Bethlem, segun decimos en Occidente, ó la Gruta de la Natividad, segun con más propiedad dicen en Oriente. El templo de Santa Catalina tiene una escalera de muchos peldaños, que yo no pude contar, porque ni bajé ni subí por ella; el de Santa Elena tiene dos esca-

leras que, como la de Santa Catalina, conducen á la Gruta en que nació Jesus: una de estas escaleras, por la que bajé, se compone de diez y seis peldaños, y la otra, por la que subí, se compone de trece.

Cuando llegamos á la plaza y paramos en la puerta del convento, nos rodearon algunos hombres y bastantes muchachos; con aspecto risueño tomaron los caballos del bocado para que nos apeáramos, y aunque llevábamos múcaros, ellos se encargaron de cuidarlos. En el convento, donde me esperaban hacia dias, nos introdujeron en un salon rodeado de divanes; salieron á saludarnos varios frailes españoles, y nos sirvieron á todos agua de limon y de naranja.

Si el lector permite al autor hablar un momento si mismo mientras descansamos en aquel salon vestido á la oriental, recibiendo obsequios de los reverendos padres españoles y de algunos árabes que fueron á visitarme, como por ejemplo, el hijo tercero de la familia de Comandari, voy á referir un hecho particular, que deseo quede consignado en este libro de recuerdos. En mi pueblo nativo, Cervera del Rio Alhama, provincia de Logroño, gallardea sobre la cumbre de un monte, frente á un castillo musulman, que corona majestuoso la cumbre de otro monte, una ermita dedicada á la Asuncion de María, y conocida en el pais con el nombre de La Virgen del Monte; en el tejado de La Virgen del Monte tremola siempre una bande-

ra blanca, que el dia de la Ascension se renueva con gran pompa religiosa, siendo precisamente una doncella la que ha de prenderla en la asta clavada en el tejado. Ermita y bandera pierden su origen en la oscuridad de los tiempos, y por lo tanto, piadosas y gratas consejas se refieren de una y otro: gran devocion tuvieron mis abuelos y mis padres á esa ermita; en ella me enseñaron á orar; fundado en sus tradiciones, escribí yo una de mis primeras novelas, con el título de La Bandera de la Virgen del Monte, ó La Mora encantada, y poco ántes de entrar en Bethlem, cuando marchaba por aquel camino lleno de recuerdos bíblicos, involuntariamente se fijó mi pensamiento en aquella ermita, dulce sagrario de las primeras oraciones de mi vida, y al pensar en ella sentí el deseo de hacerle un regalo, de llevarle de Tierra Santa algo que no fuera comun en España. Entónces, dirigiéndome á mi querido amigo fray Manuel Yuvero, le dije: «Que costara lo que quisiera, tenia empeño en que me cedieran una casulla, con la que hubieran celebrado misa mucho tiempo en el Santísimo Sepulcro.» Fray Manuel Yuvero, me contestó: «Que era muy difícil conseguir lo que pretendia, porque nunca habia salido nada para ninguna parte de la basílica del Santísimo Sepulcro.» Sin embargo, al dia siguiente habló fray Manuel con el reverendísimo padre Custodio, y el reverendísimo padre Custodio contestó al pié de la letra lo que me dijo fray Manuel Yuvero: «Que jamás

habia salido casulla alguna, ni ningun otro ornamento de aquel templo; pero que atendidas ciertas razones, me regalaba una á mí en nombre del Santísimo Sepulcro.» Llevé á mi pueblo esta casulla, con la que se ha celebrado misa durante diez años en el sepulcro de Cristo; en mi pueblo se recibió con entusiasmo este regalo; se levantó acta de él, y la casulla se conserva en la ermita de La Virgen del Monte con respeto y veneracion. Dispénseme el lector si me he distraído de mi objeto principal; pero hoy, en que enfermo aún escribo este libro, me es muy grato recordar con sus detalles los instantes que lleno de salud trascurrieron para mí en Tierra Santa, y cuanto á Tierra Santa liga con el pueblo donde se deslizaron los primeros años de mi vida.

Cuando hubimos descansado, entramos despues de cruzar algunos corredores, en la iglesia de Santa Elena, ó como allí la nombran, en la Basílica de la Natividad. Este templo, obra magnífica del arte, construido por Santa Elena, perteneciente un dia á los frailes franciscanos, y hoy á los griegos y á los armenios, que lo han dedicado á iglesia parroquial, ofrece un golpe de vista majestuoso. Tiene treinta y tres metros de longitud; lo constituyen cinco naves formadas por cuatro órdenes de columnas monolitas, de una piedra, que creo sea la que allí llaman Meshe-jelí, cuyas columnas ascienden á cuarenta. La nave central, más ancha que dos de las laterales juntas, sostiene sobre los

capiteles de sus columnas un muro á cada lado de diez metros de alto con un orden de rasgadas ventanas; sobre estos muros descansa la techumbre de dicha nave central que, como en todas las basílicas de aquella época, es de madera. ¡Magnífico templo! ¡Lástima que en una de las convulsiones de diferentes clases que han sufrido los Santos Lugares, la hayan perdido los hijos de San Francisco y se hayan apoderado de ella los cismáticos griegos y armenios! Cruzando esta gran basílica, pocos pasos despues de dejar á la izquierda un altar, donde estaba celebrando misa un sacerdote griego, y eso que miéntras los griegos y armenios dicen la misa, no permiten entrar á los católicos en el templo, llegamos á una pequeña puerta que se abre en el muro de la derecha: esta puerta da paso á una escalera oscura, compuesta de diez y seis peldaños, y esta escalera, que yo bajé con suprema alegría, conduce al «Portal de Bethlem» ó á la «Gruta de la Natividad,» al mismo punto en que nació Jesus.

La Gruta de la Natividad, la santa gruta donde en una noche de frio se recogieron el justo varon José y la purísima doncella María, porque no encontraron posada en la ciudad de Bethlem; la gruta venturosa en la que cumpliéndose las profecías

y comenzando la redencion del género humano, vino al mundo carnal Jesus y lo adoraron los pastores, y lo adoraron los magos, y lo adoraron los ángeles; esa gruta en la que hoy tiene fijo su pensamiento el mundo cristiano, es una caverna subterránea abierta á pico en una roca calcárea que se levanta fuera de Bethlem; cuenta doce metros de largo por tres ó cuatro de ancho y termina en un ábside ó semicírculo tambien abierto á pico. No es esta gruta como en Occidente se cree el establo de un meson, no; es lo que en Oriente llaman un kan, de los que aún hoy existen muchos; yo he visto algunos en los descampados y en las inmediaciones á los pueblos. Estos kan son profundas cuevas sin amo particular, abiertas por los pueblos para que los pastores cierren sus rebaños durante las noches frías de invierno, y para que en ellos encuentren albergue los extraviados caminantes ó los caminantes pobres que no tienen para sufragar los gastos de una posada. En este kan, en esta caverna, aposento el más humilde de la Palestina, es donde se refugiaron José y María la célebre noche del 24 al 25 de Diciembre del año 4004 de la creacion del mundo.

Y ¡qué grabadas han quedado allí las perentorias necesidades de un matrimonio pobre! Como la noche estaba cruda, María, la simpática María, la flor de Oriente, el perfume del mundo, buscó abrigo en el ábside de la gruta, porque como lugar el más hondo, debia ser tambien el más caliente, y porque este calor se aumentaba con el que al

alentar daban una vaca y una mula que en el mismo ábside comian en un pesebre de madera. Y allá en las más altas horas de la noche..... cuando el sol cruzaba su nadir, cuando espiraba un día y nacia otro día, nació Jesus: que todo en la vida de Jesus es parabólico, que todo es grande. Nació Jesus al morir un día, matando un tiempo; nació Jesus al comenzar otro día dando vida á otro tiempo; el tiempo que murió al nacer Jesus fué el tiempo de las sombras, fué el tiempo de las tinieblas, fué el tiempo del pecado; y el tiempo que nació al nacer Jesus, es el tiempo de la luz, el tiempo de la verdad, el tiempo de la gracia; es el tiempo que no tiene fin, es la eternidad.

Sólo, enteramente sólo nació Jesus en aquel miserable establo, morada de bestias y de menesterosos: mas pronto acudieron á rendirle culto los pastores de la comarca, y los sábios y poderosos de lejanos países, y los ángeles del cielo.

Y esto ¿es un hecho aislado? Y este hecho ¿es un hecho sin trascendencia social ni religiosa? Esta sentencia escrita sin pluma y sin papel, dice al hombre que el hombre de todos los siglos y de todos los países, que el rico y el pobre, que el sabio y el ignorante, que el noble y el plebeyo, todos han de rendir homenaje, todos han de venerar al niño que nace en aquel establo; porque la doctrina que ha de predicar este niño será una doctrina universal; porque el origen de ese niño es divino, porque su patria es el cielo. «Gloria á Dios en las alturas y en la tierra paz á los hombres de buena

voluntad,» cantaron aquella noche legiones de ángeles, de arcángeles y querubines, surcando los aires sobre la gruta de Bethlem.

Desde la inexcrutable noche que abrazó en su seno el nacimiento del hijo de María, la gruta de Bethlem ha sido objeto de adoracion general; príncipes y reyes de todas las naciones la han adornado á porfía con sus riquezas, y gentes de todos los países van á besar de rodillas su venerando suelo. Yo tambien he besado aquel suelo; yo tambien he besado la piedra que recibió á Jesus, y al imprimir mis labios en aquella piedra, mi alma sintió lo que no puede explicar mi pluma.

Hoy la gruta de Bethlem se halla en esta forma: la escalera de diez y seis peldaños que parte de la iglesia de Santa Elena por un lado, y la de trece que parte de la misma iglesia por otro, las dos van á parar al ábside, frente á frente la primera de la segunda. En la mayor concavidad del ábside, que es irregular, punto donde la Virgen dió á luz al niño, hay un altar hueco, como todos los de Tierra Santa; debajo de cuyo altar existe en el mismo suelo una gran plancha de mármol blanco, y sobre esta plancha una magnífica estrella de plata sobredorada, de media vara de diámetro, con un agujero circular en el centro, cuyo agujero descubre una piedra azulada. Grabada con fino buril en la estrella de plata se lee esta inscripcion: «Hic de Virgine María Jesus Christus natus est..... Aquí nació Jesucristo de la Virgen María.» Aquel agujero de la estrella es el punto que recibió á Jesus

cuando Jesus vino al mundo; es el punto que con lágrimas en los ojos besan los peregrinos; es el punto que, conmovido hasta el corazon, yo tambien besé. De la mesa de este altar penden quince graciosas lámparas pequeñas, que arden noche y dia, pertenecientes cuatro á los latinos, cinco á los armenios y seis á los griegos. Puesto de espalda al Altar de la Natividad, se vé á la izquierda, á distancia de dos metros y medio, una pequeña caverna, á la cual se baja por tres gradas, en aquella caverna, que contará próximamente tres metros de anchura por metro y medio de profundidad, se encontraba el pesebre de madera, donde dormian dos bestias cuando nació Jesus, y donde poco despues de nacer fué colocado, porque al venir al mundo no tuvo otro lecho que un puñado de paja, ni otro calor que el que le dió el aliento de una vaca y una mula. Aquel santísimo pesebre fué trasladado por Santa Elena á Roma y colocado con gran veneracion en Santa María la Mayor; rica plancha de bruñido mármol blanco cubre hoy el punto en que un dia estuvo el pesebre; y sobre esta plancha arden, pendientes del hueco altar, cinco lámparas propiedad de los latinos ó católicos. Frente al pesebre, á la derecha del altar de la Natividad, se descubre un banco de piedra, que sin duda alguna se labró allí para que los pastores ó los pobres caminantes tuvieran un lugar donde sentarse ó donde reclinarse: este banco de piedra, este apoyo, se conoce hoy con el nombre de Altar de los Magos, porque en aquel banco de piedra ó en aque

apoyo fué colocado por María el Niño, para que los tres Magos de Oriente doblaran ante Él la rodilla y le ofrecieran sus dones. No arde lámpara alguna sobre aquel altar; pero en el largo de la gruta arden veintiuna, suspendidas de la rústica bóveda, y pertenecientes siete á los frailes franciscanos, siete á los griegos y siete á los armenios; así como en ambas escaleras arden otras seis, que corresponden dos á los latinos, dos á los griegos y dos á los armenios. El suelo de toda la gruta está embaldosado con mármol; el ábside se encontró en otro tiempo revestido de mármol blanco, del que aún se conservan algunos fragmentos, y de preciosos mosaicos, que casi desaparecieron por completo, no solo en la invasión de Cosroes, sino también en los frecuentes motines que, por apoderarse de aquel lugar, han promovido los griegos, gente farsante, gente miserable y traidora. La pequeña caverna donde estuvo el pesebre se halla hoy sostenida por tres columnas, todo el ábside colgado de tapices; y aunque en la gruta no penetra por parte alguna la luz del día, disfruta agradable claridad con las cuarenta y siete lámparas que arden en toda su extensión. Al terminar la gruta, allá... en el extremo opuesto al ábside, existe á la derecha un agujero circular, practicado en la roca no se sabe en qué tiempo; este agujero se hizo con objeto de perpetuar el punto en que, según la tradición afirma, apareció una fuente de resaca agua al tiempo de nacer Jesús. ¡Qué extra-

ño que los ángeles hicieran brotar puras, cristalinas aguas en aquella gruta, si en aquella gruta estaba María, si Dios se manifestó al mundo hecho hombre en aquella gruta?

Antes de salir de aquel dulce recinto, que no volveré á ver en mi vida, y en el que tan gratas emociones experimentó mi alma, quiero referir á mis lectores lo que á mí me refirieron aquellos reverendos frailes, para que mis lectores se persuadan de la fé, de la devoción y del fervoroso entusiasmo con que los peregrinos de todos los países visitan lo que nosotros llamamos El Portal de Bethlem. Sólo una vez al año, solo durante la «Misa del gallo,» se levanta la plancha de mármol blanco que cubre el lugar en que estuvo el pesebre; no es permitido arrancar piedrecitas de aquella roca; pero los peregrinos de ambos sexos, especialmente los rusos y prusianos, se arrodillan en aquel punto solemne; dejan caer su rostro sobre aquel bendito lugar, y en vez de besarlo, hacen inauditos esfuerzos para arrancar con los dientes, á peligro de perder éstos, chinias de tan veneranda roca. ¡Tal deseo sienten de llevar á sus hogares aquellas reliquias! Yo he traído al mio de esas reliquias, no porque las haya arrancado yo mismo, sino porque semejante presente me hicieron aquellos reverendos padres. Custodios del Santísimo Sepulcro, custodios de «la Gruta de la Natividad,» nunca olvidaré los momentos que pasé entre vosotros; nunca olvidaré las atenciones que en Tierra Santa

me dispensásteis; y desde mi casa, donde escribo, os envía mi corazón las más sinceras gracias.

III.

Saliendo del Portal de Bethlem, ó de la gruta de la Natividad, por una puerta que se abre en el extremo opuesto al ábside, cerca del punto en que brotó la fuente, y recorriendo varias galerías, en su mayor parte subterráneas y siempre estrechas, se visitan diferentes lugares, que allí llaman Santuarios, sobremanera interesantes todos. Lo primero que se encuentra es la capilla de San José, que consiste en un nicho abierto en el muro de la escalera, con un poyo de piedra, donde puede tenderse un hombre. En este apoyo se hallaba durmiendo el Santo, cuando un ángel le avisó que tomara al Niño y á su Madre y con ella huyera á Egipto, porque el rey Herodes trataba de matarle. «Después que ellos se fueron» (los magos), dice San Mateo en el capítulo 2º de su Evangelio, «hé aquí un ángel del Señor que apareció en sueños á José y le dijo: levántate y toma al Niño y á su madre, y huye á Egipto, y estate allí, hasta que yo te lo diga, porque ha de acontecer que Herodes busque al Niño para matarle.» Vers. 13.

Desde el lecho de San José se va, siempre por subterráneos, á la «tumba de los inocentes.» Esta tumba es una caverna donde varias madres se es-

condieron con sus niños cuando Herodes dió la terrible orden de quitar la vida á los de cierta edad. Los emisarios de Herodes, aquellos bárbaros sicarios, penetrando en la caverna que al fin descubrieron, arrancaron los inocentes niños del tierno regazo de sus madres; y delante de ellas, sin que les conmovieran sus súplicas ni sus alaridos, mataron á todos. En el fondo de la gruta se levanta un altar, y sobre el altar se ve una reja casi circular, de un metro de diámetro, que solo se abre una vez al año, «el día de los inocentes;» esta reja da entrada á otra cueva, de dos metros de largo por dos de ancho, donde fueron sepultados cuantos niños murieron en aquel lóbrego paraje.

Marchando por la subterránea galería, que ofrece diversas sinuosidades, llegamos al «altar de San Eusebio de Cremona.» llamado así porque se levanta sobre la misma tumba donde descansan los restos mortales de aquel santo. Discípulo San Eusebio de San Jerónimo, vendió como su maestro sus bienes para ayudarle á fundar en Bethlem un convento, del cual fué prior después de morir San Jerónimo, espirando él dos años después, en el 422.

Continuando por una galería recta catorce ó quince pasos, se entra en una gruta cuadrada, en la que, á la izquierda se ven los sepulcros de Santa Paula y de su hija Santa Eustoquia. Descendiente de los Gracos y de los Escipiones la noble matrona Paula, se dedicó á la oración desde la

muerte de su ilustre esposo Toxtius; concedora de los idiomas griego y hebreo, se entregó á la lectura de los libros sagrados; íntimamente relacionada con San Jerónimo, vendió como éste parte de sus bienes para darlo á los pobres; despues de ejercer la caridad bastante tiempo en Roma, marchó con su hija Eustoquia á Bethlem, y allí fundó dos conventos, de los que fué priora: muerta en el año 404, le sucedió en aquel cargo su hija que, tan edificante como su madre, espiró 15 años más tarde, y las dos fueron sepultadas en la gruta que estamos visitando.

Solo dos cavernas nos resta ya que reconocer en los subterráneos de Bethlem; pero dos cavernas de gran importancia; aquella en la que San Jerónimo vivió mucho tiempo y mucho tiempo se martirizó y tradujo la Biblia del hebreo al griego; y aquella en que fué sepultado tan gran sabio, tan valiente atleta de la religion y tan eminente santo. La habitacion en que tradujo la Biblia es una gruta cuadrada, de cuatro metros de longitud por cuatro de latitud próximamente, que tiene en la testera un ancho banco de piedra, que coge de lienzo á lienzo y que recibe la luz por una ventana alta y pequeña. Aquí pasó parte de su vida el santo, aquí se golpeó el pecho con dura piedra, y aquí hizo la sabia version de los libros sagrados. No lejos de la gruta en que vivió se abre la gruta en que depositaron sus cenizas. ¿Quién fué San Jerónimo? Un mancebo ilustre, rico, y pertene-

ciente á una poderosa familia, natural de Stridont; un mancebo que nació el año 331; que pasó su juventud entregado á los placeres de una sociedad brillante y corrompida; que se convirtió al cristianismo y se retiró á un desierto de la Siria, donde vió deslizarse once años. En Roma fué secretario del Papa Dámaso, y despues de sostener varias controversias en defensa de la religion de Cristo, se retiró á Bethlem, fijando su morada en una cueva junto á la cueva en que nació Jesus. Allá oró, allá escribió diversas obras, allá tradujo la Biblia y allá entregó su espíritu á Dios en el año 420. Su cadáver fué sepultado en una gruta inmediata á la en que vivió, fué trasladado despues á Roma, y colocado en una cripta de Santa María la Mayor, junto al pesebre de madera en que nació el Salvador del mundo. En el jardin del convento de Bethlem se conserva con gran veneracion un naranjo, que segun la tradicion asegura plantó con sus propias manos S. Jerónimo.

IV.

A las diez de la mañana salimos de Bethlem Fray Manuel Yuvero, los dos frailes napolitanos, mi dragoman y yo, y aunque ya calentaba el sol bastante, anduvimos á pié sobre diez minutos, gozando mucho al ver aquel fecundo campo y el halagüeño aspecto de los bethlemitas, hombres

y mujeres, que nos encontrábamos en el camino. Muy entretenidos en nuestra marcha, llegamos á un edificio cuya puerta de hierro, gruesa, estrecha y baja se abre á mano derecha; penetramos por ella; bajamos una escalera compuesta de diez y seis peldaños, y entramos en la Gruta de la Leche. En todos estos lugares la piedad de los cristianos edificó templos, que todos fueron destruidos por Cosroes; despues unos se han reedificado y otros han quedado como los dejó aquel bárbaro caudillo, manifestándonos su antigua grandeza con débiles restos de mármoles y mosaicos, que han logrado salvarse del poder destructor de los hombres y del tiempo. Hoy la Gruta de la Leche es una caverna abierta en la roca, baja de techo, que cuenta diez metros de anchura y cuatro de profundidad, formada de una piedra blanquecina, gredosa, y tan deleznable, que ha sido necesario sostener la parte que forma la bóveda con fuertes columnas.

Cuando San José recibió el celestial aviso de huir á Egipto porque Herodes buscaba al Niño para matarlo, salió en el acto de Bethlem y se ocultó en esta gruta, esperando sin duda la noche para verificar la huida con más seguridad: amantando la Virgen al Niño, cayeron dos ó tres gotas de leche sobre el suelo de aquella caverna; y desde entónces aquella tierra y aquella piedra tienen la maravillosa virtud, tomándolas diluidas en agua, é implorando la clemencia de la Virgen

de volver la leche á las casadas que la han perdido. No sólo acuden creyendo en este portentoso á cojer para sus mujeres tierra de la tal gruta los católicos, sino los griegos, los armenios, los musulmanes, y hasta los beduinos, esos reyes del desierto, que nunca abandonan sus tiendas; y todos, todos confiesan que siempre han conseguido su deseo con aquella tierra milagrosa. Así es, que como tanta gente acude en busca de dicha tierra, se encuentra la gruta llena de profundas excavaciones, ó angostas cavernas.

Andando cuatro minutos más allá de la Gruta de la Leche, se llega á un pequeño pueblo, que ocupá la cumbre de pedregosa colina. Este pueblo, que cuenta seiscientos habitantes, de los que sólo ciento son cristianos, es el antiguo Chamaan, de que tanto habla la Biblia, llamado hoy entre los árabes Beit-Sahur, «morada de los pastores,» porque segun se asegura, naturales de este pueblo eran y en este pueblo vivian los pastores que reunidos en una gruta se hallaban, cuando entre divina claridad bajó del cielo un ángel á anunciarles el nacimiento del Mesías.

Entre las cisternas que rodean este pequeño pueblo, hay una que los indígenas nombran Bir-Marian, Cisterna de María, porque aquella gente que con tanto entusiasmo canta las gracias y las virtudes de la Virgen, refiere que pasando cierto dia con el Niño esta purísima jóven por esa cisterna, que tiene la agua lo ménos seis metros ba-

jo el nivel del suelo, y sintiéndose fatigada por la sed, suplicó á un hombre que estaba sacando agua con una vasija atada á una cuerda, que le permitiese beber una poca; aquel hombre le contestó volviéndole la espalda y echando á andar:—«Bebe tú como puedas.» Entónces la Virgen poniendo su confianza en Dios se acercó humildemente á la cisterna, y el agua saliendo de súbito á borbotones fresca y pura por la base de la cisterna, permitió que la Reina de los ángeles saciara su sed, tornan- do en seguida á su nivel ordinario.

Avanzando 14 ó 15 minutos por aquel pinto- resco campo de bíblicos recuerdos, de gratas tra- diciones, de elevada historia, se llega á la Gruta de los Pastores, llamada entre los árabes Deir Er- Raanat. Sobre esta gruta construyó Santa Elena un templo del que no se conserva más que algu- nos mosaicos; hoy esta gruta es una caverna bas- tante espaciosa, á la que se baja por una escalera compuesta de 21 peldaños. En esta gruta se ca- lentaban los pastores de Beit-Sahur, y mientras se calentaban velaban sus rebaños, cuando junto á ellos vieron un ángel del Señor, y como á su pre- sencia se sobrecogieran de pavor, «No temais,» les dijo el ángel, «porque he aquí os comunico un grande gozo; que será á todo el pueblo:—Que hoy es nacido el Salvador, que es el Cristo, Señor, en la ciudad de David.» S. Lucas, c. 2º, vs. 10. 11 y 12. Y el espacio se cubrió entonces de divinos res- plandores, y legiones de ángeles cruzaban los ia

res cantando con célica armonía: «Gloria á Dios en las alturas, y en la tierra paz á los hombres de buena voluntad.» Y heridos los pastores por lo que habian visto y oido, abandonaron su gruta, fueron al lugar donde el ángel les habia dicho, y en el lugar más humilde de Bethlem, en el fondo de una cueva, encontraron al niño Jesus en los brazos de María, y doblaron ante él la rodilla, y le ofrecieron sus dones, y lo adoraron como Señor de los cielos y la tierra. ¡Yo te saludo, gruta de los pastores..... Yo te venero, santa gruta de Be- thlem!

V.

Quando regresamos á Bethlem serian las once y media; conversé algunos minutos con aquellos cariñosos padres; rehusé el almuerzo ó comida que con insistencia me ofrecieron, y montando en nues- tros caballos, cruzamos de nuevo aquel pueblo, del que sentí en el alma separarme tan pronto, y bajo un sol abrasador rompimos la marcha hácia «San Juan in montana» ó sea hácia el desierto en que nació, vivió y predicó San Juan Bautista. La primera media legua fuimos por el camino que ha- biamos llevado de Jerusalem á Bethlem, por el mismo camino que en un dia más feliz llevaron los tres reyes de Oriente; y si á los reyes guió por aquel camino una estrella que brilló en el firma-

mento, otra estrella me habia guiado á mí por el mismo camino, la estrella de la fé que brilla en el firmamento de la conciencia. Terminada la primera media legua, tomamos un pedregoso y estrecho sendero, que tira á la izquierda, y despues de avanzar legua y media por escarpadas rocas, por rocas que solo los caballos árabes pueden salvar, despues de cruzar el desierto de San Juan, verdadero desierto, donde no se ve agua, ni pájaros, ni flores, ni yerba; desierto donde todo es árido, donde aterra el silencio..... despues de ver el valle de los Terebintos, profundo por aquel lugar, donde David mató al gigante Goliath, entramos en el amurallado convento. En aquel convento donde me esperaban hacia dos dias, salieron á recibirme á la puerta, y con todos mis compañeros de viaje fui conducido á un magnífico salon, en el que nos tenían preparado en precioso servicio un gran refresco. Segun me lo habian prometido estaban ya allí el vicecónsul español y el italiano Carpani, primer médico de Jerusalem. El vicecónsul español me entregó una carta de mi mujer, recibida en Jafa, que yo leí con encanto, porque era la primera suya que llegaba á mis manos desde que pisaba la Tierra Santa. Como ya habia dado la una, nos hicieron sentar á la mesa antes de visitar aquellos santos lugares, y nos presentaron una comida tan espléndida y tan elegante, que me estimuló á consignar en mi diario estas palabras: «La comida que nos han ofrecido en San Juan in Montana

puede competir con las de Fornos y los Cisnes.»

Despues de comer, se presentó el guardian del convento Fray Vicente Suarez, persona tan afable en su trato como digna en su porte; hablamos largo rato sobre la mision que me habia confiado el Gobierno cerca de aquel país, y por las contestaciones que aquel R. P. me dió, conocí al instante que es de un talento poco comun y de vasta erudicion. Posteriormente he tenido el gusto de estrechar su mano en mi casa de Madrid.

VI.

San Juan in Montana, llamado por los árabes Ain-Karim, es una aldea situada en la ladera de una montaña, rodeada de otras montañas tan ásperas y tan elevadas como ella; en este pueblo que se cree sea el antiguo Karem, de que habla la Biblia en el libro de Josué, tenía su casa Zacarías, en la que vivia santamente con su esposa Isabel, y en esta casa dió á luz Isabel á San Juan, al precursor del Mesías; al hombre más grande que ha nacido sobre la tierra. Santa Elena construyó un templo sobre las ruinas de la casa de Zacarías, destruido el cual en tiempo de Cosroes, fué reconstruido despues por la piedad cristiana tal como hoy lo conocemos. La actual iglesia, tan elegante como sencilla, se compone de tres naves so-

tenidas por pilastras cuadradas, y termina en una media naranja, donde se abre un cuerpo de luces por medio de rasgadas ventanas; el pavimento ofrece á la vista un mosaico de baldosines finos de diferentes colores ingeniosamente combinados, y á derecha é izquierda del presbiterio se levantan gallardas, ántes de comenzar la primera grada, dos estatuas de tamaño natural en mármol blanco, que representan á San Francisco la una y á Santa Clara la otra. En medio de la balaustrada del coro se ostentan las armas españolas, como se ostentan en el frontal del altar de Jaffa y de otros santuarios de la Palestina. ¿Por qué el italiano fray Livinio, al describir con escrupulosa minuciosidad templos y santuarios en su detallada guía, no dedica una palabra á esta importante circunstancia? Porque á los extranjeros no gusta recordar que un día España dictó leyes al mundo; porque los frailes rusos, prusianos, y más principalmente los franceses é italianos, han formado decidido empeño en absorber el dominio de los Santos Lugares; en borrar hasta el recuerdo de la influencia que allí tuvo en otro tiempo España. A la derecha del presbiterio, es decir, á la izquierda del que sube las gradas, se abre una pequeña puerta, se baja ancha escalinata compuesta de siete peldaños de mármol blanco y se penetra en la capilla de la Natividad de San Juan. Esta capilla, en otro tiempo habitacion de la casa de Zacarías, es hoy una gruta abierta en la roca,

cubierta de flotantes tapices de seda, en la que frente á la entrada se levanta un altar hueco alumbrado por el suave fulgor de seis lámparas que en él arden dia y noche. Grandes medallones de mármol blanco incrustados en la pared encima del altar ponen de manifiesto los principales pasajes de la vida de Zacarías y su familia, y debajo del mismo altar se ve señalado en el suelo el mismo punto en que nació el Bautista.

VII.

Un cuarto de legua del pueblo de Ain-Karim, hoy San Juan in Montana, poseia Zacarías una casa de campo, colocada por cierto, yo lo he visto, en el lugar más pintoresco de aquellos valles. En esta casa de campo se encontraban Zacarías y su esposa Isabel cuando su prima María, la purísima hija de Joaquin y Ana, fué á visitarla y entre las dos medió aquella solemne escena tan conocida, aquella milagrosa salutacion. El fervor cristiano ha construido y reconstruido un templo en el lugar que ocupó dicha casa, y á ese templo han dado el nombre de Templo de la Visitacion.

A las dos de la tarde salimos del pueblo Fray Vicente Suarez y yo, y caminando detras de nosotros á bastante distancia los dos frailes italianos y mi dragoman Gabriel, nos dirigimos todos hácia ese templo: el jóven sueco y Fray Manuel Yuvero

se quedaron en el convento. El paseo que tuvimos que dar para llegar al Santuario de la Visitacion seduce con su belleza: un estrecho sendero que con graciosas sinuosidades festonea la ladera de un monte que teniamos á la izquierda, cortaba escalonados huertos cubiertos de verdura y de legumbres, de naranjos, de higueras y granados; y el agua, tan escasa en aquellos países, surcaba abundante estos huertos, cayendo en murmuradoras cascadas por los puntos más espesos del follaje.

En medio de un calor sofocante y de un sol abrasador llegamos al Templo de la Visitacion, á «la casa de campo» de Zacarías, cuyo templo como todos los que he visto en la Palestina, parece por fuera un valiente castillo. Muros y contramuros, rebellines y patios, ruinas antiguas sobre más antiguas ruinas, tal es el aspecto que ofrece el santuario de que hablamos, santuario venerado no solo por los cristianos de todas las comuniones, sino por los árabes y por los turcos, quienes confiesan, «que nadie ha profanado jamás aquel templo por dentro ni por fuera,» sin que más tarde ó más temprano haya recibido castigo del cielo.

Todos nos sentamos en un banco que habia á la sombra en el patio y allí permanecimos hasta que nos hubimos sosegado. Luego entramos en tan venerable templo. Este templo, sencillo y no muy grande, contiene la capilla primitiva que fué descubierta por casualidad al catar el terreno para edi-

ficar el nuevo. A la izquierda del altar mayor existe un pozo cerrado con una piedra labrada, del que se saca agua con un vaso de lata, de cuya agua beben todos los peregrinos, y de la que nosotros tambien bebimos, por ser aquel pozo el que durante muchos años apagó la sed á Zacarías. A la derecha del altar se vé una gran peña, hecha tres ó cuatro pedazos, colocada en un ábside abierto en la pared: queriendo Santa Isabel ocultar á su niño Juan durante la persecucion de Herodes, lo llevó á una gruta, lo colocó sobre una dura piedra, y aquella piedra, tomando de repente la blandura de la cera, ofreció lecho al bienaventurado niño. Asi lo refiere la tradicion hebráica. Esta piedra fué arrancada de la gruta por los antiguos cristianos y colocada en aquel templo, á la que los cristianos modernos han añadido la siguiente inscripcion, de muy mal latin por cierto: «Dum Infantes ab inicio Herode matabantur, Elisabeth in hac rupe abscondise filium suum, Joannem..... Tenet traditio»: que traducido al castellano dice: «Mientras que los niños eran muertos por el inicio Herodes, Isabel escondió á su hijo Juan en esta roca..... Así lo asegura la tradicion.»

Sobre el altar mayor existe un cuadro representando á Santa Isabel y á María en el momento de saludarse, y junto al cuadro esta otra inscripcion:

«Et unde hoc mihi, ut veniat mater Domini mei ad me?—Magnificat anima mea Dominum.» Cuya traduccion libre, dice así:

«¿Quién soy yo para que venga á mi casa la madre de mi Señor? Y la Virgen contestó:

«Glorifica mi alma al Señor, etc.»

Debajo del altar, en el pavimento está señalado el punto en que Santa Isabel y la Virgen María se encontraron; el punto en que el precursor del Mesías en las entrañas aún de su madre, saludó al niño Dios aún en las entrañas de la suya; el punto en que las dos madres, santas mujeres las dos, las dos elegidas por el Eterno, adoraron al Eterno con cánticos de alabanzas. En aquel lugar en que nosotros nos hallábamos con respeto y con admiración, se verificó esa escena grabada para siempre en la tierra con buril del cielo. Más tiempo hubiéramos permanecido en aquel santuario, pero se hacía tarde; Jerusalem distaba dos leguas, y el camino es muy malo, al ménos en la parte que comprende el desierto de San Juan. Regresamos al pueblo, montamos en nuestros caballos los dos frailes italianos, el jóven sueco, mi dragoman, el vicecónsul español con su Cabbas Hassan, Fray Manuel Yuvero, el médico Carpani y yo: en aquel mismo instante dieron asueto en el seminario, y gran número de jóvenes estudiantes de teología, no recuerdo si con beca ó con hábitos, salieron muy alegres á despedirnos. Despues de algunos minutos rompimos la marcha por unas escarpadísimas rocas, por las que ningun caballo europeo podria dar un paso, pero que los caballos árabes salvaban con prodigiosa facilidad. Durante nues-

tro alegre regreso vimos algunas ruinas y algunos sitios dignos de ser citados, si bien no nos detuvimos en ninguno. Me señalaron muy á lo léjos el punto en que se encuentra enterrada Santa Isabel; bastante más cerca, en lo más árido de aquel verdadero é imponente desierto, una roca elevada sobre la cual se levanta un monton de piedras, cuyo monton de piedras determina el punto en que el «Precursor» con una voz que nunca habia de extinguirse, que más tarde habia de resonar en todos los países del globo, gritó diciendo:

«Haced penitencia porque se ha acercado el reino de los cielos.—Pues este es de quien habló el profeta Isaías, diciendo: voz del que clama en el desierto, aparejad el camino del Señor, Haced derechas sus veredas. San Mateo, cap, 4° vs. 2 y 3.

Una hora despues, habiendo atravesado varios campos de aspecto sombrío y melancólico pero todos ricos en recuerdos biblicos; en esa hora misteriosa, en que ya el sol se ha hundido en el horizonte y las poéticas sombras del crepúsculo imprimen solemne majestad en la naturaleza; despues de haber descubierto ya en lontananza los minaretes de Jerusalem, vimos á nuestra izquierda en la falda occidental de una colina un convento que allí se alza solitario y silencioso cual fantasma de la noche; aquel convento, seminario de los griegos, de grande pero imponente recuerdo, se llama de la Santa Cruz, porque está erigido sobre el mismo punto en que nació el árbol que los

judíos arrancaron para formar la cruz en que murió Cristo. No entramos en él porque era muy tarde; pero me dijeron, que junto al altar mayor de la iglesia se conserva aún el hoyo en que estuvo plantado aquel solemne árbol. Aquel árbol, según la opinión de San Antolin, era un nogal; pero según la opinión generalizada en Oriente, era un ciprés, acerca de cuyo ciprés se cuentan místicas tradiciones.

Media hora más tarde, disfrutando los encantos de una noche pura y serena, entramos muy contentos en la Ciudad Eterna. No quiero dejar de referir un suceso que ocurrió en este día, suceso muy relacionado con la guerra turco-rusa que iba á comenzar, y que me impidió visitar algunos lugares de la Palestina. Al montar á caballo en Bethlem nos indicaron que se estaba dando una batalla entre beduinos, cerca de nosotros. Nosotros no dimos crédito á esta noticia; pero al llegar á Jerusalem encontramos los ánimos muy alarmados, y se nos aseguró que la batalla era una verdad; que envalentonados los beduinos con la escasez de tropas del Sultan, pues todas marchaban á Damasco para acudir al teatro de la guerra, se habian insultado dos grandes tribus y habian librado batalla en los campos de Bethsabé, cerca de Hebron, y á dos y media leguas de Bethlem; el motivo de la reyerta consistió en el señalamiento de su territorio: las tribus beligerantes fueron la de Taiaha, que presentó en el campo 8,000 com-

batientes, y la Tarabina, que presentó 6,000. El combate por demás sangriento duró cuatro horas, resultando 400 heridos y 120 muertos; el anciano cabo ó principal jefe de la tribu de Tarabin penetró al fango en mano en la tribu contraria, y en poco rato cortó 40 cabezas. Los habitantes de Hebron, que salieron á proteger su pueblo, quedaron derrotados. El Pachá de Jerusalem pidió tropas á Damasco, y en los periódicos de Port-Said y Alejandria publicó una orden prohibiendo á los viajeros ó peregrinos que visitaran aquella parte del país. El entusiasmo belico se trasmite entre los beduinos como una chispa eléctrica, los inflama y les hace empuñar la lanza. Con la noticia de la batalla de los campos de Bethsabé, se agitaron los beduinos de Nazareth y se temió que se agitaran tambien los de Jericó.

VIAJE AL JORDAN.

Años 12 de Marzo.

Mi salida.—La fuente de los apóstoles.—La cueva de la parábola.—La tierra de promision.—La fuente de Eliseo.—La montaña de la cuarentena.—La Locandade Jandá-Jabas.—La manzana de Sodoma.—Los beduinos.—El Mar Muerto.—El Jordan.—Ruinas de Jericó.—La piedra del coloquio.—Bethania.

Grandes son los peligros que, segun me aseguraron varias personas de carácter, conocedoras del terreno, ofrece siempre el viaje al Jordan, y más en aquella ocasion, en que ya andaban excitados los beduinos con la batalla librada el día anterior en los campos de Bethsabé. Los beduinos del Jordan han sido siempre los más feroces y fueron los que más costó derrotar al célebre Ibrahim Pachá. Otro enemigo más terrible aún se levanta contra el peregrino en el viaje al Jordan, cuyo enemigo es el sol, que en seis ó siete minutos que se reciba en la cabeza sin las precauciones debi-

das, produce una insolacion mortal. Segun me refirieron los frailes, el cónsul de Jerusalem anterior á mi amigo el Conde de Casa-Sarria falleció en pocas horas de una insolacion adquirida en las orillas del Jordan: una señorita francesa que juntamente con su madre fué en caravana á visitar el Jordan un año ántes que yo, la volvieron muerta á Jerusalem por haberse descubierto algunos instantes la cabeza tambien en las orillas del Jordan. Todos estos peligros, que me impusieron por cierto, no fueron bastantes para hacerme desistir de visitar aquel célebre rio. ¿Quién de la Palestina regresa á su patria sin pisar «la tierra de promision,» sin contemplar un momento siquiera «el mar» en que yacen sumergidas las ciudades de «Sodoma y Gomorra,» sin lavarse la cabeza con las «aguas del rio» en que San Juan bautizó á Cristo?..... El Presidente de Casanova, el Presidente de Bethlem y el célebre médico Carpani me aconsejaron que de ninguna manera emprendiese aquella expedicion soplando el viento Kausin, que allí pronuncian, Jausin. Y sin embargo, el Kausin fué mi compañero durante mi viaje á Oriente.

El Kausin, el temible Kausin, ese mortifero viento, que levanta en el desierto montañas de abrasadora arena, que sepulta en su seno las caravanas, ese soplabá cuando en Egipto crucé el desierto; el Kausin soplabá cuando fui á Bethlem y á San Juan, y el Kausin soplabá tambien cuando fui al Jordan. Yo me resolví á em-

prender la excursion, si bien tomando toda clase de precauciones; precauciones contra el sol, y precauciones contra los beduinos. Para librarme del sol ferrarón mi sombrero hongo con tela blanca, que en ondulantes paños caía por la espalda y por los hombros; metieron dentro paños mojados en agua, para que templara los rayos del sol, y colocaron encima un paño seco con el objeto de que el calor que á el agua comunica el sol me llegase á la cabeza. Para librarme de los beduinos formé una pequeña caravana, cabiéndome la suerte de que aquel día marchase al mismo punto que yo, aunque por distinto camino, la caravana inglesa. Fray Giovane de Santa Teresa, Fray Francesco de Nápoles y el jóven sueco se negaron á ir conmigo, alegando su cansancio del viaje á Bethlem; y yo que ya iba conociendo aquellas costumbres, y por lo tanto las necesidades de aquel país, comprendí que para marchar al Jordan no era el mejor dragoman Rafael, porque viste á la europea; en España parecerá esto una inocentada, pero en Oriente es de gran importancia, y porque no tiene relaciones tan estrechas como otros con los beduinos. Con este fin llamé al principal entre los dragomanes, á Francisco Morcos. Francisco Morcos es alto, moreno, sombrío, viste á lo árabe y disfruta gran nombre entre los altivos habitantes del desierto. Despues de ajustar el viaje le pregunté:

—¿Tendrémos algo que temer en el camino?

Y brillando sus ojos de fuego, me contestó:
—Señor, á mí me corten la cabeza si un beduino le toca á vd. la solapa de la levita.»

Mi pequeña caravana se compuso de las siguientes personas: Francisco Morcos, dragoman, como si dijéramos director, que siempre marchó delante de nosotros montado en su caballo blanco; Fray José, segundo cura del convento de San Salvador el jóven italiano; Hassan, cabbas del cónsul español un múcaro, que guiaba un burro, conduciendo los equipajes; la escolta de beduinos y yo. Esta escolta; única y verdadera garantía que el peregrino tiene en aquella expedicion, se compone de un solo beduino. ¿Y cómo un beduino constituye la salvaguardia de una caravana? El beduino, de carácter casi incomprendible para los europeos, es ladron, tan asesino como ladron, y tanto como asesino noble, compasivo y generoso: rey del desierto á nadie rinde parias, y quiere que todo el que el desierto pise se las rinda á él. Como al tomar un beduino para escolta hay que retribuirle espléndidamente, esta retribucion, que reparten entre todas las tribus, es mirada por ellos como un tributo que los cuatro ámbitos del mundo pagan á su salvaje morada. No hay sjemplo de que caravana que haya llevado escolta de beduino haya sufrido jamás contratiempo alguno producido por los beduinos; antes al contrario, los beduinos son sus amigos, y los beduinos que se descubren imponentes en las cumbres de las montañas, ba-

jan al camino y se constituyen en defensores de la caravana. Arreglada así la mia, salimos al brillar la aurora por la puerta de San Estéban.

II.

Las ruinas de Jericó distan siete leguas de Jerusalem; el Mar Muerto dista diez; así es que la jornada de aquel día fué larga y penosa. Comenzamos alegres nuestra marcha, montados en caballos árabes, con sillas árabes, precedidos por el dragoman Morcos, que con aire de superioridad caminaba el primero á alguna distancia de nosotros. Intimamente relacionado con los jefes de las principales tribus de beduinos, tenía razon para ostentar su aspecto triunfal. Cruzamos el torrente Cedron, torcimos á la derecha bajando por la falda del monte Olivete, ó sea por medio del valle de Josafá; dejamos á la izquierda el huerto de Gethsemani; subimos por un sendero por el que muchas veces subió Jesucristo; doblamos la cumbre del monte Olivete en su parte más baja, y viendo la aldea de Bethania, que quedaba á nuestra izquierda, y que habíamos de visitar á la vuelta, comenzamos á bajar la pendiente y eterna cuesta que forman las montañas de la Judea.

Dos horas y media llevaríamos de camino y ya el sol abrasaba con fuerza, cuando nos paramos, echamos pié á tierra, y nos dirigimos á una abun-

dante fuente que brota á la derecha del camino, llamada hoy la Fuente de los Apóstoles. Esta fuente, que segun conjeturas debe ser la antigua fuente del sol, situada en el límite de las tribus de Judá y de Benjamin, conocida entre los árabes con el nombre de Bir El-Haud, estuvo en otro tiempo rodeada de muros, de los que aún se conservan restos. Como Jesucristo y los apóstoles fueron tantas veces de Jerusalem á Jericó y de Jericó á Jerusalem, se asegura que en ella se sentaba con los apóstoles Jesucristo, descansaban y bebían de su agua, por lo que se le designa, como hemos dicho con el nombre de Fuente de los Apóstoles: por eso todos los peregrinos que cruzan aquel camino se sientan en su ruinoso cerco, descansan un rato y beben de sus frescas aguas: tambien nosotros nos sentamos, tambien descansamos un rato y bebimos agua. Puestos de nuevo en movimiento, quejándonos ya de los ardientes rayos del sol y de los desastrosos efectos del kausin, que allí llaman "el viento del Mar Muerto," continuamos nuestro árido sendero, siempre bajando, pero siempre entre elevadísimas montañas, que ya presentaban erizadas cumbres de puntiagudas rocas, ya se extendían en dilatadas lomas, ya ofrecían profundísimos barrancos, ostentando en todas partes melancólicas ruinas de las que salían con frecuencia en rauda vuelo gran número de azulados cuervos y de palomas silvestres.

Las once serian, cuando bastante fatigados ya

llegamos á un punto de salvacion, á una gran cueva, único lugar de sombra que existe en todo el camino de Jerusalem al Jordan. A la derecha de aquel, subiendo cuatro ó cinco metros, se encuentra una espaciosa caverna con restos casi hundidos por completo de obra humana. A esta caverna, que los cristianos llaman la Cueva de la Parábola, dan los árabes el nombre de Khan el-Ahmar. En esta cueva sitúa Jesucristo la escena de la parábola por medio de la cual enseña lo que debe entenderse por prójimo; si bien algunos creen que aquella saludable leccion no fué parábola, sino un hecho efectivo, tanto que designan frente á la cueva al otro lado del camino el sitio en que estaba el herido y las ruinas del meson [donde lo metió el samaritano. «Mas él, un doctor, queriendo justificarse á sí mismo, refiere San Lucas en su Evangelio, dijo á Jesus:

«¿Y quién es el prójimo?—Y Jesus tomando la palabra, dijo: un hombre bajaba de Jerusalem á Jericó y dió en manos de unos ladrones, los cuales le despojaron, y despues de haberle herido, le dejaron medio muerto y se fueron.—Aconteció, pues, que pasaba por el mismo camino un sacerdote, y cuando le vió pasó de largo.—Y asimismo un levita, llegando cerca de aquel lugar y viéndole, pasó tambien de largo.—Mas un samaritano que iba su camino se llegó cerca de él y cuando le vió se movió á compasion, y acercándose le curó las heridas, echándole en ellas aceite y vino, y po-

niéndolo sobre su béstia lo llevó á una venta y tuvo cuidado de él.—Y otro dia sacó dos denarios y los dió al mesonero y le dijo: cuidádmelo, y cuanto gastares de más yo te lo daré cuando vuelva.—¿Cuál de los tres te parece que es el prójimo de aquel que dió en manos de los ladrones?—Aquel, respondió el doctor, que usó con él de misericordia. Pues ve, le dijo entónces Jesus, y haz tú lo mismo.»—Cap. 10, vs. 29 y siguientes.

Quando subimos á aquella cueva encontramos dos ingleses y dos franceses que con su dragoman estaban almorzando; tambien nosotros nos pusimos á almorzar; y como aquella cueva es la única sombra que se encuentra en muchas leguas al contorno, allí comenzaron á subir, segun costumbre, beduinos, pastores y hasta rebaños de cabras y carneros. Y ya que de estos animales hablamos por incidencia, y describir por separado no podemos los productos de la naturaleza en aquel país, digamos de paso que en Egipto tienen las cabras una gran convexidad en todo el frontal, ó sea en el testuz, y que sus orejas son tan largas que les llega al borde del hocico; en Palestina, ya lo dijimos al ocuparnos de Jaffa, tienen las cabras la misma convexidad que en Egipto, pero son mayores, y las orejas dos pulgadas más largas que el hocico, de modo que cuando apacientan las arrastran por el suelo; los carneros se hallan provistos de una cola tan disforme, que cuenta media vara de largo por otra media de ancho; parece un pe-

dazo de colcha que hubiesen dejado pendiente de su espalda. Hablando yo con extrañeza de tal circunstancia, me dijeron que en Jerusalem se venden con frecuencia colas de carnero que pesan cada una de diez y ocho á diez y nueve libras.

Así como en el desierto se levantan oasis que dan grata sombra á las cavernas, en el camino de Jerusalem á Jericó se abre «la Cueva de la Parábola,» que brinda también con apetecible sombra, y en ella se albergan durante las horas de aquel horrible calor, cuya intensidad no es fácil apreciar en España. toda clase de hombres, ó mejor dicho, toda clase de seres vivientes. Allí estuvimos algún tiempo en grato consorcio españoles, franceses, ingleses, beduinos, etíopes y pastores más negros que el azabache; cabras, carneros, perros y caballos. Allí nos esperaba nuestra escolta, porque allí comienza el peligro, y allí me dijo un francés:

—Acaba de manifestarme mi dragoman, que si no llegan vdes. no pasamos de aquí, porque hoy teme seamos asaltados por los beduinos. Pero Francisco Morcos que lo oyó, exclamó con mal gesto dirigiéndose á mí:

—Ya he dicho á vd. que me cortan la cabeza, se algún beduino le toca á vd. la solapa de su levita..... Francisco Morcos nos dió de almorzar huevos duros, gallina asada y naranjas de Jaffa; de cuyo almuerzo hicimos participar á los beduinos y etíopes que nos rodeaban. El beduino que iba á servirnos de escolta, era un jóven de veinte

y dos años, moreno como todos los hijos del desierto; pero de rostro en extremo simpático, de hermosísimos ojos negros, de pupilas muy vivas, de maneras agradables, y se llama Mahomet, que ellos pronuncian Jamleth: Mahomet iba descalzo y vestía una túnica color claro, á cuya túnica dan el nombre de Combat, sujeta á la cintura por una faja, Hgsam, un gran pañuelo flotante sobre la cabeza, Keffie, sujeto á las sienes con un cordón, que les rodea la frente, Marir; llevaba ceñida á la cintura una gran pistolera con dos pistolas, Betel-tabangat, y una larga espingarda cruzada á la espalda. Cuando ya hubimos descansado, nos levantamos todos, y todos unidos, y así engrosada mi pequeña caravana, rompimos la marcha montados en aquellos infatigables caballos, que hacen larguísimas jornadas y galopan y salvan montañas sin comer más que dos veces al día, y sin beber más que una. Al fin rendidos, no tanto por el cansancio como por el sol y por el kausin, por aquel temible viento, que abrasa, que levanta la piel, del que tantas veces había yo hablado en mi cátedra de geografía, y cuyos efectos ya conocí en Egipto al cruzar el desierto de Sahara; rendidos, como digo, entramos en las fértiles cuanto des-
cuidadas llanuras de Jericó.

III.

Los campos de Jericó, que en otro tiempo formaron parte de la tierra prometida al pueblo de Israel, son unos vastos y amenos terrenos, que se extienden á la orilla derecha del Jordan, limitados al Oriente por las altas y escarpadas montañas de Moab, al Occidente por las montañas de la Judea, cuyas dos cordilleras forman «la region hidrográfica del Jordan,» al Sur por el Mar Muerto y al Norte por Nazareth, distante de este punto sobre cuatro jornadas. Desde las montañas de Judéa á las montañas de Moab, habrá cuatro leguas. Cuando saliendo nosotros del árido y pendiente sendero que hacia siete horas llevábamos por las montañas de la Judea, entramos en las verdes, en las frondosas campiñas de Jericó, recibió mi ánimo una agradable impresion. Me pareció hallarme en los campos de mi patria, pero á mediados de Julio, porque el suelo estaba cubierto de arbustos, al pié de los cuales serpenteaban cristalinos arroyos de floridas márgenes; porque el trigo ofrecia ya sus espigas casi sazonadas; porque cantaban las cordornices; porque cantaban otras aves para mí desconocidas, y porque surcaban el aire las azules golondrinas y los negros vencejos; todo era allí vida, todo era belleza, todo animacion.

Entónces, volviéndose hácia mí el jefe soberano de nuestra caravana, el sombrío Francisco Morcos, me dijo:

—Señor..... vamos esta tarde á ver la montaña de la cuarentena y la fuente de Eliseo, y mañana, ántes que salga el sol, visitaremos el Mar Muerto, el Jordan y las ruinas de Jericó; porque si esta tarde nos dirigimos al Mar Muerto puede que tengamos algun contratiempo con el kausin. Aprobado por todos su parecer, torcimos nuestra marcha sobre la izquierda, y caminando hácia el Norte por aquellos valles, que ya no veré más, llegamos despues de un cuarto de hora al pié de una montaña cónica, que se alza árida y sombría entre otras muchas que la rodean. Cual si esta cónica montaña estuviese cortada por un plano perpendicular á su base, ofrece una proyeccion blanquecina. Esta montaña es la célebre montaña de la cuarentena; en medio de la cara de aquella proyeccion, equidistantes de la falda y de la cumbre, se abren las bocas de seis ó siete cuevas de peligrosa subida, la principal de cuyas cuevas, que se conoce muy bien, porque para ello han labrado á pico la parte de roca que la entorna, es en la que vivió Jesus cuarenta dias y cuarenta noches; la cumbre del monte, donde el diablo lo tentó en vano, manifestándole países y reinos y coronas y oro y placeres; las demás cuevas las ocuparon antiguos ermitaños, que en ellas pasaron la vida entregados á la más austera penitencia y á la más fervorosa devocion.

Despues de contemplar todos nosotros aquella montaña con religioso silencio, y despues de re-

cordar yo en mis adentros algunos versículos de la Biblia, continuamos nuestra marcha muy alegres aunque muy fatigados, aspirando el aroma de las muchas flores silvestres que esmaltan aquel suelo, y escuchando el canto de los variados pájaros que anidan en aquella frondosa espesura. Francisco Morcos, que siempre iba el primero, siempre veinte ó treinta pasos delante, se paró junto á unas tiendas de campaña que habian plantado unos viajeros rusos y echó pié á tierra, lo que todos hicimos cuando llegamos á donde él se habia apeado. ¡Qué placer tan grande experimentamos al aspirar la frescura que despedia la fuente de Eliseo! Toda el agua de la Palestina está en cisternas, es decir, en profundos pozos, que ocultan en su seno el manantial; con la fuente de Eliseo no sucede esto: allí se ven brotar de la tierra quince ó veinte manantiales claros, murmuradores, cristalinos, que forman un limpio estanque, en cuyas orillas abren sus corolas multitud de florecillas silvestres, y en cuyos contornos crecen en seductor tropel las higueras, los granados, los sauces, los sicómoros y otros mil árboles propios de aquel fecundo pais.

Esta fuente, llamada por los árabes Ain-Sultan, forma, como hemos dicho, una balsa ó estanque circular de cuatro metros de diámetro, donde nacen los manantiales que, convertidos luego en delicioso arroyo, riegan los campos de Jericó. Esta balsa conserva restos de una muralla que la rode

en otro tiempo, cuya muralla se cree ser obra debida á Herodes «el grande»; así como tambien se cree, que en esta balsa más honda entónces que ahora, fué donde el mismo Herodes mandó ahogar á su cuñado el gran sacerdote Aristobuto, por temores de que el pueblo colocara en las sienas de aquel la corona que cenía las suyas. Se llama la Fuente de Eliseo esta fuente, porque quejándose el pueblo de Israel de que sus aguas eran amargas las convirtió en dulces el profeta Eliseo. Permanecimos gran rato en tan placentero lugar, y montando despues á caballo nos metimos en medio de la campiña, y caminando hácia el Sur llegamos por fin á nuestro paradero, que era la Locanda de Jan-á-Jabas, la cual dista un cuarto de legua de las ruinas de Jericó.

IV.

Es la Locanda de Jan-á-Jabas un edificio de un solo piso, único en sus contornos, en el cual se entra subiendo tres gradas veladas por un baldaquino cubierto de trepadoras flores. Se compone esta locanda de un salon largo y ancho pintado de color plomo con líneas negras imitando piedra sillar; su techumbre está formada de madera sin labrar y cañizo: en la testera se abre una puerta sin más defensa que una cortina, cuya puerta conduce á una pequeña habitacion por la que se sale al jardín. Como el salon de color plomo sirve de come-

dor, tiene en medio una gran mesa y se halla todo él rodeado de divanes de percal. En el lienzo de la derecha se abre otra puerta con solo cortinas, que comunica con el salon de recibo, grande y blanqueado, mezcla desordenada de gusto oriental y occidental, árabe y europeo: del techo, tambien de maderas sin labrar y cañizos, pende un magnifico globo de los que se usan en Madrid; en el centro se levanta un velador cubierto con tapete árabe, y bancos árabes y divanes árabes de percal lo rodean por doquiera; pero en las paredes se ostentan brazos ó cornucopias de tres quinqués cada una, tambien de las que prescriben las modas seguidas en Europa. De este salon se pasa á un dormitorio espacioso con ventanas bajas, que ni tienen maderas ni cristales, solo cortinas, flotantes cortinas de percal. La frase Locanda de Jan á Jabas, se compone de una palabra italiana y otra palabra árabe; Locanda en italiano es «Fonda», y Jan en árabe es «Juan»; por manera que Locanda de Jan á Jabas significa «Fonda de Juan el Jabas.»

Jan-á-Jabas era un zapatero de Jerusalem; mi amigo el conde de Casa Sarria que me entregó una carta para él, le aconsejó hace algunos años que levantara aquel edificio en los campos del Jordan para hospedar á los viajeros, con la seguridad de que le daria buenos productos; y aunque las grandes caravanas llevan tiendas, Jan-á-Jabas gana bastante con su fonda. Es Jan-á-Jabas un árabe cristiano, alto, moreno, con barba negra, con ojos

negros y expresivos, como todos los de aquel país. con rostro dulce, de finísimos perfiles: misterio de la naturaleza es que en los semblantes árabes, tanto en el de la delicada doncella como en el del casi salvaje beduino, existen en prodigiosa armonia el fuego de la mirada y la dulzura de las facciones. Jan-á-Jabas vestia túnica blanca á listitas negras muy menudas, una faja y un keffie. Cuando leyó la carta que le presenté de Casa Sarria, me dijo con melodiosa voz:—«Señor, desde este momento soy su criado de vd.» Y así fué, en efecto, porque no he conocido jamás un hombre tan complaciente conmigo.

Lo mismo el cura fray José, que el jóven sueco, que yo, nos tendimos en los divanes de aquel fresco salon y disfrutamos un rato los imponderables placeres del descanso. Durante aquellos felices instantes nos sirvieron varias veces agua de limon y de naranja. Miétras tendidos en los divanes gozábamos de aquel delicioso descanso, pregunté yo, á Jan-á-Jabas «Si podria yo coger alguna rosa de Jericó» y me contestó: «Que no era tiempo, puesto que se dan en otoño, pero que tenian cogidas en el almacen del convento de San Salvador.» Volví á preguntarle: «Si me seria posible encontrar alguna manzana de Sodoma» y volvió á responderme «Que cuantas quisiera, porque llenos estaban de ellas el campo y su jardin.» Cuando el sol se hundió en el horizonte, renunciando al grato estar del salon de Jan-á-Jabas, salimos á visitar aquellas fecundas llanuras, morada en otro tiempo

del pueblo de Israel, fray José, el jóven italiano, Hassan, cabbas del cónsul español, Francisco Morcos y yo.

Un negro, más negro y lustroso que el azabache, el cual envió Jan-á-Jabas con nosotros para que nos sirviera de guía y nos complaciera en lo que le mandásemos, nos precedía con una hacha en la mano, porque yo dije que deseaba cortar algunos palos. Nunca se borrará de mi imaginacion aquel negro: erguido, membrño, flexible, bien formado, no llevaba más calzado ni más vestido que una blusa azul sin mangas, que apenas le llegaba á la mitad del muslo, sujeta á la cintura por una gruesa correa. Cuando anduvimos algunos pasos bajo una temperatura sofocante me llené de contento al encontrarme con un bosque de manzanos de Sodomá, cubiertos de abundante y hermoso fruto, que allí llaman La manzana de Lot. Cogi muchas que traje á España, y repartí entre mis amigos. Son estos manzanos grandes arbustos de hoja pequeña, y las manzanas que producen, tambien pequeñas, de bellissimo aspecto, amarillas y encarnadas por fuera, pero llenas por dentro de una sustancia que al secarse parece harina, ó mejor ceniza, como dice la Biblia. Despues de andar largo rato por aquellos frondosos campos, por aquellos impenetrables matorrales, y despues de cortar varios palos con ayuda del negro, cuyos palos traje como reliquia á mi casa, nos sentamos bajo unos sauces á la orilla de un arroyo, y aunque continuaba el abrasador kausin, y aunque el termóme-

tro Reaumnr marcaba cuarenta grados, dia 12 de Marzo, disfrutamos allí momentos de verdadero bienestar.

Desde allí escuchábamos el murmurar del arroyo, que en álveo de flores se deslizaba manso á nuestros piés; desde allí oíamos el cantar de mil pájaros ocultos en el follaje; desde allí veíamos el Mar Muerto, que aunque distaba dos leguas y media, parecia que solo le separaba de nosotros algunos centenares de pasos; desde allí contemplábamos las montañas de la Judea al Occidente, y las de Moab al Oriente; desde allí se ofrecia á nuestros ojos descollando sobre las altas cumbres de Moab, como rey de las tradiciones, como soberano de los secretos, el monte Nebo, donde murió Moisés, donde Jeremías ocultó el Arca santa antes de la cautividad de Babilonia, y donde aquella desapareció para no ser encontrada hasta el fin del mundo. Y este cuadro singular compuesto de las más esplendentes galas de la naturaleza, de ricas tradiciones, de recuerdos religiosos, se desplegaba ante nuestra vista á la plácida luz del crepúsculo de la tarde, y bajo un cielo más azul, más trasparente y más puro que el de España, que el de Italia y que el de Egipto. ¡Que mucho..... si es el cielo que cubre la tierra de promision! ¡Qué mucho..... si es el cielo que vela la morada de Jesus y de María!..... Cuando la noche tendió sus sombras por aquellas históricas campiñas, nos retiramos á la Locanda de Jan-á-Jabas.

V.

Jan-á-Jabas nos guardaba preparada en la mesa del comedor una gran cena, que un árabe nos sirvió por detras como en Europa. Se compuso aquella cena, que tomamos con gran apetito, de sopa de fideo, de carne asada con patatas, de jamon de jabalí con calabaza, de dulce de albaricque, de pastas, de queso, de naranjas de Jaffa y de café de Moca. Durante mi viaje á Oriente, y á pesar de haber estado en el Cairo en el gran «Hotel du Nil», nunca comí con tanto apetito ni con tanto gusto como esta noche. ¡Es que esta noche la pasaba en el campo, y el campo para mí es la vida! Despues de hacer Fray José sus rezos de rúbrica y de tomar yo mis notas de costumbre, salimos todos, incluso Jan-á-Jabas, á ver la caravana inglesa que ya habia llegado, y á ver las heroicas danzas de los beduinos.

Jamás he presenciado un cuadro que con más fuerza haya fascinado mi imaginacion: creía que lo que veía no era una realidad; creía que era un sueño, ó que leía uno de los cuentos de las Mil y una noches. ¡Cómo recordé en aquel instante algunos poéticos capítulos del Antiguo Testamento! La noche estaba oscura, pero el cielo siempre trasparente, siempre puro: á doscientos pasos á la derecha de la Locanda habia plantado la caravana inglesa sus veinte y tantas tiendas cónicas, más blancas

que la nieve; junto á las tiendas se hallaban silenciosos y quietos los caballos, aquellos caballos más ligeros que el viento, y algunos corpulentos camellos color de ceniza; en tercer término se distinguian varias fogatas, donde criados negros condimentaban la cena; y cincuenta y tantos grandes faroles colgados de los arbustos, alumbraban con su vaga incierta luz este cuadro. Los ingleses paseaban entre los faroles, y allá habia algunos franceses tan absortos como yo. ¡Qué extraño era, si en medio de la pradera que entornaban los faroles, se agitaban treinta beduinos formados en batalla, obedeciendo, secundando las voces del cabo, que frente á ellos se agitaba tambien! Todos tenian los sables desnudos, todos los esgrimian al son de sus canciones, y sus canciones, que figuraban con admirable verdad la voz de guerra, el grito de la victoria, el clamor del herido ó el quejido del moribundo, eran tales, que el europeo no puede comprender sin ir á oirlas á los campos de Jericó. Ora caian al suelo aquellos fornidos hombres; ora doblaban una rodilla en tierra levantando al aire los sables; ora se ponian súbitos de pié, y alzando fuertes voces, chocaban las armas unas con otras, produciendo raro estridor que se perdía por el desierto..... Parecia que bailaban aquellos beduinos y no bailaban; parecia que representaban un drama y no lo representaban..... es que cantaban su historia; es que cantaban sus glorias; es que cantaban las proezas de Haguil-Hagá, jefe sobe-

rano de los beduinos del Jordan, tremendo caudillo, intrépido como el primero, valiente como el de más valor, á quien nunca dominó el sultan, á quien nadie venció en la pelea, y que murió víctima de las asechanzas de Francia. Hoy el jefe de los beduinos del Jordan es Huetin, hijo del gran Haguil-Hagá. ¡Pero el hijo, exclaman los beduinos con dolor, ni es tan guerrero, ni es tan valiente, ni es tan indomable como el padre!

Otras noches, cuando llegan caravanas acuden también las beduinas á ganar otro Batchix con sus ingeniosas danzas; más la noche que yo pasé en las ruinas de Jericó no tuvimos el gusto de verlas. ¡Plácida noche..... noche encantadora..... qué recuerdos tan gratos dejaste en mi alma!.....

VI.

Martes 13 de Marzo.

Nos levantamos antes de las cinco de la mañana, desayunamos en el comedor de la Locanda y montando luego nuestros caballos, Francisco Morecos, Fray José, el jóven italiano, Hassan y yo, y precedidos por un beduino de más edad y ménos simpatía que Mahomet, el de la tarde anterior, rompimos la marcha hácia el Mar Muerto, distante dos leguas y media, con el fin de llegar á él ántes de que tomara fuerza el sol. Felizmente no

fueron necesarias estas precauciones, porque el cielo apareció casi cubierto de nubes, y porque habiendo variado el viento, aunque siempre hacia calor en aquellos campos, no era ni con mucho el calor insufrible del kausin. Cuándo nosotros partimos de Locanda, aun dormía la caravana inglesa, aun dormían junto á la caravana sus caballos y sus camellos; tranquilidad y reposo imperaban en aquellas tiendas.

Dos horas y media empleamos en llegar al Mar Muerto; durante cuyo tiempo caminamos con grata conversacion por una extensa llanura ondulada, cubierta de copudos arbustos tan altos, que á pesar de ir á caballo nos llegaban á la cabeza; como yo preguntara á Francisco Morecos:

—¿Donde están esos beduinos de que tanto se habla?

Me contestó:

—Señor, le están á vd. viendo aunque vd. no los ve á ellos.

Y en efecto, en un punto en que los arbustos no nacían tan espesos y eran algo más pequeños, descubrí muy cerca de nosotros dos ó tres familias de aquellos, tendidas en el suelo bajo las matas y junto á los camellos, sus inseparables compañeros. Como yo habia leído muchas veces y en diferentes autores que en los contornos del Mar Muerto falta toda vegetacion, tuve mucho cuidado de observar si este fenómeno era una realidad ó una exageracion poética. Cuanto sobre este par-

particular se ha escrito me ha parecido pálido después que he recorrido aquellos lugares. Los extensos campos de Jericó son fertilísimos hasta el punto de dar dos cosechas al año; pero á medida que el viajero se aproxima más á aquel terrible lago, llamado Mar Muerto, van desapareciendo los arbustos, va presentándose el suelo arenoso y casi desnudo, van haciéndose más ásperas las ondulaciones del terreno, va cesando el canto de las aves..... Luego el canto de las aves desaparece por completo; casi por completo desaparecen las plantas..... Luego las plantas concluyen también y nubes de mosquitos sofocan al viajero..... Hasta los mosquitos faltan á su vez..... El viajero camina por una explanada de arena sin ruido, sin variedad, sin vida.....!

El Mar Muerto, el Lago Asphaltite, es una excepción de todos los lagos, de todos los mares del mundo.....! no hay yerbas en sus orillas ni olas en su superficie, ni peces en sus aguas, ni aves en su cielo. ¡Es el Mar Muerto! Es el tremendo castigo que Dios envió á dos ciudades nefandas, á Sodoma y Gomorra, que con su pecado permanecen sumergidas en su fondo! El Mar Muerto produce una impresión aterradora; sin flujo ni reflujo, sin ruido, sin oleaje, sin brisas, sin nada, se extiende silencioso entre las altas montañas de Judea y en las más altas montañas de Moab; testigo eterno de un crimen espantoso y de un espantoso castigo, allí permanece inmóvil transmitiendo con

su expresivo silencio á las generaciones posteriores lo que sucedió á aquellas generaciones por su horrenda prevaricación.

Mientras mis compañeros de viaje andaban de acá para allá, dominado yo por místico recogimiento contemplaba absorto aquel mar, aquellas montañas y aquel cielo, y me decía á mí mismo:

En tiempo de Abraham, cuando su pariente Lot vino á poblar estas campiñas, á estas campiñas llamaba la Biblia «el jardín del Paraíso,» y entre bellas flores desconocidas hoy, iba el Jordan regando pensiles á verter su aguas en el Mar Rojo. Después cinco magníficas ciudades Sodoma, Gomorra, Adama, Seboin y Segor, formaron aquí el recinto de la Pentápolis, región de muchos temida y de todos envidiada..... Después aquel pueblo hizo lo malo delante del Señor, y bajó fuego del cielo, y brotó azufre hierviéndose de la tierra, y un mar tremendo y misterioso surgió del seno de los abismos, y toda aquella grandeza y todo aquel poderío concluyó en un instante; se desvaneció como el tamo de las eras, como el humo de la paja. Nada de cuanto existió existe ya; aquellos jardines están convertidos en arenales; dos de las ciudades sumergidas en el mar; las tres restantes reducidas á escombros en la falda de los montes; fatídica quietud vela sus ruinas, y de su opulencia solo queda un vago recuerdo confundido con el recuerdo de una horrorosa falta y de un castigo sin igual.» Y le

Señor, dice la Biblia, llovió sobre Sodoma y Górra azufre y fuego, de parte del Señor desde el cielo.—Y destruyó estas ciudades, y todo el territorio al contorno, todos los moradores de las ciudades y todo lo verde de la tierra. Gen., capítulo 19, versículos 24 y 25.

Cuando yo desperté de mis reflexiones traté de coger algunas piedras del Mar Muerto para traérmelas á España; metí con tal objeto la mano en sus aguas, donde apenas la tuve ocho ó diez segundos, y al sacarla me la encontré con la epidermis escoriada: deseando probarlas me eché á pechos en su orilla, y me sorprendió tanto su execrable gusto, que llené y lacré una botella, siendo dicha agua la admiración, por su repugnancia y especial sabor, de cuantas personas la han bebido en Madrid. Preguntando á los naturales del país que nos acompañaban, si habían visto alguna vez peces en en el Mar Muerto, me respondieron:

—Que nunca; y que si el Jordan en sus mayores avenidas arrastraba algunos, pronto aparecían muertos en las orillas de dicho mar.

«El padre Livinio dice en su «Guia de Tierra Santa» que ha visto alguna vez cruzar ánades sobre las aguas del Mar Muerto; yo ni en el mar ni en sus alrededores ví nada que diera señales de vida; y los moradores de aquellos campos, á quienes también pregunté sobre este particular, me contestaron:

—Que nunca habían visto si en el mar ni en sus

contornos sér alguno viviente.—Dominado yo por un sentimiento de pavor tendí mi última mirada por aquel fatídico mar, por aquel mar que engendraron el crimen de los hombres y la justicia de Dios.

VII.

Cuando montamos á caballo ya el sol, que había asomado por las crestas de las montañas de Moab, nos abrasaba de vez en cuando con sus rayos, que llegaban á la tierra por los claros que formaban las nubes que aquella mañana flotaban en la atmósfera. Para llegar al Jordan desde el punto en que nos hallábamos, bastaba haber recorrido la orilla Norte del Mar Muerto, y en una hora nos hubiéramos puesto en la embocadura del río; pero nosotros no nos contentábamos con ver el río: queríamos más, queríamos verlo en el punto en que se verificó la escena que santificó sus aguas; queríamos verlo en el mismo lugar en que San Juan, «la voz que clamó en el desierto,» bautizó al Señor de cielos y tierra, bautizó á Cristo. Para esto tuvimos que volver la espalda al Mar Muerto, y caminando dos horas por aquellas llanuras cubiertas de arbustos, á cuya sombra viven los indonables beduinos, llegamos á las orillas del Jordan. Las orillas del Jordan son en extremo pintorescas; quizá estas orillas sean lo único que

conserva la galanura del tiempo en que se nombraba este país «El Paraíso del Señor»: bosques de sauces, de sicomoros y otros copudos árboles crecen en sus márgenes: flores de bellos matices exhalan sus perfumes entre la espesura, y mil pájaros de vistoso plumaje amenizan aquel eden con sus cantos, entre los que descuellan fascinadores los gorjeos del ruiseñor.

Las aguas del Jordan que se deslizan con ímpetu, forman un profundo alveo muy difícil de salvar, y solo hay un trayecto de seis ú ocho metros en que faltan los árboles, y la entrada al río se presenta asequible y cubierta de cascajo. Allí encontramos varios franceses tendidos sobre la mullida yerba á la sombra de los bosques; alla echamos pié á tierra nosotros tambien, y alla hace alto todo viajero que va á visitar la Tierra Santa; porque aquel punto fué el en que los israelitas, cuando guiados por Josué volvian de la cautividad de Egipto, pasaron el Jordan á pié enjuto, por haberse dividido sus aguas replegándose las unas hácia arriba y precipitándose las otras sobre el Mar Muerto, para perpetuar cuya maravilla tomó Josué doce piedras del fondo del río; porque aquel fué el punto en que el profeta Elías, teniendo que trasladarse al otro lado del Jordan para ser arrebatado al cielo en carro de fuego, tendió su manto sobre la corriente y por el manto lo cruzó á pié enjuto; porque aquel fué el punto en que David perseguido por su hijo Absalon atravesó el río con

los suyos; porque aquel fué el punto en que San Cristóbal, ejerciendo la caridad, se dedicaba á pasar en hombros de una á otra orilla á los viajeros, y como cierto dia llevara á un niño, que le pesaba mucho, le preguntó:

—¿En qué consiste que siendo tú tan pequeño me pesas tanto?

Y el niño le respondió:

—En que llevas á quien lleva el mundo. Y sobre todo, porque aquel fué el punto en que se bautizó á Jesucristo. «Entónces vino Jesus de la Galilea á Juan para ser bautizado por él.—Mas Juan se lo estorbaba diciendo:

—¿Yo debo ser bautizado por tí, y tú vienes á mí?

Y respondiendo Jesus, le dijo: Deja ahora, porque así nos conviene cumplir toda justicia: entónces le dijo: Y despues de que Jesus fué bautizado subió luego del agua y he aquí se le abrieron los cielos y vió al espíritu de Dios, que descendia como paloma y que venia sobre él.—Y hé aquí una voz de los cielos [que decia: este es mi hijo amado en quien me he complacido.—San Mateo, Cap. 3. vs. 13 y siguientes.

Santas reflexiones asaltan el espíritu del viajero cristiano que llega á los márgenes del Jordan. La amenidad de aquellos bosques, el perfume de aquellas flores, el canto de aquellos pájaros, todo desaparece ante los profundos recuerdos que brotan de su corriente. Allí permanecemos algo más de

una hora; como todos los peregrinos que allí descansan, cortamos palos para formar bastones, procurando que estos palos fueran de los que el agua besa en su curso; yo me lavé el rostro y la cabeza; llené de agua dos vasijas de lata, que lacré allí mismo; y montando á caballo dimos nuestro adios á tan célebre río y nos dirigimos hácia las ruinas de Jericó, distantes legua y media del lugar en que nos encontrábamos

VIII.

Entre los muchos objetos de importancia histórica que se ven en este trayecto, como las ruinas del convento de San Juan Bautista, las ruinas del convento de San Erasmo, y otros, llama especialmente la atención un gigantesco árbol, que si mal no recuerdo es «sicómoro ó higuera de Faraon,» porque aquel árbol determina el punto conocido hoy con el nombre de Galgala, antigua Gigala de Josué. Galgala fué el primer campamento que el pueblo de Israel levantó en la tierra de promision al regresar del cautiverio; allí construyó Josué un altar con las doce piedras que habia tomado en el fondo del Jordan, cuyas doce piedras vieron aún, segun un célebre escritor, Santa Paula en el siglo IV, San Arculpho en el siglo VII, é Igumeneo Daniel en el siglo XII. En Galgala cayó por última vez el maná con que Dios sustentaba al pueblo

de Israel; desde Galgala dirigió Josué todas las batallas contra los cananeos, y allí, en el ameno recinto señalado por aquel árbol, se verificaron otros acontecimientos bíblicos de suma trascendencia todos.

Media hora despues llegamos á las ruinas de Jericó; mi alma se cubrió de luto al contempar aquel lugar..... ¿Qué queda ya de aquella almenada poblacion, princesa por su gallardía de los campos que riega el Jordan? ¿Donde está «la ciudad de las palmeras, el jardin real,» como la llamaban con orgullo los cananeos? ¡Todo concluyó! Todo fué victima del tiempo ó de la justicia divina; hasta la «rosa de Jericó» cantada en los salmos bíblicos, huyó de aquellos contornos, y no se la encuentra sino á bastante distancia de allí. ¿Qué existe hoy en Jericó? Montones de estiércol, espinosos árboles y un grupo de chozas que apénas se levanta del cieno que las rodea, en cuyas chozas habitan unos trescientos beduinos de aspecto sucio y feroz. Jericó nombrada entre los árabes Rihha, primera ciudad que Josué tomó á los cananeos, demolida varias veces, reedificada otras tantas, y otras tantas destruida, fué al fin convertida en polvo por Ibrain Pachá en el año 1840. Desde entónces es albergue de beduinos, que en vano tratan de mantener en orden cuatro ó seis guardias civiles del Sultán, llamados Bachibuzuks, que habitan en las ruinas inmediatas de su castillo. Todo es allí ruinas, todo es allí escombros; allí no queda ya sino recuer-

dos..... tristes recuerdos de un tiempo que pasó!

IX.

A la una en punto de la tarde, despues de haber comido en la Locanda de Jan-á-Jabas, y despues de recibir una cariñosísima despedida del mismo Jan-á-Jabas, rompimos la marcha á caballo hácla Jerusalem. Hacia calor; pero como no soplabla el kausin, y como alguna que otra nube surcaba de vez en cuando la atmósfera, nos parecia una tarde templada. A las cuatro y media llegamos á la "cueva de la parábola del prójimo," donde descansamos algunos minutos; á las seis llegamos á la "fuente de los Apóstoles," donde, como el dia anterior, nos apeamos y bebimos agua, con cuidado de no tragarnos alguna de las muchas sanguijuelas que en ella se crian. Poco despues se ofreció á nuestra vista un panorama delicioso; entre las vagas sombras del crepúsculo se alzaba frente á nosotros un monte más elevado que los demás, detrás de cuyo monte acababa de ponerse el sol; era el monte Olivete, cuyos seculares olivos formaban con el confin de sus copas caprichoso encaje en un horizonte de oro y de fuego. No tardamos mucho en tomar la cumbre de este monte: pronto nos encontramos á la altura de Bethania; mas abandonando Francisco Morcos la direccion

de este pueblo, que tanto anhelaba yo visitar, torció la caravana á la izquierda unos trescientos pasos, y todos echamos pié á tierra en medio de una verde pradera en la cual se ve incrustada en el suelo una piedra azulada, que contará un metro de diámetro poco más ó ménos, y que sobresale del suelo medio metro. Aquella piedra se llama "la piedra del coloquio", porque dicen que en ella se encontraba sentado Jesucristo cuando se le acercó Marta y le dijo:

"Señor, si hubierais estado aquí no se hubiera muerto mi hermano." Jesus se levantó de la piedra y se dirigió á Bethania.

Tambien nosotros nos dirigimos á Bethania, quizá por el mismo sendero que llevaron Marta y Cristo, y cuando llegamos á ese pequeño pueblo habia ya oscurecido. Bethania es hoy una aldea de trescientos habitantes, todos musulmanes, menos dos ó tres europeos que allí pasan largas temporadas. En una de las calles del Norte se abre una pequeña puerta que conduce al sepulcro de Lázaro. Tan luego como los naturales de aquella aldea nos vieron aproximarnos, acudieron con velas encendidas, suplicándonos á gritos cada cual que tomáramos la suya, debiendo advertir que aunque sea medio dia cuando se visita este sepulcro se necesita luz artificial. Francisco Morcos se encargó de alquilar las velas necesarias. Entramos por aquella pequeña puerta, y despues de bajar una peligrosa escalera compuesta de veintisiete

peldaños, de pasar un pasillo por donde hay que ir casi á gatas, y de bajar cuatro peldaños más, penetramos en el sepulcro de Lázaro. En tiempo de Jesucristo se entraba á este sepulcro por el pasillo, y solo había que bajar los cuatro últimos peldaños; pero como los musulmanes construyeron en la puerta una mezquita, que imposibilita la entrada, los cristianos, los padres de Tierra Santa, tuvieron que abrir y abrieron en el año 1337 los veintisiete primeros peldaños para no privarse de visitar aquel santo monumento. El sepulcro de Lázaro, como todos los sepulcros orientales de aquella época, se compone de dos cavernas cuadrangulares, de tres metros de largo por otros tres de ancho cada una, abiertas las dos en la roca, si bien revestidas de mampostería por los Cruzados, porque la piedra es blanda y necesitaban darle consistencia para edificar encima un templo, del que ya nada se conserva. En el sepulcro de Lázaro no existe banqueta para colocar el cadáver; no sabemos si nunca existió, ó si como era piedra blanda, desapareció víctima del tiempo ó de los peregrinos, que se la fueron llevando poco á poco. Una de las dos criptas es en la que se paró Jesucristo, y dijo en alta voz: «Lazare, veni foras..... Lázaro, sal fuera.» Y la otra donde Lázaro yacía sepultado, y de la que salió con las manos y los piés atados y el rostro cubierto con un sudario. ¡Qué extraño es que, como dice el evangelista S. Juan, muchos judíos que habían ido á visitar á

María y á Marta, al ver lo que Jesús hizo creyeran en él?

Montados de nuevo á caballo atravesamos el pueblo, pasando junto á las ruinas de la casa de María, de Marta y de Lázaro, sobre cuyas ruinas un magnate ruso está erigiendo una gran casa. Luego principiamos á bajar del monte Olivete por la ladera occidental, vimos el punto en que estuvo la higuera que maldijo Cristo, cruzamos el valle de Josaphat, dejamos á la derecha el huerto de Gethsemani, salvamos el torrente Cedron, y por la puerta de San Estéban entramos en Jerusalem.

MI REGRESO, A MADRID.

Jueves 15 de Marzo.

Despedidas.—Mi salida de Jerusalem.—Ramma.—Jaffa.—La tempestad.—Un naufragio.—Mi embarque.—Mi llegada á Europa.—Mi entrada en España.—Mi entrada en mi pueblo.—Mi entrada en Madrid.

I.

Empleé el día 14 en despedirme del patriarca, del vicecónsul, del médico Carpani, de los frailes españoles, del custodio; en una palabra, de todas

peldaños, de pasar un pasillo por donde hay que ir casi á gatas, y de bajar cuatro peldaños más, penetramos en el sepulcro de Lázaro. En tiempo de Jesucristo se entraba á este sepulcro por el pasillo, y solo había que bajar los cuatro últimos peldaños; pero como los musulmanes construyeron en la puerta una mezquita, que imposibilita la entrada, los cristianos, los padres de Tierra Santa, tuvieron que abrir y abrieron en el año 1337 los veintisiete primeros peldaños para no privarse de visitar aquel santo monumento. El sepulcro de Lázaro, como todos los sepulcros orientales de aquella época, se compone de dos cavernas cuadrangulares, de tres metros de largo por otros tres de ancho cada una, abiertas las dos en la roca, si bien revestidas de mampostería por los Cruzados, porque la piedra es blanda y necesitaban darle consistencia para edificar encima un templo, del que ya nada se conserva. En el sepulcro de Lázaro no existe banqueta para colocar el cadáver; no sabemos si nunca existió, ó si como era piedra blanda, desapareció víctima del tiempo ó de los peregrinos, que se la fueron llevando poco á poco. Una de las dos criptas es en la que se paró Jesucristo, y dijo en alta voz: «Lazare, veni foras..... Lázaro, sal fuera.» Y la otra donde Lázaro yacía sepultado, y de la que salió con las manos y los piés atados y el rostro cubierto con un sudario. ¡Qué extraño es que, como dice el evangelista S. Juan, muchos judíos que habían ido á visitar á

María y á Marta, al ver lo que Jesús hizo creyeran en él?

Montados de nuevo á caballo atravesamos el pueblo, pasando junto á las ruinas de la casa de María, de Marta y de Lázaro, sobre cuyas ruinas un magnate ruso está erigiendo una gran casa. Luego principiamos á bajar del monte Olivete por la ladera occidental, vimos el punto en que estuvo la higuera que maldijo Cristo, cruzamos el valle de Josaphat, dejamos á la derecha el huerto de Gethsemani, salvamos el torrente Cedron, y por la puerta de San Estéban entramos en Jerusalem.

MI REGRESO, A MADRID.

Jueves 15 de Marzo.

Despedidas.—Mi salida de Jerusalem.—Ramma.—Jaffa.—La tempestad.—Un naufragio.—Mi embarque.—Mi llegada á Europa.—Mi entrada en España.—Mi entrada en mi pueblo.—Mi entrada en Madrid.

I.

Empleé el día 14 en despedirme del patriarca, del vicecónsul, del médico Carpani, de los frailes españoles, del custodio; en una palabra, de todas

las personas que tantos obsequios me habian dispensado durante mi permanencia en la Ciudad Eterna; y por última vez ¡ah.....! ¡por última vez en mi vida..... fui á orar un momento en el Calvario y otro en el santo sepulcro! El dia 15 al aparecer el sol en la cumbre del monte Olivete, nos encontró en la puerta de Jaffa admirando aquellos altos muros y aquel profundo foso, y aquellos campos de Fulon, donde el ángel del Señor mató 180,000 soldados del ejército de Senaquerib; nos encontró allí contemplando por última vez aquellos valles y aquellas colinas y aquellas torres, mudos testigos de grandes hechos, aquellos lugares que tan maravillosamente describe el Tasso en su «Jerusalem libertada;» nos encontró allí dando el abrazo de despedida á buenos amigos como fray Mannel Yuvero y dispuestos á comenzar mi regreso á España. Me acompañaron hasta Bab el-Huad, «puerta del valle de los Terebintos,» el vicecónsul español, Hassan su cabbas, fray Francisco Argote, fraile de buen humor, almacenero del convento de San Salvador, mi dragoman Rafael, á quien ya no pagaba yo, pero que quiso dispensarme este obsequio; un árabe llamado Abdallah, un hijo suyo de nueve años, notable ginete, y un múcaro negro. En Bab el-Huad almorzamos con buen apetito abadejo cocido solo con agua; desde allí despidiéndose el vicecónsul, se subió á visitar unas haciendas que posee en el valle de Terebintos, y nosotros continuamos nuestro camino en aquellos infatigables caballos.

Entre cinco y seis de la tarde llegamos á Ramma, donde salieron á recibirnos todos los frailes españoles, nos apeamos y nos sentamos en el patio, en el que negándome yo á pasar adentro, nos sirvieron chocolate y agua de limon. El presidente fray Manuel Pascual, de quien conservo gratísimos recuerdos, se empeñó en que durmiéramos allí aquella noche, como hacen todos los viajeros, quienes emplean siempre dos jornadas en ir de Jerusalem á Jaffa; mas yo por teuer seguridad de estar en Jaffa cuando á la mañana siguiente se pusiera á la vista el vapor «Du Messageries maritimes,» pregunté á mis compañeros de viaje si se sentian con fuerzas para llegar á dicho pueblo aquella noche; y como todos me contestaran que si, nos despedimos de los reverendos padres, y volviendo á montar en nuestros caballos rompimos la marcha.

Gozando con la bella puesta del sol sobre el horizonte de Gaza, viendo pasearse delante y muy cerca de nosotros raposas y corzos, entramos á las ocho y media ó las nueve en el convento de Jaffa. Nuestra fatiga era muy grande, porque bajo una temperatura extremadamente alta habiamos hecho una jornada de trece leguas. Inmediatamente se presentó en mi busca el presidente fray Casto Amado, y con él, con el gobernador de Ramma, que por casualidad se encontraba allí, turco recalcitante, quien causando á todos asombro, me cedió la presidencia en la mesa, y con el capitán de

una goleta francesa que habia naufragado en el puerto pocos dias ántes hacia, pasamos ratos de grata conversacion.

II.

De nada me sirvió el esfuerzo que hize por llegar á Jaffa aquella noche, cansándome mucho y cansando á mi pequeña caravana; el dia 16 amaneció el mar alborotado, el vapor á la vista, pero sin atreverse á aproximarse al puerto y sin atreverse los de los lanchones á desamarrar siquiera. esto sucede en Jaffa siempre que el mar se embravece. El mar de Jaffa, ó como allí dicen, "el mar en que pescaba San Pedro," es horrible. Si las conquistas de la civilizacion, si las cortes europeas no obligan á la sublime puerta á arreglar aquella mortifera enseñada, siempre será esto un obstáculo para ir á Tierra Santa. Muchos son los que perecen al salvar los escollos próximos á la calle de la ciudad, único muelle que se presenta á las olas de tan embravecido mar. Yo, en la elevada azotea del convento, á sesenta metros sobre el nivel de la calle, abrazado al asta donde se iza la bandera de mi patria, para que no me arrancase el furioso huracan, contemplaba con honda pena aquel buque, que sin acercarse á donde yo estaba iba á partir para España. El huque hizo por su

parte cuanto pudo; capeó el temporal de babor y de estribor por ver si conseguia avanzar algo á tierra, pero todo fué inútil; las olas crecian. crecia el ruido y las nubes crecian. Rafael, que subió en mi busca, me dijo por consolarme sin duda:— "Que el paquebot se esforzaba por acortar la distancia que lo separaba del pueblo, y que aún podria yo embarcarme aquel dia." Yo al ver el cariz del mar me convencí de que no, y no me equivoqué; pues á las ocho tomó el buque su derrotero hácia Occidente y muy pronto desapareció, perdiéndose en la densa bruma que confundia el mar con el cielo.

III.

En Jaffa permaneci cuatro dias visitando otra vez sus apreciables monumentos y sus naranjales, que llaman "jardines," de una frondosidad, de una belleza y de un perfume fabulosos: recibí durante aquellos cuatro dias finos obsequios de algunas familias, que me llevaron á refrescar á sus casas de campo, construcciones orientales todas, palacios algunos, que rivalizan con los ensueños de los poetas árabes. Una tarde horrible de tempestad ví naufragar una goleta austriaca en la misma playa á cien pasos de nosotros: pero felizmente se salvó la tripulacion, que se refugió en el convento.

El 18 cruzó con rumbo á Constantinopla el va-

por-correo austriaco, en el cual se embarcó el joven sueco que habia hecho el viaje en mi compañía; yo tambien traté de embarcarme en él y hubiera visto el Tabor y el Carmelo, y las ruinas de Tiro y Sidon, y las altas cumbres del Líbano; pero me hicieron comprender los frailes que me faltaba tiempo para regresar á Madrid el dia en que yo habia dicho se me concluía la licencia.

El miércoles 20 me embarqué en el vapor ruso «Vladimiro», que navegaba con rumbo á Occidente, acompañándome hasta él fray Fray Francisco Argote, Abdallah y Rafael. A las cuatro de la tarde zarpó, y á las cinco perdí de vista la «Tierra Santa;» pero no la perdí de mi imaginacion; su recuerdo vivirá siempre conmigo, y las emociones que en ella recibí nunca se borrarán de mi alma.

IV.

En el «Vladimiro» fui hasta Alejandria, á donde llegamos el juéves 22, despues de haber tocado el miércoles 21 en Port-Said. En Alejandria tuve que esperar algunos dias, que empleé en visitar otra vez aquellos monumentos. Ya entonces se habian llevado á Inglaterra una de las dos agujas que en la orilla del mar formaban en otro tiempo la elegante entrada de los baños de Cleopatra, la que cuando yo estuve la primera vez en Alejandria se encontraba caída, y yo medí pasando por

encima de ella, resultando tener setenta y seis piés mios. La otra sigue plantada allí, donde la plantaron sus autores, donde pasó sus dias de grandeza, donde vió deslizarse muchos siglos y donde en mi juicio debian estar las dos.

El 25, Domingo de Ramos, me embarqué en un vapor inglés, muy pequeño por cierto, llamado Avocá, disfrutando en todo el viaje buen tiempo. El 28, á la una de la tarde, descubrimos las montañas de la «Calabria;» [á las tres cruzamos el canal de «Otranto,» entramos en el «Adriático,» y á las cuatro y media desembarcamos en «Brindis,» experimentando todos gran placer al pisar la Europa.

V.

El 29, á las nueve y cuarto de la mañana, de Brindis y á las nueve de la noche entré en Nápoles. Visité la catedral, el Vesubio, el Museo, las ruinas de Pompeya, las de Herculano, Sorrento, Pórtici, Regina, Torre de Grecco, Torre Anunciata y otros puntos curiosos de aquella bellísima ciudad, ninfa del golfo. El 30 por la noche salí de Nápoles, y el 31, á las ocho de la mañana, entré en Roma, en la majestuosa, en la solemne, en la histórica Roma. Visité el Vaticano, San Pedro, San Pablo, Santa María la Mayor, donde se conserva el «Pesebre de Bethlem,» que Santa Elena tras-

ladó allí, junto al cual se hallaba el sepulcro de «San Jerónimo.» Ví San Juan de Letran, la «Escala Santa,» trasladada también por Santa Elena, la cual subí de rodillas, único modo de que se permite subirla; ví el Capitolio, el Coliseo, el foro público, el foro de Trajano; recorri las catacumbas de San Sebastian, y cuantos monumentos principales abraza en sus seculares muros aquella eterna ciudad. No pude besar la mano al Sumo Pontífice Pio IX porque ya estaba enfermo. En el «Hotel di Stati Uniti,» donde me hospedé, puse el fin á mi diario; y desde allí, sin detenerme en parte alguna más que el tiempo que emplean en sus paradas los trenes, me dirigí á mi patria.

VI.

El día 2 de Abril, á las dos de la tarde, salí de Roma, y pasando algunas horas en Génova, en Niza, durmiendo en Cannes y permaneciendo cerca de un día en Marsella, entré en España el 5 á las seis de la tarde por Portús. El 5 dormí en Barcelona, saliendo el 6. El 6 dormí en Zaragoza, saliendo el 7. Y el 7 entré en mi pueblo, «Cervera del Rio Alhama,» á la una de la tarde. Aquella noche dormí en mi pueblo, en mi casa, y el lunes salí de él á las dos, también de la tarde, entrando el martes 9 en Madrid, donde tuve el inmenso placer de encontrar sin novedad á mi esposa, y de ver

realizadas las ilusiones concebidas en los primeros años de mi juventud, las nobles ilusiones de hacer un viaje al Egipto y á la Tierra Santa, á aquellas regiones orientales, cuna de la humanidad, templo de su prodigiosa redencion.

PARTE SEGUNDA.

DESCRIPCION.

Habiéndome propuesto consignar en la parte primera de este libro mis impresiones de viaje tal como fui recibíendolas en Tierra Santa, omití importantes detalles por no distraer la narracion, y reservé aquellos para esta segunda parte, en la que si bien sucintamente, estudiaremos los objetos más dignos de atencion en aquel venerable país, desvaneciéndose en lo que sea posible ciertas equivocaciones que sobre algunos lugares y aun sobre algunos sucesos tradicionales se abrigan en Occidente.

JERUSALEM.

Su posicion topográfica.—Su historia.—Su estadística moderna.

I.

En el punto más culminante de las montañas de Judea, á trece leguas de la costa oriental del Mediterráneo se extienden dos largos montes de de-

sigual altura, que separados uno de otro por un torrente casi de continuo seco, marchan paralelos de Norte á Sur, con una ligera inclinacion al Su- roeste. El más elevado de estos dos montes, el cual nace en la orilla oriental del torrente, es el célebre «Monte de las Olivas ó Monte Olivete»: el más bajo que corre en la parte occidental del terreno es el monte Akra: y el torrente es el «torrente Cedron.» El monte Akra se encuentra dividido en seis colinas, suaves ondulaciones de sus laderas, conocidas con nombres distintos; las cuales partiendo del torrente Cedron son por su orden: Monte Ofel, Monte Moriah, Monte Bezetha; estos tres confinan con el torrente y sobre ellos se alzan el Monte Akra, el Monte Sion, y el Monte Gareb: Pues bien: encima de estas seis colinas, ó sea en los montes Moriah, Akra, Sion y Gareb, ó más claro, en toda la ladera oriental del monte Akra, porque el nombre de Akra se dá á todo el monte en general y en particular á una de sus colinas, á la central, en la ladera oriental del monte Akra fué fundada la ciudad de Jerusalem.

El Calvario, ese célebre monte conocido en todo el mundo civilizado, no es más que una roca, un cabezo de nueve metros próximamente de altura que se levanta en la cumbre del monte Akra, ó mejor en la cumbre de la colina Gareb.

Hubo un tiempo, y este fué el tiempo en que vivió y murió Jesucristo, en que la ciudad de Jerusalem no ocupaba sino los montes Moriah, Bezetha, Akra y Sion, dejando fuera de sus muros en

la parte más alta el monte Gareb; y como el Calvario es una roca ó cabezo que corona la cumbre del monte Gareb, es claro que entónces el Calvario estaba fuera de la ciudad, y que desde los muros de la ciudad donde se abría la «Puerta judiciaria,» hasta el Calvario, mediaba una gran distancia ó un gran trecho de terreno poblado, y este terreno contenía el jardín ó huerto de José de Arimatea, donde segun costumbre oriental había construido este célebre personaje su sepulcro abriéndolo en la roca, el cual cedió para que en él dieran sepultura á su maestro, el divino Jesus. En época posterior se extendió Jerusalem por el monte Gareb y hoy el Calvario, y el Santísimo Sepulcro se encuentran dentro del casco de la poblacion.

Jerusalem... esa célebre ciudad, sagrada para los judíos, porque en ella existió el templo de Salomon, donde se veneraron durante muchos años el Arca de la Alianza y las Tablas de la Ley; sagrada para los musulmanes porque en ella se levanta la gran Mezquita de Omar, y sobre todo, sagrada para los cristianos porque en ella tuvo lugar la «Pasión de Cristo;» porque en ella murió y resucitó Jesus, operando con su sangre la redencion del género humano. Jerusalem... la santa, la tres veces santa, la princesa de las provincias segun la llama Jeremías; Jerusalem... ¡la maldita! porque sobre ella cayó un dia la maldicion de Dios... fué fundada por el rey y gran sacerdote Melquisedek en el año 2023 de la creacion del mundo; esto es,

1,981 años ántes del nacimiento de Jesucristo. Y como si esta ciudad fuera desde su principio el punto objetivo, el émulo de todas las naciones, de todos los ejércitos, de todos los genios guerreros, á derribar sus muros, á apoderarse de ella han corrido en todo tiempo los conquistadores de todos los países. Diez y siete veces ha sido destruida Jerusalem, y otras diez y siete veces ha sido reconstruida sobre el mismo lugar y con las mismas piedras; por manera que la ciudad que con tanta veneracion contemplamos hoy, no es la ciudad que fundó Melquisedek, es la décimasétima ciudad que se levanta sobre aquel terreno. Sin embargo, al traves de sus diez y siete destrucciones; al traves de sus diez y siete reconstrucciones; al traves de tantos cientos de años como sobre ellas pesa, ha querido la Providencia conservar monumentos de todas las épocas para consuelo del viajero que tan duro viaje acomete por contemplar de cerca, por arrodillarse una vez en su vida y por imprimir un beso en la roca que recogió las lágrimas de María, en la roca que se santificó con la sangre de Cristo. Sí; de sus primitivos tiempos, del tiempo de Melquisedek ó de Sem, primogénito de Noé, que segun algunos no es otro que Melquisedek, se conserva su sepulcro; del tiempo de Abraham contemporáneo de Melquisedek, se conserva la era de Hornan, en la que obedeciendo á Dios, se propuso sacrificar á su hijo; y en la ciudad de Hebron, á seis leguas de Jerusalem, existen los sepulcros

del mismo Abraham, de Isaac y de Jacob; del tiempo de Job resta debajo de Sion el pozo de Neemías; del tiempo de David su fortaleza, su torre, «Turrís Davidica,» y la tumba en que descansan sus cenizas; del tiempo de Salomón los «colosales cimientos de su templo y tantas bascas y tantos acueductos y tantas cisternas» como construyó para proveer de agua á la gran ciudad; del tiempo de Jesucristo, de aquel santo tiempo poseemos tantos y tan venerables monumentos, ricos tesoros, sin contar el Calvario ni el Sepulcro, en los que absorbo el hombre en plácidos recuerdos, cree escuchar la voz del que con su palabra perdonaba las adúlteras, convertía en vino el agua, calmaba las tempestades, curaba los enfermos, resucitaba los muertos, llamaba hácia sí los pobres, y en todo corazón desvalido, y en toda alma afligida sembraba la tranquilidad y la ventura.

Cristianos de nuestro siglo, id á Jerusalem..... que aún encontrareis en él sublimes restos de todos los siglos; restos de la época de Jesucristo, restos de su fundación; que las escenas ocurridas allí son de tal naturaleza, son de un orden tan elevado, que sobre ellas pasan el tiempo y las grandes revoluciones sociales, sin que las grandes revoluciones sociales ni el tiempo puedan borrar la huella que dejaron impresa sobre la tierra.

II.

Jerusalem fué fundada, como hemos dicho, por el rey y gran sacerdote Melquisedek en el año 2023 de la creación del mundo, que equivale al 1981 ántes del nacimiento de Jesucristo. Entónces Jerusalem no ocupaba más que los montes Moriah y Akra, y su fundador le dió el nombre de Salem, que quiere decir paz. Cincuenta años despues, ó sea en el 1931 ántes de Jesucristo, cayó en poder de los jebuseos, descendientes de Jebus, hijo de Canaham, quienes construyeron sobre el monte Sion una fortaleza, á la que llamaron Jebus en memoria de su padre; y uniendo luego los nombres Jebus y Salem tomó la ciudad el de Jebusalem, vivion de paz, que adulterado despues se convirtió en Jerusalem.

En el año 1607 ántes de Jesucristo entró el pueblo de Israel en la «tierra de promision» y arrojó á los jebuseos de la ciudad de Jerusalem, si bien éstos conservaron la «ciudad de Sion.» En el año 1047 ántes de Jesucristo se apoderó David de Jerusalem, estableció su morada en la fortaleza de Sion, y el monte Sion tomó entónces el nombre de «Ciudad de David.» En Jerusalem llegaron á su apogeo la agricultura, la industria, el comercio, las artes y el lujo en tiempo de Salomón; pero muerto este rey decayó rápidamente, y cuando quedó reducida á dos tribus por haber arrastrado

en pos de sí las restantes Jeroboan, separado de Roboan, gimió la ciudad durante tres siglos víctima de las invasiones de los egipcios, de los filisteos y de otros muchos pueblos. En el año 606 la tomó Nabucodonosor, quitó del trono á Joachim y puso en él á Sedecias, de la dinastía de David; mas las revueltas habidas entre estos reyes llamó la atención del mismo Nabucodonosor, quien en el 599 envió de nuevo su ejército contra dicha ciudad, destruyó el templo y se llevó al pueblo judío cautivo á Babilonia. «El templo de Salomon» fué destruido 470 años 6 meses y 10 días despues de su fundacion.

Habiéndose alzado el valiente imperio persa sobre las ruinas del crapuloso imperio babilónico, el gran Ciro, primer emperador persa, dió libertad al pueblo judío en el año 529, y permiso para que regresara á su país. Levantándose á su vez el imperio macedónico, sobre el ya gastado imperio persa, visitó Alejandro Magno á Jerusalem en el año 421 ántes de Jesucristo y la colmó de privilegios; pero muerto este caudillo sufrió aquella ciudad los estragos de la guerra producida diferentes veces por los sirios y los egipcios. En el 305 cayó en poder de Ptolomeo Soter, rey de Egipto. En el 160 recobró su independendencia, gracias al esforzado valor de los macabeos. Por fin la Palestina sucumbió ante el victorioso pabellon romano, y en el año 63 Pompeyo el Grande nombró para representar su autoridad en aquel país un goberna-

dor llamado Sucarus. En el año 19 Herodes e Grande, valiente general de la córte de Hircan, se apoderó de la Judea, fijó su trono en Jerusalem, llenó de monumentos la ciudad, y en el último período de su reinado nació Nuestro Señor Jesucristo, año 4004 de la creacion del mundo.

Herodes el Grande fué quien mandó matar á los inocentes, y él murió encontrándose la Santa Familia en Egipto. Herodes el Grande murió dejando tres hijos, que fueron: Arquelao, Filipo y Herodes Antipas; Arquelao sucedió á su padre mientras que Herodes Antipas obtuvo la Ethnarquia de la Galilea y la Perea. Este Herodes Antipas es el que mandó matar á San Juan Bautista y el que en la célebre noche de la Pasion envió Jesucristo á Pilatos. Habiendo acusado de tiranía los judíos á Arquelao ante el César Augusto, lo desterró éste á las Galias y la Ethnarquia fué unida á la prefectura de Siria. Desde aquel tiempo Jerusalem se encontró regida por gobernadores romanos, que ejercian la justicia en la torre Antonia, ó sea en el Pretorio y en el Lithóstrotos, siendo Poncio Pilatos el décimosexto de estos gobernadores y el que condenó á muerte á Jesucristo, si bien se lavó las manos de aquella sentencia. En el año 37 era rey de la Judea Herodes Agripa, nieto de Herodes el Grande; Herodes Agripa hizo matar á Santiago el Mayor, aprisionar en lóbrego calabozo á San Pedro, librado de él por un ángel, y cerrar el Calvario y el monte Bezeta por un nuevo muro, dejándolo todo dentro de la ciudad.

Llegó el momento terrible de Jerusalem; llegó el instante supremo de que se cumpliera en los judíos la maldición que sobre si habían lanzado ellos mismos: «Caiga su sangre sobre nuestras cabezas y sobre las cabezas de nuestros hijos,» dijeron, y viéndolo aún muchos de los que tal anatema pronunciaron, iba éste á realizarse sobre la tierra. En el año 70 sitió Tito á Jerusalem, y aquel sitio fué el más horroroso de que nos hablan las historias de todos los países del mundo. En aquel sitio, que tuvo por fin la ruina de Jerusalem y del templo, murieron de hambre doscientos mil judíos; en cuarenta y seis dias sacaron por una sola puerta de la ciudad ciento quince mil ochocientos ochenta cadáveres; y el hambre llegó á tal extremo, que se comían el cuero de los calzados y de los escudos; que se comían lo más súpico que puede imaginarse; que una madre, ¡aterra el decirlo! mató ella misma y se comió á su propio hijo. Por último, noventa y nueve mil doscientos judíos quedaron prisioneros de guerra, de los cuales unos fueron asesinados, otros reservados para el triunfo de Tito, otros para divertir con su suplicio al pueblo romano, y otros se sacaron á pública venta, dándose treinta de ellos por una moneda. ¡Qué coincidencia! por treinta monedas compraron los judíos á Cristo, y ellos fueron comprados ca la treinta por una moneda! Algunos desgraciados, algunos criminales de los mismos, que al pié del Lithóstrotos lanzaron el espantoso anatema pidiendo que

sobre ellos y sobre sus hijos cayera la sangre de Jesus, vieron cumplido aquel sobre sus propias cabezas; mil ochocientos y tantos años despues, lo vemos nosotros cumplido sobre las cabezas de sus hijos! ¡Qué pueblo tan obcecado! La historia de los hijos de Judá es una historia de milagros; pero los hijos de Judá tienen sin duda vendados con satánica venda los ojos del sentimiento y de la razon.

Reedificada Jerusalem, volvió en el año 136 de la era cristiana á ser arrasada por Adriano, que construyó sobre las ruinas de la antigua ciudad una nueva, á la que dió el nombre de «Elia Capitolina;» esculpió un puerco en la puerta que va á Bet'lem, y prohibió terminantemente la entrada en ella á los judíos, aunque algunos historiadores afirman que se les permitia una vez al año ir á llorar sobre los escombros de su antigua grandeza.

En el año 326 Santa Elena, madre del emperador Constantino, sacó el cristianismo de las catacumbas de Roma; volvió á su verdadero Dios Jerusalem, que se habia hecho pagana; le devolvió su nombre de Jerusalem, que casi se habia olvidado por completo, y construyó magníficos templos, que abrazaban los Santos Lugares de la Pasión de Cristo. Bajo el pontificado de San Gregorio el Grande se fundó allí un Convento de benedictinos, un hospital para los enfermos, y un hospicio para los viajeros. Aun no habian termina-

do las amarguras de Jerusalem, no: inmenso tenia que ser su castigo, porque inmenso habia sido su crimen. En el año 614 Cosroes II, emperador de Persia, entró en esa ciudad incitado y aun ayudado por veintiseis mil judíos; destruyó la poblacion, especialmente los templos cristianos, hizo multitud de prisioneros, vendiendo ochenta mil á los judíos, casi todos los cuales fueron sacrificadas por éstos. Heraclio, emperador romano; derrotó á Cosroes en 627, y reconquistando la verdadera Cruz, arrebatada por el caudillo de los persas, la devolvió á Jerusalem. En vano trató este emperador de reunir los judíos, diseminados ya por diversos países, y reedificar el templo de Salomon; los hombres trabajaban con palas y picos de plata, y las mujeres, vestidas de gala, llevaban en sus faldas los materiales; pero abrazadoras llamas, globos de fuego brotaban de la tierra y ensamian la obra de Heraclio. Vencido Heraclio por los árabes en el año 636, y siendo éstos ya señores de la Siria y de la Persia, sitiaron á la Ciudad Eterna; mas el patriarca Sofronio, puesto á la cabeza de los cristianos, hizo una defensa tan heroica, que si no logró la victoria, consiguió al ménos una honrosa capitulacion constando en sus bases que el califa en persona y no otro habia de firmar el tratado, en cumplimiento de lo cual el célebre Omar segundo sucesor de Mahoma, marchó desde Medina, donde se hallaba, acompañado solo de algunos caballeros, y estampó su firma en dicho tra-

tado, obligándose á dejar en pié los templos de los cristianos, y concediendo á éstos la libertad de rendir en ellos su culto. Desde entonces el culto cristiano de Jerusalem, su paz y su tranquilidad, dependieron caprichosamente del buen ó mal carácter de los califas, siendo el mejor período el del célebre Harun-al Raschil, en cuyo tiempo Carlo Magno envió grandes sumas para reconstruir los templos cristianos y fundar un convento que sirviera de albergue á los peregrinos católicos. Los fatimitas y los seljukidas se manifestaron crueles con los cristianos de Jerusalem; pero sonó en el mundo la humilde voz de Pedro el Ermitaño, y el Oriente y el Occidente cambiaron de aspecto ante su acento. El sentimiento religioso brotó potente en Europa, y miles y miles de caballeros, y miles y miles de plebeyos, poniéndose en el pecho la cruz, enseña de su heroica mision, se lanzaron sobre la Palestina á arrancar del poder de los musulmanes los Santos Lugares donde se operó la redencion del género humano. El 15 de Julio de 1099 entraron los cruzados en Jerusalem; engrandecieron la religion cristiana; fundaron templos cuyos magníficos restos dan hoy testimonio de su pasada grandeza; pero en el año 1186 terminó el poder de los cruzados en la Tierra Santa, siendo ésta tomada por el célebre Salah-ed-Dino ó Saladino. En el año 1219 los frailes menores guiados por San Francisco de Asis se establecieron humildemente en Jerusalem edificando

varios conventos. Un convenio celebrado en 1229 entre Federico II emperador de Alemania y Melek-el-Kamel restituyó Jerusalem á los cristianos, mas bien pronto el príncipe de Kara aprovechándose de la debilidad del sultan de Damasco se hizo dueño de la ciudad santa, y demolió las murallas y castillos erigidos por los cruzados. En el año 1310, siendo fray Rogelio Guarino superior de los conventos de Tierra Santa, y siendo muy querido del soldan de Babilonia, ensanchó uno que en el monte Sion, junto al Cenáculo habia fundado San Francisco, en el que se establecieron los hermanos.

Después de nuevos y repetidos ataques que Jerusalem sufrió, originados por varios califas, en 1517 pasó con toda la Siria á la dominacion del sultan Selim II; y desde entonces aunque tiene un pachá que la gobierna, este pachá depende del pachá de Damasco, así como el pachá de Damasco depende del sultan de Constantinopla.

Para concluir tan sucintos apuntes históricos de la Ciudad Eterna, digamos que dicha ciudad ha tenido dos ensanches, y por lo tanto tres órdenes de murallas, á saber: 1.^o, muralla construida por los jebuseos y fortificada por David y Salomon, cuya muralla contaba sesenta torres; 2.^o, aumentada la poblacion, hubo que construir un nuevo muro de más ensanche, el cual se levantó en tiempo de los reyes de Judá, y contaba catorce torres; 3.^o, fué construida por Herodes. A gri-

pa, quien abrazó dentro de ella el monte Calvario y Santo Sepulcro, diez años después de la muerte de Jesucristo, bajo el imperio de Claudio; si bien algunos atribuyen este nuevo ensanche á Adriano. Dicho muro contaba noventa torres.

III.

Hoy Jerusalem es una ciudad de calles estrechas, casi siempre solitarias y siempre sucias. Desde que en ella se han cumplido las profecías, sobre ellas bate sus alas la más profunda tristeza. Jerusalem, que acepta la forma de un trapecio irregular, tiene hoy cuarenta mil habitantes, y se encuentra rodeada de un alto muro en el que se abren siete puertas. La atraviesan tres calles principales y se halla dividida en cuatro cuarteles muy distintos entre sí. En esta ciudad germinan diferentes creencias religiosas y existen varios establecimientos de enseñanza y de caridad, todo lo cual explicaremos por orden. Las murallas que rodean á Jerusalem, obra del sultan Soliman que reinó en el año 534, son de grandes piedras sillares, tienen dos metros de espesor por trece de altura y están defendidas por ancho y profundo foso en aquellos trayectos en que no las escudan los precipicios naturales, como sucede por la parte del valle de Josaphat.

Las siete puertas que dan entrada á Jerusalem

son: al Norte, la Puerta de Damasco y la Puerta de Herodes; al Este, la Puerta de San Estéban y la Puerta Dorada; al Sur, la Puerta de los Africanos y la Puerta de Sion, y al Oeste la Puerta de Jaffa. La Puerta de Damasco es llamada por los indígenas Bab Esch-Cham ó Bab El-Aamud, Puerta de la Columna; la Puerta de Herodes Bab Ez-Zarri, Puerta de las flores; la Puerta de San Estéban Babes Sitti-Mariam, Puerta de Nuestra Señora María; la Puerta Dorada Bab El-Darahie; esta puerta por la que entró Jesucristo el Domingo de Ramos, se halla tabicada con fuerte muro, porque creen los musulmanes que por ella tomarán un día los cristianos á Jerusalem. La Puerta de los africanos Bab-Em-Mogharbheh; la Puerta de Sion Bab Es-Sahium, y tambien Bab En-Nebi-Daud Puerta del Profeta David; la Puerta de Jaffa Bab El-Kalil puerta de Hebron porque conduce á esta ciudad, así como á Jaffa y á Bethlem. En rigor, las puertas que hoy cuenta Jerusalem no son más que cuatro: La puerta de Damasco Bab Esch-Cham ó Bab El-Aamud, la Puerta de San Estéban Babes Sitti-Mariam, la Puerta de Sion Bab El-Sahium y la Puerta de Jaffa Bab El-Kalil. La Puerta Dorada Bab-Darahie no debe contarse entre las puertas, porque, como hemos dicho, está cerrada con un muro; la Puerta de Herodes Bab Ez-Zahhri, conocida antiguamente con el nombre de Puerta de Efraim, y la Puerta de los Africanos Bo Em-Mogharbheh, llamada anti-

guamente Puerta esterquilinaria ó de las inmundicias, son dos portillos pequeños y muy poco frequentados: la Puerta esterquilinaria es la puerta por donde los judios entraron á Cristo en Jerusalem la noche en que lo llevaron á casa de Anás despues de haberlo prendido en el huerto de Gethsemani.

Las cuatro secciones ó cuarteles en que se divide la ciudad son:—El primer cuartel, ó cuartel de los cristianos, que ocupa la parte Norte, y en el que se enueñtran los principales lugares cristianos, como el templo del Santísimo Sepulcro, el convento de San Salvador, el Palacio del patriarca latino, Casanova, y el palacio del patriarca griego.—El segundo cuartel, que ocupa la parte Suroeste, y contiene el monte Sion, en cuya cumbre se alzan el Cenáculo, las casas de Anás y de Caiás, y el gran convento ó patriarcado de los armenios.—El tercer cuartel, ó cuartel musulman, que ocupa la parte Noreste, y encierra la residencia del pachá, la célebre mezquita de Omar, la iglesia de Santa Ana, el establecimiento de Damas de Sion y el hospicio austriaco, destinado á recibir los peregrinos de dicha nacion.—El cuarto cuartel, ó cuartel de los judios, que ocup^a la parte Sureste, es la parte más sombría y ménos sana de la ciudad; es un laberinto de estrechas, oscuras y sucias calles, donde se levantan sus casas con tan pequeñas puertas, que no parecen puertas, con ventanas tan mezquinas que no parecen ventanas: y en

aquella gran cloaca, casi sin luz, casi sin aire, ven deslizarse su triste vida miles de familias, que sin darse cuenta de ello, gimen víctimas de una terrible sentencia que les legaron sus padres.

Entre las muchas calles que surcan Jerusalem citaremos tres como principales, advirtiéndole que estas tres calles solo pueden llamarse principales allí, donde todas son corredores estrechos y asquerosos, oscuros túneles de mal olor; que en una ciudad cualquiera de Europa las tres principales calles de la Ciudad Eterna pasarian por malas callejas ó travesías. Las tres principales calles son, pues: Arat Bab-el-Amud, que comienza en la Puerta de Damasco y atraviesa la ciudad de Norte á Sur: Suk El-Kebiz, la calle del Bazar, que se dirige de Occidente á Oriente: Harat El-Atalam, la Via dolorosa ó calle de la Amargura, que comienza en la puerta de San Estéban y termina en el Calvario.—Algunas de las calles de segundo orden poseen tambien nombre, aunque sus nombres no aparecen escritos en parte alguna, y son, por ejemplo: Harat El-Mulsmíns, calle de los Turcos; Harac El-Asman, calle de los Armenios; Harat El-Yud, calle de los Judíos; Harat Bab-Hotta, calle próxima al templo; Harat El-Mograbe, calle de los Berberiscos; Harat El-Zahara, calle de la Flor; Harat El-Nasarg, calle de los Cristianos; esta calle es pendiente con revueltas, y conduce desde Casa-nova al templo del Santísimo Sepulcro.

Si ahora tendemos una mirada por el censo de la poblacion, encontraremos que los habitantes de

la Ciudad Eterna se encuentran divididos á la vez por su patria y por su religion. Insertamos el cuadro que presenta en su Guía el P. Livinio, no porque sea exacto, pues se halla muy distante de ello, sino porque de él puede deducirse aproximadamente la proporcion que guardan entre sí los habitantes de distintas creencias y de distintos países.

CUADRO DE LIVINIO.

CLASIFICACION DE LA POBLACION BAJO EL PUNTO DE VISTA RELIGIOSO.				
Judíos.....	Cristianos	Católicos romanos.	Judíos.....	12,000
			Latinos.....	1,600
			Griegos unidos.....	35
			Armenios unidos..	5
	Sectas cristianas		Griegos no unidos.	2,800
			Armenios no unidos.....	510
			Coptos no unidos.	130
			Etiopes no unidos.	75
			Sirios no unidos...	15
		Protestantes.....	300	
Musulmanes.....				7,560

El número de habitantes que hoy tiene Jerusalem, segun datos que allí mismo me han suministrado personas fidedignas, las más autorizadas para tener conocimiento del movimiento de la poblacion, asciende por lo ménos á cuarenta mil; siendo el pueblo que más ha crecido el hebreo ó judío el cual sube hoy á veinte mil habitantes. La Ciudad Eterna cuenta dentro de sus muros muchos

establecimientos de enseñanza, correspondientes á los patriarcados latino, griego y armenio; nosotros nos ocuparemos solo de los pertenecientes al patriarcado latino. los cuales son: una iglesia parroquial griega unida; una iglesia parroquial latina, la del convento de San Salvador, servida por los frailes franciscanos; tres conventos franciscanos, llamados de los padres de Tierra Santa, á saber, el de San Salvador, donde residen el custodio, que es siempre italiano, el procurador que es siempre español, y el vicario que es siempre francés; el convento que hay dentro del templo del Santo Sepulcro, y el convento de la Flagelacion, situado en la calle de la Amargura; dos hospicios ú hospederías para los peregrinos, que son: Casanova, hospicio franciscano para los peregrinos de todas las naciones; el hospicio austriaco, fundado únicamente para los peregrinos de Austria, y un hospital llamado de San Luis para hombres y mujeres, servido por las Hermanas de San José de la Aparicion.

Las casas de educacion son las siguientes: dos escuelas de San Salvador, dirigidas por los reverendos padres franciscanos, las dos para jóvenes varones, una de las cuales es de primera enseñanza y la otra superior en la que se explican diferentes idiomas, con especialidad el árabe; otra escuela para las huérfanas, cuya direccion tiene á su cargo el reverendo padre Alfonso de Ratisbone. Para las niñas existen los siguientes estableci-

mientos: una escuela bajo la direccion de las «Hermanas de San José de la Aparicion;» otra bajo la direccion de las «Damas de Sion;» un «establecimiento parroquial» de los reverendos padres franciscanos, dirigido, bajo la presidencia del cura párroco, por Mad. Angelina Benedetti, hermana de la Tercera Orden de San Francisco, y otro «establecimiento» de la misma índole, dirigido por madama Ana Saxe, hermana tambien de la Tercera Orden de San Francisco. Los artesanos tienen igualmente una casa donde aprender oficios, dirigida por los reverendos padres de San Salvador. Existen además y lo consignamos aquí aunque no sean centros de enseñanza, una imprenta católica y una farmacia general. Terminaremos haciendo mencion del convento de monjas carmelitas, llamadas del «Pater noster,» fundado por la princesa de la Tour de Auvergne en la cumbre del monte Olivete, cerca del lugar donde Jesucristo enseñó el Padre nuestro á los Apóstoles.

Ya que de Jerusalem hablamos, y puesto que Jerusalem se halla en poder de musulmanes, ocupémonos un instante de ese pueblo especial, bien poco conocido en España. Los árabes en general, y por lo tanto los árabes que habitan en la Palestina, se dividen en árabes errantes ó beduinos, cuya patria es el desierto, cuyas ciudades son tiendas ó chozas, y cuya ocupacion el robo y el asesinato, y en árabes de la poblacion, cuya civilizacion muy superior á la del beduino, no llega á la de los

Europeos. La religion de los árabes es el Islamismo, resignacion á Dios, y sus libros sagrados tres: el Koram, el Sunna y el Omer Neseh; el Koram, escrito segun unos musulmanes por Dios, y bajado á la tierra en capítulos sueltos por el ángel S. Gabriel, quien los entregó al gran profeta Mahoma, y escrito segun otros musulmanes por el mismo Mahoma, se compone de ciento catorce suras ó capítulos, y es el código civil y religioso de aquellos. El Sunna, tradicion, contiene los consejos y máximas orales del Profeta, y el Omer Neseh, compuesto de cincuenta y ocho artículos, es un resumen de la creencia religiosa de los musulmanes. Los musulmanes reconocen la existencia de Dios, á quien llaman Allah, y la de Mahoma, á quien creen el Gran Profeta, enviado por Dios á la tierra. Mahoma, autor y predicador de esta doctrina, fué hijo de Abdallah y de Amina, nació en la Meca y dió á conocer su nueva religion en el año 622, en el cual comienza la Egira, era por donde computan el tiempo los musulmanes.

Los funcionarios del culto en el pueblo musulman son los siguientes: primera autoridad religiosa, civil y militar el Sultan, emperador de Turquía, residente en Constantinopla, á cuyo gobierno se da el nombre de Sublime Puerta. El Sultan comunica sus órdenes al Mufti, que hace ejecutarlas. Despues continúan los Ulemas, los Imanes y los Derviches. Los Ulemas se dividen en Cheikhs, ó sean predicadores, y en Catibes, encargados de

hacer la oracion pública. Los Imanes se dividen en Muezzins, encargados de llamar á la oracion desde lo alto de los minaretes, y en Kaims, encargados del órden interior de las mezquitas. Los Derviches son religiosos mahometanos que constituyen varias corporaciones, y los Medresses ciertos colegios donde los funcionarios del culto musulman adquieren durante largo tiempo los conocimientos necesarios para el desempeño de sus respectivos cargos.

Generalmente se cree en España, y yo por mi parte trato de desvanecer este error, que los musulmanes aborrecen la religion de Cristo. Hoy no sucede tal cosa, al ménos en cuanto á los musulmanes de la Palestina, que son los que yo he tratado, los que yo he estudiado y de los únicos que me propongo hablar. Estos reconocen á Mahoma como primer profeta, como el Enviado de Dios á la tierra; pero si no veneran respetan á Cristo, y le llaman el espíritu de Dios, así como llaman á Maria Santísima «la más grande y la más santa de las mujeres.» Durante mi viaje de Jerusalem al Jordan me dijo con candor aquel esbelto jóven de quien he hablado varias veces, Hassan, el cabbas del cónsul español:—D. Manuel, nosotros somos mejores que ustedes, porque ustedes solo creen en Jesus y en Maria, y nosotros creemos en todo, en Jesus, en Maria y en Mahoma.» Esto se desconoce por lo comun en nuestra patria, así como tambien se ignora la tolerancia con que hoy tratan á

los cristianos, que en los diferentes santuarios, en la calle de la Amargura, por ejemplo, se arrodillan para besar el pedazo de tierra en que cayó Jesus con la cruz á cuestas. No respetan tanto ciertamente, y lo digo con dolor, algunos españoles el culto cristiano que rinden, sus compatriotas! Bien sé que antiguos viajeros, como Fray Antonio del Castillo, autor de El devoto peregrino, D. Francisco Guerrero, maestro de capilla en Sevilla, y el más antiguo que éstos Cristiano Adricomio Delpho se lamenta en sus obras del mal trato que algunas veces recibieron de los musulmanes; pero forzoso es convenir que desde entónces hasta la época en que yo he tenido el placer de visitar los Santos Lugares, han ganado mucho los musulmanes en tolerancia: y despues de todo, aún en aquellos tiempos bárbaros á que se refieren los citados peregrinos, es necesario convenir en que todos los que fueron á Tierra Santa, todos volvieron á su casa, mientras que entónces mismo muchos viajeros sucumbian asesinados en los caminos de la culta Europa. No hablamos para nada de los beduinos, de los hijos del Cedar, de esa gente misteriosa que entónces y ahora roban y asesinan, porque segun ellos creen tienen derecho para hacerlo, cuyo derecho suponen encontrar en un versículo de la Biblia que dice: «las manos de todos contra ellos, y sus manos contra todos; y frente á frente de sus hermanos plantaron sus tiendas.»

Concluyamos sentando una tesis no conocida

tampoco en nuestra patria. El gobierno del sultan, despótico en principio, es en la práctica muy tolerante, al ménos para la Palestina con relacion á los cristianos; y los frailes católicos de todas las naciones, que tienen á su cargo la custodia de los Santos Lugares, yo lo he visto, se lo he oido decir á ellos mismos, alzaban durante la guerra turcorusa sus votos al cielo para que vencieran los turcos, porque los rusos protestantes y los armenios y los griegos cismáticos, son los enemigos mortales que allí tiene el catolicismo; porque abrigan el convencimiento, que yo tambien he traído de aquel país, de que si los rusos hubieran obtenido una completa victoria sobre los turcos, hubiera desaparecido el catolicismo de Tierra Santa. Estos convencimientos quizá extraños, antilógicos quizá al parecer, pero verdaderos, solo pueden adquirirse en el trato íntimo con los reverendos padres de aquella venerable tierra, respirando su atmósfera, y sobre el mismo terreno donde se realiza la sorda, constante lucha de sentimientos patrios y de creencias religiosas.

LA BASILICA

DEL SANTÍSIMO SEPULCRO.

Los cruzados — Historia del templo. — Su descripción. — Monumentos que encierra. — Caverna donde apareció la cruz de Cristo. — El Calvario. — El Santísimo Sepulcro.

I.

Saliendo del convento de San Salvador y tomando una calle, Harat el-Nasara, calle de los Cristianos, pendiente y que forma una gran curva, pero sin duda la más limpia y mejor empedrada de Jerasulem, se llega á una plaza cuadrada que se encuentra á mano izquierda, donde algunos árabes y algunos griegos venden objetos de bisutería oriental, cuya plaza ofrece en su frente la fachada de la basílica del Santísimo Sepulcro: majestuosa fachada de piedra sillar de estilo románico, aunque conserva algún recuerdo de bizantino; monumento sublime, resta grandioso de aquellos hombres que levantándose á la humilde voz de un ermitaño, empuñaron la espada, y con la fé en el corazón y la cruz en el pecho se lanzaron á países lejanos con el alto fin de arrancar los Santos Lugares del poder musulmán; restos de aquellos héroes inmortales que concibieron y realizaron uno de los

pensamientos más grandes para las creencias religiosas, para la cultura humana; y sin embargo, á quienes la mezquina, la cínica y vil filosofía del siglo diez y ocho ridiculizó con el nombre de locos. La basílica del Santísimo Sepulcro tiene dos puertas, la de la derecha entrando, que se halla tabicada con grueso muro, y la de la izquierda por la que se penetra en el templo. Sin embargo, antes de traspasar nosotros aquellos umbrales, digamos dos palabras acerca de su historia.

Desde que murió Jesucristo ni un solo día han dejado los cristianos de visitar y adorar el Calvario y el Santísimo Sepulcro; el sitio de la ciudad por Tito cartó durante algún tiempo esta oración, pues conocedor San Simeon, obispo de Jerusalem, de que llegaba la época del cumplimiento de la justicia divina, marchó con todos los cristianos á Pella, ciudad que se levanta á la otra parte del Jordan, donde permaneció todo el tiempo del bloqueo. Aún humeaban las ruinas de la ciudad deicida cuando regresó á ellas San Simeon con los cristianos, y entónces principiaron frecuentes visitas de diferentes países á los Santos Lugares. En el año 136 el emperador Adriano desplegó un furor inconcebible contra los Santos Lugares; cubrió de escombros y de estiércol la roca en que se abre el Santísimo Sepulcro, plantó una estatua de Venus sobre el Calvario y otra de Júpiter segun unos, y de Adonis segun otros, sobre el Santísimo Sepulcro; pero ni esta horrible profanación ni la ensa-

ñada persecucion contra los adoradores de Cristo logró impedir que éstos veneraran aquel sacrosanto recinto, pues no pudiendo verificarlo de cerca lo veneraban de léjos, pero lo veneraban.

En el año 327, librando Constantino al cristianismo de la persecucion que desde su origen venia sufriendo, puso sus miras sobre Jerusalem, y su madre Santa Elena ayudada en su gran obra por el obispo de la Ciudad Eterna San Macario, derribó las estatuas de Vénus, de Júpiter ó Adonis, limpió de escombros el Calvario y el Santísimo Sepulcro, y construyó un templo que comprendia bajo sus naves el monte Calvario, el Santísimo Sepulcro y cuantos lugares santos rodean á estos dos principales; siendo tal la magnificencia de dicho templo, que escritores de aquella época dicen al describirlo: «Que producía el mismo brillo que un mar de oro.» Pero este templo de preciosas maderas, de ricos mármoles y de metales preciosos, fué completamente arrasado en el año 614 por el feroz Cosroes, segundo rey de Persia, quien además se llevó consigo la cruz en que Cristo exhaló el último suspiro. Por uno de los inexcusables designios de la Providencia, la esposa de Cosroes, cristiana y hermana de Mauricio, emperador de Constantinopla, se dedicó á proteger la Tierra Santa, y á su sombra un monje llamado Modesto, despues Obispo de Jerusalem, logró construir en quince años, no un grandioso templo como el de Santa Elena, sino cuatro pequeños santua-

rios, que comprendian separadamente, uno en el Santísimo Sepulcro, otro el Calvario, otro la Cisterna donde apareció la Santa Cruz, y otro el punto en que estaba la Virgen cuando colocaron en sus brazos á su Divino Hijo muerto; cuyos santuarios se conocian con los nombres de «Iglesia de la Resurreccion, Iglesia del Gólgota, Iglesia de la Invention de la Cruz é Iglesia de la Virgen.» Destruídos á su vez estos cuatro santuarios por el califa Hakem en el año 1010, dió sin embargo, este mismo califa en aquel año permiso para que los edificaran: hábiles arquitectos formaron los planos; peregrinos de todos los países del mundo cristiano acudieron allí llevando oro y plata, y los santuarios fueron reconstruidos en la forma que últimamente tenian; esto es, uno para cubrir cada uno de los cuatro Santos Lugares.

Cuando los cruzados tomaron á Jerusalem, se encontraban los Santos Lugares en el estado en que acabamos de describirlos; Godofredo de Bullon estableció en el Santo Sepulcro veinte canónigos con buenas dotaciones, y en el 1130 levantaron el templo que hoy se conoce, comprendiendo dentro de sus muros todos los Lugares Santos, que estaban, ó al campo raso, ó abrigados por pequeñas ermitas independientes las unas de las otras. Al marchar los cruzados de Jerusalem, marcharon tambien los canónigos, y los Santos Lugares quedaron abandonados sin luces y sin culto, hasta que en el año 1219 llegaron á ellos los frailes menores con

su fundador San Francisco de Asís; y pasando grandes trabajos, y sufriendo persecuciones y aun el martirio, comenzaron á establecer el culto en aquella venerable tierra. En el año 1230 Gregorio IX nombró á los frailes franciscanos guardianes de Tierra Santa, si bien no tomaron posesion de semejante privilegio hasta el 1244. En 1342 declaró Clemente VI á los frailes franciscanos guardianes á perpetuidad del Santo Sepulcro por la bula «Nuper Carissimi.» En 1555 fueron los frailes franciscanos arrojados por los musulmanes del convento que poseian en el Cenáculo, autorizándoles para edificar el de San Salvador, en que habitan, y aquel año construyeron tambien una gran cúpula sobre el Santo Sepulcro, la cual sucumbió victima de un voraz incendio en el año 1808, poco despues de haberla visitado el autor de «El Genio del Cristianismo.» Por último, los griegos no unidos alcanzaron del Sultan á fuerza de oro el permiso para reconstruir aquella cúpula; la reconstruyeron en efecto, de piedra sillar, aunque sin adornos, grande, majestuosa y sublime; esta es la cúpula que ahora existe, y esta es la que yo he tenido la honra de contemplar todos los dias durante mi permanencia en Jerusalem.

II.

Penetremos ya en la Basilica del Santísimo Sepulcro; en esa gigantesca mole de piedra labrada, en ese templo sombrío, el primero del mundo en extension material y en importancia histórica y religiosa. Si la puerta está abierta, lo que por obligacion sucede los sábados, se entra en él de balde y con libertad; pero si la puerta está cerrada, se pasa aviso al portero turco, quien en el acto de abrir recibe el «batchix.» Esto sucede porque el Sultan es el Señor del templo, y quiere ejercer en él siempre su jurisdiccion. El batchix que se les daba, segun antiguos viajeros, tenia que ser de 200 reales; hoy no pasa de 2 francos ó 2 pesetas. Yo, siempre que he ido á visitar este Santísimo templo, y he ido todos los dias por lo ménos una vez, siempre lo he encontrado abierto. Como dentro de este inmenso templo hay conventos latinos, griegos, armenios y coptos, los frailes que los ocupan, que son los verdaderos custodios del Santísimo Sepulcro, no pueden salir del templo sino cuando los musulmanes abren la puerta; así es, que de sus respectivos ritos les llevan todos los dias la comida, que colocada en cestas les entregan por un pequeño ventanillo, que se abre en la parte inferior de la puerta. Los pobres frailes que habitan en las celdas de la gran Basilica del Santísimo Sepulcro, disfrutan muy corta vida, porque sus mo-

radas carecen de toda condicion de salubridad: aquellos religiosos son verdaderos mártires de la religion de Cristo.

Generalmente no se tiene idea exacta de la Basílica del Santísimo Sepulcro, por lo cual nos esforzaremos á fin de hacer comprenderla con la posible exactitud. Es un templo de dimensiones colosales, de forma irregular, de muros gruesos, elevados, desprovistos de toda ornamentacion arquitectónica; su estilo es románico con reminiscencias del bizantino y aún del árabe, y se respira bajo sus altas naves una unción tal, un sentimiento tan hondo de religion, que el espíritu se anonada allí, porque el sentimiento se hace allí más grande que el espíritu que lo experimenta. Dentro de este templo se encuentran los tres principales lugares de la Pasion de Cristo, que son: el Santísimo Sepulcro, el Calvario, y la cisterna donde apareció la Santa Cruz. Estos tres privilegiados lugares forman las tres principales capillas del templo, pero además se ofrecen asimismo dentro de su recinto á la contemplacion del peregrino otros varios sitios, llamados hoy igualmente "Capillas," y que un dia fueron tambien testigos de los últimos cuadros de la epopeya divina, tales son: el lugar donde la Virgen y San Juan estuvieron al pié de la cruz, el lugar donde estaba la Virgen cuando le entregaron á su Hijo bajado de la cruz; el lugar donde estuvieron las santas mujeres; la piedra de la unción; el lugar donde Jesus se apareció á Mag-

dalena; la columna de los azotes; el lugar donde Longinos se convirtió; el lugar donde los soldados echaron suertes sobre los vestidos de Cristo; la columna de los oprobios, ó sea en la que lo sentaron para coronarlo de espinas; el lugar donde permaneció durante muchos siglos, y tal vez permanezca aún, la calavera de Adan; los sepulcros de José de Arimatea y su familia; el sepulcro de Melkisedec; los sepulcros de los reyes latinos; los sepulcros de Godofredo de Bullon, de Balduino y Fulques.

Nos ocuparemos, en particular, de casi todos estos lugares, dejando para el fin como objeto principal de nuestro estudio y de nuestra devocion el Calvario y el Santísimo Sepulcro. Cuando se traspasa los umbrales del templo, lo primero que se vé es un gran estrado á mano izquierda, ó sea un gran nicho abierto en la pared, á medio metro de altura sobre el suelo, en el que hay de continuo tres musulmanes, sentados al estilo oriental, tomando café ó fumando en sus grandes arguilets, cuyos musulmanes miran con indiferencia á los cristianos que van á visitar los Santos Lugares. Ya dijimos en otra ocasion, que frente á la puerta de entrada, marchando algunos pasos hácia adelante, se halla la piedra de la unción; que á la derecha de esta piedra comienza á alguna distancia la escalera que sube al Calvario, y á la izquierda, á mayor distancia que el Calvario, está el Santísimo Sepulcro. El Santísimo Sepulcro nos servirá de punto de partida para determinar las demás capillas.

A los veintiocho pasos míos del Santísimo Sepulcro, se entra en la "capilla de la Magdalena," llamada así porque allí fué donde Jesus se apareció á la Magdalena en traje de hortelano. A cincuenta pasos del Santísimo Sepulcro, en otra direccion, se entra en la capilla donde Jesus se apareció á su Santísima Madre; cuya capilla, muy adornada y espaciosa, tiene tres altares; el del medio, dedicado á la Santísima Virgen; el del lado del Evangelio, conocido con el nombre "Altar de las reliquias," porque allí se veneró la verdadera cruz, hasta que en el año 1557 la robaron los armenios y la enviaron á su patria, y el del lado de la epístola, conocido con el nombre de "Altar de la columna de la flagelacion, porque en él se conserva la mitad de la columna donde azotaron á Cristo. Los primitivos cristianos trasladaron esta columna de casa de Pilatos al Santo Cenáculo; desde allí al templo del Santísimo Sepulcro; pero en el año 1551 la quebraron los musulmanes haciéndola pedazos. Algunos años despues, el custodio de los Santos Lugares Bonifacio de Raguse, envió un pequeño fragmento de ella al papa Paulo IV, otro á Felipe II, rey de España; otro á la república de Venecia, y se reservó el gran fragmento para Jerusalem. Este gran fragmento, para librarle de nuevas acometidas, ha sido colocado en el altar en que lo hemos visto, en un profundo nicho con dos rejas de hierro. La columna es de pórfido; el fragmento de Jerusalem tiene sesenta centímetros de altura; en el altar hay un baston con

contera de plata, que los peregrinos introducen por la reja, tocan con la contera la columna y besan dicha contera. Solo una vez al año, el Miércoles Santo por la mañana abren las rejas y se permite al público adorarla: conmigo tuvieron los frailes esa deferencia, que les agradecí mucho; abrieron las rejas y toqué con ambas manos y besé aquella santa columna. Debo advertir, que la columna que se venera en Santa Práxedes de Roma, no es, aunque los romanos lo dicen, la columna en que azotaron á Cristo, sino en la que lo tuvieron atado en casa de Caifás la noche de la Pasion, cuya columna trasladó á Roma desde el Cenáculo, donde se conserva, el cardenal Colona en 1223. Como el Sepulcro en que depositaron el cadáver de Cristo era del senador José de Arimatea, que lo habia abierto en una granja suya, por lo cual desde entonces, con más motivo, quiso ser enterrado con su familia en dicha granja, no léjos del Santísimo Sepulcro, abrió otra gruta con seis sepulturas, de las que hoy están cerradas dos, dos abiertas y dos sin concluir. Omitamos la descripcion de algunos lugares dignos por cierto de veneracion, contenidos en la célebre Basilica, y ocupémonos ya de los tres de más importante historia y de más grande interés.

III.

Uno de los puntos notables del templo del Santísimo Sepulcro, es la cisterna donde arrojaron las cruces de Cristo y de los ladrones con todas las herramientas que emplearon en la crucifixion, y que tiraron allí para que nadie las tocara, y evitar de este modo quedaran impuros, segun la ley de los judíos, por ocho dias. Santa Elena formó el laudable empeño de buscar la cruz en que el Salvador del mundo habia sido crucificado; para ello convocó á todos los ancianos de la ciudad, y consultando á éstos, y sobre todo al obispo San Macario, comenzó sus trabajos: limpió cierto subterráneo donde nada encontró; pero limpiando otro que principiaba cerca y bajo el nivel del primero, halló en él las tres cruces, los clavos, el martillo y la esponja. Bien sabidas son las pruebas que la Santa hizo para conocer la cruz de Cristo; aplicó las tres cruces á una enferma, y al tocarla con la tercera, sanó de repente: cuando la Santa salia de casa de esta enferma vió cruzar un cortejo fúnebre, aplicó la misma cruz que curó á la enferma al cadáver, y el cadáver resucitó en el acto. Existe, segun se asegura, una carta de San Cirilo, obispo de Jerusalem, á Constante, hijo de Constantino, refiriéndole este suceso. Desde el Santo Sepulcro á la entrada del primer subterráneo que abrió Santa Elena, llamado hoy Basilica de Santa Elena

median noventa pasos míos; para penetrar en esta Basilica ó subterráneo se baja una escalera de veintiocho peldaños: esta gruta ó catedral, que tiene la bóveda sostenida por cuatro columnas bizantinas, es de forma irregular; parte está abierta en la roca y parte formada por muralla; cuenta doce pasos de largo, por nueve de ancho; en ella se levantan dos altares, dedicado el uno á Santa Elena; arden en ella veinticuatro lámparas, y pertenece á los abisinios. Aquí enseñan un asiento con respaldo picado en la misma roca, llamado la silla de Santa Elena, donde dicen que se sentaba la Santa para ver limpiar el segundo subterráneo. Del primer subterráneo se baja al segundo por trece anchas gradas, cuyo subterráneo ó cisterna, donde se encontró la verdadera cruz, afepta una forma muy irregular, tiene catorce pasos en su mayor largura, y en ella no hay más que un altar construido por Maximiliano, Archiduque de Austria, que más tarde murió emperador de México. Esta capilla pertenece á los frailes franciscanos.

IV.

Uno de los primeros lugares del mundo, una de las principales capillas de la Basilica, es el Calvario. Sin embargo, como ya lo describimos en otro lugar, nos ocuparemos aqui de él á la ligera. Se-

parado á pico de la montaña de Santa Elena, forma un cuerpo independiente, rodeado de un muro por tres partes y por la cuarta por una balaustrada de piedra; se sube á la cumbre por una escalera compuesta de diez y ocho peldaños, de los cuales el más bajo dista del Santísimo Sepulcro cincuenta pasos. Hoy la cumbre del Calvario constituye un plano cubierto de planchas de mármol, cuyo plano cuenta próximamente quince metros por cada lado; en medio del cual se abre el agujero donde estuvo plantada la Cruz de Cristo. Este agujero, cuadrado, tiene medio metro de profundidad, una cuarta de boca, y se encuentra defendido por una placa circular de plata, con un agujero también circular en medio, que permite meter por él la mano: encima de este agujero se alza un altar sobre cuatro columnitas, y detras del altar hay un gran candelabro con siete velas, azul la del centro, blancas las restantes; á dos metros próximamente, al Sureste y al Noreste del agujero de la cruz de Cristo, se ven los lugares de las cruces de los dos ladrones, pero no se conservan los agujeros en que estuvieron plantadas. Cristo fué crucificado mirando al Occidente, con una ligera inclinacion al Sur; los judíos, sin saber lo que hacian, realizaron la verdad colocando á la Víctima divina de modo que diera la espalda á Jerusalem, al pueblo que lo despreció, al pueblo que lo insultó, al pueblo que lo crucificó, al pueblo

que lo oyó y no lo creyó; y el rostro al Occidente, al país que lo glorifica y siempre lo glorificará; al pueblo que ni lo vió ni lo oyó y lo ha crido y lo creará siempre. Ocho pasos á la izquierda del agujero de la Cruz, esto es, á la derecha del observador, se ve señalado con mosaico el punto en que los sayones clavaron á Cristo; tres pasos detras del agujero de la Cruz á la izquierda de él, hay un altar señalando el pedazo de tierra en que permanecieron Maria y San Juan durante las tres eternas horas en que de la Cruz pendió Cristo; dos pasos á la izquierda del agujero de la Cruz se ve la grieta que se abrió en la roca al exhalar Cristo el último suspiro; doce pasos á la izquierda del agujero de la Cruz se abre en el muro una reja que da á una capilla, cuya entrada se encuentra fuera del templo, y cuyo altar determina el punto en que estaba sentada Maria Santísima cuando Nicodemus y José de Arimatea pusieron en sus brazos á su Hijo muerto. El altar formado sobre el agujero en que se enarboló la Cruz pertenece á los griegos; el pequeño recinto en que crucificaron á Cristo, el altar que marca el lugar en que estuvieron San Juan y la Virgen y la capilla de la Soledad, que se ve por la reja, corresponden á los franciscanos. Sobre el Calvario arden dia y noche sesenta y cinco lámparas.

V.

Hemos llegado al punto culminante de nuestra obra, al punto objetivo de los cruzados, al punto deseado de todos los peregrinos que van á Jerusalem; hemos llegado al Santísimo Sepulcro. Una idea muy equivocada se tiene por cierto en Occidente de la forma de este santo lugar, y cuando los pintores de todos los tiempos nos lo representan como un sepulcro moderno, como una tumba de las que hoy conocemos y un ángel levantando la losa que sobre la tumba pesaba, nos trazan sus pinceles una série de errores: el sepulcro de Cristo fué ni más ni ménos que un sepulcro judío, y los sepulcros judíos, al ménos los de las personas bien acomodadas, no son así, son esencialmente distintos. Para formar, pues, una idea exacta del Santísimo Sepulcro donde descansó el cuerpo de Jesucristo, describamos un sepulcro judío. ¿Cómo formaban los judíos su última morada? Labraban la cara de una roca, abrían en esta cara la brada una gruta á la que se penetraba por una puerta ovalada ó por un agujero circular; frente á esta puerta ovalada ó agujero en el lienzo opuesto abrían otra puerta ú otro agujero que conducía á otra gruta más pequeña que la primera y tambien abierta en la roca; á la derecha de esta segunda gruta dejaban al construirla una banqueta ó poyo formado en la misma peña; sobre este poyo colo-

caban el cadáver envuelto en un sudario y en seguida cerraban con una piedra tambien labrada la puerta ó agujero de la primera gruta. Estos eran los sepulcros de los judíos ricos de aquella época: así son los sepulcros de la Virgen y muchos de los que he visto en Hacceldama ó ager Sanguinis, y así es tambien el sepulcro de Jesucristo; sepulcro que José de Arimatea tenia fabricado para sí en una granja suya, y que cedió para depositar en él el cuerpo de su Divino Maestro. Por manera, que la piedra que removi6 el ángel en el sublime momento de la resurreccion de Cristo, no estaba como vulgarmente se cree sobre el cuerpo de este, sino cerrando verticalmente la entrada de la gruta, cuya entrada existen poderosas razones para creer que era entonces circular.

Pues bien; Santa Elena, cuando comenzó á embellecer los Santos Lugares, aisló el sepulcro de Cristo, practicado en una roca, que nacia en el jardin de José de Arimatea, y enlazándose con la roca del Calvari6, constituian entre las dos una sola. Con estas noticias podemos formarnos una idea exacta del Santísimo Sepulcro; y no se extrañe que José de Arimatea tuviera una posesion tan próxima al lugar en que se enterraban los ajusticiados, porque las costumbres orientales eran entonces y son ahora radicalmente distintas de las occidentales; en Occidente se huye de los muertos: en Oriente se vive con ellos. En Jerusalem forman el único paseo que hay, hileras de nume-

rosas tumbas; en Alejandría y en el gran Cairo, ya lo he dicho repetidas veces, comienzan los sepulcros en las calles extremas de la ciudad; en las muchas aldeas ó aduares que he visto entre Alejandría y el Cairo y entre el Cairo y Suez, las sepulturas están tan próximas á las casas, que algunas sirven de quicial de éstas. Hemos referido varias veces que al entrar en el grandioso templo que nos ocupa, se encuentra frente á frente la piedra de la unción; pues bien, marchando treinta y seis pasos á la izquierda desde la piedra de la unción, se llega á una gran rotonda de colosales proporciones, rotonda que mide diez y nueve metros y treinta centímetros de diámetro, que se encuentra formada por diez y ocho gruesas pilastras de piedra sillar, que dan origen á diez y ocho arcos estrechos y elevadísimos, cuyos diez y ocho arcos sostienen dos órdenes de tribunas con diez y ocho tribunas cada una, perteneciendo las tres cuartas partes del orden más bajo á los latinos, y la otra cuarta parte á los armenios, miéntras que todas las del segundo piso ó segundo orden corresponden á los griegos. En medio de esta gigantesca rotonda se levanta un templete aislado por todos los costados, y dentro de este templete está el sepulcro de Cristo. Este templete, revestido hoy de mármol por fuera, lleno de adornos y con desmesurados cirios en la entrada, no es otra cosa que el conjunto de las dos grutas que José de Arimatea abrió en la roca para fabricar su se-

pulcro, mandado separar del resto del monte por la piedad de Santa Elena.

Este templete, célebre en todo el mundo cristiano, admirado en todos los tiempos y por todas las naciones, es de forma exagonal; le rodea en su parte superior una barandilla de piedra, y casi en el centro de esta barandilla arranca una cúpula esférica. Este templete que se alza gallardo en medio de la rotonda, al que se sube por dos gradas que entre las dos levantan escasamente cuarenta centímetros, cuenta por su parte exterior ocho metros veinticinco centímetros de largo, cinco metros cincuenta y cinco centímetros de ancho, y su fachada principal aparece adornada por cuatro erguidas columnas, entre las cuales se ven preciosas esculturas en la pared de mármol. En esta fachada, que durante las festividades se cubre de cientos de luces, arden sin cesar tres lámparas, pertenecientes, la de en medio y más alta, á los griegos; las de los lados, una á los padres franciscanos y otra á los armenios. El interior del Santo Sepulcro se compone no ya de dos grutas, sino de dos lujosas cámaras, de dos mágicas estancias donde el aroma de los inciensos, la claridad de las luces y el misterio de los recuerdos van separando lentamente nuestra alma del mundo y lentamente levantándola á la mansion de Dios. A la primera cámara llaman hoy la "Capilla del Angel," á la segunda la "Gruta de la Resurrección." La pequeña entrada á la primera gruta,

la Capilla del Angel, ha recibido la forma de un arco ojival angrelado; esta santa capilla mide tres metros cuarenta y cinco centímetros de largo, dos metros noventa centímetros de ancho, y en sus paredes, revestidas de mármol blanco, destacan esculpidas en ellas doce pilastras y otras tantas columnas; en medio se levanta al aire una pequeña pilastra tambien de mármol, que termina en un pedazo de la misma piedra que cubria la puerta del sepulcro, en un pedazo de la misma piedra que el ángel removió, por lo cual á esta primera gruta se da el nombre de "Capilla del Angel." En su techo arden dia y noche quince lámparas, propiedad cinco de los franciscanos, cinco de los griegos no reunidos, cuatro de los armenios no católicos y una de los coptos.

Por una pequeña puerta revestida de mármol ó de jaspe bruñido, se entra en la gruta donde descansó tres días el cadáver de Cristo, y donde se verificó su sorprendente resurreccion, sellando con tan maravilloso acto su mision sobre la tierra y dando con él el carácter de divina á su religion. Esta santa gruta, esta santa capilla tiene de largo dos metros siete centímetros, y un metro noventa y tres centímetros de ancho. Cubiertos sus muros de trasparente mármol, viérase si el mármol se levantara, la roca tal como estaba cuando Cristo descansó allí; tal como la dejó la nunca bien ponderada madre de Constantino. Entrando se encuentra á la derecha el poyo donde depositaron

el cuerpo de Jesucristo; este poyo, esta banquetta, este túmulo cuenta un metro ochenta y nueve centímetros de largo, noventa y tres centímetros de ancho y sesenta y cinco centímetros de alto. Este poyo, adherido por tres caras á la gruta, revestido de mármol blanco, es el lazo supremo que une el cielo con la tierra. A medio metro encima del Santísimo Sepulcro se corre una bonita cornisa, encima de la cual se ven tres cuadros fijos en el diáfano muro, esculpido el del medio, pintados los de los lados con muy distinto estilo, y representando todos la resurreccion de Cristo. El que se ostenta á la izquierda del observador pertenece á los frailes franciscanos; el esculpido, que se ostenta en el centro, pertenece á los griegos, y el que se ostenta á la derecha pertenece á los armenios. Sobre la cornisa arden en candeleros multitud de velas delante de cada cuadro, correspondiendo las que arden delante de cada uno á la nacion ó religion á que corresponde el cuadro. ¡Qué sublime es aquel recinto! ¡Qué santa inspiracion baja allí del cielo! Cuarenta y tres lámparas de plata reflejan su plácido fulgor en los bruñidos mármoles; flores del huerto de Gethsemani exhalan allí sus perfumes en maceteros de cristal y porcelana, que regalaron príncipes y reyes de casi todas las naciones del mundo; el mundo se siente allí muy léjos; místico silencio reina allí; allí cesan los recuerdos; las pasiones callan allí; y, allí, atraído sin duda por el fervor de la

oracion, baja el espíritu divino á infiltrarse en el espíritu humano.

De las cuarenta y tres lámparas que día y noche arden en la gruta del Santo Sepulcro, pertenecen trece á los PP. franciscanos, trece á los griegos, trece á los armenios y cuatro á los coptos. Concluyamos diciendo que, aunque todas las sectas religiosas que tienen algo de la religion cristiana pueden entrar en el templo del Santísimo Sepulcro, solo pueden celebrar Misa sobre el sepulcro los frailes franciscanos, los griegos y los armenios: los coptos no disfrutan más derecho que á incensar desde la primera puerta.

Todas las noches del año, á las diez y media, comienzan los franciscanos los maitines en su coro; al principiarse «laudes» van procesionalmente á incensar el sepulcro de Cristo, cantando el «Benedictus:» cuando concluyen los maitines, que son las once y media, empiezan los griegos á celebrar Misa cantada en el mismo Santo Sepulcro; la Misa de los griegos, en la que éstos dan fuertes gritos guturales, dura tres horas; cuando la concluyen, que son próximamente las dos y media de la mañana, comienzan los armenios la suya, cantada en el Santísimo Sepulcro, que no es más corta que la de los griegos, y en la que todos, ménos el celebrante, están sentados en el suelo. Cuando los armenios terminan, que son las cinco, dan principio los PP. franciscanos á dos misas rezadas y una cantada, las tres consecutivas. Por ma-

nera que todas las noches del año, miéntras el mundo gira en Occidente perdido en locos devaneos, allí..... en aquel rincon de Oriente, en la gruta donde se alza el Santísimo Sepulcro de Cristo, dan las luces su claridad, dan las flores sus perfumes, dan los inciensos su aroma, y los cánticos de venerables sacerdotes de todos los países del mundo se elevan fervorosos á la mansion de Dios.

El que desee adquirir más noticias sobre el estado actual y primitivo del sepulcro de Cristo, y del carácter en general de los sepulcros de los judíos, con sus esenciales diferencias entre los de los ricos y los de los pobres, puede consultar el luminoso opúsculo publicado en Venecia en 1876, titulado: «Della vera forma primitiva ed. attuale del sepulcro di Gesu-Cristo; dissertazione del P. Cipriano da Treviso, M. O. Commis di Terra Santa.»

CASA DE SAN JOAQUIN Y SANTA ANA.

Punto en que nació la Virgen.—Opiniones.—Discusion.—Autoridades aducidas sobre este hecho histórico.—MCreencia.

Puesto que en España se sigue de tiempo inmemorial la creencia de que María Santísima nació en Nazareth, sometamos á tela de juicio este hecho histórico, á ver si mediante tradicionales y

oracion, baja el espíritu divino á infiltrarse en el espíritu humano.

De las cuarenta y tres lámparas que día y noche arden en la gruta del Santo Sepulcro, pertenecen trece á los PP. franciscanos, trece á los griegos, trece á los armenios y cuatro á los coptos. Concluyamos diciendo que, aunque todas las sectas religiosas que tienen algo de la religion cristiana pueden entrar en el templo del Santísimo Sepulcro, solo pueden celebrar Misa sobre el sepulcro los frailes franciscanos, los griegos y los armenios: los coptos no disfrutan más derecho que á incensar desde la primera puerta.

Todas las noches del año, á las diez y media, comienzan los franciscanos los maitines en su coro; al principiarse «laudes» van procesionalmente á incensar el sepulcro de Cristo, cantando el «Benedictus:» cuando concluyen los maitines, que son las once y media, empiezan los griegos á celebrar Misa cantada en el mismo Santo Sepulcro; la Misa de los griegos, en la que éstos dan fuertes gritos guturales, dura tres horas; cuando la concluyen, que son próximamente las dos y media de la mañana, comienzan los armenios la suya, cantada en el Santísimo Sepulcro, que no es más corta que la de los griegos, y en la que todos, ménos el celebrante, están sentados en el suelo. Cuando los armenios terminan, que son las cinco, dan principio los PP. franciscanos á dos misas rezadas y una cantada, las tres consecutivas. Por ma-

nera que todas las noches del año, miéntras el mundo gira en Occidente perdido en locos devaneos, allí..... en aquel rincon de Oriente, en la gruta donde se alza el Santísimo Sepulcro de Cristo, dan las luces su claridad, dan las flores sus perfumes, dan los inciensos su aroma, y los cánticos de venerables sacerdotes de todos los países del mundo se elevan fervorosos á la mansion de Dios.

El que desee adquirir más noticias sobre el estado actual y primitivo del sepulcro de Cristo, y del carácter en general de los sepulcros de los judíos, con sus esenciales diferencias entre los de los ricos y los de los pobres, puede consultar el luminoso opúsculo publicado en Venecia en 1876, titulado: «Della vera forma primitiva ed. attuale del sepulcro di Gesu-Cristo; dissertazione del P. Cipriano da Treviso, M. O. Commis di Terra Santa.»

CASA DE SAN JOAQUIN Y SANTA ANA.

Punto en que nació la Virgen.—Opiniones.—Discusion.—Autoridades aducidas sobre este hecho histórico.—MCreencia.

Puesto que en España se sigue de tiempo inmemorial la creencia de que María Santísima nació en Nazareth, sometamos á tela de juicio este hecho histórico, á ver si mediante tradicionales y

racionales pruebas conseguimos verter luz sobre él, y llevar al ánimo de nuestros lectores el convencimiento que nosotros hemos adquirido en Tierra Santa, de que la Purísima Madre de Jesus vino al mundo en Jerusalem. Comencemos.

Cuatro son las opiniones que han existido acerca del lugar en que nació María. Unos fijan su nacimiento en Séphoris, otros en Bethlem, otros en Nazaret y otros en Jerusalem, en la casa que hoy se conserva de Joaquin y de Ana, al comenzar la calle de la Amargura, frente á la piscina probática, cerca del templo de Salomon. Las dos primeras opiniones han sido universalmente desechadas, y solo quedan en pié las dos segundas, dándose el nombre de "opinion occidental" á la que supone el nacimiento de la Virgen en Nazaret, y el de "opinion oriental" á la que lo supone en Jerusalem. Antes de alegar pruebas en sentido alguno, fijemos ciertas reglas de crítica, en las cuales han de apoyarse nuestros raciocinios. Primera. Las tradiciones verdaderas nacen indefectiblemente en el punto en que se realizó el hecho ó acontecimiento que aquellas refieren. Segunda. Las tradiciones de un hecho ocurrido en país lejano de aquel donde se refieren, diferentes ó contrarias á las tradiciones sobre el mismo hecho, sostenidas en el país en que el hecho se verificó, son falsas, á menos que prueben dónde, cuándo, cómo y por qué se cambió la opinion al pasar de uno á otro país. Tercera. Las tradiciones sobre

Tierra Santa, y más aún sobre acontecimientos de Jesus y de María corrientes en Palestina, tienen tanta fuerza como el documento más auténtico, porque desde que murió Jesus, todos los santos lugares, todos los pasajes de la historia del Hombre-Dios y de su Purísima Madre fueron sagrados para los Apóstoles, quienes ya no perdieron de vista un momento aquellos sitios, ni dejaron de comunicar aquellos pasajes á sus discípulos, muchos de ellos obispos más adelante de Jerusalem: estos obispos los comunicaron á su grey, y de esta manera, sin un dia de interrupcion, sin un vacío de tiempo que pueda enturbiar su claridad, han llegado fieles hasta nuestra generacion. Sentadas estas premisas, examinemos separadamente las dos opiniones. La "occidental" sostiene que la Virgen María nació en Nazaret. ¿Dónde se verificó el nacimiento de María, en Oriente ó en Occidente? En Oriente. ¿Dónde nació la tradicion acerca del nacimiento de María? En Oriente. ¿Dónde debemos ir á buscar esa tradicion? Al país en que nació, al Oriente. ¿Quiénes creen en Oriente que la Virgen nació en Nazaret? Nadie, absolutamente nadie. Luego esta opinion no posee carácter alguno de verdad. ¿Dónde, cuándo y cómo ha principiado la opinion occidental? No hay quien conteste á esta pregunta. ¿Con qué apoyo cuenta esa opinion? Con un apoyo que solo por respeto á las altas dignidades que de ella se han ocupado es considerada. Cuenta con las bulas de

los Santos Pontífices Julio II, Sixto V, Inocencio XI y Pio IX, que admiten la casa de Nazaret como el punto en que fué concebida y nació María. Pero no hay que alarmarse por esto. Aquí tenemos que observar un hecho de suma importancia, y es: que si las bulas de los Santos Pontífices en materia de dogma y de costumbres son infalibles, en materia de historia carecen de este incontrovertible requisito; en materia de historia son nada más que la opinion de una respetable dignidad, y que muchas veces los Sumos Pontífices han expedido bulas aceptando tal ó cual creencia religiosa, por ayudar la opinion que se decide á un lugar determinado; y esto, como dice el P. Livinio, es lo que ha sucedido con las bulas de los Sumos Pontífices acerca del nacimiento de María en Nazaret. Además, hay que tener presente que la bula de Julio II no dice "que la casa de Nazaret es el punto en que nació María, sino el punto en que fué concebida;" y sobre esto último añade en su bula: "ut pie creditur," como piadosamente se cree; siendo este mismo el espíritu de todas las bulas de los otros citados Soberanos Pontífices; y bien sabido es el abismo que media entre admitir piadosamente una creencia y tener certidumbre de un hecho. Luego si el nacimiento de la Virgen en tal ó cual parte es un acontecimiento histórico; si las bulas de los Santos Pontífices en cuanto á acontecimientos históricos no tienen más autoridad que la opinion de una

dignidad respetabilísima, pero nada de infalibilidad; si las bulas de los Sumos Pontífices citados nada afirman sobre el hecho que nos ocupa, sino que lo admiten piadosamente; no contando la opinion occidental á su favor más que con estas bulas, admitidas por no contrariar una creencia piadosa, no halla la crítica razon alguna que le induzca á admitirla.

Y la opinion occidental, es decir, la opinion de que la Virgen fué concebida y nació en Jerusalem, ¿dónde ha nacido? Allí donde se verificó el hecho, en Jerusalem mismo. ¿Quién sigue esta opinion? Todos los orientales sin excepcion alguna: los católicos, los griegos, los armenios, los coptos, los turcos, los árabes, todos: los naturales de Jaffa, los de Ramma, los de Bethlem, los de Jerusalem... ¿Nada dice esto á favor de esa opinion? Cuando yo estuve en Jerusalem me llevaron, como llevan á todo peregrino, á la casa de Joaquin y de Ana; penetrando con respeto en una gruta de piedra, me dijeron:—Esta era la cocina. Penetrando despues en otra gruta de piedra, me dijeron:—Esta era la sala; en esta sala fué concebida y nació María Santísima, la Madre de Cristo." Y como yo manifestara la creencia en que estaba de que la Virgen habia visto la luz primera en Nazareth, se sonrieron con desden. No quiero que baste para juzgar de esta cuestion lo que á mi me han dicho, no quiero que baste lo que yo he visto, no quiero que baste lo que yo he oido, es necesario que es-

cuchemos á diferentes historiadores y á diferentes Santos, que en distintas épocas han vivido, y que de esta cuestion se han ocupado.

El Padre Livinio, conventual en San Salvador, á quien como ya dije, he tenido el gusto de conocer personalmente, consigna estas frases en su Guia de Tierra Santa: «En los veinte años que hace habito en Jerusalem, durante los cuales he recorrido la Tierra Santa en todas direcciones, entrando en relacion con diversos pueblos que en ella se hallan establecidos, jamás, le confieso, he encontrado entre los orientales otra opinion que la que concede á Jerusalem la gloria de haber visto nacer á la bienaventurada Virgen María, Madre del Salvador.» Quaresmius, que murió en el año 1660, y que durante nueve años fué custodio de Tierra Santa, dice en su respetable obra de aquel país: Que la tradicion oriental es la tradicion comun en Tierra Santa, confirmada por la existencia de la iglesia y del monasterio, en el lugar de la Natividad de María, y sostenida por la autoridad de sabios antiguos. Santa Brígida, que en el siglo XV visitó los Santos Lugares, declara en el libro de sus revelaciones, tan respetado por la Iglesia: Que el Señor le dijo con relacion á Jerusalem: «Cualquiera que visite dignamente este lugar en que María nació y fué elevada, purificará su alma, y aparecerá á mis ojos como un vaso de honor.» Nicolás de Poggibouzi, fraile franciscano en Jerusalem por el año 1345, dice en su libro: «Entrando por la puerta de

San Estéban, se vé una gran puerta con un bello patio; allí se encuentra la iglesia de Santa Ana, donde la Virgen María nació; porque en aquel punto estaba la casa de San Joaquin. En el año 1330 dice el viajero Guillermo Bandelsel, hablando de Jerusalem: Allá se encuentra la iglesia de la bienaventurada Ana, abuela de Cristo; esta iglesia es bastante bella, y contigua á la Piscina probática; en ella se dice que la bienaventurada Virgen fué concebida y nació. En 1320 escribe estas palabras hablando de Jerusalem Nicolás Pipino, que pasa por el más sabio de los peregrinos de aquella época: Yo visité desde luego el lugar donde estuvo la casa de San Joaquin, en la cual nació la bienaventurada Virgen María. En el siglo XIII, el cardenal Santiago de Vitry obispo de San Juan de Acre, y el célebre Guillermo, arzobispo de Tiro, manifiestan: Que habiendo tomado posesion de Jerusalem los cruzados en el año 1099, encontraron junto á la casa de San Joaquin una iglesia demolida; mas habiendo sabido que allí nació la Santísima Virgen, la purificaron y la volvieron al culto. El mismo arzobispo de Tiro prosigue en otra ocasion: Hay en Jerusalem un recinto situado en la parte oriental, cerca de la puerta llamada de Josaphat (hoy de San Estéban). Tocando al gran hoyo que se llamaba ántes la Piscina probática, allí se manifiesta una Cripta, que las antiguas tradiciones sostienen ser la habitacion de Joaquin y de Ana, y donde se tiene por cierto que la Virgen

siempre Virgen, fué nacida. En el año 1185 dice el griego Juan Phocas, viajero por Antioquía y Jerusalem: Cerca de la puerta que se abre hácia la parte de Gethsemaní (hoy la puerta de San Estéban), se vé el templo de los santos Joaquin y Ana, en el cual vino al mundo la Virgen inmaculada. San Juan Damasceno, que murió en el año 760, dijo en un sermón que predicó de la Natividad de María: Hoy nació la Madre de Dios en la Santa Probática. Por último, en el siglo VII, exclama en su poético lenguaje Sophronio, patriarca de Jerusalem: Yo entraré en la Probática de los Santos, donde Ana la ilustre dió á luz á María.

¿Se quiere más pruebas á favor de la opinion oriental sobre el nacimiento de María? Si todos los pueblos de Oriente, si en todas las épocas estos pueblos han sostenido sin interrupcion alguna que María nació en Jerusalem..... ¿Qué razones pueden alegarse en contra? Si nadie ha dicho nunca en Oriente que María nació en Nazareth..... ¿dónde, cómo, cuándo ha comenzado á muchas lenguas de aquellos lugares, la opinion de los que esto sostienen? Si en Oriente se ha creído en todos los tiempos y por todos los pueblos, que María Santísima nació en Jerusalem..... al creer otra cosa en Occidente tienen que manifestar dónde nació su creencia. Esto es incuestionable. No queda duda; María Santísima, la perla del mundo, la azucena pura, el vaso sellado, el néctar de la vida, la Madre de Jesus, fué concebida y nació en Je-

rusalem, en la casa que aún existe de San Joaquin y Santa Ana, pasada la puerta de San Estéban, ántes de comenzar la calle de la Amargura, frente por frente á la Piscina probática, y muy cerca del templo de Salomon, que más allá de la Piscina se alzaba majestuoso.

Bien sé que poco importa á la esencia ni al brillo de nuestra religion, que fuera Nazareth ó Jerusalem donde nació la Virgen; el hecho es, que nació, y que al nacer dió perfumes, luz y consuelo al universo; pero siempre debe buscarse la verdad en la historia, y en este caso la verdad se halla, segun mi juicio, muy clara. He entrado en esta ligera discusion para despertar sobre ella la energía intelectual de mis lectores: yo, por mi parte, declaro, que fui á Oriente con la creencia de que María Santísima habia nacido en Nazareth, y he regresado á mi patria con el íntimo convencimiento de que vió la luz primera en Jerusalem.

HUERTO DE GETHSEMANI.

*Su posicion — Los ocho venerables olivos. — Su antigüedad.
Dimensiones del verdadero huerto.*

Saliendo de Jerusalem por la puerta de San Estéban, antes de Josaphat, se cruza el torrente Cedron, se avanza unos cuantos pasos á la derecha, es decir al Mediodía, y se llega al Huerto de Geth-

semani, llamado por los árabes Bestan-*ez-Zeitum*. Hoy el Huerto de Gethsemani está cercado por una blanca tapia, que han construido los frailes de San Francisco, y dentro de dicho Huerto, dividido en cuarteles por verjas de madera pintada, abren sus corolas y exhalan sus perfumes el limonero, el narciso, la azucena, el eliotropo, el aleli doble, la siempreviva y otras bella flores más ó ménos conocidas en Europa; y entre estas flores, galas de la naturaleza de hoy, se levantan majestuosos, respetables, los ocho árboles más importantes del mundo, fuera del árbol de la Cruz, los ocho olivos, esplendentes galas de la naturaleza de ayer, vasos sagrados de santos recuerdos, testigos fieles de la última oracion de Cristo. Árboles venerables..... ¡qué místico silencio se respira junto á vuestros troncos!..... ¡qué instantes tan nutridos de bíblicas reflexiones se han deslizado para mí, bajo vuestro ramaje!.....

En el siglo XVII existian nueve olivos, pero uno de ellos ha perecido ya, víctima de la devoción de los peregrinos, que tienden á llevarse á su país cuanto pueden coger en la Ciudad Santa. Estos olivos ofrecen todo el aspecto de una antigüedad maravillosa, y según se dice en la Palestina subsisten por milagro. Aun dan fruto; aun sus ramas despiden frondosidad; pero sus troncos parecen petrificados, y el espesor de éstos es tan grande, que uno de ellos cuenta ocho metros de circunferencia. Estos ocho árboles, estos ocho inmó-

viles testigos de la pasion de Cristo, son venerados por los árabes, por los cristianos de Oriente y por cuantos viajeros acuden á aquellos Santos Lugares de los cuatro ámbitos de la tierra. Ha habido, sin embargo, algun detractor de las glorias de Jerusalem que, interpretando con torcido criterio un texto de Flavio Josefo, ha sospechado que esos ocho olivos no pudieron existir en tiempo de Jesucristo. Se funda en que el citado historiador consigna en su obra de «Bello judáico,» que cuando Tito sitió a Jerusalem, ordenó á su ejército que cortara todos los árboles que se encontraran á noventa estadios, cuatro leguas de la ciudad, pero en esta orden no pudo comprender los olivos del Huerto de Gethsemani, porque como dice muy bien fray Livinio, cualquiera que haya estado en Jerusalem conoce que desde sus muros se puede impedir cómodamente á toda persona acercarse al Huerto de Gethsemani. Fué física y moralmente imposible que los romanos destruyeran los árboles de dicho huerto en el sitio de Jerusalem; físicamente imposible, porque los dardos, las saetas y toda clase de proyectiles disparados desde los muros de la ciudad, tenian que acabar con los ejecutores de aquella orden; y moralmente imposible, porque en todo sitio los sitiadores tratan siempre de levantar torres, parapetos, objetos que los oculte de la vista y de los tiros del enemigo sitiado, y nunca despejar el campo en que se establecen y ponerse al descubierto. Por lo tanto,

los romanos no pudieron, y aunque pudieran, no les convino cortar los olivos de ese huerto, porque esos olivos los ponian á salvo de los tiros de Jerusalem. No; nadie sino un iluso, un iluso que tal vez no haya pisado aquella tierra, se ha permitido discurrir de esa manera, bien graciosa por cierto; todos, ménos el citado escritor, han recibido siempre aquellos ocho olivos como monumentos sobre los cuales pesan más de diez y ocho siglos, como archivo cerrado de una crónica celestial, como únicos compañeros de Jesus en la noche de su amarga agonía!..... ¡Qué satisfecho me siento yo, olivos de Gethsemani, de haber recibido un día la santa unción que se desprende de vuestras copas!.....

Pero lo que hoy se llama Huerto de Gethsemani, y en esto no se han fijado ni los peregrinos ni la mayor parte de los que han escrito su viaje á Oriente, no es más que una parte de aquel célebre huerto; no es más que un muro con que la devoción de los frailes franciscanos ha querido guardar y ha guardado el sagrado recinto de los ocho santos olivos. El huerto de Gethsemani, el huerto donde Cristo iba á meditar con sus discípulos, el huerto en que sudando sangre comenzó su Pasión, era mucho mayor que el terreno que hoy se conoce con ese nombre. Reflexionemos un instante y nos convenceremos de la verdad que siento. San Juan dice en el capítulo 18, versículo 1.º de su evangelio: «Cuando Jesus hubo dicho

estas cosas, salió con sus discípulos de la otra parte del arroyo Cedron, en donde habia un huerto, en el cual entró él y sus discípulos.» San Mateo en el cap. 26, dice: «Entonces fué Jesus con ellos con sus discípulos, á una granja llamada Gethsemani, y dijo á sus discípulos: sentaos aquí mientras que yo voy allí y hago oracion.—Y tomando consigo á Pedro y á los dos hijos del Zebedeo, empezó á entristecerse y á angustiarse,» versículos 36 y 37. Y en el 47, 48 y 49, prosigue: «Y estando aún hablando con sus discípulos, hé aquí, llegó Judas, uno de los doce, y con él una grande tropa de gente con espadas y con palos, que habian enviado los príncipes de los sacerdotes y los ancianos del pueblo.—Y el que lo entregó les dió señal diciendo: el que yo besase, el mismo es, prendedlo.—Y se llegó á Jesus y le dijo, Dios te guarde, Maestro, y lo besó.»

Ahora bien, San Juan sienta terminantemente que Jesus entró en el Huerto de Gethsemani con los apóstoles; S. Mateo refiere que Jesus dijo á sus discípulos, que esperaran en cierto sitio, y que llevándose consigo á Pedro y á los dos hijos del Zebedeo, les hizo colocarse en otro lugar; todos los evangelistas convienen en que Jesus estaba hablando con sus discípulos cuando llegó á él Judas con la tropa de gente y lo besó; todo esto manifiesta que el lugar en que Jesus colocó á los ocho apóstoles, el lugar en que colocó á San Pedro y á los hijos del Zebedeo, el lugar en que su divina per-

sona se retiró á orar, y el lugar en que Judas le dió el beso todo estaba dentro del Huerto ó granja de Gethsemaní: hoy la roca de los apóstoles, ó el lugar en que estos quedaron, se halla fuera de las tapias del Huerto, á la distancia de cinco metros; el lugar donde Judas besó á Cristo se halla también fuera de las tapias, á la distancia de quin- ce ó diez y seis metros; y por último, la gruta en que Cristo oró aquella noche, la gruta donde sudó como sangre, por la prevaricacion del hombre, también se halla fuera de las tapias del huerto á la distancia de sesenta metros. Si todos estos expresivos lugares, que hoy se encuentran fuera del actual huerto de Gethsemaní, se encontraban aque- lla noche dentro de dicho huerto como consignan los evangelistas, es evidente que la verdadera granja Gethsemaní era mucho mayor que el cer- cado á que hoy se dá ese nombre.

Es muy cierto; el sitio en que oró Cristo, el si- tio en que durmieron los apóstoles, en que dur- mieron aquel triste sueño, fiel reflejo del constan- te sueño de la humanidad; el sitio en que Judas besó á su Maestro, trasunto fiel de tantos besos traidores como el hombre da al hombre, y de tan- tas alevosías como el hombre comete con Dios; todos estaban dentro de la granja Gethsemaní; el tiempo destruyó el muro que cercaba esa gran- ja, los frailes franciscanos han construido una blanca pared, que formando un cuadrado, ateso- ra en su seno los ocho célebres olivos; y á este

cercado, que no es más que una parte de la gran- ja de Gethsemaní, han dado insensiblemente el nombre de Huerto de Gethsemaní. He creído oportuno hacer esta aclaracion, no sólo para la buena inteligencia de nuestros lectores, sino para evitar que los peregrinos que lean este libro sean víctimas de la inquietud que á mí me martirizó al encontrar fuera del actual huerto de Gethsemaní, lugares que, segun los Evangelios, debian estar dentro, hasta que la reflexion desvaneci6 mis du- das y tranquilizó mi espíritu, poniéndome de ma- nifiesto la verdad.

EL MAR MUERTO.

La Pentápolis.—Su destruccion.—Análisis químico de di- cho mar.—El Jordan.—Su estudio.

I.

En otro tiempo era el país que hoy ocupa el Mar Muerto un delicioso valle surcado por el Jordan y fecundizado por las inundaciones de este rio, como hoy lo es el Egipto por las inundaciones del Nilo. Este país reunia tanta belleza, que la Biblia le llama «Paraíso del Señor,» y que al separarse Loth de su tio Abraham por el aumento que ha- bían experimentado sus bienes, lo eligió aquel por

sona se retiró á orar, y el lugar en que Judas le dió el beso todo estaba dentro del Huerto ó granja de Gethsemaní: hoy la roca de los apóstoles, ó el lugar en que estos quedaron, se halla fuera de las tapias del Huerto, á la distancia de cinco metros; el lugar donde Judas besó á Cristo se halla también fuera de las tapias, á la distancia de quin- ce ó diez y seis metros; y por último, la gruta en que Cristo oró aquella noche, la gruta donde sudó como sangre, por la prevaricacion del hombre, también se halla fuera de las tapias del huerto á la distancia de sesenta metros. Si todos estos expresivos lugares, que hoy se encuentran fuera del actual huerto de Gethsemaní, se encontraban aque- lla noche dentro de dicho huerto como consignan los evangelistas, es evidente que la verdadera granja Gethsemaní era mucho mayor que el cer- cado á que hoy se dá ese nombre.

Es muy cierto; el sitio en que oró Cristo, el si- tio en que durmieron los apóstoles, en que dur- mieron aquel triste sueño, fiel reflejo del constan- te sueño de la humanidad; el sitio en que Judas besó á su Maestro, trasunto fiel de tantos besos traidores como el hombre da al hombre, y de tan- tas alevosías como el hombre comete con Dios; todos estaban dentro de la granja Gethsemaní; el tiempo destruyó el muro que cercaba esa gran- ja, los frailes franciscanos han construido una blanca pared, que formando un cuadrado, ateso- ra en su seno los ocho célebres olivos; y á este

cercado, que no es más que una parte de la gran- ja de Gethsemaní, han dado insensiblemente el nombre de Huerto de Gethsemaní. He creido oportuno hacer esta aclaracion, no sólo para la buena inteligencia de nuestros lectores, sino para evitar que los peregrinos que lean este libro sean víctimas de la inquietud que á mí me martirizó al encontrar fuera del actual huerto de Gethsemaní, lugares que, segun los Evangelios, debian estar dentro, hasta que la reflexion desvaneci6 mis du- das y tranquilizó mi espíritu, poniéndome de ma- nifiesto la verdad.

EL MAR MUERTO.

La Pentápolis.—Su destruccion.—Análisis químico de di- cho mar.—El Jordan.—Su estudio.

I.

En otro tiempo era el país que hoy ocupa el Mar Muerto un delicioso valle surcado por el Jordan y fecundizado por las inundaciones de este rio, como hoy lo es el Egipto por las inundaciones del Nilo. Este país reunia tanta belleza, que la Biblia le llama «Paraíso del Señor,» y que al separarse Loth de su tio Abraham por el aumento que ha- bían experimentado sus bienes, lo eligió aquel por

su morada. «Loth, pues, habiendo alzado los ojos vió toda la vega á lo largo del Jordan que toda era de regadío, ántes que destruyera el Señor á Sodoma y á Gomorra como paraíso del Señor, y como Egipto viniendo á Segor.—Génesis, cap. 4, v. 10.» En aquel tiempo formaba el Jordan el rio de la Pentápolis y entre naturales jardines seguía su curso hasta desaguar en el mar Rojo. Yo no he recorrido sino las orillas septentrional y occidental del Mar Muerto, pero los que han visitado también la orilla meridional, aseguran que aún se trasluce entre eriales campos el álveo del Jordan cuando llevaba sus aguas al mar Rojo.

La Pentápolis se compone de cinco ciudades, Sodoma, Gomorra, Adama, Seboin, y Segor ó Zoera ó Bala, que alzándose todas próximas la una á la otra, cada cual se regia por su rey. Los habitantes de Sodoma y de Gomorra hicieron lo malo delante del Señor, y obligando el Señor á salir de su morada á Lot, á su mujer y á sus dos hijas, que habitaban en Sodoma, bajó fuego del cielo, brotó azufre hirviendo de la tierra, se consumieron las ciudades de Sodoma y de Gomorra llamadas desde entonces «ciudades nefandas,» y en tan horrible cataclismo se hundió la tierra en aquel punto bajo el nivel del suelo, por lo cual el Jordan aumentando su corriente no sufre ya sus inundaciones. Con la maldición de Dios desapareció la vegetación de la tierra, y donde existían Sodoma y Gomorra apareció un lago grande sin movimiento,

triste, llamado con sobrada razón el Mar Muerto. «Y el Señor llovió sobre Sodoma y Gomorra azufre y fuego de parte del Señor, desde el cielo.—Y destruyó estas ciudades y todo el territorio al contorno todos los moradores de las ciudades y todo lo verde de la tierra.—Y volviéndose para mirar atrás la mujer de Lot, quedó convertida en estatua de sal.—Génesis, cap. 19, vers. 24, 25 y 26.»

«Y destruyó lo verde de la tierra.....» fatídicas palabras..... palabras eternas como la Biblia que las contiene..... palabras que después de tantos siglos son hoy una verdad. En torno del Mar Muerto, en torno de ese lago sin ruido, sin oleaje, sin brisas, ni se vé animales, ni se vé verdura; ni aves en los aires, ni peces en las aguas! Esto observé yo durante las dos horas que permanecí en sus orillas; esto me dijeron los beduinos, que viven constantemente en sus inmediaciones. Símbolo aquel lago de la maldición del cielo, en su fondo permanecen sumergidas las ciudades de Sodoma y de Gomorra, mientras que algunos montones de piedras esparcidas junto á sus confines en la falda de la montaña de Moab, indican al viajero los sitios que ocuparon Adama, Seboin y Segor. ¡Esto queda hoy de lo que un día fué el Paraíso del Señor. Esto queda hoy de la rica Pentápolis, émulo de su edad..... un campo sin verdura, un mar sin vida, y uno, ó dos, ó tres montones de piedras!.....

II.

El Mar Muerto se encuentra situado 10 leguas al Oriente de Jerusalem, á 392 metros bajo el nivel del Mediterráneo, á 1.171 metros bajo el nivel de Jerusalem; entre las altas montañas de Moab, que lo limitaban al Oriente, y las no ménos altas de Judea, que lo limitan al Occidente. Este mar cuenta próximamente de largo 13 leguas, 4 de ancho, 25 de perímetro, que es ovalado, y su mayor profundidad llega á 340 metros. La temperatura de sus aguas presenta extrañas irregularidades, pues de los estudios que hizo Mr. Lynchet, resulta, que capas de agua superiores é inferiores á una media marcan en el termómetro más grados que la misma media, pudiendo sentarse que la temperatura de las capas superiores varía en el mes de Enero entre 19 y 20 grados Reaumur. La densidad de esta agua es considerable; su gusto en extremo repugnante y su acción sobre la piel enérgica. Fray Livinio dice en su guía que él se ha bañado en este mar más de cincuenta veces y que nada ha sentido; yo aseguro que en presencia de frailes y de musulmanes, tuve las manos metidas nada más que algunos segundos en dicho mar para coger piedras de su fondo, y las saqué con la epidermis hinchada y aún levantada. El análisis que de tales aguas hicieron MM. Marcet

y Tenant da el siguiente resultado:—Cien partes de agua contienen;

Muriato de cal.....	3,792
Muriato de magnesia.....	10,100
Muriato de sosa (sal marina).	10,676
Sulfato de cal.....	00,054

El que hizo Mr. Gay-Lussac da este otro en la misma cantidad de agua.

Cloruro de sodio (sal marina).....	6,95
Cloruro de calcium (muriato de cal).....	3,98
Cloruro de magnesia (muriato de magnesia).....	15,31

Estos curiosos datos están tomados del viajero austriaco Mislin. El que desee adquirir más noticias sobre el Mar Muerto puede consultar la extensa y moderna obra publicada en Paris, titulada: «Exploration géologique de la Mer Morte, de la Palestine et de l'Idumée, par Louis Lartet.»

Concluyamos diciendo, que en el Mar Muerto desembocan varios arroyos, y los tres siguientes rios: El Callirhoe, llamado por los indigenas Ouadi-Zerka-Mayn; el Arnou, llamado por los indigenas Ouadi-Em-Moudjeb, y el Jordan, llamado por los indigenas Es-Cheryah.

III.

Cuando Lot tomó posesion de los campos que bañaba el Jordan, padecia este rio inundaciones periódicas, que coincidian con el deshielo de las nieves del Líbano; inundaciones que fertilizaban aquella tierra, más adelante «tierra de promision,» y que se atribuyen á la poca rapidez que disfrutaba en su curso. Despues del castigo de Sodoma y Gomorra; despues de aquel tremendo cataclismo, el país llamado en la Biblia «paraiso del Señor,» quedó convertido en yermo campo, que en la espantosa convulsion que allí experimentó la tierra, bajó considerablemente de nivel; el Jordan tomó entonces una rapidez considerable, y cesaron por lo tanto sus inundaciones, vertiendo sus aguas con impetu en el Mar Muerto, en lugar del Mar Rojo, donde antes lo verificaba con dulce lentitud.

El Jordan, humilde arroyuelo en su origen, nombrado El Nahr Hasbani, nace al pié del gran Hermon, penetra en el «Lago Tiberiades,» del cual sale ya hecho rio, y con el nombre de Jordan entre los cristianos, y de Es-Cheryah entre los árabes, va á desembocar, como ya hemos dicho, en el Mar Muerto. En su curso corre 30 leguas; su anchura es de 50 á 70 metros, su mayor profundidad 5 metros; la diferencia de nivel entre el lago Tiberiades, donde puede decirse que nace, y el Mar Muerto, donde desagua, es de 716 piés, cuyo

desnivel, dividido entre las 30 leguas que surca, corresponde á 24 piés por legua, debiéndose esta notable caída á la rapidez de su corriente, que con frecuencia pone en peligro á los mejores nadadores. Sus aguas, abundantes en peces, son blanquecinas, cenagosas, pero agradables al paladar, y sus orillas las más bellas de la Palestina; en sus frondosos bosques abren sus corolas hermosas flores, y lanzan constantemente al aire sus trinos numerosos pájaros de variadas clases, entre los que descuellan los gorgeos de innumerables ruiseñores. La historia del Jordan es para el cristiano la historia más importante de todos los rios del mundo.

JAFFA.

La llegada.—Su historia.—Su estadística actual.

I.

Cuando el buque que navega con rumbo al Oriente toca al fin de su viaje, y entre los tímidos albores de la aurora descubre el viajero una ráfaga azul que parece mar sin ser mar, que sin ser cielo parece cielo, oye repetir á más de cien voces con santo júbilo:—¡Tierra santa! «Cuando avanzando el buque y adelantando el dia se descubre en Tierra Santa una ciudad pintoresca que nace

entre las espumas del mar y se extiende por una colina labrando encaje con sus perfiles en la transparencia del éter, se oye tambien gritar:—¡Jaffa! Jaffa es la primera poblacion que se ofrece á la vista del peregrino en Tierra Santa, y por lo tanto Jaffa es quizá la que produce mayor impresion en su ánimo.

Jaffa, antiguamente Yaffa ò Joppe, que quiere decir «agradable,» es tenuta por una de las ciudades más antiguas del mundo. Se asegura que en ella construyó Noé el arca para salvarse del diluvio; destruida esa ciudad por el mismo diluvio, fué reedificada por Jafét, á quien debe su nombre. Muchas vicisitudes ha sufrido despues; larga es su historia, pero solo consignaremos los hechos más importantes de ella. Antes de haber entrado los israelitas en la Tierra de promision, los habitantes de Jaffa adoraban á Ceto, divinidad fabulosa, mitad mujer y mitad pescado. En el reparto que Josué hizo de la tierra de Canaan, correspondió Jaffa á la tribu de Dan. En el puerto de Jaffa desembarcaban los cedros del monte Libano que Hiram, rey de Tiro, enviaba á Salomon para la construccion del templo: intentando el profeta Jonás sustraerse á la orden de Dios que le mandó ir á predicar á Nínive, se embarcó en Jaffa con direccion á Tarsis: destruida Jaffa por Judas Macabeo, que la redujo á cenizas con el fin de vengar la muerte de doscientos judíos, fué reedificada por Demetrio Soter, siendo algun tiempo el si-

tio de recreo de la hermosa Cleopatra, á quien se la regaló Marco Antonio; pero derrotados Marco Antonio y Cleopatra en la batalla naval de Accio, se la cedió á Herodes el vencedor César Augusto. Desde los primeros años del cristianismo contó en su seno Jaffa algunos cristianos, y en ella hizo San Pedro, pescador en aquel mar, uno de los mas notables milagros, cual fué resucitar á Tabitta. Demolida varias veces la ciudad de que nos ocupamos, y entregada otras tantas al pillaje, corrió el tiempo y llegó la gran epopeya de las cruzadas; llegó aquella augusta época en que el sentimiento religioso y caballeresco de los reyes y de los pueblos llevó la civilizacion del Occidente á Oriente. Godofredo de Bullon mandó fortificar á Jaffa para ofrecer un asilo seguro á los peregrinos que iban á visitar Tierra Santa. Balduino I, sucesor de Godofredo de Bullon, erigió la ciudad en condado, y en 1103 cedió la iglesia de San Pedro á los canónigos del Santo Sepulcro. Nuevos trastornos acaecen en Jaffa, nuevos poseedores mandan en ella; en el año 1252 llega San Luis, rey de Francia, fija su residencia en su castillo, levanta una magnífica iglesia para los padres franciscanos y rodea la ciudad con un muro que ostenta veinte y cuatro torres. En 1267 cae Jaffa en poder de los musulmanes, que la convierten en ruinas; en ruinas permanece mucho tiempo, hasta que por fin concluye por ser de nuevo habitada, y los frailes de San Francisco se establecen allí á mitad del

siglo XVII, con objeto de predicar el Evangelio y de ofrecer un albergue á los peregrinos de los Santos Lugares. En el año 1799 es entregada al saqueo por la armada francesa, y en el 1838 se hunde una gran parte de sus edificios al horrible impulso de un temblor de tierra.

ALERE FLAMMAM
VERITATIS

II.

Hoy Jaffa es una ciudad bella en su posición, pero como todas las de Oriente de calles ruinosas, estrechas y tan sucias que apenas se puede andar por ellas. Los grandes camellos color de ceniza que se encuentran á cientos, tendidos en el lodo de aquellas, impiden el paso; y sus habitantes son perezosos, como segun he observado lo son todos los de aquel país. Entre las antigüedades de Jaffa figuran en primer término el castillo donde habitó San Luis, recientemente comprado por los frailes franciscanos para trasladar á él su convento, que amenaza sucumbir víctima de las olas; y la casa de «Simon el curtidor, hoy mezquita, en cuya casa tuvo S. Pedro la célebre vision de los animales puros é impuros, con cuya vision quiso Dios manifestarle que Jesus no era sólo el Cristo de los judíos, sino tambien el Cristo de los gentiles, Jaffa carece por completo de puerto; el Mediterraneo bate sus aguas en los mismos muros del con-

vento; nosotros hemos visto arrancadas por una tempestad parte de la calle y una de las dos gruesas puertas de aquel: los buques quedan siempre mar adentro; los lanchones que, guiados cada uno por doce hombres, tienen que atravesar erizados escollos, perecen con frecuencia estrellados contra un cordon de rocas, sumergiendo en el abismo multitud de peregrinos; y el sultan no construye ni ni permite que se construya un puerto. Cuatro dias antes de llegar yo á Jaffa naufragó allí una goleta francesa; yo ví sus fragmentos en la playa: estando yo en Jaffa naufragó otra austriaca.

¡Qué tarde tan terrible... nunca se borrará de mi imaginacion! En cambio Jaffa tiene los mejores naranjales del mundo, á cuyos naranjales llaman los indígenas jardines; entre aquellas inmensas huertas rodeadas de nopales, á cuyo suelo nunca baña el sol; entre aquellos bosques de naranjos y limoneros, cuyo azahar perfuma de continuo la atmósfera, se levantan de trecho en trecho bellas casas orientales, deliciosas mansiones de recreo, que convidan con las delicias del Eden.

Jaffa cuenta 6,445 habitantes, distribuidos de este modo: católicos 400, griegos unidos 365, maronitas 100, griegos no unidos 700, armenios no unidos 20, protestantes 150, judíos 400, musulmanes 4,300. En Jaffa habia cuando yo estuve tres escuelas: una para los jóvenes, dos para las niñas: la de los jóvenes está á cargo de los reverendos padres franciscanos; una de niñas bajo la direccion

de las Hermanas «de San José de la Aparicion»; la otra fundada y sostenida por Doña Simona Sainz, natural de Vitoria, quien se consagró con santo heroismo á educar niñas árabes, cualquiera que fuera su religion. Esta escuela concluyó con la muerte de la citada Doña Simona, ocurrida pocos meses despues de haberme dado su adios en aquel peligroso embarcadero. Tambien existe un hospital bajo la direccion de las «Hermanas de San Jorge. Por último, el comercio de Jaffa, que es principalmente de exportacion, consiste en sésamo, trigo, algodón, sandías, y sobre todo en naranjas.

RAMMA.

Su historia.—Sus monumentos.—Su estadística actual.

I.

Ramma ó Ramleth ó Ramata, es la antigua Arimatea. Separada de la Samaria por el rey Demetrio, fué incorporada á la Judea. En Ramma vieron la luz primera José de Arimatea, senador, y Nicodemus, escultor, quienes juntos bajaron de la cruz á Jesus y lo pusieron en los brazos de su santa y purísima Madre. Abandonada por sus habi-

tantes aquella ciudad en tiempo de los cruzados, fué ocupada por éstos, quienes la cedieron á Roberto de Normandía, obispo de Lydda. En las inmediaciones de Ramma dieron los cruzados una fuerte batalla, en la que perecieron muchísimos soldados, los condes de Blois y de Bourgogne, que dando prisioneros Harpiá, conde de Bourges y Conrado. En 1187 cayó Ramma en poder de Saladino; en 1204 perteneció á Ricardo «Corazon de Leon». En 1266 cayó otra vez en poder de los musulmanes, y en 1296 se establecieron allí los frailes franciscanos. Hasta Ramma llegó Napoleon, y en ella recibió el parte que le enviaron los musulmanes de Jerusalem, diciéndole: «Que si avanzaba un paso más serian muertos en un momento todos los cristianos de la ciudad, que al efecto tenian ya cerrados en el templo del Santísimo Sepulcro.» Napoleon retrocedió, aunque yo no puedo creer que fuera por un sentimiento de humanidad, virtud que, segun su historia, jamás encarnó en su corazon de piedra.

Los edificios notables de la ciudad que nos ocupa son: la casa de Nicodemus, hoy convento de los frailes franciscanos, donde, además de la iglesia parroquial, hay una célebre capilla, en otro tiempo taller del mismo Nicodemus; el «Djemeh el Abyad», Mezquita Blanca, y la Torre de los Mártires. La Mezquita Blanca, de la que solo se conservan magnificas ruinas con extensos subterráneos, se cree por algunos ser un convento de

templarios, á cuyo convento pertenecía la torre que hoy se llama de los Mártires; ya hablamos de estos monumentos al describir mi primera llegada á Ramma; los que creen que aquellas ruinas son restos de un "kan" y no de un convento de templarios, opinan que la torre fué una atalaya erigida en tiempos antiquísimos, para avisar la llegada del enemigo. Sea de esto lo que quiera, la Torre de los Mártires disfruta de vistas encantadoras. Ramma, que en la Edad Media poseía un castillo, fuertes muros con doce puertas y un comercio muy activo, ha quedado reducida á un pequeño pueblo rodeado de nopales y compuesto de labradores tan desgraciados, que muchas veces, muchas, cuando afanosos llenan sus sacos de trigo, resultado de las constantes fatigas de todo un año, llegan los beduinos, cargan á su vista los sacos en sus camellos y se marchan dejándolos en la miseria. Muy bien parados quedan estos infelices las pocas veces que los beduinos les dejan una pequeña parte de su cosecha; y si aquellos suplican que la parte cedida sea mayor de lo que los beduinos han dispuesto, acaban los beduinos por darles de palos.

II.

Hoy Ramma cuenta 5,000 habitantes, de los que 60 son católicos, 13 protestantes, 400 griegos no unidos, y 4,527 musulmanes. En aquella pe-

queña ciudad hay dos escuelas, una de varones dirigida por los frailes franciscanos, en la que se admite á todo jóven, cualquiera que sea su patria y su religion, y otra de niñas, dirigida por las Hermanas de San José de la Aparicion. En Ramma, como en Jaffa, Bethlem, San Juan, Nazareth y Jerusalem, existen hospederías, donde son muy bien tratados los peregrinos, sin pago alguno obligatorio, y sin más retribucion que la limosna que tengan por conveniente hacer.

BETHLEM.

Su posicion geográfica.—Su historia.—Su estadística actual.—Trajes de sus habitantes.

I.

Bethlem, dulce nombre, qué consuelo destila en el corazon del cristiano! Bethlem, la fértil, la fructífera, segun la llamaban en tiempos muy antiguos, es una pequeña ciudad de la tribu de Judá, que dista dos leguas de Jerusalem marchando al Occidente, y que se levanta 846 metros sobre el nivel del Mediterráneo. Esta bella ciudad, que nace en un campo de higueras, de granados y de mieses, se halla situada en la ladera oriental de un monte nombrado "Djebel el Baten:" separado en otro tiempo de la ciudad unos doscientos pa-

templarios, á cuyo convento pertenecía la torre que hoy se llama de los Mártires; ya hablamos de estos monumentos al describir mi primera llegada á Ramma; los que creen que aquellas ruinas son restos de un "kan" y no de un convento de templarios, opinan que la torre fué una atalaya erigida en tiempos antiquísimos, para avisar la llegada del enemigo. Sea de esto lo que quiera, la Torre de los Mártires disfruta de vistas encantadoras. Ramma, que en la Edad Media poseía un castillo, fuertes muros con doce puertas y un comercio muy activo, ha quedado reducida á un pequeño pueblo rodeado de nopales y compuesto de labradores tan desgraciados, que muchas veces, muchas, cuando afanosos llenan sus sacos de trigo, resultado de las constantes fatigas de todo un año, llegan los beduinos, cargan á su vista los sacos en sus camellos y se marchan dejándolos en la miseria. Muy bien parados quedan estos infelices las pocas veces que los beduinos les dejan una pequeña parte de su cosecha; y si aquellos suplican que la parte cedida sea mayor de lo que los beduinos han dispuesto, acaban los beduinos por darles de palos.

II.

Hoy Ramma cuenta 5,000 habitantes, de los que 60 son católicos, 13 protestantes, 400 griegos no unidos, y 4,527 musulmanes. En aquella pe-

queña ciudad hay dos escuelas, una de varones dirigida por los frailes franciscanos, en la que se admite á todo jóven, cualquiera que sea su patria y su religion, y otra de niñas, dirigida por las Hermanas de San José de la Aparicion. En Ramma, como en Jaffa, Bethlem, San Juan, Nazareth y Jerusalem, existen hospederías, donde son muy bien tratados los peregrinos, sin pago alguno obligatorio, y sin más retribucion que la limosna que tengan por conveniente hacer.

BETHLEM.

Su posicion geográfica.—Su historia.—Su estadística actual.—Trajes de sus habitantes.

I.

Bethlem, dulce nombre, qué consuelo destila en el corazon del cristiano! Bethlem, la fértil, la fructífera, segun la llamaban en tiempos muy antiguos, es una pequeña ciudad de la tribu de Judá, que dista dos leguas de Jerusalem marchando al Occidente, y que se levanta 846 metros sobre el nivel del Mediterráneo. Esta bella ciudad, que nace en un campo de higueras, de granados y de mieses, se halla situada en la ladera oriental de un monte nombrado "Djebel el Baten:" separado en otro tiempo de la ciudad unos doscientos pa-

sos, y unido hoy á ella por una fila de casas, se ve un grande alcázar, una aglomeracion de murallas y torres de piedra sillar, una roca inmensa labrada por el hombre; esta roca, este alcázar, este cúmulo de murallas y contramurallas, son los tres conventos latino, griego y armenio, que allí se aprietan el uno junto al otro; que el uno al otro se empujan, disputándose cada cual la posesion de una humilde caverna que en la roca se abre debajo de ellos; porque esta caverna es el punto en que nació Jesus; es lo que en Oriente llaman "la gruta de la Natividad;" es lo que llamamos en Occidente "el portal de Bethlem."

Bethlem es tan antigua que ya existia en el año 1740 ántes de Jesucristo; entre los muchos célebres personajes que en esta poblacion han visto la luz primera, citaremos á Abesam, juez del pueblo de Israel; Elimelech y Noemi, cuyo hijo Malahon se casó con Ruth; Booz, tatarabuelo de David. Mathan y su hijo Jacob ó Isai, padre de Josef, el que se desposó con María, la pura, la siempre virgen; Santa Ana, la madre de María, y sobre todo, el saludado por pastores, el adorado por magos, el cantado por ángeles, el Salvador del mundo, el Niño Jesus. Allá..... en los años 1449 se encontraba rodeado Bethlem por un fuerte muro y rodeado de dos castillos, uno en su entrada por el camino de Jerusalem, y otro en el extremo opuesto ó sea junto á la gruta de la Natividad. Bethlem, que casi en su totalidad se com-

pone de cristianos, y más que ningun otro pueblo de Oriente conserva sus costumbres patriarcales, guarda aún entre sí, no para el régimen oficial ó administrativo, su antigua division en tribus ó Haaras, siendo éstas seis, á saber. la de Taarame, cuyo jefe es Abul Arrach; la de Naayarene, cuyo jefe es Jasbun; la de Jeritat, cuyo jefe es Abu-Jarur; la de Shatre, cuyo jefe es Bendek; la de Faragie, cuyo jefe es Yahar, y la pequeña tribu musulmana Hahuagre, cuyo jefe es Subeg Suque.

II.

Bethlem cuenta 5500 habitantes próximamente, de los cuales 3,000 son católicos, 1,700 griegos no unidos, 700 armenios no unidos, 15 protestantes y 100 musulmanes, que van disminuyendo en estos últimos tiempos. Los hijos de Bethlem tienen mucho orgullo de que en su pueblo no existe ningun judío. Los establecimientos católicos de diferentes clases que hay en esa bella ciudad son: la iglesia parroquial, servida por los frailes franciscanos; la hospedería ú hospicio para los peregrinos, servida por los mismos frailes franciscanos; el convento de los reverendos padres franciscanos; la escuela de los padres franciscanos para los jóvenes; la escuela de las Hermanas de San José de la Aparicion para las jóvenes, y un horfalinato ó estableci-

miento para las huérfanas, dirigido por un fraile del patriarcado latino.

El carácter de los hijos de Bethlem es dulce, expansivo, servicial y noble; su industria consiste en la construcción de rosarios de varias clases, cruces y otros objetos de devoción, formados con olivo del monte Olivete y nácar del Mar Rojo, cuyos objetos llevan á vender al convento de San Salvador en Jerusalem, de donde salen conductas para todas las naciones cristianas. Concluyamos manifestando que el traje de los bethlemitas es el mismo que el de los naturales de Jerusalem, y que el de las bethlemitas, que llevan descubiertos sus hermosos rostros, consiste en una bata de colores vivos, llamada Geabba-Camis; en un adorno compuesto de monedas, que les pende del cuello, Egnac; en un morrion bajo sin ala que les cubre la cabeza, Satna, cuyo morrion se encuentra adornado tambien con sartas de monedas que forman ondas, y que encierran para ellas gran significacion y misterio, y en un paño blanco, cuadrado, que naciendo debajo del morrion, les cae cual mantilla desde la cabeza, por la espalda y por los hombros hasta la cintura, y se conoce con el nombre de Mendir.

CONCLUSION.

Ya he cumplido mi cometido; ya he realizado la más bella ilusion de mi vida; ya he hecho mi viaje á Oriente, sólo, sin compañía de nadie; y ya he consignado mis afecciones en estas páginas, quizá mal combinadas, quizá mal escritas..... ya lo dije al principio, pero de seguro bien sentidas. Casi niño era yo aún; aún no habia salido de mi humilde pueblo, aún no habia recibido mi corazon otra sonrisa que la dulce sonrisa de mi madre, cuando al autor de mi existencia que á la vez fué el autor de mi educacion, oí hablar del Nilo, de las Pirámides, del Desierto, de Jerusalem, de Bethlem, del Jordan..... ya en aquella vaga penumbra del vivir me impresionaron con fuerza esos mágicos nombres, y en los placenteros dias de mi juventud se despertaron en mí deseos vehementes de surcar ese rio de origen casi desconocido; de surcar ese caudaloso rio cuyas ondas envuelven la historia del gran Moisés; cuya corriente murmura crónicas de tantas momias como duermen en sus orillas el eterno sueño..... de cruzar ese mar de arenas que impelidas por el terrible

kausin, sepultan en su seno abrasador caravanas enteras..... de ver esos monumentos de piedra, que desafiando los siglos que impotentes sobre ellos pasan, que burlándose de la generacion que los contempla, revelan con el misterio de su silencio la grandeza de las generaciones á que deben su origen.

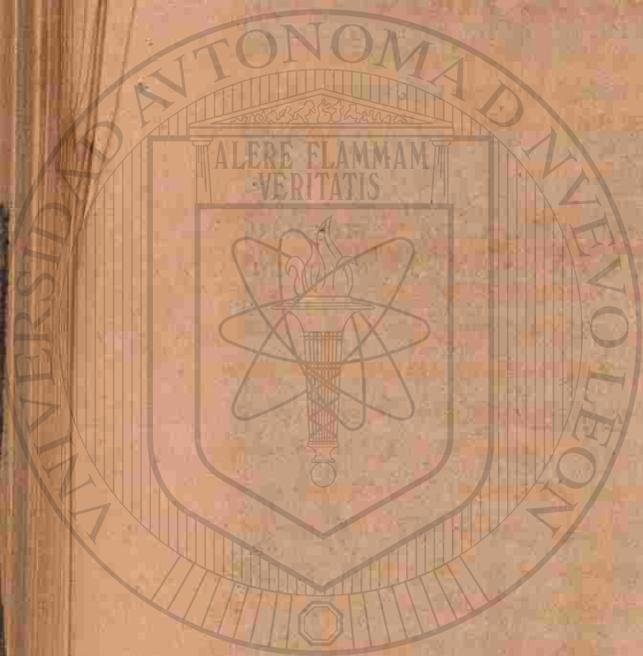
Corrió el tiempo..... llego un dia para mí feliz, por mí anhelado, y surqué el Nilo, y crucé el Desierto y subí á la cúspide de la gran Pirámide. Pero desde un principio mis aspiraciones fueron más allá; yo pretendí respirar la atmósfera que respiró María; yo pretendí besar los campos que pisó el Salvador del mundo, y me dirigí á Tierra Santa. Quise en Tierra Santa ver el punto en que nació Jesus, y fui á Bethlem; quise ver el punto en que se bautizó Jesus, y fui al Jordan; quise ver el punto en que ayunó Jesus, y fui á la montaña de la cuarentena; quise ver el punto en que Jesus derramó su sangre por el hombre, y subí al Calvario, y me arrodillé en su cumbre, y besé el agujero en que estuvo plantada la cruz; quise ver el punto en que tres dias permaneció el cadáver de Jesus, y bajé al Santísimo Sepulcro, y caí de rodillas en aquella Santísima gruta, y recliné mi frente en la piedra en que descansó el cuerpo de Cristo..... Y desde que besé la cumbre del Calvario, y desde que besé el sepulcro de Cristo, algo nuevo siento en mí; ó yo me parezco más grande que ántes, ó me parecen más pequeñas las cosas

de la vida. Es que el monte Calvario; es que el sepulcro de Cristo pertenecen más al cielo que á la tierra; es que en la cumbre del Calvario, es que en el sepulcro de Cristo, no se ha extinguido aún el aliento de Dios.

Hé concluido.

Regresé á mi patria; dura enfermedad me colocó en las puertas de la muerte, y enfermo todavía, enfermo y abatido, he escrito este libro. Este libro, tambien lo dije al principio, no es un libro de controversia; en él no predomina la razon; en él todo es sentimiento; que en un país en que tanto sufrió Cristo por el hombre; que en un país en que por el hombre sufrió tanto María, ni debe ni puede el hombre hacer otra cosa que recordar, orar y sentir!. Este libro es un álbum en que consigno las emociones que experimenté en los Santos Lugares; este libro..... lo declaro con valor, es una prueba que me doy á mi mismo de que no se han extinguido en mí los sentimientos religiosos que en mí despertaron los autores de mi existencia; este libro es una flor nacida en lo íntimo de mi alma, flor nutrida con la fé; flor desarrollada al calor de melancólicos recuerdos y profundas emociones; flor que lleno de cariño y de respeto coloco sobre las tumbas de mis queridos padres.

FIN.



PAGINAS DE VIAJE

DE UN PEREGRINO

A TIERRA SANTA

I.

JERUSALEM.

Jerusalem, antiguamente Salem, que significa paz, fué fundada segun tradicion por Melquisedech, rey y sacerdote (Génesis, XIV, 18) por los años 1769 antes de Jesucristo, sobre el monte Akra, cuyo nombre conocemos sólo desde Antioco Epifanio ue construyó en él una fortificacion en el año 173 ántes de nuestra era, Cincuenta años despues

de su fundacion cayó Salem en poder de los jebuseos, descendientes de Jebus, hijo de Canaam, los cuales construyeron otra fortaleza en el monte Sion á la que dieron el nombre de Jebus, su antecesor. De la fortaleza Jebus y de la ciudad Salem reunidas, nació el nombre Jebusalem, más tarde Jerusalem, que significa «Vision de la Paz.» Los Jebuseos disfrutaron su posesion cerca de 324 años, esto es, hasta la llegada de los hijos de Israel á la Tierra-prometida. Jerusalem fué tomada en 1445 ántes de Jesucristo, y su rey Adonizadech condenado á muerte; pero el monte Sion con su fortaleza permaneció en poder de los jebuseos. Los israelitas victoriosos tomaron posesion de ella y la habitaron juntamente con los cananeos (Josué, XV, 63; Jueces I, 21; II, Reyes, V, 5.) Muerto Josué, los israelitas continuaron la guerra apoderándose de Bezech y de su rey llamado Adonibezech, quien habiendo tenido la crueldad de hacer cortar las manos y los piés á setenta reyes, fué condenado al mismo suplicio y le llevaron á Jerusalem, en donde murió. De esta época datan los primeros muros de la ciudad de Jerusalem, los cuales partian casi en línea recta de la torre Hippicos, sita al Oeste, junto á la puerta de Jaffa hasta el monte Moriah, en donde se levantó más tarde el templo, pasando por el valle de Tyropeon, que separa los montes Sion y Moriah y llega hasta los montes Gareb y Akra. Por el otro lado se extendia el muro partiendo de la misma torre há-

cia el Sur, luego hácia el Este, y despues al Norte, siguiendo las sinuosidades del monte Sion, reuniéndose con el otro muro junto á la puerta occidental del templo, de modo que encerraba el monte Sion, y gran parte del N. y el S. del valle Tyropeon.

David se apoderó de Jerusalem el año 8° de su reinado (1047 ántes de Jesucristo) y estableció en ella la capital de su reino. Desde entonces el monte Sion tomó el nombre de ciudad de David, porque en él fijó este príncipe su residencia y allí fué á donde poco tiempo despues trasladose el Arca de la Alianza (II. Paral. XXI.)

En tiempo de Salomon, hijo de David, llegó Jerusalem al apogeo de su grandeza. La construccion del templo en el monte Moriah y otros edificios magníficos (II. Paral. III, I. II. Reyes XXIV), sus relaciones mercantiles extendidas hasta la India y el Africa, entre otras causas hicieron de Jerusalem el centro de la civilizacion del Asia occidental. Pero esta época fué de corta duracion, pues á la muerte del hijo de David perdió gran parte de su importancia, cuando Jeroboam logró sustraer á la obediencia de Roboam, hijo de Salomon, diez tribus de Israel y no fué mas que la capital de las dos restantes que constituyeron al reino de Judá. A causa de esta separacion tan funesta para todo el pueblo de Israel, Jerusalem tuvo que sufrir durante tres siglos las invasiones sucesivas de los egipcios, los filisteos y

de otros pueblos que se aliaban con las tribus disidentes. En 606 cayó en poder de Nabucodonosor, rey de Babilonia, quien destruyó á su rey Joaquín y le substituyó por Sedecías, vigésimo rey de la dinastía de David; pero la revuelta de Sedecías fué causa de una nueva invasion de los asirios, que saquearon á Jerusalem, derribaron sus muros é incendiaron su templo, llevándose el pueblo cautivo á Babilonia (599 ántes de Jesucristo, IV Reyes, XXV.)

Setenta años despues, Ciro, rey de Persia, dió permiso á los israelitas para volver á su patria (I. Esdras. I y IV). Más tarde, Jerusalem fué tratada con mucha deferencia por Alejandro Magno, quien le concedió muchos privilegios; pero muerto este conquistador, tuvo la desgracia de convertirse en la línea fronteriza entre Siria y Egipto, estando expuesta, por lo mismo, á todos los horrores de la guerra. En 305 cayó en poder de Tolomeo Soter, y á la proteccion de los Tolomeos y de los seleucidas del Asia debió un período de paz y hasta parecia que iba á cobrar nueva vida, cuando la odiosa tiranía de Antiocho Epifanio la sumió en nuevos desastres.—Devuelta á la independencia de los macabeos (160), estuvo Jerusalem gobernada por los primeros Asmoneos hasta la conquista de la Palestina por los romanos.

Pompeyo se apoderó de Jerusalem setenta años ántes de Jesucristo, y la sometió á un gobernador llamado Scaurus. Herodes el Grande, que llegó

á ser su rey, la dotó de hermosos edificios en el año 19 ántes de Jesucristo. A últimos de su reinado nació el Mesías, unos cuatro mil años despues de la creacion, y por mandato de Herodes fueron degollados los Santos Inocentes. A la muerte de Herodes, ocurrida cuando la Sagrada Familia se hallaba en Egipto, César Augusto hizo cumplir el testamento de dicho príncipe, que dividió su reino entre sus tres hijos Arquelao, Filipo y Antipas. Este último fué quien hizo decapitar á San Juan Bautista y trató de insensato á Nuestro Divino Redentor. Arquelao, que sucedió á su padre, regia la Judea, la Samaria y la Idumea; mas en el segundo año de su reinado fué acusado ante Augusto de tiranía, y por ello se le mando á Viena entre los galos, anexionando su reino á la prefectura de Siria con orden de levantar el catastro. Cirenio senador romano, fué el encargado de esta tarea, y desde entónces Jerusalem quedó sometida á los gobernadores romanos, que ordinariamente administraban la justicia en la torre Antonia, situada al N. E. de la ciudad, al pié del monte Bezetha, al extremo N. O. del templo. Poncio Pilatos, el sexto de entre ellos, la gobernaba por los años 27 de nuestra era, y él fué quien condenó á Nuestro Salvador al suplicio de la Cruz.

De la época de los reyes de Judá data el segundo muro de Jerusalem, que partia de la puerta de Genuath, sita en la mitad de la ciudad, al pié del monte Sion, se dirigia hácia el N. casi en línea rec-

ta, dejando al O. el Calvario, y despues de recorrer 290 metros, formaba un ángulo hasta encontrar la torre Antonia, encerrando el monte Akra.

En tiempo de Herodes Agripa, diez años despues de la muerte de Jesucristo, bajo el reinado del emperador Claudio, edificóse el tercer muro, que fué concluido más tarde por los judíos. Este muro partia de la torre Hippicus, se dirigia hácia la torre Psefina y despues hácia el E., encerrando los montes Gareb y el Bezetha, al objeto de ensanchar la ciudad y fortificarla en su parte del N. O. De este modo se dilató el recinto de Jerusalem, quedando el Calvario dentro de sus murallas.

Herodes Agripa, nieto de Herodes el Grande, fué quien hizo morir á Santiago y encarceló á San Pedro, que fué librado por un ángel. El objeto de ensanchar la ciudad hácia el N. O. fué dar ocupacion á los 18,000 judíos que acababan de concluir los trabajos del templo. Los judíos le pidieron permiso para reconstruir la galería de Salomon en la parte exterior del templo, á fin de librar sus tesoros de la rapacidad de los romanos; pero él les negó el permiso y solo les concedió que pudieran empedrar la ciudad con hermosas piedras blancas.

Habiendo muerto este rey á los siete años de su reinado, la Judea pasó al poder de los gobernadores, que tenian la administracion de la misma, á excepcion hecha de lo que se referia al templo, cuya custodia perteneció primero á Herodes, herma-

no de Agripa, y despues á Agripa, hijo de este último, que le sucedió con el titulo de rey.

Elaño 70, Tito, enfrente de su ejército, sitió á Jerusalem, se apoderó de ella, la destruyó, y á pesar de sus órdenes, el templo fué incendiado. Adriano reconstruyó la ciudad en el año 136, dándole el nombre de Elia-Capitolina, que conservó hasta Constantino. Jerusalem permaneció pagana durante mucho tiempo, reconoció por fin al verdadero Dios que habia rechazado, y en el año 326 la piadosa solicitud de Santa Elena la adornó con magníficos edificios, destinados á conservar los más queridos recuerdos del Cristianismo, y su hijo el emperador Constantino le devolvió su primitivo nombre.

Bajo el Pontificado de Gregorio el Grande, Benedicto Probus fundó en ella un convento de su Orden, un hospital para los enfermos y un hospicio para los peregrinos. En 614, Cosroes II, rey de Persia, auxiliado en su odiosa crueldad por 2,000 judíos, asaltó la Ciudad Santa, la saqueó y destruyó con preferencia los monumentos cristianos, vendiendo 80,000 prisioneros á los judíos que les martirizaron. Veintidos años más tarde los discípulos del Coran, vencedores de Heraclio y de Yezdedjerje, habiéndose apoderado de la Siria y de la Persia sitiaron á Jerusalem, pero el Patriarca Sofronio se puso á la cabeza de los habitantes, y gracias á la pronta y enérgica resistencia que opuso, se logró una honrosa capitulacion. El primer capítulo estipulado fué que el califa debia recibir personal-

mente la sumision de los vencidos. Entónces Omar vino de Medina y acompañado solo de algunos caballeros, firmó ante los muros de la ciudad un tratado de paz, en virtud del cual se garantizaba á los cristianos la posesion de sus iglesias y la libertad de ejercer su culto mediante el pago de un tributo anual. Esto ocurrió en el año 636. Desde entónces hasta principios del siglo XI, Jerusalem atravesó varias alternativas de paz y de persecucion bajo los califas de Damasco y de Bagdad. El reinado más feliz durante este largo período de cuatro siglos, fué el de Harun-el-Raschid (786-809), célebre sobre todo por sus relaciones amistosas con Carlo Magno. La gran moderacion con que trató á los cristianos, proporcionó á éstos algunos años de tranquilidad. Carlo Magno aprovechó las buenas disposiciones del califa para mandar á Tierra Santa muchas limosnas destinadas á la reparacion de las iglesias y á la fundacion de un nuevo convento construido bajo la adoracion de María, que sirvió durante dos siglos para la hospitalidad de los peregrinos cristianos.

Muerto Harun-el-Raschid, cayó en la anarquía y pronto se dejó sentir el peso de una persecucion muy cruel contra la comunidad religiosa de Jerusalem, y sus iglesias fueron confiscadas y hasta arruinadas en parte. Sin embargo, apaciguados los desórdenes, los cristianos pudieron reparar sus desastres. Mas pronto tuvieron que sufrir una nueva persecucion bajo la tiranía de los Xatemis-

tas, y en particular en el reinado de Hikem, que se hacia pasar por Dios, el cual, excitado por los judíos, envió el gobernador de Ramelch á arruinar los templos de Jerusalem y llevar el Patriarca al Cairo, arrestado, en donde le quitaron los ojos. Esta persecucion no duró, sin embargo, mucho tiempo, gracias á María, madre de Hikem y hermana de los Patriarcas de Alejandria y Jerusalem; por esto en el mismo año de las destrucciones el califa permitió á los cristianos que reconstruyeran sus iglesias. Los Seyuquidas que le sucedieron en el siglo XI no se mostraron más tolerantes, y pronto la voz elocuente de Pedro el Ermitaño llamó á los cruzados á la conquista de la Tierra Santa. En 1099 los cruzados tomaron posesion de Jerusalem; mas ántes que trascurriera un siglo, su reinado efimero fué deshecho por Saladino, que recobró la Ciudad Santa en 1187. Antes que tomara posesion el conquistador, hizo publicar un decreto con las disposiciones siguientes: Todos los guerreros deberán retirarse á Tiro ó Trípoli dentro del plazo de cuarenta dias; los frailes del hospital permanecerán en Jerusalem durante un año, para cuidar á los enfermos y heridos; se respetará la vida á todos los cristianos y el derecho de rescatar su esclavitud por 10 piezas de oro los hombres, 5 las mujeres y 2 los niños. Los que no pudieron comprar su rescate permanecieron esclavos. Llegó por fin el dia fatal en que los cristianos debian abandonar la Ciudad Santa,

y entónces fué cuando Saladino, sentado en un trono que se levantó en la puerta de David, vió pasar ante él á más de 100,000 cruzados, quedando en la ciudad unos 16,000 que no pudieron pagar su rescate, entre los cuales habia de 4,000 á 5,000 niños. Despues de esta dolorosa despedida de los cristianos, Saladino hizo su entrada solemne en Jerusalem.

En el año 1219, los Frailes Menores, bajo la direccion de San Francisco de Asís, fueron á Tierra Santa y fundaron un convento de su orden, en el monte Sion, al lado del Cenáculo. En vano Jerusalem fué entregada durante algun tiempo á los cristianos en virtud de una tregua estipulada en 1229 entre Federico II, emperador de Alemania, y Malek-el-Kamel, sultan de Egipto, pues apenas esta tregua hubo espirado, el principe de Karak, aprovechándose de la debilidad del de Damasco, á quien pertenecia Jerusalem, se apoderó de la Ciudad Santa é hizo demoler las fortificaciones levantadas por los cruzados. Poco tiempo despues los cristianos de Siria aprovecharonse de las discordias entre los príncipes musulmanes para reconstruir las murallas y reedificar las iglesias. Antes de la conquista de los Karismienos, los príncipes de Karak, de Damasco y de Emero resolvieron apoderarse de Egipto é hicieron al efecto una alianza con los templarios y demás cristianos de Tierra Santa, prometiéndoles, no solo devolverles los Santos Lugares, Jerusalem y Tiberia-

des, sino asociarles á la conquista de Egipto, para la cual estaba ya haciendo toda la Siria grandes preparativos. Habiendo tenido noticia de esto el sultan del Cairo, se vengó llamando en su socorro á los Karismienos, á quienes prometió la Palestina. En efecto, vinieron éstos, y las llamas que se levantaban por todas partes donde pasaban, anunciaron pronto su llegada á los habitantes de Jerusalem. Los cristianos huyeron con los caballeros del Temple y los Hospitalarios, y no quedaron en la ciudad más que algunos habitantes y los enfermos. Los Karismienos entraron en Jerusalem matando á cuantos encontraron; pero como su sed de sangre no estaba aún satisfecha, apelaron á una estratagema para atraer á los que habian huido: enarbolaron estandartes en las torres más altas y echaron á vuelo todas las campanas. Pronto siete mil cristianos que, cayendo en el engaño, regresaron á Jerusalem, murieron bajo el filo de los alfanjes de los invasores. Despues de este desastre, la Ciudad Santa fué asaltada otra vez por el sultan de Egipto, y fué teatro de nuevas profanaciones durante la dominacion de los últimos califas Ayubitas, y durante la anarquía de los Mamelucos, hasta que pasó con toda la Siria bajo el poder del sultan otomano Selim en 1517. Entónces sufrió todas las vicisitudes del imperio turco. Aneja durante algun tiempo al gobierno del Pachá de Damasco, hoy, con sus alrededores, forma una provincia que depende directamente de Constantinopla.

Esta es á grandes rasgos la historia de esta desventurada ciudad. No hay en el orbe otra que haya sufrido tantos desastres, y sus sufrimientos son sin duda el castigo que ha merecido por haberse consumado en ella el crimen mas horrendo que registran los anales de la humanidad.

La temperatura de Jerusalem está sujeta á cambios bruscos que hacen variar el termómetro de 6 á 7 grados en una hora. Desde el mes de Abril hasta últimos de Setiembre el cielo es siempre brillante, y solo alguno que otro dia se presenta nebuloso. A causa de su elevacion, aun en lo más riguroso del verano, el clima es muy soportable, pues raras veces llega á 30 grados el termómetro centígrado; solo cuando sopla el viento S. se siente allí un calor sofocante. Sin embargo, en pleno invierno y durante los meses de Enero y Febrero el suelo se cubre de nieve y se hiela el agua de los charcos y arroyos. Nosotros disfrutamos en Jerusalem unos dias magníficos: solo uno de ellos amaneció con el cielo cubierto de nubes, y el calor nos molestó, y en otro llovizó por la mañana: pero, en general, á pesar de nuestras largas y fatigosas jornadas, y de que estábamos á mediados de Octubre, el tiempo nos favoreció mucho y contribuyó al éxito sumamente feliz de nuestra devota peregrinacion.

La Ciudad Santa, que cuando Alejandro Magno la visitó contaba 120,000 habitantes, ahora cuenta apenas 25,000, que por sus distintos cultos pueden clasificarse del modo siguiente:

CLASIFICACION DE LOS HABITANTES BAJO EL PUNTO DE VISTA RELIGIOSO.	}	Judíos.....	12,000		
		Cristianos	} Católicos romanos.	Latinos.....	1,609
				Griegos.....	35
				Armenios.....	5
		Sectas cristianas	} Griegos no unidos.	Armenios no unidos.....	2,800
				Coptos no unidos.	510
				Etiopes no unidos.	130
				Sírios no unidos...	75
				Protestantes.....	15
		Musulmanes.....	300	7,500	

La diversidad de cultos y de razas que hay en Jerusalem impide sin duda que tenga costumbres propias; por esto no hay en la Ciudad Santa ni paseos, ni espectáculos; tiene el aspecto de una población abierta á todo el mundo, en la cual cada secta ó cada raza obra como mejor le place sin relacionarse unas y otras más que por razones mercantiles; y aunque en ella están los judíos en mayoría, no parece sino que su antigua capital pertenece á todas las naciones ménos á los que crucificaron un dia á Nuestro Divino Redentor. Esta diversidad de sectas y de razas llama poderosamente la atención del peregrino español, porque aquellas calles tristes presentan una gran animación en los barrios céntricos, en donde el fraile franciscano con su venerable sayal pardo, el griego con su bata negra y sombrero cilíndrico, el arme-

nio con su capuchon cónico, y los judíos, moros, geniseros y abisinios con sus pintorescos trajes de distintos colores circulan en todas direcciones conversando en distintos idiomas, y ofrecen un espectáculo que aviva poderosamente la curiosidad del extranjero.

II.

VIA-CRUCIS.

Lo primero que nos detuvimos á ver fué el Arco del Ecce Homo que, segun tradicion, fué desde donde Pilatos despues de haber hecho azotar horriblemente á Nuestro Divino Salvador, lo presentó al pueblo para excitar su compasion. Este puente se componia de un arco central, que es el que hay sobre la calle, y otros dos colaterales. El del S. ha desaparecido, y el del N. está encerrado dentro de la iglesia del Ecce Homo del convento de las Damas de Sion. Esta iglesia y convento, contruidos junto al mismo arco, unaparte del cual encierran dentro de la iglesia, han sido fundados por el R. Padre María Alfonso Ratisbona, judío convertido, del cual tendré ocasion de hablar más de una vez. Lcs trabajos empezaron en 1859 y terminaron en 1868. La iglesia, aun cuando es algo sombría, es bella por su estilo sencillo y severo. Está dividida en tres naves, muy espaciosa y

alta la de en medio y estrechas las laterales. Las columnas que sostienen las bóvedas tienen capiteles corintios de bronce. El templo recibe la luz por una cúpula bastante elevada, y detras del sagrario del altar mayor se ve el arco lateral del N. del referido puente del Ecce Homo, y en medio de él hay una bella imágen de Nuestro Señor Jesucristo, presentado á los judíos. Este arco del interior del templo es alto y ancho, pero el de la calle ha sido modificado y sólo se vé en él una ventana. En este lugar se gana indulgencia plenaria. Cerca de este arco se encuentra el sitio en donde estuvo el palacio de Herodes, hoy ocupado por casas de particulares, y los restos de la torre Antonia, que fué en tiempo de la dominacion de los romanos su fortaleza, flanqueada por cuatro torres, rodeada de fosos é interiormente convertida en palacio. Hoy en su lugar hay el cuartel turco, que encierra los lugares de dos escenas de la Pasion que sufrió Nuestro Redentor. Estos lugares son:

El Pretorio con el Lithostrotos, donde Pilatos declaró á Jesucristo inocente, y sin embargo, le entregó á los judíos para que lo crucificaran. Los primeros cristianos habian levantado en este lugar una iglesia dedicada á Santa Sofía, es decir, á la Sabiduría Eterna, y en el siglo XVII se veian aún el coro, las capillas colaterales y vestigios de las antiguas pinturas. En este sitio se gana indulgencia plenaria. Tambien se halla dentro del cuartel

el lugar en donde Nuestro Señor Jesucristo fué coronado de espinas, convertido hoy en una pequeña mezquita de cinco metros en cuadro, coronada por una cúpula, bajo la cual hay la tumba de un derviche. En este lugar se gana indulgencia parcial.

Pasando por debajo del arco del Ecce Homo con direccion á la puerta de San Estéban, se encuentra el cuartel á la derecha, y enfrente de él á la izquierda, la iglesia de la Flagelacion. En este lugar, en donde Nuestro Señor Jesucristo fué bárbaramente azotado por orden del inicuo Pilatos, los primeros cristianos construyeron una iglesia. En 1818 Mustafá Bec, hijo del bajá de Jerusalem se lo quitó á los legítimos dueños y convirtió la iglesia en caballerizas, pues este profanador de un lugar tan santo poseía muchos hermosos caballos. Pero sucedió que al dia siguiente de haber colocado allí la mayor parte de ellos fueron encontrados todos muertos. Al dia siguiente mandó colocar en el mismo sitio los que le quedaban, y murieron asimismo todos. Consultólo á los sábios del Islamismo y estos dijeron que Dios no queria que se profanara aquel lugar á causa de la veneracion en que le tenian los cristianos. Desistió entonces Mustafá de su propósito de convertirlo en caballerizas, pero no lo devolvió á sus legítimos dueños los franciscanos, á los cuales lo restituyó Ibraim Pachá en 1838. La iglesia actual ha sido construida sobre las ruinas de la antigua, gracias

á la generosidad de Maximiliano duque de Baviera. Esta iglesia tiene una sola nave bastante espaciosa y está adornada con muchos cuadros; debajo la mesa del altar mayor hay una piedra de mármol con una cruz que señala el punto en donde estuvo la columna de la flagelacion. En esta capilla se gana indulgencia plenaria.

Este templo no podia estar situado en un lugar más á propósito, pues en él se dispone el alma para verificar luego el acto edificante y piadoso del Via-Crucis que no deja de practicar ninguno de los peregrinos que van á Jerusalem con verdadera devocion.

Si este acto religioso conmueve siempre al católico, figúrese el lector qué efecto ha de causar en el alma del que lo practica recorriendo el mismo camino que siguió Nuestro Señor Jesucristo cuando lacerado su cuerpo por los más cueles azotes, coronadas sus sienes por agudas espinas, abofeado y escupido su divino rostro y con la pesada cruz sobre sus hombros, se dirigió al Calvario para ser allí crucificado. No creo que haya pluma capaz para expresar fielmente los efectos que siente el corazon al verificar este acto piadoso: por esto me limitaré á hacer una reseña del mismo.

La primera estacion del Via-Crucis se nos permitió (lo cual no sucede siempre) celebrarla en el interior del cuartel, en el lugar en que fué condenado Jesucristo por Poncio Pilatos. Los solda-

dos turcos, á quienes en aquella hora (serian las cuatro y media de la tarde) se estaba distribuyendo el rancho, nos hicieron paso; los que estaban de guardia nos presentaron las armas, y en mitad de una plaza nos postramos todos, á excepcion del reverendo don José Clará, Presbítero, que leyó muy conmovido la primera estacion.

Despues de rezado un Pater y Ave y de una breve oracion besamos reverentemente el snelo. Este primer acto celebrado por más de ciento veinte católicos con edificante fervor y los ojos llenos de lágrimas en medio de los soldados turcos, vestidos con pantalon y chaqueta blancos y fez encarnado en la cabeza, que nos contemplaban con respeto, era verdaderamente imponente.

Saliendo del cuartel practicamos la segunda estacion en la parte exterior del mismo donde estaba situada la Escala Santa que actualmente se venera en Roma cerca la Basilica de San Juan de Letran, por haberla hecho trasladar allí Santa Elena. Al pié de dicha escalera, por la cual bajó Nuestro Señor Jesucristo, fué donde le cargaron la pesada Cruz sobre sus delicados hombros.

Siguiendo la calle hácia el O., á 233 metros de distancia, encontramos el extremo de la calle y penetramos en la que va hasta la puerta de Damasco. Una columna rota en dos pedazos, junto á la pared, señala la tercera estacion, ó sea el "lugar donde cayó Nuestro Señor Jesucristo bajo el peso de la cruz."

A unos 37 metros de distancia hácia el Sur, nos detuvimos á practicar la cuarta estacion en el "sitio en donde Jesucristo encontró á su Santísima Madre." En esta misma calle hay un arco, y allí estuvo edificada la casa del mal rico, y cerca de ella, á la derecha, formando ángulo, la del pobre Lázaro, de los cuales nos habla el Evangelio.

Antes de llegar á dicho punto, á 23 metros de distancia de la cuarta estacion, se encuentra otra calle al O. Una pequeña excavacion en el muro de la primera casa á la izquierda, indica el lugar de la quinta estacion, "donde Simon Cirineo ayudó á llevar la cruz á Nuestro Divino Redentor."

A la distancia de 86 metros, siguiendo la misma calle hácia el O., se encuentra una bóveda, y á la izquierda en una casa con puerta muy baja, vése en la pared un fragmento de columna que señala la sexta estacion, ó sea el lugar "donde Santa Verónica," abriéndose paso entre la muchedumbre, llegó hasta Jesucristo y le enjugó el "Divino Rostro" con un lienzo, en el cual quedó milagrosamente impreso. Allí estuvo la casa de la Santa Mujer.

Recorriendo la distancia de otros 60 metros, llegamos al lugar en que se hallaba la puerta Judiciaria por donde salian los condenados á muerte. De esta puerta solo quedan algunas piedras que sostienen la bóveda al extremo de la calle. En dicho punto, "donde cayó Nuestro Señor Jesucristo por segunda vez", rezamos la sétima estacion.

A unos seis metros de distancia, siguiendo la calle que se encuentra enfrente de la puerta Judiciaria, en una casa que hay en una esquina, se vé á la altura de unos siete á ocho metros bajo el hueco de una ventana, la columna de la sentencia, en la cual estuvo expuesto el decreto condenandó á muerte á Nuestro Redentor Divino.

Andando otros treinta metros por la misma calle, á la izquierda, y junto al convento griego de San Caralembos, un agujero en una piedra de la pared nos indicó la octava estacion, "donde Jesus habló á las mujeres de Jerusalem."

Allí se encuentra cerrado por edificios el camino de la Cruz, de modo que tuvimos que hacer un rodeo retrocediendo y tomando la direccion hácia el S. por una calle estrecha, despues subimos una pequeña cuesta hácia el N., y á 56 metros de distancia encontramos el "sitio en donde cayó Jesus por tercera vez," y allí rezamos la novena estacion. Allí mismo hay una puerta que comunica con el convento Abisinio, y por el patio del mismo se puede penetrar en la plaza que hay enfrente de la Basílica del Santo Sepulcro; pero como estaba cerrada tuvimos que hacer un rodeo para ir al templo donde se verifican las cinco últimas estaciones.

Cuando llegamos al santo templo, empezaba á anochecer. Nos dirigimos al Calvario y rezamos la décima estacion en el "lugar en donde desnudaron a Jcsucristo de sus vestidos;" la onceava estacion

en el "lugar de la crucificacion;" la doceava estacion en el "lugar donde murió en la Cruz;" la décima tercera estacion en el "lugar donde su Santísima Madre le recibió en sus brazos cuando le hubieron descendido de la Cruz," y la décima cuarta y última en el "Santo Sepulcro en donde fué enterrado." En el Calvario, el reverendo Padre Rosselló, religioso de San Felipe Neri, hizo un elocuente y sentido sermon que conmovió profundamente á todos.

III.

EL CALVARIO.

El Calvario, en donde se realizaron las últimas y más dolorosas escenas de la Pasion de Nuestro Divino Redentor, es uno de los Santos Lugares más imponentes y más augustos de la tierra. Fray Lievin, tantas veces citado, en su excelente obra, recuerda las principales tradiciones y noticias del Gólgota en los siguientes párrafos:

La tradicion nos dice que cuando Adan fué arrojado del Paraíso Terrenal se refugió en la antigua Judea. En esta comarca fué enterrado el primer hombre, y más tarde se sepultó su cráneo en el monte que por esto se llama Calvario, y allí fué donde el infierno, despues de 4,000 años, veía

las pruebas que atestiguaban su fuerza y su victoria. Pero llegó el día en que su estandarte fué humillado en este mismo lugar, y destruida su pujanza. El árbol de la victoria divina levantóse allí, en aquel sitio fué vencida la muerte, el cielo se abrió y el linaje humano recobró la esperanza y la vida.

Cuando se piensa en la importancia que el Calvario y los demás Lugares Santos en general debían tener para los primeros cristianos, convertidos del judaismo á la religion de Nuestro Señor Jesucristo, se comprende que hayan conservado un conocimiento exacto de la situacion de los mismos, y sobre todo del Calvario y del Santo Sepulcro. Se vé que los esfuerzos del judaismo y del paganismo para profanarlos y destruirlos, son otras tantas pruebas de su autenticidad, y pasma despues de diez y nueve siglos encontrar aún incrédulos que quieran ponerla en duda. Aquí conviene recordar lo que dice Chateaubriand en su Itinerario: «si hay algo que esté bien atestiguado, es precisamente la autenticidad de las tradiciones cristianas de Jerusalem.»

La parte de la Basilica que encierra este lugar, ántes maldito y ahora bendecido y consagrado para siempre desde que la Cruz del Salvador fué plantada en él, permaneció durante mucho tiempo, si no desprovisto completamente de adornos, á lo ménos señalado por algun monumento cuyos vestigios han borrado los siglos. Pero los cristia-

nos no olvidaron jamás éste, que en tiempo de S. Cirilo, obispo de Jerusalem, llamaban el Lugar del Testimonio. En vano durante el imperio de Adriano, trató el paganismo de condenar el Calvario á un olvido perpetuo. «La locura de la idolatría, dice con razon Chateaubriand, publicaba la «locura de la Cruz,» que tanto interés se tenia en ocultar,» pues ni la infame Vénus, ni el ridiculo Júpiter podían destruir á Jesucristo. La iniquidad, desplegando todos sus recursos, se convirtió ella misma en la salvaguardia del Calvario y del Santo Sepulcro, que dominaron todos los insultos y todos los furores.

El templo pagano levantado en el Gólgota, hácia el año 126, fijaba los recuerdos y designó los lugares profanados con las estatuas de Vénus y Júpiter, á la piedad de Constantino el Grande. Por otra parte, habia allí muchos cristianos entre los cuales se conservaba viva é indestructible la tradicion: Hé aquí por qué cuando Santa Elena quiso reedificar en el Calvario las construcciones que proyectaba, empezó por el sitio mismo donde se levantó la Cruz del Salvador, librándole de los infames ídolos. Su idea era piadosa, pero contribuyó á desfigurar de una manera sensible el primitivo aspecto de un lugar tan augusto. Despues de haber hecho cortar los lados del monte para separarlo completamente de la roca que encerraba el Santo Sepulcro que quiso aislar, Santa Elena pudo ejecutar mejor su plan de reunir en un

solo templo todos los lugares santificados por la muerte y entierro de Nuestro Redentor, En 614 esta Basilica cayó á los golpes de la piqueta demolidora de Cosroes. En el siglo VII, el abad Modesto construyó en el Gólgota la iglesia que presencié ¡magnífico espectáculo! al emperador Heraclio llevando al Calvario la verdadera Cruz, santo y precioso trofeo de sus victorias sobre los persas. Diez años más tarde, el mismo Heraclio derrotó á Ciroes, hijo y sucesor de Cosroes II, libró á los cristianos que habian sido reducidos á la esclavitud y obligó al rey vencido á devolverle la verdadera Cruz. Entonces fué cuando este piadoso emperador, despojándose de sus vestidos reales, y revistiéndose con hábitos de humildad y penitencia, tomó la Santa Cruz sobre sus espaldas, y con los piés descalzos, seguido de sus soldados, la llevó por las calles de Jerusalem hasta el Calvario. Este es el origen de la fiesta de la Exaltacion de la Santa Cruz, que se celebra en 14 de Setiembre. Algun tiempo despues, el arzobispo Sérgio envió la sagrada reliquia á Constantinopla.

La iglesia del Calvario permaneció separada de la del Santo Sepulcro hasta la época en que los cruzados encerraron en un solo templo todos los Santos Lugares, como lo habia hecho Santa Elena. Despues de la época de los cruzados, esta iglesia no ha sufrido mas que dos modificaciones importantes: la primera fué el haber trasformado en una ventana cerrada con reja la puerta que co-

municaba con la capilla de Nuestra Señora de los Siete Dolores, la cual servía entónces de pórtico al Calvario; la segunda trasformacion consiste en haberla prolongado hácia el O. á fin de construir las dos escaleras que hoy dan ingreso á la misma en sustitucion de la contigua. La iglesia del Calvario está situada como he dicho al lado de la entrada del templo, ó sea á la parte S. E. de la Basilica. Se compone de dos naves paralelas separadas por dos columnas de piedra cuadradas que sostienen los arcos. En la nave del S. hay el altar de la Crucificacion, que pertenece á los Padres Franciscanos. Allí fué crucificado Nuestro Señor Jesucristo, y un cuadro al óleo del altar representa este terrible paso de su suplicio. En este altar se gana indulgencia plenaria. En la nave del N. hay la roca sobre la cual fué levantado Nuestro Redentor en la Cruz entre dos ladrones. Encima de esta peña, que se levanta medio metro del suelo, se vé el agujero en donde fué metida la Santa Cruz; sobre esta peña hay un altar sostenido por cuatro columnas, y por debajo se vé una lámina de plata con relieves y un agujero circular en medio, por donde metiendo la mano se toca el agujero de la roca. Detrás de la mesa del altar hay los agujeros donde fueron metidas las cruces de los ladrones, y un crucifijo casi de tamaño natural y las Imágenes de la Santísima Virgen, San Juan y la de los ladrones, pintadas al óleo sobre madera recortada. Al lado de la Epístola del altar se vé la grieta mi-

lagrosa que, segun tradicion constante, se abrió en la peña al espirar Nuestro Divino Redentor, la cual se prolonga hasta las entrañas del mundo y ofrece todas las señales de haber sido producida por uno de los más violentos temblores de tierra. Entre estos dos altares, y junto á la pilastra del arco que los separa, hay el altar del "Stabat Mater" ó de la Compasion, situado en el punto en que la Virgen María recibió el adorable cuerpo de su Hijo en brazos al ser descendido de la Cruz. En la hornacina hay encerrada detrás de un cristal la imagen de María, con la siguiente bellissima inscripcion:

QUAE HIC STABAT MATER DOLOROSA, ECCE
MATER TUA AMOROSA.

En este altar se gana indulgencia parcial.

El pavimento del altar de la Crucificacion es de mosaico, y en su centra se vé un roseton que indica el punto en donde fué tendido Jesucristo sobre la Cruz, y otro roseton entre el mosaico del O. y la escalera del S. señala el sitio donde le despojaron de sus vestidos.

La capilla de los Siete Dolores y de San Juan Evangelista está al lado de la pared del S. del Calvario y comunica con ella por medio de una ventana con reja. Esta capilla, edificada en el punto en donde permanecieron la Santísima Virgen y San Juan mientras los verdugos clavaban á Jesucristo en la Cruz, sirvió largo tiempo de pór-

tico al Calvario; es poco notable y tiene un altar y bonitas vidrieras de colores. En ella se gana indulgencia plenaria.

Bajando las diez y ocho gradas de la escalera del Calvario, junto al coro de los griegos no unidos, se ven los monumentos fúnebres de los reyes latinos de Jerusalem. Estos son Balduino II, muerto en 1131; Fulco, muerto en 1142. Balduino III, muerto en 1162; Almarico, muerto en 1177; Balduino V, el Leproso, muerto en 1185, y Balduino VI, que murió en el mismo año. En 1808 los griegos derribaron los hermosos sepulcros de mármol blanco que habian respetado los musulmanes, y actualmente les reemplazan dos gradas sitas á unos cuatro metros de distancia al N. de la Piedra de la Uncion.

En la pared de la derecha, ó sea al E. del recinto en donde hay esta venerable Piedra, se halla una puerta que comunica con una sombría bóveda que corresponde debajo del Calvario. Esta bóveda se conoce con el nombre de Capilla de Adan. Los cruzados la convirtieron en altar donde se rezaba por los difuntos. Su nombre proviene de que en ella estuvo enterrado el primer hombre. Los griegos, al prolongar la iglesia del Calvario, agrandaron esta capilla encerrando dentro de la misma los sepulcros de los primeros reyes latinos de Jerusalem, cuyas hermosas tumbas de mármol sustituyeron los griegos por dos bancos de piedra. El de la derecha es el de Godofredo, muerto en 1100, y

el de la izquierda el de Balduino I, fallecido en 1118. En el muro del S. hay una puerta que comunica con la sala de recepcion de los griegos, y cerca de la misma hay el sitio de la tumba de Melquisedech, el cual, segun tradicion, es el mismo personaje que Sem, primogénito de Noé, fundador de Salem, más tarde Jerusalem, quien falleció á la edad de 600 años.

En el fondo de la bóveda hay el sitio en donde estuvo depositado el cráneo de Adan, cuyos restos guardó Noé en el arca, y Melquisedech depositó en la referida capilla. La grieta de la roca del Calvario llega hasta esta capilla, y segun una tradicion antigua que aceptan Orígenes, San Agustín, San Ambrosio, San Basilio y San Epifanio, la sangre de Nuestro Divino Redentor corrió por dicha grieta hasta el cráneo del primer pecador. Esto explica la costumbre de pintar una calavera al pié de la imagen de Jesus crucificado. En esta capilla se gana indulgencia parcial.

Saliendo por la puerta del templo se encuentra la losa funeraria de Felipe de Aubigni.

La plaza que hay enfrente la fachada del templo, que segun he dicho era el antiguo pórtico del mismo, tiene unos 20 metros en cuadro y es célebre por el martirio que en él sufrieron dos frailes franciscanos. Al salir de la Basílica se vé á mano derecha un campanario construido por los cruzados y actualmente medio arruinado. La puerta sita al S. del mismo conduce á la antigua capilla que

los cruzados dedicaron á la Santísima Trinidad, la cual pertenece hoy á los griegos y está dividida en dos, dedicadas una á Santa María Magdalena y San Juan y otra á los cuarenta mártires. Al S. de estas capillas hay la de San Jaime, que tambien pertenece á los griegos, y las tres se comunican entre sí interiormente.

Al lado izquierdo de la fachada se encuentra el sitio donde la venerable María de Portugal, terciaria de San Francisco, fué martirizada y quemada por los turcos cuando iba á visitar el Santo Sepulcro: Este sitio se encuentra á seis metros de distancia del grupo de pilastras que separa las dos puertas de la Basílica. Allí se vieron durante mucho tiempo las huellas de sus piés. A otros seis metros de distancia, hacia el E., se vé el sitio en donde fué martirizado el venerable Cosimo, hermano laico de la Orden de San Francisco de Asís. Tambien se vieron durante mucho tiempo impresas allí las huellas de sus piés. De este sitio, hácia el ángulo NE. de la plaza, se encuentra debajo la capilla de Santa María Egipcíaca, la cual, habiendo sido una gran pecadora, quiso entrar en el Calvario y sintió que una mano invisible la detenía. Presa del mayor estupor prometió cambiar de vida, y pudo adorar la Sagrada Cruz con los demás fieles. Esta capilla pertenece á los griegos, y es tan pequeña, que apenas puede contener dos personas, de modo que cuando se celebra en ella la Misa, los asistentes han de permanecer en la plaza.

Al lado E. del antiguo pórtico, hoy convertido en plaza, se encuentra primero la capilla de los coftos, dedicada á San Miguel: luego la capilla de los armenios, dedicada á San Juan, y por último, el convento griego no unido de San Abraham, que se cree está emplazado en el mismo sitio en donde en 601, Probo, de la Orden de San Benito, levantó con permiso del Papa Gregorio el Grande el primer convento latino de Jerusalem, y más tarde en tiempo de Carlo-Magno, se construyó un hospicio para los peregrinos, llamado de Sta Maria la Latina, provisto por los frailes de la Orden de San Benito. Ambos edificios fueron destruidos por los árabes. En el piso superior del actual convento de los griegos hay la iglesia de los doce Apóstoles, bastante bien conservada. Junto á la misma hay el lugar del sacrificio de Abraham, en cuyas paredes se ven dos frescos, uno representando á Loth saliendo de Sodoma, y el otro el sacrificio de Abraham. En medio de esta capilla hay en el pavimento un cuadro de mosaico con un vaso de plata, en el cual arden cirios, que indica el lugar del sacrificio del Patriarca cuyo nombre lleva la capilla.

IV.

EL SANTO SEPULCRO.

Actualmente la Basílica del Santo Sepulcro forma un templo grandioso que se divide en cuatro partes principales: 1.^a la bóveda circular coronada con una gran cúpula que encierra el templete del Santo Sepulcro. 2.^a, la iglesia del Calvario. 3.^a, La capilla de la aparición de Nuestro Señor Jesucristo á su Sama. Madre, y 4.^o, el templo subterráneo de la Invencion de la Santa Crun. Los frailes franciscanos, los armenios, los griegos, los coftos, abisinios y etiopes, tienen dentro de este templo sus altares y el derecho de adornarlos y hacer arder en ellos las lámparas y además los franciscanos, armenios, griegos y abisinios, tienen tambien allí habitaciones propias. Las de los frailes forman un verdadero convento al N. del Santo Sepulcro, y solo tiene salida al templo.

Eran poco más de las siete de la mañana cuando fui á visitar la Basílica, que está cerca de Casanova. Al salir de este edificio se encuentra á la derecha un callejon; al salir de éste á la izquierda se halla otra calle, al extremo de la cual hay uno de los bazares más concurridos y más oscuros por estar cubierto con una bóveda. Para llegar al Santo Sepulcro se ha de seguir hácia la derecha, y al

extremo del bazar hácia la izquierda hay otra calle estrecha que conduce á la plaza, en la cual se ve la fachada de la basilica. Su plaza situada al S. del templo es cuadrada y cerrada al O. por las paredes de los conventos griegos, y al S. por una pared junto á la cual se ven seis pedestales que arrancan del suelo colocados simétricamente, lo cual indica á mi modo de ver que tal vez hubo allí un pórtico sostenido por columnas que no seria extraño hubiese servido de vestíbulo á la basilica.

La fachada, sita al N. de la plaza y al S. del templo, se compone de dos arcos ojivales y encima de cada uno de ellos hay una ventana de estilo románico ó bizantino, de modo que ya en la fachada se ven los dos órdenes arquitectónicos que se encuentran mezclados en el templo. A cada uno de los arcos adornados con molduras y follajes y sostenidos por haces de columnas de mármol azul verdoso, corresponde una puerta; pero la de la derecha está tapiada. Las ventanas tampoco están abiertas en todo su grandor sino que solo tienen en el centro aberturas desiguales y pequeñas que apenas dejan paso á la luz.

Al entrar en el templo se encuentra una especie de vestíbulo y á mano izquierda se ve el divan de los musulmanes que ejercen el oficio de porteros de la santa basilica y están sentados con las piernas cruzadas fumando con el arquilet; en el fondo hay la Piedra de la Uncion en la cual estu-

vo tendido el Cuerpo Sacratísimo de Jesucristo, cuando José de Arimatea y Nicodemus le ungiéron antes de colocarle en el Santo Sepulcro, segun costumbre de los judios. La piedra de la Uncion pertenece á los latinos, griegos, armenios y coftos, es de piedra roja del país, y de forma rectangular, se eleva 30 centímetros del suelo y mide 2 metros 90 centímetros de longitud, por 1 metro 30 centímetros de latitud. En cada ángulo tiene un pomo dorado y encima de ella arden sin cesar diez hermosas lámparas, lo cual indica la veneracion en que la tienen todas las naciones, á las cuales asiste el derecho de hacer arder en ella cirios y lámparas. Los peregrinos al entrar en la basilica, tienen la piadosa costumbre de postrarse ante esta Piedra y besarla con respeto. Rezando ante ella un Padre nuestro y una Ave María, se gana indulgencia plenaria. En los dias solemnes, cuando el clero latino celebra en el Santo Sepulcro los divinos oficios, se detiene ante la Piedra de la Uncion y el sacerdote más elevado en dignidad, ofrece el incienso en memoria de la Uncion del Sacratísimo Cuerpo de Nuestro Señor Jesucristo. Cerca de la Piedra de la Uncion y enfrente de la puerta, hay una pared cubierta de antiguos cuadros al óleo que representan los principales pasajes de la Pasion de Jesucristo.

Por el lado izquierdo de la Piedra de la Uncion se penetra en otro recinto oscuro y en su extremo hay una piedra en el suelo alumbrada por una lám-

para y encerrada dentro una verja circular, que indica el sitio en donde permanecieron las santas mujeres viendo á Nuestro Señor Jesucristo en la Cruz, y en él se gana indulgencia parcial. Por la parte N. O. de este recinto se penetra en la capilla circular coronada por la cúpula en medio de la cual se levanta el templete del Santo Sepulcro.

Esta es la parte más bella de la Santa Basilica. Como he dicho, fué destruida por un incendio en 1808 y construida de nuevo por los griegos; pero en 1858 se arruinó la cúpula, y la que actualmente existe fué concluida en 1869 á espensas de Francia, Rusia y la Sublime Puerta. Tiene esta capilla 10 metros 30 centímetros de diametro. Está rodeada de 18 pilastras que sostienen dos galerías sobrepuestas compuesta cada una de 48 arcadas, la cúpula le sirve de bóveda y tiene pintados adornos al fresco, en vez de pasajes de la Pasion de Nuestro Señor Jesucristo. El conjunto presenta un aspecto oriental, á lo cual contribuye el gran número de lámparas colgadas en las dos mencionadas galerías, y en otra galería más cerca de la cúpula, que tiene doble número de arcadas.

En esta capilla se levanta el venerable templete del Santo Sepulcro, que ha sufrido durante varias épocas históricas distintas modificaciones que importa conocer. En su primitiva forma se componia de dos celdas abiertas en la roca, una de las cuales servia de vestíbulo y la otra encerraba la

sagrada tumba. Por disposicion providencial, Adriano se contentó con hacerla desaparecer debajo de los escombros y hacer construir encima un templo al ridiculo Júpiter, á quien como dice fray Lievin, Jesus con su muerte y resurreccion gloriosa habia destronado para siempre. Santa Elena preparando el terreno para aislar el Santo Sepulcro, lo modificó notablemente, le dió la forma cuadrangular, le adornó con pilastras hasta la altura de la cornisa, desde la cual arrancaba una pirámide tambien cuadrangular que remataba con una punta aguda. Más tarde se practicó una abertura en la parte superior para dar paso al humo de los cirios y lámparas que ardan allí continuamente. Los cruzados reemplazaron el vestíbulo por un pórtico que Santa Elena habia hecho desaparecer y colocaron exteriormente en la parte occidental, ó sea la opuesta á la entrada, un altar cubierto con un baldaquino cuadrado cuyos tres lados estaban encerrados con hermosas verjas de hierro. Este era el altar propiamente llamado del Santo Sepulcro, que al cabo de tres siglos se ha convertido actualmente en capilla de los coftos. En 1555 la parte exterior del templete se arruinó en parte y el padre Bonifacio de Ragusa, enoncest reverendo Custodio de Tierra Santa, lo volvió á levantar con permiso del sultan, despues del incendio de la basilica en 1808; habiendo obtenido los griegos, como he dicho, á pesar de las reclamaciones de los franciscanos, el permiso para le-

vantar de nuevo el templo, reemplazaron el mármol de que se hallaba revestido por la piedra que actualmente se vé.

El templete está aislado en medio de la capilla, tiene 5 metros 50 centímetros de alto, 8 metros 25 centímetros de largo, y 5 metros 55 centímetros de ancho. Por la parte del E. donde tiene la entrada es cuadrado, y en la parte opuesta pentágono. Exteriormente está adornado con 16 pilastras de piedra calcárea, rojiza, del país, coronadas por una balaustrada con columnitas y remata con una cúpula esferoide que descansa sobre pilares cuadrados. La fachada está adornada con cuatro columnas torcidas, bajo relieves y cuadros, y arden ante ella muchas lámparas. La más elevada es propiedad de los franceses, lo mismo que el cuadro ante la cual arde, la de en medio pertenece á los griegos y la que se halla más junto á la puerta á los armenios. A cada lada de la puerta hay dos bancos de piedra uno frente del otro, que sirven de asiento á los sacerdotes latinos cuando celebran los divinos oficios, y seis grandes candelabros que pertenecen á los católicos griegos y armenios que son los únicos que tienen derecho á officiar en el Santo Sepulcro. Interiormente se divide segun he dicho, en dos recintos que se comunican por una puerta baja y estrecha. El primero que se encuentra es la Capilla del Angel, llamada así porque allí fué donde el Angel del Señor anunció la gloriosa resurreccion de Jesucristo á las tres

Santas Mujeres. Santa Elena para facilitar la ornamentacion del Santo Sepulcro habia hecho derribar el primer vestibulo edificado por José de Arimatea, que fué reconstruido más tarde por los cruzados con tres puertas, una al N., otra al E., y otra al S. Cuando los griegos lo construyeron de nuevo en 1808, solo dejaron abierta la puerta del E. y abrieron dos agujeros, uno en la pared del N. y otro en la del S., que es por donde distribuye el fuego sagrado el sábado ántes de sus pascuas. La capilla del Angel es una especie de vestibulo de 3 metros y 45 centímetros de largo por 2 metros 50 centímetros de ancho. Las paredes están adornadas con 12 pilastras y otras tantas columnitas y muchos relieves todo de mármol blanco. Arden allí de dia y de noche 15 lámparas; las cinco de en medio son de los franciscanos, las cinco del N. de los griegos y las cinco del S. pertenecen cuatro á los armenios y una á los coftos. En el centro de la capilla hay la piedra en la cual estuvo sentado el Angel, y que formaba parte de la que cerró el Santo Sepulcro cuando permaneció en él el Cuerpo Sacratísimo de Jesucristo, Dicha piedra, colocada sobre un pedestal y encajada en un marco de mármol blanco, tiene 20 centímetros en cuadro.

La Capilla que encierra el Santo Sepulcro mide 2 metros 7 centímetros de largo por 1 metro 93 centímetros de anchura, en sus cuatro ángulos tiene pilastras salientes, y sus paredes están re-

vestidas de mármol blanco que ocultan los muros de roca de la época de Santa Elena, los cuales se descubren aún levantando alguna de las piedras de mármol. La tumba de Nuestro Señor Jesucristo formaba una especie de nicho abierto en la peña que hizo aislar Santa Elena, y el Santísimo Cuerpo estuvo depositado en él según algunos con la cabeza hacia el Occidente y los pies hacia el Oriente. La tumba se eleva 65 centímetros del suelo y mide 53 centímetros de ancho por 1 metro 89 centímetros de largo; está adherida á las paredes del O., N. y E. y cubierta encima y por delante con mármoles.

Su ornato consiste en un relieve de mármol blanco que representa la Resurrección gloriosa, colocado sobre la tumba en la pared del N., el cual pertenece á los griegos; otro cuadro pintado representando también la Resurrección gloriosa, colocado en la pared de la izquierda; hay otro cuadro representando el mismo asunto que pertenece á los Padres de Tierra Santa. Ante estos cuadros hay jarros con flores y candeleros y arden allí constantemente cuarenta y tres lámparas, trece de las cuales pertenecen á los frailes franciscanos, las demás á los griegos, armenios y cuatro de ellas á los coftos.

Los frailes franciscanos son los únicos que tienen el derecho de celebrar en esta capilla dos Misas rezadas y un Oficio. Sobre la sagrada tumba hay una cornisa saliente de piedra roja del país,

que sirve para colocar en ella el altar portátil de los frailes franciscanos. Enfrente mismo de la puerta de la capilla del Angel hay un espacio cerrado por los dos bancos de que me he ocupado anteriormente, el cual sirve de presbiterio, y junto al mismo, sirviendo de pórtico á la capilla de los griegos, hay el coro latino, desde el cual se domina toda la nave circular en donde se eleva el templete del Santo Sepulcro.

La capilla de los griegos tiene una bóveda larga y elevada, que forma una prolongación de la capilla circular; tiene su entrada enfrente la de la capilla del Angel, y fué antiguamente el coro de los Canónigos latinos. Su arquitectura es regular; pero está adornada con muchas esculturas doradas, cuadros bizantinos y gruesos candelabros de poco gusto. En el ábside hay la Silla del Patriarca, la de los Obispos, los asientos de los altos dignatarios. Cerca de la puerta de entrada hay un roseton incrustado en el suelo, en medio del cual se vé un hemisferio colocado en un vaso de mármol blanco, que se eleva medio metro del suelo. Allí es en donde se creía que estaba el centro del mundo, por lo cual se le daba el nombre de ombligo de la tierra.

Detrás del templete del Santo Sepulcro, y adherido al mismo, hay un altar cerrado con una verja de hierro que es, como he dicho, el que servía para officiar en tiempo de las cruzadas y hoy pertenecen á los coftos. Enfrente mismo de este

altar, hácia el O., y penetrando por las arcadas de la capilla circular, se encuentra la capilla de los Sirios Jacobitas, ó sea la Cueva de José de Arimatea, en la cual quiso este santo varon ser enterrado con su familia, lo que se cree que no logró por haber partido á Marsella con Lázaro, Marta, María Magdalena y el ciego de nacimiento, y haber pasado despues á Inglaterra. En esta gruta sepulcral hay seis nichos, dos de ellos cerrades y otros dos no concluidos.

Saliendo de la capilla del Angel, y dirigiéndose hácia el N., por las arcadas sitas á la izquierda de la capilla griega, se penetra en una capilla oscura, en la cual, adherido á una columna, sita á la derecha y en mitad de la capilla, hay un altar con un cuadro que representa la Aparicion de Jesucristo, vestido de hortelano, á la Santa Magdalena. Una piedra en el suelo indica este milagro y se gana allí indulgencia parcial.

Esta capilla está edificada en el punto en donde segun una piadosa tradicion, José de Arimatea tenia una casa de campo, en la cual permaneci6 la Santísima Virgen mi6ntas su Divino Hijo estuvo encerrado en el Santo Sepulcro, y allí fu6 donde Nuestro Se6ior Jesucristo se apareci6 á su Madre despues de la gloriosa Resurreccion, poniendo fin á sus dolores. En el siglo VI San Marcario y Santa Elena obtuvieron allí la resurreccion de una mujer que llevaban á enterrar, haciendo que su cuerpo tocara la verdadera cruz.

FIN.



EVO
TEC